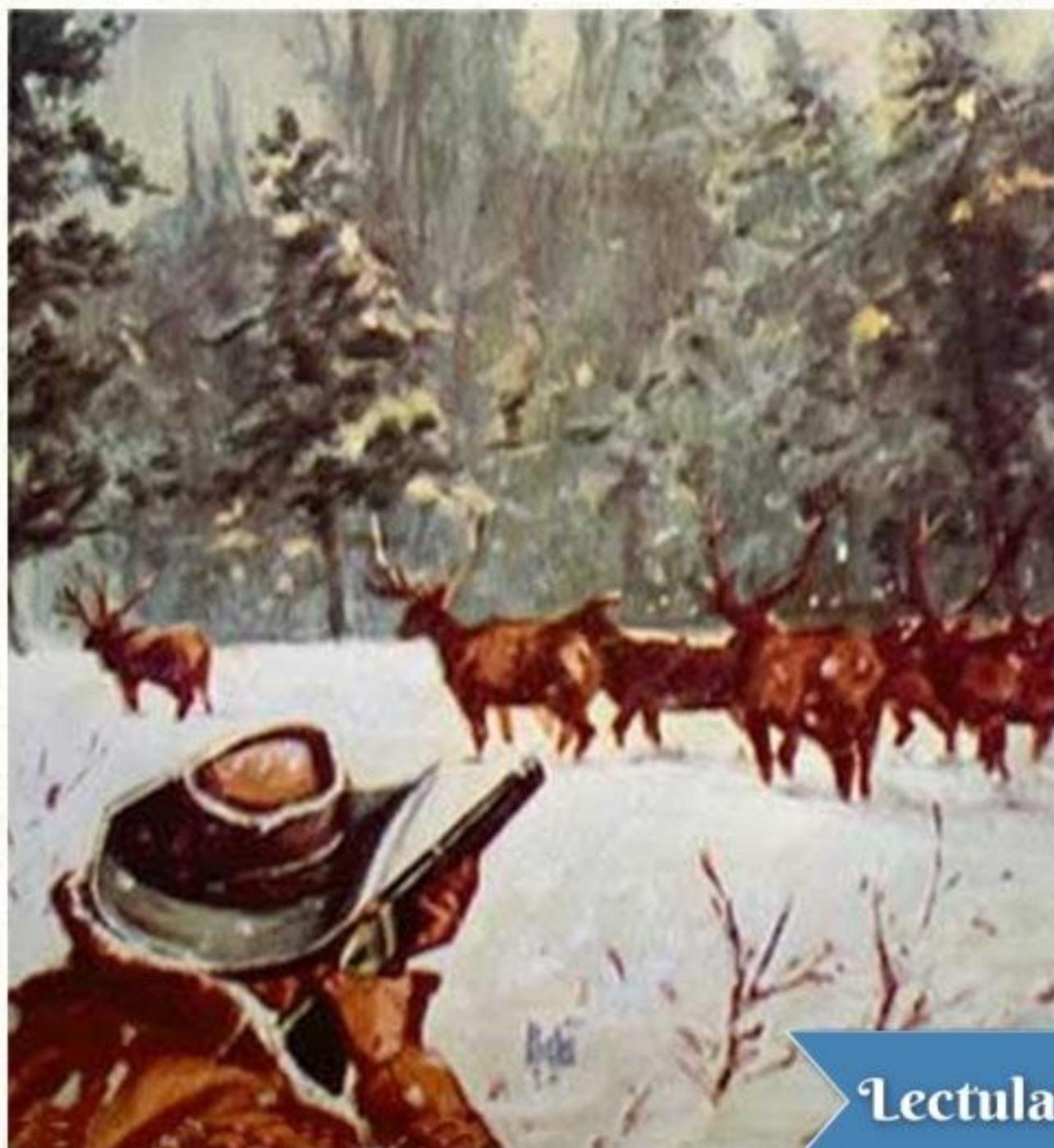


JAMES O. CURWOOD

Fuera de la ley



Lectulandia

Fuera de la ley es una historia de amor ambientada en los bosques del norte de Canadá a principios del siglo xx. Es una historia de romance y aventura en el salvaje y accidentado desierto canadiense. Una vez más, James Oliver Curwood nos relata una novela de aventura y romance en la naturaleza canadiense con un giro interesante. En este libro, lo bueno no es tan bueno, y lo malo se convierte en el heroico al final.

La ley obliga a Roger McKay a marcharse, separándolo de su amor, Nadya. Esta es una historia desgarradora de amor y heroísmo entre un hombre, una mujer y su pequeño perro, *Pedro*. El sargento Cassidy, de la Policía Montada del Canadá, persigue a Jolly Roger por las tierras salvajes del norte de Canadá...

Lectulandia

James Oliver Curwood

Fuera de la ley

ePub r1.0

Titivillus 23.04.2018

Título original: *The country beyond*
James Oliver Curwood, 1922
Traducción: Editorial Juventud
Diseño portadilla V Aniversario: Etrial & lvs008

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PROYECTO SCRIPTORIUM
EDICIÓN CONMEMORATIVA

5° Aniversario


epublico



Más libros, más libres

Capítulo I

A poca distancia de la abrupta costa del norte del lago Superior, tan azotada por los temporales, y al sur de Raministiqua, sin llegar, no obstante, al cauce del río Rainy, había un paraíso perdido en el corazón de aquellos parajes selváticos... y dentro de aquel paraíso, «un pequeño infierno».

Así lo llamó la muchacha que allí vivía, al recordar, llorando, los tristes y vergonzosos acontecimientos de que fue víctima en aquellos lugares. Lo cual sucedió cuando no estaba aún allí Pedro, el perro fiel que desde su llegada hizo que la vida fuera más soportable para la joven. Pero el infierno continuaba.

No era posible divisarlo desde la monda cumbre del Cragg en aquel hermoso día de mayo. En invierno, la blancura de la nieve permitía contemplar una extensión de más de cien millas cuadradas, cubierta de bosques nevados, ríos y pantanos, entre los que se destacaba aquí y allá algún lago de superficie helada, y rodeado de abetos y cedros... un país en el que eran frecuentes las borrascas, los grandes temporales de nieve, un país de hombres y mujeres fuertes, con la fortaleza propia de la vida aventurera de aquellos parajes casi desiertos.

Pero ahora era primavera, y una primavera, por cierto como no se había conocido hacía muchos años en regiones del norte del Canadá. Hasta tres días atrás una lluvia cálida y abundante había azotado aquellas regiones y por fin el sol había inundado la tierra con dorados rayos de estío. Había cesado el frío y de los bosques y los pantanos iban desapareciendo los últimos vestigios del hielo y de la nieve. Al norte y al sur, al este y al oeste, aquel mundo selvático tenía un glorioso aspecto de vida naciente; de primavera... una hermosa primavera que pronto se convertiría en verano. Las largas hileras de montes de tonos amarillos y verdes perdíanse en la lejanía como las olas de un vasto mar, entre ellos hallábanse los valles y los pantanos, los lagos y los torrentes, llenos de la bella canción del murmullo de las aguas y saturados del perfume de las tempranas flores y de la alegre voz de los pájaros de la selva.

El paraíso se hallaba en el valle formado por los montes Cragg, y consistía en un llano que llegaba hasta el borde del lago Clearwater. Por su poca inclinación formaba una pradera con bosquecillos de abetos que lo moteaban como si fuesen pequeñas islas de un mar de naciente verdor. Las flores se habían anticipado a su tiempo. Era el mes de mayo, y ya se desprendían del hermoso valle los gratos perfumes, propios de junio, a la vez que en las copas de los árboles los pájaros empezaban a formar sus nidos.

Junto a un grupo de árboles de uno de los bosques se hallaba Pedro, el perro, animado por un afán de aventuras. Aquel día hablase atrevido por primera vez en su

corta vida, a recorrer solo la media milla que le separaba del borde del lago. Intrépidamente, había estado correteando arriba y abajo por la blanca franja de la playa, donde se veían aún, impresas en la arena, las huellas de la muchacha y, retador, había ladrado al cabrilleo de las aguas del lago y a las blancas gaviotas que volaban a ras de la playa en busca de los peces muertos que la corriente arrastraba hacia allí. Pedro tenía tres meses. Hasta el mismo día anterior había sido tan sólo un cachorrillo tímido que se asustaba de la magnitud de todo cuanto le rodeaba, pero aquel día se había atrevido a arrostrar el peligro de ir hasta el lago, y como, nadie osó hacer frente a sus ladridos se suscitó en él un gran valor y un vivo deseo de correr aventuras.

Éste era el motivo por el que, al regresar, se había parado junto al límite del bosque de abetos y se había echado en el suelo mirando con sus vivos ojillos hacia la oscuridad misteriosa, hacia las profundas sombras. El bosquecillo ocupaba una hondonada de la pradera, bastante reducida, pero que para Pedro era enorme, tan enorme como parecía aún la vida.

Algo le incitaba a entrar.

Allí echado, pugnando con el deseo y la indecisión, no hubiera podido adivinar que de su determinación, del triunfo del valor o de la cobardía, dependía el destino de vidas más importantes que la suya, vidas de hombres y de mujeres, futuras vidas de niños no nacidos aún. Una copa de vino fue un día la perdición de un reino, un clavo cambió la suerte de una gran batalla, y la sonrisa de una mujer destruyó en cierta ocasión los hogares de más de un millón de personas. Hay, trivialidades que han tenido gran importancia en la historia de las vidas humanas, Pero Pedro no podía saber, estas cosas. Y del mismo modo, ignoraba que había llegado un momento transcendental de su vida.

Abandonó, por fin, su cómoda postura y se puso en pie. No era un cachorro bonito Pedro «*Pied-Bot*» —Pedro Pies de Maza—, como Rogelio Mackay, el que vivía en el pantano de cedrales, lo llamara cuando se lo regaló a la joven que ahora lo poseía. Pedro había nacido por casualidad, y por tal motivo era muy feo. Su padre era un *airedale* luchador que se había separado por bastante tiempo de su jauría para realizar una *mésalliance*^[1] con una perra *mackenzie* de grandes patas y ánimo pacífico... Pedro era el resultado de esta *mésalliance*. No tenía más que tres meses y ya poseía de su padre los fieros bigotes; sus orejas eran grandes y gachas, su cola nudosa, sus patas desproporcionadas y sus pies anchos, enormes, tan grandes y tan pesados, que le hacían tropezar y caer de bruces con frecuencia Su aspecto no inspiraba mas que compasión pero conociéndole se le quería. Porque Pedro a pesar de su fealdad, poseía en sus venas la sangre de las dos mejores razas de perros, aunque en cierto modo era una mezcla algo así como de nitroglicerina y ácido sulfúrico con leche y miel.

El corazón canino le latía aceleradamente cuando dio un paso hacia las profundas sombras. Tuvo que tragar saliva como si quisiera quitarse un nudo de la garganta, pero estaba decidido. Algo le obligaba a entrar y entraría. Poco a poco iban

envolviéndole las tinieblas, y una vez más, el caprichoso espíritu de la fatalidad había elegido una cosa trivial para conseguir sus fines en el romanticismo y la tragedia de las vidas humanas.

Ya envolvían a Pedro las sombras, y se le enderezaron las orejas y se le erizó el pelo del dorso. Pero no ladró como había ladrado en la costa del lago y en el campo abierto. Por dos veces se volvió a mirar atrás; a la estrecha franja de luz del sitio por donde había entrado, la cual iba menguando por momentos. Mientras la veía y sabía que por allí podía huir, le animaba un resto de valor, pero este valor iba desapareciendo con el aumento de la oscuridad. Cuando se volvió por tercera vez, ya no vio la luz. Súbitamente se le anudó la garganta y sus ojos trataron inútilmente de taladrar la oscuridad. Hasta su amita, tan valiente, pues sólo temía a una cosa en el mundo, se hubiese detenido allí como él. El corazón le latía fuertemente. Le parecía que toda la luz diurna había desaparecido de pronto. Sobre su cabeza, las ramas de los abetos eran tan densas, que los rayos de la luz no podían atravesarlas. En el invierno, la nieve no lograba llegar allí hasta el suelo.

Cuando ansiaba encontrar la salida de las tinieblas, empezó a oír extraños ruidos. El más extraño de todos y el más terrible era una especie de silbido que iba y venía por encima de su cabeza, acompañado siempre de un graznido que le heló la sangre en las venas. Dos veces vio pasar sobre él un gran búho y las dos se echó en el suelo, más asustado cada vez. Cuando oyó un suave y pavoroso aleteo, se levantó con cautela, resuelto a volver a la luz del día lo más rápidamente posible. Apenas había dado un paso, cuando se detuvo, poseído del mayor de los espantos. Por la parte de, donde él había venido, vio brillar dos pequeños globos luminosos.

Fue el instinto y no la experiencia lo que advirtió a Pedro que aquellos dos puntos de fuego eran una amenaza. Él no sabía que sus propios ojos, desorbitados por el miedo, eran igualmente terribles en aquella oscuridad silenciosa, ni tampoco que de él emanaba una cosa más terrorífica aún: el olor de perro. Tembló sobre sus anchas patas al verse enfocado por los ojos verduscos y el miedo parecía quebrar su espalda en dos cuando se acurrucó sobre el blando suelo de agujas de abeto. Esperó. Los dos globos desaparecieron de repente para volver a reaparecer poco después algo más distantes. Y aún desaparecieron de nuevo para volver a reaparecer, pero ya tan lejanos, que no semejaban sino puntas de alfiler. Algo estupendo sucedió en el interior del can. Era un instinto heredado de su padre, el instinto merced al cual sabía que la cosa extraña huía. Y en la alegría de su triunfo, empezó a ladrar.

En aquellos parajes oscuros, llenos de vida misteriosa, despertó el ladrido sonidos sobrenaturales entre las ramas entrelazadas de los árboles. Oíanse murmullos extraños y horrendo rechinar de los dientes y picos que encerraban la fuerza necesaria para despedazar el frágil cuerpo del pobre Pedro: Desde lo más profundo del bosque llegó a sus oídos el ruido que produce el pesado cuerpo del puerco espín al arrastrarse, y un ulular interrogante que por momentos semejaba una voz humana y de nuevo se acurrucó medrosamente en el blando suelo, el corazón volvió a latirle

con fuerza y los bigotes se le erizaron de espanto. Siguió después un silencio aterrador. En vano Pedro, entre aquel silencio y aquellas tinieblas, añoraba la luz del sol que había perdido. Luego distinguió, aunque lejano, otro ruido que le produjo una emoción nueva. Tratábase del suave murmullo de una corriente de agua. Aquel ruido lo conocía Pedro. Era alentador. Había jugado entre las rocas y las arenas de donde procedía el familiar murmullo. Recobró el valor y se levantó para dirigirse hacia el lugar conocido. Algo le advirtió que anduviera en silencio, pero sus torpes patas hiciéronle caer varias veces. Por fin llegó al torrente, que era estrecho y se abría camino por entre las raíces de los enormes árboles. Al fin columbró la anhelada luz. Aceleró los pasos hasta que su marcha se convirtió en veloz carrera, y así desembocó en el ansiado llano saturado del aroma de las flores, cubierto de verdes hierbas y lleno de los alegres cantos de los pájaros y de la gloria del sol y del cielo azul.

Si Pedro había sentido miedo, pronto lo olvidó. Se deshizo el nudo de su garganta, su corazón volvió a latir normalmente y todo su ser respiró la fiera convicción de haber logrado vencer al mundo entero. Echó una mirada atrás, a la caverna siempre verde, formada por los árboles de entre los cuales salía el torrente, y luego se marchó modulando un gruñido de contento. A una prudente distancia, se detuvo y volvió a mirar hacia el bosque. Nadie le seguía, y, al percatarse de ello, se dio exacta cuenta de la importancia de su aventura. Se creció; alargó, belicoso, las patas delanteras, arqueó la espalda y empezó a ladrar con toda la ferocidad cachorril de que era capaz. Y aunque continuaba ladrando y golpeando el suelo con las patas y arrancó la hierba con sus afilados dientes, nadie se atrevió a salir del negro bosque en respuesta a su reto.

Irguió, pues, la cabeza y echó a correr cuesta arriba. Sus orejas bailoteaban alegremente. Por primera vez en los tres meses de su existencia sintió ganas de luchar con algo que tuviera vida. Había experimentado un gran cambio. No podía contentarse ya con roer palos o piedras o ladrar a la inocente piel de un conejo. Necesitaba adversarios más reales. En la cima de la colina se detuvo y ladró como si estuviera decidido a volver a aquel bosque tenebroso para hacer salir de él a todo bicho viviente. Después se encaminó hacia la cumbre del Cragg y lo que vio desde allí fue bastante para apagar su valor agresivo. El rabo se le abatió hasta tocar la tierra.

A la distancia de unos doscientos metros elevábase del corazón de aquella hondonada paradisíaca una espiral de humo blanco, y al mismo tiempo oíanse los empavorecedores y secos golpes de un hacha. Pese al temblor que tal ruido le produjo, se dirigió al sitio de donde partía. Era aún muy joven para sentir odio, Y tampoco se lo permitía la sangre que de su mansísima madre heredara, pero algo le advirtió que cada golpe de hacha era el anuncio de un peligro inminente. Porque aquel ruido se asociaba para él la cara delgada y feroz del hombre de los feos bigotes rojos que tenía un ojo siempre cerrado. Y Pedro había llegado a temer a aquel hombre tuerto más que a los sobrenaturales monstruos que creyera vislumbrar en las tinieblas

del bosque.

Pero los búhos, el puerco espín y el zorro de ojos fieros, todos aquellos animales que habían huido de él, le hacían sentir ahora algo que no sintió el día anterior y cuando llegó al borde de la hondonada no se acurrucó medrosamente, sino que se irguió, decidido, sobre sus patatas y miró en derredor con valentía.

En el lado opuesto de la hondonada, en la falda del este de la montaña, había un espeso grupo de altos cedros, verdes álamos y blancos abedules, y al abrigo de ellos una cabaña hecha de troncos. No era posible elegir un lugar más bello para vivir. El terreno, desde donde el perro se hallaba, semejaba una alfombra de verde terciopelo, adornada de flores policromas, de las que el dulce aroma de las violetas y la madreselva silvestre, mezclado al canto de los pájaros, saturaba el ambiente. Cruzaba el terreno un pequeño arroyo que se perdía entre las rocas y que pasaba cerca de la cabaña. Ésta se hallaba medio oculta por el crecimiento exuberante de la viña virgen. Sin embargo, los ojillos de Pedro no se fijaban en la belleza del fugar. Nada le importaba tampoco el alegre cantar de los pájaros. Miraba con atención a la roca blanca que, como gigantesca seta, se elevaba detrás de la cabaña, por entre los árboles, y escuchaba los golpes del hacha. Esperaba oír el sonido de una voz querida, de una voz que deseaba escuchar sobre todas las cosas. No oyéndola, reprimió un ladrido y se dirigió hacia el arroyo, y, después de vadearlo, dio la vuelta a la casa, muy alerta, dispuesto a huir a la primera señal de peligro. Hubiese querido hacer notar su presencia a la muchacha con un agudo ladrido, pero la amenaza de los golpes del hacha le contuvieron. En la parte posterior de la cabaña, donde la vid crecía más espesa, se había hecho una especie de escondrijo, y en él se metió con la rapidez del ratón que huye del gato. Desde aquel sitio escudriñó los alrededores con más tranquilidad.

Pronto descubrió, agradablemente sorprendido, que era la muchacha y no el hombre quien manejaba aquel día el hacha. No muy lejos de la cabaña, cerca de un montón de leña, se veía brillar su cabellera bruna y, de vez en vez cuando se volvía hacia la cabaña, su rostro blanco. Iba a lanzar unos cuantos ladridos de alegría, cuando una iracunda y pavorosa voz le detuvo de nuevo.

De la cabaña había salido un hombre y detrás de él iba una mujer. Él era alto y de faz cadavérica, Pedro sabía que en aquel momento debía de estar de mal temple. El que hubiera estado a su lado hubiera notado el olor de *whisky* que despedía al respirar. De las comisuras de sus labios le salía una saliva negruzca consecuencia de la masticación de tabaco, y el único ojo que poseía, brilló con regocijo bestial cuando, indicando a la muchacha, dijo:

—Mooney dice que pagará setecientos cincuenta dólares por ella cuando reciba el dinero del gobierno. Me dio cincuenta como señal. Así cobraremos lo que hemos gastado con ella durante estos diez años. Tal vez, cuando llegue el momento, podré obligarle a pagar hasta mil dólares.

La mujer nada contestó. Por su aspecto se veía que nada podía contestar, porque

no tenía voluntad propia. El hombre que iba a su lado era cruel y maligno; sus horribles facciones y la angulosidad de las líneas de su tosco cuerpo delatábanle como tal. La mujer estaba dominada por él, rota el alma y la voluntad. En el rostro de la infeliz no había destellos de inteligencia. La luz de sus ojos estaba apagada, sus mejillas hundidas y sus manos callosas y enflaquecidas por el duro trabajo de aquella esclavitud. Sin embargo, hasta él, perro notaba una diferencia entre los caracteres de aquel hombre y aquella mujer. Había visto a la pobre llorar en brazos de la muchacha. Muchas veces se había él acurrucado a sus pies, y algunas su huesuda mano le había acariciado. Además, le daba de comer con frecuencia. Pero raras veces había oído el timbre de su voz cuando estaba cerca el tirano.

—¿Qué edad tiene la chica? —preguntó de pronto el hombre, partiendo al mismo tiempo con los dientes un pedazo de tabaco negro.

—Cumplió diecisiete años este mes contestó la mujer con voz extraña, hueca.

El hombre escupió.

—Mooney debería pagar mil dólares. La hemos tenido aquí durante más de diez años. Él está loco por ella. ¡Los pagará, pues!

—¡Jed! —imploró ella—. Jed, eso no está bien.

El hombre se echó a reír. Abrió su enorme boca hasta que los amarillos dientes brillaron al sol, y la muchacha del hacha cesó un momento de trabajar. Levantó la cabeza y miró fijamente a los que estaban cerca de la cabaña.

—¡No está bien! —exclamó desdeñosamente el hombre—. ¡No está bien! Lo mismo me has estado diciendo durante los últimos diez años sobre el contrabando de *whisky* y, sin embargo, no he dejado de venderlo nunca. No creo que tengas más suerte esta vez... Si Mooney logra cobrar los mil dólares... Y si tú —continuó diciendo, a la vez que levantó la mano en son de amenaza— te atreves a decirle a ella una sola palabra ¡te romperé el bautismo! ¿Has entendido? ¿Verdad que no le dirás nada?

Los desiguales hombros de la pobre mujer se hundieron más aún de lo que estaban.

—No diré nada, Jed. Te lo prometo.

El hombre bajó la mano y refunfuñó:

—¡Te mataría si dijeras algo! —exclamó después.

La muchacha había dejado a un lado el hacha y se acercaba a ellos. Era una joven esbelta, graciosa como un pájaro. Su porte arrogante y la energía de sus facciones revelaban que aquel hombre no había logrado dominarla como a su consorte. Vestía un traje de percal descolorido, cuyo borde inferior estaba deshilachado. Llevaba los brazos al aire. Las medias estaban llenas de remiendos y los zapatos eran viejos y estaban rotos por las puntas.

Mas para Pedro, que la admiraba desde su escondrijo ella era la cosa más bella del universo. Rogelio había dicho lo mismo, y la mayoría de los hombres —y de las mujeres también— hubieran estado conformes en que aquella jovencita poseía una

belleza que sería muy difícil destruir del todo, por muchas desgracias y tormentos que tuviera que afrontar. Sus ojos eran tan azules como las miosotas, y su cabellera, que la agitación del trabajo había libertado de la prisión de los lazos descoloridos, daba sencillamente gloria de ver, al caer en amplio manto sobre sus delicados hombros. Hasta el único ojo de Jed Hawkins despedía algunas veces destellos de admiración al ver tan hermoso cabello. Y, sin embargo, aun en aquel entonces, él la odiaba y más de una vez sus sucias manos habían tirado de la admirable cabellera, sin lograr, por ello, arrancar un ¡ay! de dolor de Nadya. Ni en aquel momento en que vio claramente la mirada diabólica del hombre, la joven tuvo miedo. Sin embargo, ofrecía ya algunas señales de sufrimiento. La mirada de sus azules ojos tenía la expresión de quien nunca está libre de penosas visiones; sus mejillas eran pálidas y descarnadas y el rojo vivo de sus labios no era el matiz de la salud y la felicidad, sino un resto del color que debía tener su rostro.

Nadya se plantó resuelta ante el hombre, pero a una distancia prudente.

—Le he dicho a usted que no vuelva a levantarle la mano —exclamó con viveza, y sus ojos despedían una llama de desprecio y de odio—. Como la vuelva usted a herir va a tener motivo para arrepentirse. Si quiere pegar, pégueme a mí que soy fuerte, pero no a ella. ¡Mírela!, ha hundido usted sus hombros. Apenas puede moverse... ¡Merecería usted que le mataran!

El hombre avanzó un paso, con los ojos nublados por la cólera. El perro, al verlo, sintió algo que hasta entonces jamás había sentido. Por primera vez en su vida no experimentó el deseo de huir de aquel hombre. Algo le subió a la garganta convirtiéndose en un gruñido que nadie oyó. Y sus colmillos, que eran como afiladas agujas, mostrábase fieramente.

Pero el hombre no pegó, no se atrevió a alargar la mano para coger a la muchacha por su sedosa cabellera bruna. Se echó a reír como si algo le hiciera gracia y giró sobre sus talones.

—No me has visto pegarle más, ¿verdad, Nadya? —dijo, y desapareció detrás de la cabaña.

La joven puso su mano sobre el brazo de la mujer. Sus ojos se habían endulzado, pero su cuerpo temblaba aún.

—Ya le he dicho lo que pasará si se atreve a tocarle otra vez —le dijo con voz consoladora—. Si lo hiciera le iba a costar caro. ¡Ni más ni menos! Mandaré a buscar a la policía y les enseñaré los sitios donde esconde el *whisky*. ¡Haré que le metan en la cárcel, aunque me mate después!

Las huesudas manos de la mujer agarráronse fuertemente al brazo de la joven.

—No, no, no hagas eso —suplicó—. Ha sido bueno conmigo una vez, hace ya mucho tiempo, Nadya. No es que Jed sea malo. Es el *whisky*. No debes delatarle, Nadya.

—He prometido no hacerlo si no te pega mas. A mí que me zarandee por los pelos si quiere, pero ¡si te toca a ti...!

Respiró profundamente y se marchó también a la parte posterior de la cabaña.

Durante algunos momentos estuvo Pedro escuchando. Luego salió del escondrijo y vio que Nadya marchaba con rapidez hacia el atajo del monte. La siguió tan sigilosamente que, hasta que no se halló fuera del atajo y sorteando las rocas diseminadas que había al otro lado de la falda de la montaña, no descubrió la muchacha la presencia del perro... Con un grito de alegría, cogió a Pedro y lo acarició.

—Pedro, Pedro, ¿dónde estuviste? —preguntó—. Creía que te había sucedido algo y he estado buscándote. También te buscaba Rogelio... quiero decir, el señor Mackay.

Y se fue con el perro a un bosquecillo de abetos que había cerca, entre las rocas. Allí, en su refugio secreto, como ella lo llamaba, se sentó y habló a Pedro.

—¡Pedro! Ha estado hoy otra vez aquí... el señor Mackay. ¡Y me llamó bonita!

Dio un profundo suspiro. Después miró hacia el valle hacia el bosque oscuro, y sus dedos nerviosos arrancaron un gruñido a Pedro.

—Y me pidió permiso para tocar mi cabello... ¡Fíjate, Pedro, qué cosas me ha pedido!... Y cuando le dije que sí, no hizo más que poner suavemente su mano sobre mi cabeza como si tuviera miedo de hacerme daño y dijo que mi pelo era precioso y que debía cuidármelo mucho.

Un sollozo anudó la garganta de la joven.

—También me dijo, Pedro, que no pensaba hacerme nada malo, que antes se dejaría cortar la mano. ¡Eso dijo! Después añadió que, si no me parecía mal, quisiera darme... un beso.

Volvió a abrazar al perro que se acurrucaba en la falda de la joven.

—Y yo le dije que no me parecía mal, porque él me gustaba y que nadie me había besado hasta entonces. ¡Y él, Pedro, no me besó! Y cuando se marchó tenía una mirada extraña, estaba muy pálido..., desde entonces siento un no sé qué. No sé lo que es, Pedro, pero algo siento.

Y tras una breve pausa murmuró:

—Pedro, quisiera que Rogelio nos sacase de aquí.

Este pensamiento hizo que se dibujara en sus labios, un gesto de decisión. Frunció el entrecejo y puso al perro en el suelo para mirar hacia el bosque oscuro, en cuya profundidad se hallaba la cabaña de Rogelio Mackay.

—Es extraño que no quiera que nadie sepa que está aquí. ¿Verdad, Pedro? —musitó—. Vive en la choza donde murió el año pasado Tom, el indio, y he prometido no decírselo a nadie. Dice que es un gran secreto y que sólo tú y yo y el misionero de Sucker lo sabemos. Quisiera ir a limpiarle la cabaña. ¡Cuánto me gustaría!

Pedro, que husmeaba entre las rocas, no vio la llama que empezó a brillar en los azules ojos de la joven. Ella miraba sus zapatos rotos, sus medias remendadas y la pobreza de su vestido descolorido, y sus dedos se crisparon.

—Yo me marcharía a cualquier parte, para no volver nunca, si no fuese por ella

—murmuró—. Parece una bruja, pero la culpa es de Jed Hawkins. Aún me acuerdo...

De un salto se puso en pie e irguió su cabeza con un gesto retador. Su cabellera suelta flotaba al soplo ligero de la brisa que subía del valle.

—¡Un día lo mato! —dijo la muchacha, con energía—. ¡Un día lo mato!

Capítulo II

LA muchacha siguió a Pedro. Desde hacía mucho tiempo venía azotando su alma una tempestad de emociones que ella procuró atenuar y de las que sólo Pedro tenía vagas noticias. Pero aquel día no había logrado contenerse y con voz dura y apasionada había contado a Rogelio —el desconocido que vivía en el bosque negro— que su madre y su padre habían muerto hacía más de diez años de una epidemia y que Jed Hawkins y su mujer habían prometido mantenerla y criarla por el precio de tres pieles de zorro plateado que su padre había podido cazar antes de caer enfermo. Todo esto lo sabía Nadya por la mujer de Jed, pues ella no tenía más que siete años cuando acaeció la desgracia. La joven no se había atrevido a mirar a Rogelio cuando le contó lo que había pasado desde entonces, y no pudo ver cómo se endurecían las facciones del camarada al escuchar el relato. Pero Rogelio se había sonado con mucha fuerza, y ello significaba que algo anormal sucedía en él, cosa que comprendió la muchacha, aunque no lo conocía lo suficiente para saber lo que tal arrebato quería decir. Fue un poco más tarde cuando solicitó tocar su cabellera y pasó su manaza por su cabeza, pero con tanta suavidad, que aquella mano formidable semejaba entonces una mano femenina.

Aquel contacto era un dulce recuerdo para Nadya, porque con él había cobrado nuevo valor y una emoción nunca sentida, lo mismo que Pedro al haber vencido aquel día a los monstruos imaginarios del bosque. Pedro ya no tenía miedo, como no lo tenía la muchacha, y juntos se fueron los dos a lo largo de la vertiente hasta que llegaron al sitio más selvático de aquellas regiones, donde había grandes montones de piedras y bloques. Allí se detuvo Pedro para husmear el terreno. De pronto quedó inmóvil y apuntalado en las patas delanteras. La muchacha le oyó dar un gemido. Se detuvo también, y escuchó en silencio. Oyó débilmente un ruido semejante al que se produce al restregar una piedra contra otra y se irguió jadeando. Brillábanle los ojos y tenía la boca entreabierta. Luego se inclinó y cogió un palo del suelo.

—Vamos a subir, Pedro —dijo en voz baja—. Allí se halla uno de sus escondites de alcohol.

Nadya iba muy orgullosa de no sentir miedo y Pedro parecía contagiado de la misma grata sensación. Avanzaban silenciosamente, la muchacha casi de puntillas y el perro posando tan suavemente sus patas que no producían ruido alguno. Jed Hawkins se hallaba aún de rodillas y de espaldas a ellos cuando los dos llegaron a una especie de llano que había entre dos grandes rocas. El día anterior, Pedro y Nadya hubiesen retrocedido aterrados al ver a Jed ocupado en su labor diabólica y dispuesto a hacérselo sentir al que le descubriera. Había extraído un montón de tierra de debajo de la roca más grande y estaba llenando media docena de pequeñas botas de un líquido que sacaba de un botijo. Luego se puso a beber. Oíase el paso del licor por su garganta.

Nadya golpeó la roca con la punta del palo y el hombre se volvió con la rapidez de un relámpago. Cuando vio quién era, se puso pálido y se levantó, con los puños cerrados y una expresión terrible en los ojos.

—¡Maldita espía! —exclamó con cólera—. ¡Si fueses un hombre te mataría!

La muchacha no tembló. No se puso pálida. Dos manchas rojas surgieron en sus mejillas, y Jed Hawkins vio el triunfo en los ojos de ella. Y en el rictus de sus rojos labios había también algo extraño cuando contestó con desdén:

—Si yo fuera hombre, Jed Hawkins... ¡huirías!

Jed dio un paso hacia ella.

—Huirías —repitió ella, mirándole cara a cara y asiendo más firmemente el palo—. No te he visto pegar más que a mujeres o a algún pobre animal que no pudo defenderse. Eres un cobarde, Jed Hawkins, un cobarde contrabandista de *whisky*... y debías morir.

Hasta Pedro se dio cuenta del cambio que acababa de verificarse entre las grandes rocas, y al ver a su amita tan decidida ante el hombre aborrecido, se plantó delante de él y gruñó como nunca lo había hecho.

Y el contrabandista quedó inmóvil un momento. Había decidido mantener la paz con la muchacha, para que nada sospechase hasta que Mooney le entregase el precio de la compra infame. Después, cuando ya la hubiese entregado al otro, creyó que sería cosa de Mooney habérselas con ella. Y ahora sufría el resultado de sus esfuerzos por mantener la paz. La muchacha abusaba de él, le desafiaba, hasta le espiaba... le espiaba aquella ingrata a la que había dado pan durante diez años. Decididamente, necesitaba un castigo, había que tirarle de los pelos hasta sacudir de su cuerpo tanta osadía. De un salto se plantó a su lado; Pedro dio un agudo ladrido y Nadya levantó el palo, pero llegó tarde. Jed con una mano cogió el arma y con la otra agarróse a la espesa masa de la cabellera de la joven.

Fue entonces cuando una singular energía nació en Pedro. Para cuando llegase aquel día, aquella hora, aquel preciso instante, los dioses de los destinos le habían hecho nacer. Desaparecieron para él todas las cosas del mundo, menos la pierna desnuda del contrabandista. Hacia ella se abalanzó. Sus blancos dientes afilados como puntas de daga, se hundieron en ella. Y un grito terrible, salvaje, brotó de los labios de Jed Hawkins, que soltó el pelo de la joven. Pedro oyó el grito y sus dientes se hincaron con más fuerza aún en aquella carne que fue lo primero que le hiciera sentir odio. Más que Pedro, fue la muchacha la que se dio cuenta de la escena horrible que siguió. El hombre se inclinó y sus poderosos dedos aferráronse al delgado cuello de Pedro que sintió que se ahogaba y abrió la boca soltando la presa. Luego se vio levantado en vilo y lanzado violentamente por el aire. Nadya, al verlo, descargó el palo furiosamente sobre la cabeza del malvado y al mismo tiempo oyó como el pobre cuerpo del animalito chocaba contra las rocas. Cuando Nadya se volvió, Pedro se debatía casi exánime en la arena, con el lomo y las caderas rotas, pero sus claros ojitos miraban a la muchacha y sin un quejido trataba de enderezarse.

para ir a morir, como fiel gladiador, a los pies de su amita y frente al enemigo. Él no sabía que por muchos esfuerzos que hiciera no lograría avanzar, pero la muchacha vio la terrible verdad, y lanzando un grito de dolor que no hubiesen logrado arrancar de sus labios los más atroces martirios de Jed Hawkins, corrió hacia Pedro, cayó de rodillas a su lado y lo rodeó amorosamente con sus brazos. Luego, con rápido movimiento, se puso de pie y, sin soltar al perro, se encaró con Jed Hawkins como una verdadera fiera.

—¡Por esto... te mataré! —exclamó iracunda—. ¡Te mataré!

Los golpes del palo lograron cegar al contrabandista por un momento, pues era tuerto, pero pronto se rehízo y avanzó sobre ella. Nadya huyó veloz como un pájaro. Cuando oyó los pasos del hombre que la seguía, se sintió poseída del más hondo terror... terror por Pedro, y no por sí misma. Pronto quedó Hawkins atrás, maldiciendo ante la inutilidad de perseguirla y la mala suerte que le dejara tuerto.

Nadya seguía corriendo por el llano, por la verde pradera, con el cabello suelto y flotante, y estrechando entre sus brazos el exánime cuerpo de Pedro, que daba de cuando en cuando débiles quejidos semejantes a los que Nadya había oído lanzar una vez a un niño chiquitín que se moría. Y su alma sufrió las torturas del dolor, porque sabía que Pedro también iba a morir. Y al correr hacia el bosque negro, acercó el rostro al pobre animalito y sollozando pronunció su nombre.

—Pedro, Pedro, Pedro...

Y Pedro, alegre y agradecido por el cariño que había en la voz de su amita, lamió sus mejillas. La joven sollozó más aún.

—Se acabó, Pedro —dijo—. Se acabó, mi pobre Pedro. No te volverá a hacer daño ese hombre, porque vamos a cruzar el río para ir a la cabaña del señor Mackay, donde estarás bien...

Su voz se ahogó en el llanto. Sentía el corazón desgarrado por el dolor, como si se tratara de la muerte de un hijo suyo, aquel dolor que el instinto maternal hacía presentir a Nadya. Pedro, sospechando la grandeza de las circunstancias que tan cerca del corazón humano le colocaban, aproximó más su cuerpo al rostro de su amita, cual si se sintiera contento de morir así, abrazado por la persona amada.

—No llores, Pedro —le consoló ella—. No llores. Todo irá bien... todo...

Y de nuevo los sollozos le impidieron hablar. Así llegaron a la linde del bosque. Allí vio que los ojos de Pedro se hallaban cerrados y creyó advertir una semejanza entre la cara del niño que había visto morir y la de su pobre perro, tanto era el cariño y el agradecimiento que por él sentía.

—Dios te curará, Pedro —murmuró muy bajito—. Él lo hará, Dios... y yo, y el señor Mackay.

Al mismo tiempo se daba cuenta de su error, de que nadie podía curar al pobre perro. El cuerpo exánime, los ojos cerrados de Pedro y su propio corazón se lo decían, Porque Pedro tenía la espina dorsal rota, y mientras ella corría alocada por el bosque, la vida del pobre animal se iba extinguiendo poco a poco. Pero antes de que

muriera, antes de que aquel pobre corazón dejara de latir, deseaba llegar a la cabaña del amigo, que se hallaba en el gran pantano, al otro lado del río. No es que tuviera la esperanza de que él pudiese salvar a Pedro, sino que creyó que la presencia de Rogelio haría menos dolorosa la muerte del perro, tanto para ella como para éste, porque en aquella primavera alegre de su vida, el desconocido del bosque había llevado a ella un poco de sol y de esperanza, y ella lo cifraba todo en él.

Sin cesar de correr se dirigió al sitio por donde había de vadear el Sucker Creek, que se hallaba a media milla de distancia de la cabaña donde vivía el desconocido. Cuando llegó a él, rendida y jadeante, y vio el remolino que formaban las aguas, recordó lo que Rogelio Mackay le había dicho sobre la crecida del río y sus ojos expresaron un profundo estupor. Luego miró el cuerpo inerte de Pedro, inmóvil en sus brazos, y rápidamente tomó una decisión... Sabía que en aquel sitio por donde se vadeaba el río, el agua, pese a la crecida, no podía llegarle más que hasta la cintura. A lo que temía, sin embargo, fue a la fuerza de la corriente, que era grande en aquel momento.

—Pasaremos, Pedro —dijo, y besaba al perro—. No tenemos miedo, ¿verdad que no? Claro que pasaremos...

Valerosamente se metió en el agua y la corriente azotó sus tobillos primero, sus rodillas después y por fin sus caderas. De pronto, como si cien garras invisibles surgieran desde las profundidades del agua, se sintió asida y arrastrada con más fuerza por la corriente, hasta que el agua le llegó a la cintura. Pronto tuvo que luchar por mantenerse en pie, por no perder el contacto con el suelo, por no verse arrastrada río abajo. Cuando ya estaba cerca de la ribera opuesta, llegó el momento culminante: Sintió que perdía las fuerzas y gritó angustiada, porque se hundía. Al ser arrastrada, algo duro chocó con su cuerpo, y a ello se agarró con una mano mientras con la otra sostenía al perro. Lo que había cogido era el tronco de un árbol que la corriente del río había arrancado.

—Todo va bien, Pedro —exclamó, aun sabiendo que no era verdad Todo va...

Y de súbito se hundió por completo, y Pedro con ella, pues seguía abrazada a él aun debajo del agua, y es que no pensaba más que en el perro; es que, sin saber por qué, no temió por su propia vida. No la aterraba como otras veces, cuando sólo la presenció en calidad de espectadora, la tumultuosa crecida de la corriente. Hallábase completamente sumergida en el agua, y su presión producía un vivo dolor en sus oídos, pero no se asustaba. Aun en aquel negro caos que rápidamente la iba ahogando, formáronse en su cerebro palabras de consuelo para Pedro. Con una, mano luchaba para no separarse de él, mientras con la otra trataba de salir a flote con el tronco al que tan milagrosamente lograra aferrarse. En aquellos instantes, Pedro no sólo era para ella el fiel y querido animal doméstico, sino algo más: un ser que había luchado por ella y que por ella estaba muriendo.

De pronto sintió que algo la arrastraba hacia arriba. Era el tronco que recobraba su equilibrio tras unos momentos en que el peso de la muchacha lo había alterado. En

un sitio donde la corriente quedaba atenuada por la formación de un recodo, apareció la cabeza de la muchacha, que tenía el rostro palidísimo, y que con las pocas energías que le quedaban, colocó al perro sobre el tronco, para que no se ahogara. Por fin pudo respirar, pero el agua que caía de su larga cabellera impedíale ver dónde se hallaba. Iban flaqueando sus fuerzas. En vano trató de salir un poco más del agua: sólo logró levantar la cabeza y tropezar con la rama baja de un árbol que había en la orilla. El golpe la aturdió y hubo de soltar el tronco.

Dio un grito y alargó la mano para alcanzar a Pedro, pero éste, que continuaba sobre el tronco, ya estaba lejos. Quiso avanzar, pero no pudo: algo le tiraba del cabello con la misma fuerza maligna que acostumbraba hacerlo Jed Hawkins. Durante algunos momentos la corriente azotó el cuerpo de Nadya, que pendía enganchada, por los cabellos, de la rama del árbol.

No sintió el dolor de los tirones. Había logrado abrir los ojos y veía que a una distancia de diez metros flotaba el tronco en un sitio donde apenas había corriente, y que Pedro ya no estaba en él. De pronto, algo inaudito le hizo olvidarse de que se hallaba sumergida hasta el cuello, de que la sostenía por los cabellos una rama y corría inminente peligro de perecer ahogada, y con la mirada de estupor que se presencia un milagro, vio como Pedro nadaba, en aquella parte tranquila y sin corriente, hacia la ribera. No quiso dar crédito a sus ojos. Creyó que era el cadáver del pobre animalito el que flotaba sobre las aguas. Imposible que nadase. Y sin embargo, sacaba la cabeza del agua, se movía, avanzaba hacia la ribera.

Frenéticamente dio un tirón de su cabellera, Algo cedió. Sintió un agudo dolor en la cabeza, y libre ya, pudo, siguiendo la corriente, llegar al remanso. Poco después, reuniendo todas sus fuerzas, logró alcanzar la orilla. Aun antes de salir del agua, se lamentó por la suerte de Pedro, que había llegado también a la orilla, donde permanecía echado e incapaz de hacer un movimiento. Sus claros ojillos denotaban, sin embargo, que estaba vivo y esperaba a su amita. Nadya se acercó despacio. Hasta entonces, cuando ya el peligro había pasado, no se dio cuenta de su extrema debilidad. Parecíale que la cabeza le daba vueltas y la vista se le nublabá, y consideraba muy natural que Pedro estuviera vivo y no muerto. Aún le llegaba el agua al tobillo, cuando cayó de rodillas y tuvo que arrastrarse para llegar al sitio donde se hallaba Pedro. Ya allí, se abrazó al perro y se abandonó a la fatiga. Los rayos del sol primaveral caían de lleno sobre los dos, y el agua que poco antes amenazaba ahogarlos dejaba oír otra vez su murmullo musical. De nuevo sonaba el canto de los pájaros y en un árbol cercano jugueteaba una pareja de ardillas. El hermoso pelo de Nadya brillaba al sol y se iba rizando conforme se secaba. También se secaban los bigotes de Pedro. Media hora después rutilaba en los ojos de Nadya una nueva luz y sus mejillas tenían la suave y fresca tonalidad de las rosas de mayo.

—Ya estamos casi secos y podemos ir a ver al señor Mackay, ¿eh, Pedro? — murmuró la muchacha al oído del animalito.

Nadya se levantó y sacudióse el pelo. Cogió en brazos a Pedro, que lanzó un débil

quejido.

—Él te curará, Pedro —le consoló la muchacha—. Y allí, a su lado, estaremos muy bien.

Al decirlo, miraba al frente, al bosque lleno de sol, y el canto de los pájaros y la belleza del universo ensanchábanle el corazón, haciéndola vibrar con el nuevo sentimiento de la libertad.

—¡Flores! —exclamó—. Flores y pájaros y el sol. Pedro —y se detuvo un momento—, creo que ahora debemos ir a ver al señor Mackay —concluyó.

Sacudióse de nuevo la cabellera, que, rebelde, la envolvía cual un glorioso manto, y la luz de sus ojos oscurecióse un poco y el color de sus mejillas se avivó cuando se dirigió, decidida, al bosque en el cual entró por un sendero que conducía a la vieja cabaña donde Rogelio Mackay se ocultaba de los hombres.

Capítulo III

EN la pequeña y vieja cabaña del difunto Tom, el indio, construida en un claro del bosque, cerca de la orilla del Sucker Creek, oíase la fuerte risa de un hombre. Los dorados rayos del sol del atardecer entraban por la puerta abierta de la choza. La risa del hombre, lo mismo que el sol que bañaba el bosque, era alegre en aquel rincón del gran pantano que ocupaba muchas millas al norte y oeste. Era una risa pocas veces oída en labios de un hombre. No era ni estruendosa ni osada; era profunda, limpia y salida del alma. Una risa contagiosa, una risa que tenía la facultad de desvanecer las más negras sombras de la noche y el miedo. Si en aquel rincón del pantano acechaba algo diabólico, aquella risa lo mantenía a distancia. Y más de una vez, como aquellos que vivían en tiendas y chozas muy lejanas podrían testimoniar, había alejado a la misma muerte.

En el interior de la cabaña, inclinado sobre una mesa de burdos tablones, hallábase el hombre que reía... Rogelio Mackay, un extraordinario «fuera de la ley», buscadísimo por todos los individuos de la Real Policía Montada del Noroeste del Canadá.

Nadie podía figurarse que era un fugitivo al verlo allí, bajo los últimos rayos del sol, y, no obstante, lo era, y sobre él pesaba la más extraña y fantástica acusación del país norteño. No era ni alto ni bajo, pero sí redondo como una manzana y de cutis tan rojo como el lado más maduro de ella. Había algo angelical en su rostro redondo y dulce, en el gris claro de sus ojos, en su pelo de un rubio sedoso y en el volumen de sus manos. Era un hombre de aspecto bonachón que, por lo bien alimentado que parecía estar, semejava un pastor y muchos le hubieran calificado francamente de gordo. Pero era de una gordura extraña, como muchos hombres que corrían por las sendas del Norte podrían atestiguar. No mostraba huella alguna de delito, a no ser que uno olvidase todo su aspecto bonachón y se fijara únicamente en el cinturón cartuchera y la funda de revólver que llevaba en la cintura. En todos los demás aspectos, Rogelio Mackay no sólo parecía una persona inofensiva, sino, además, un ser especialmente designado por el Sumo Hacedor para derramar alegría y benevolencia por dondequiera que fuese. Su edad, si le hubiese convenido revelarla, era por aquel entonces de treinta y cuatro años.

Parecía a primera vista que no había nada en la cabaña que moviera a un hombre, por muy contento que estuviese, a reír, y mucho menos a una persona cuya cabeza habíase puesto a precio, a no ser el aroma delicioso de la cena que adivinábase a punto de ser servida. En un pequeño hornillo que estaba en un rincón del cuarto, tornábanse doradas en una sartén dos pechugas de perdiz, y del pitón roto de una cafetera salía un rico perfume de la aromática infusión. Al lado de sartén había media docena de patatas cocidas sin mondar.

Rogelio Mackay se separó de la mesa frotándose las manos. Era la tercera vez que

iba al pequeño anaquel construido en la pared misma. Allí levantó, con cuidado, de una caja, un montón de papeles, movimiento que motivó un chillido de protesta de un ratoncito oscuro, que subióse al borde de la caja y le miró con sus ojillos brillantes como si quisiera interrogarlo.

—¡Qué diablillo eres! —dijo Rogelio—. ¡Qué diablillo!

Levantó los papeles un poco más y volvió a contemplar lo que había descubierto media hora antes. En un blando nido hallábanse cuatro ratoncitos, pelados y ciegos aún, y cuando volvió a colocar el montón de papeles en su nido, la madre se reunió de nuevo con sus hijitos. Rogelio oyó cómo les chillaba, cual si quisiera decirles que no tuviesen miedo de aquel hombre, porque lo conocía muy bien y sabía que no les haría daño. Cuando Mackay volvió a sentarse a la mesa, rió de nuevo y su risa desparramóse por el bosque. Desde la copa de un abeto le contestó un enorme grajo azul.

Pero en el fondo de aquella risa, a poca atención que se prestase, notábase algo más que la visión de los cuatro ratoncillos del nido de papel. Aquel día su alegre corazón de filibustero había experimentado una extraña felicidad. Hubiera podido cogerla y retenerla para siempre a su lado; pero cuando llegó el momento, rehusó, porque era un delincuente y porque conservaba íntegro el sentimiento del honor de los hombres. No había en Rogelio Mackay nada que se asemejase a una religión definida. La Naturaleza era su credo; las manifestaciones de ella, la vida y el aire que aquélla le daba para respirar, eran las páginas del libro por el que se guiaba. Y no obstante, no hacía aún una hora, desde que el sol comenzó a declinar, aquellas páginas le decían que era un tonto al dejar escapar lo único grandioso que existía en la vida tan sólo porque era incidentalmente un proscrito de la sociedad, y los hombres, llevados de sus leyes, le buscaban. Entre estas opuestas ideas osciló durante un buen rato, mientras su alma se henchía de la emoción del canto y de la risa.

Media hora antes creyó estar seguro de haber llegado a una determinación definitiva. Habla entonces olvidado la ley a la que faltara y a los hombres de uniforme rojo que le buscaban sin descanso. Creyó poder estar seguro de que nunca le buscarían por aquellos lugares, parajes selváticos tan próximos a las regiones civilizadas, y con el tiempo —así razonaba en aquel momento de optimismo— se esfumaría su identidad y el peligro de ser descubierto. Al día siguiente volvería a ir al monte Cragg, y entonces...

Sus pensamientos se hallaban embargados por el recuerdo de unos ojos azules, de unos rizos rubios que rolaban a la luz del sol, de una linda carita de labios rojos que decían con delicioso balbuceo: «No creo que sea un mal que usted me bese... si usted lo desea, señor Mackay».

También habló a la ratita madre, que de cuando en cuando solía aparecer en el borde del cajón para mirarle.

—Usted, señora ratita, es también un ejemplo de iniquidad, ¿sabe? Es usted una ladrona. Se me ha comido usted el queso, me ha roído usted los cordones de las botas

de nieve y me ha robado un calcetín para hacerse un nido. Debería cogerla en una trampa o pegarle un tiro. Pero no lo hago, sino que la dejo vivir y tener familia. Usted me ha sugerido una gran idea. ¡Vaya si me la ha sugerido! Usted me ha demostrado que también yo tengo derecho a tener un nido para mí, y voy a tenerlo, y en él habrá un ángel bello y, dulcísimo que Dios convirtió en mujer en vez de flor. Sí, señora. Y si viene la policía...

De pronto esfumóse la bella visión y en el rostro de Rogelio Mackay se dibujó el gesto del hombre que sabe darse cuenta de la realidad...

Con la caída del sol y la cena que le esperaba, aquella nube que vino a desvanecer sus sueños se hizo más oscura y más siniestra. El corazón se le contrajo dolorosamente. Se dirigió a la puerta y miró al mundo, a su mundo, aquello que lo era todo para él: padre, madre, Dios... En él había nacido y sabía que en él habría de morir. Lo amaba, lo comprendía y de día y de noche, bajo el sol o la tempestad, su maravilloso espíritu era lo único que le acompañaba. No obstante, en aquel momento no le dijo nada. Apenas si oyó el agudo graznido del grajo azul en el alto pino.

Algo más fuerte que un deseo se despertó en él y se tradujo en palabras que salían de su contraída boca.

—¡Si no es más que una niña!... Y yo soy un malvado, un bandido, a quien espera la cárcel, pues más tarde o más temprano me cogerán. Ello es tan seguro como que Dios me deja vivir.

Metióse de nuevo en la cabaña y sonrió levemente cuando oyó el ruido en la caja donde estaba el nido de los ratones.

—No puede ser, señora. Es completamente imposible. Ella ya ha sufrido bastante en su vida para que yo la haga sufrir más. Porque un día u otro sufriría por mi culpa. De todos modos, estoy contento, muy contento, de que me dejara que la besase... si yo hubiese querido. ¡Fíjese, señora!... ¡Si yo hubiese querido! ¡Si yo hubiese querido! —repitió ¡A fe que si tuviese una vida que entregar, la entregaría... con tal de besarla una sola vez! Pero, señora mía, tal como están las...

De pronto contuvo la respiración. A pesar de la tensión nerviosa que le dominó de súbito, no se movió del hornillo. La filosofía que él conocía le había enseñado una cosa sobre todas las demás, y era que él pertenecería a la supervivencia de los más idóneos mientras viviera, Siempre se hallaba en guardia. Su cerebro era agudo, su vista rápida para la percepción, y su oído, siempre alerta, finísimo. Todas sus fibras estaban entrenadas para la vigilancia. Y en aquel momento sabía, sin tener necesidad de volver la cabeza, que alguien se hallaba en la puerta, detrás de él. Había percibido un ruido muy tenue, había sentido en la espalda una conmoción eléctrica que no podía ser producida más que por una persona que le mirara inmóvil y sin hacer ruido. Después de la momentánea inercia que le produjo la tensión nerviosa, pinchó con el tenedor en una de las dos pechugas de perdiz, la volvió, chascó la lengua en señal de aprobación culinaria... y con rápido movimiento se halló cara a la puerta, con el revólver en la mano y apuntando a la altura del pecho del intruso.

Casi simultáneamente dejó caer el brazo que empuñaba el revólver.

—¡Pero si...!

Miraba fijamente al intruso, quien también tenía los ojos clavados en él.

—¡Nadya! —pudo exclamar por fin—. ¡Dios mío! Creí... creí... —tragó saliva para encontrar la mentira— creí... ¡qué sería un oso!

De momento no vio que la hija adoptiva de Jed Hawkins estaba mojada, porque sólo reparó en sus hermosos ojos azules, que le miraban asombrados. Nadya tenía las mejillas enrojecidas, su boca se quebraba en un extraño rictus y el pelo le caía sobre los hombros. Rogelio Mackay, que poco antes soñara en una imposible felicidad íntimamente relacionada con ella, no vio nada más que la belleza de la muchacha llegada tan inesperadamente. Luego, con rapidez, se hizo cargo de la situación de Nadya. Los últimos rayos del sol, que la iluminaban por la espalda, hicieron resaltar la humedad del cabello y del traje. En el suelo formaba pequeños charcos el agua que caía de sus zapatos. No era extraño que se hallara en tal estado, si se tenía en cuenta que para llegar allí había tenido que cruzar el río. Pero fue la mirada de sus ojos y la forma en que abrazaba al perro lo que le sobresalió al verla en aquel estado ante.

—¡Nadya! ¿Qué ha pasado? —preguntó colocando el revólver encima de la mesa—. Se cayó usted al río...

—Se trata de Pedro —exclamó ella casi sollozando—. Nos hemos tropezado con Jed Hawkins en el escondrijo del *whisky* y se encolerizó y me tiró de los pelos. Pedro le mordió y él lo cogió y lo tiró contra una roca. Está muy grave, señor Mackay.

Y la muchacha le entregó el perro, el cual se quejaba cuando Rogelio lo cogió, a pesar de que lo hizo muy suavemente. La muchacha sollozó. En su profundo jadeo notaba su emoción, pero a sus ojos no asomó ni una lágrima. Se dirigió a la mesa y señaló el revólver.

—Si lo hubiese tenido —exclamó— le habría matado.

Rogelio se arrodilló en el suelo y tumbó en él a Pedro. Inclinado sobre el pobre animal, preguntó, mientras por su rostro se difundía una densa palidez:

—¿Dice usted que... le tiró de los pelos?

—Ya lo he olvidado —repuso ella en voz baja. No se lo iba a contar—. No me hizo mucho daño. Es a Pedro a quien se lo hizo... Dígame, señor Mackay, ¿está muy grave?

Rogelio Mackay tanteó con sus dedos, muy suavemente, el cuerpo del pobre Pedro, y éste, aunque gemía de cuando en cuando, parecía sentir un gran consuelo. Ya no tenía miedo de Jed Hawkins ni de la muerte. El alma de un perro es sencilla en la apreciación del bien y para Pedro significaba un gran bien poder hallarse allí, a pesar de estar herido, cerca de su querida amita y en manos de aquel hombre bueno. Se quejó cuando la mano de Rogelio rozó la parte lesionada y gritó como un niño cuando el hombre experto, con un hábil masaje, encajó los huesos dislocados. Aun en aquel momento de agudo dolor, volvió la cabeza para lamer el dorso de la mano bienhechora. Rogelio Mackay, mientras, trabajaba, daba órdenes a la muchacha para

que trajera ropa que ella convirtió rápidamente en vendas, y al cabo de diez minutos, la pata derecha posterior del perro estaba tan bien y tan fuertemente vendada, que el animal no podría moverla.

—Tenía la cadera dislocada y la pata rota —dijo el hombre cuando hubo terminado—. Pero ya está curado y dentro de tres semanas volverá a correr.

Después cogió al perro y lo puso con cuidado en un rincón, encima de unas ropas. Luego volvióse hacia la muchacha, conservando en sus ojos una mirada extraña, dura.

Como ella tenía también clavados fijamente los ojos en él, Rogelio vio en ellos aquel algo maravilloso que momentos antes le hiciera soñar con el Paraíso. Eran más azules que nunca y sabía que en el corazón de ella no había falsedad y que no podía guardar el secreto que sus ojos revelaban. Un deseo jamás sentido parecía obligarle a abrir sus brazos para que la muchacha, lo que seguramente hubiera ocurrido, cayera en ellos pero una voluntad más fuerte que el deseo le detuvo. No podía haber felicidad para él.

—Yo sabía que usted lo curaría, señor Mackay —murmuró, y su voz revelaba un gran orgullo y una gran fe.

—¡Lo sabía!

Rogelio no pudo resistir aquella mirada y se volvió hacia la estufa, donde fingió ocuparse de la cena para ocultar su profunda emoción. Y sin volver el rostro cambió de conversación.

—Llegó usted muy oportunamente, Nadya. Cenaremos juntos y después la acompañaré hasta cerca de su casa.

Pedro estaba observándolos. Le había desaparecido el dolor, y se hallaba muy bien en aquel lecho improvisado. Abandonada la cabeza entre las patitas, seguía todos los movimientos de aquellos dos seres que constituían completamente su pequeño mundo. Oyó la dulce risa de Nadya, cosa que tan raramente ocurría. A la luz de la lámpara que el hombre encendió, vio que ella se arreglaba el pelo y que Rogelio la miraba en silencio que su mirada variaba de expresión cuando ella se volvió hacia él. En la despierta inteligencia de Pedro todo aquello no podía tener un sentido definido, a no ser el de que todo respiraba felicidad, lo que siempre sucedía cuando se trataba de Rogelio Mackay, tanto si brillaba el sol como si era de noche. Muchas veces en su corta vida de perro había visto lágrimas en el rostro de Nadya, así como la vio esconderse cuando aquel otro hombre maldecía a su mujer. Pero en compañía de Rogelio, nada de eso sucedía. La mirada de éste era bondadosa y ni se pasaba el tiempo gritando y maldiciendo, ni tiraba a Nadya de los pelos, por todo lo cual Pedro le quería tanto como quería a la joven. Y sabía que también su amita quería a aquel hombre bueno, porque así se lo había dicho, porque sus ojos tenían una mirada diferente cuando estaban cerca de él y porque sólo entonces solía reír como lo hacía en aquel momento. Rogelio se había sentado a la mesa y Nadya se hallaba detrás de él, encendidas las mejillas ante el maravilloso privilegio de poder servirle el café.

Luego se sentó también ella y Rogelio Mackay le dio la mejor parte de las pechugas de perdiz e hizo todo lo posible por permanecer impassible a la vista de la dulce belleza de la muchacha que estaba sentada frente a él.

Los ojos de ella brillaban de felicidad y no se esforzó en ocultarlo. Rogelio le había proporcionado los únicos momentos de verdadera felicidad de que había gozado en su vida. Después de Dios —su fe en Él no habían logrado destruirla ni Jed Hawkins ni su infeliz mujer— seguía para ella Rogelio Mackay, quien desde hacía tres meses se escondía en la cabaña del indio Tom. Y, como Pedro, ella le quería. La inocencia de su cariño se revelaba claramente en su mirada.

—Nadya —dijo Rogelio Mackay— usted tiene diecisiete años.

—Voy para los dieciocho —corrigió ella rápidamente—. Diecisiete los cumplí hace dos semanas.

El rápido e indefinido matiz de anhelo que había en la voz de ella hizo latir el corazón del hombre con más violencia. No obstante, asintió sonriendo:

—Bien, va usted para los dieciocho años. Pronto vendrá algún joven a estos contornos, la verá a usted y... se casarán...

Fue una exclamación extraña la que brotó de los labios de la joven. Rogelio notó que la emoción le anudaba la garganta. Tenía Nadya los ojos muy abiertos y en su mirada se leía la alarma y el espanto que le produjo la afirmación de su amigo, quien al verla tan afectada sintió flaquear la resolución que antes tomó.

—¿Adónde piensa usted marcharse, señor Rogelio?

—¿Yo? ¡Oh!, yo no pienso marcharme a ningún sitio... cuando menos por ahora. Pero usted..., usted se marchará seguramente con alguien el día menos pensado.

—De ningún modo —exclamó ella con energía—. ¡Odio a los hombres! Los odio a todos menos a usted, señor Mackay. Y si usted se marcha...

—¿Si yo me marchó...?

—¡Mataré a Jed Hawkins!

Involuntariamente alargó la mano para coger el revólver que estaba en un ángulo de la mesa.

—Sí, le mataré, si usted se marcha —amenazó otra vez—. Él ha sido el causante de la desgracia de su mujer, pues si está medio paralítica es a causa de los palos que él le ha dado. Si no fuese por ella, hace mucho tiempo que me hubiera escapado. Pero prometí quedarme y me quedaré hasta que no pueda más. Si usted se marchase...

—No me marcharé, Nadya afirmó Rogelio Mackay al notar la emoción de la joven ¡Se lo juro! No me marcharé hasta... hasta que usted me diga que me vaya.

Una mirada de agradecimiento fue la respuesta de Nadya. El hombre se dedicó de nuevo a sus manipulaciones culinarias para ocultar su emoción. Después, dueño ya de sí, volvió con la cafetera.

—¿Qué pasó en el río, Nadya? —preguntó.

Ella se lo contó todo y cuando pronunció el nombre de Pedro, el animal levantó la cabeza como si esperase algo. Vio la cara de Rogelio Mackay, por la que pasaron las

emociones más diversas. Cuando Nadya concluyó el relato, Rogelio se inclinó un poco hacia la joven y dijo:

—Me ha de prometer usted una cosa, Nadya. Si Jed Hawkins vuelve a tocarla a usted, o a tirarle del pelo... ¿me lo dirá?

Nadya vaciló.

—Si no me lo promete... tampoco yo cumpliré mi promesa y no me quedaré —añadió...

—Entonces... se lo prometo —contestó ella—. Si Jed reincide, se lo diré a usted. Le advierto que no tengo miedo más que por el perro. Jed Hawkins lo matará seguramente si vuelvo a llevarlo a casa. ¿Quiere usted tenerlo aquí? ¡Ojalá yo pudiera quedarme también!

Nadya pronunció las últimas palabras muy aprisa y sus mejillas tornáronse por un instante del color de la grana, pero Rogelio dedicó de nuevo su atención a la estufa y pretendió no haber notado el rubor de la joven, al haber oído sus últimas palabras, y la vergüenza de la muchacha se desvaneció rápidamente.

—Sí, me quedaré con Pedro —dijo él sin volverse, Y en su alma gritaba otra voz que ella no podía oír: «Y daría mi vida por retenerte a ti también».

Media hora más tarde salieron los dos de la cabaña. Ya estaba todo oscuro y no había salido aún la luna. La noche era silenciosa y, aparte las suaves pisadas de los dos, nada se oía. Rogelio Mackay iba muy contento, porque para que la joven pudiese marchar mejor por el ignorado y oscuro camino, la había cogido de la mano. Nadya iba muy junto a él, tanto, que su mejilla rozaba el hombro masculino. La oscuridad le impedía verla. Fue muy orgulloso durante todo el camino, y al llegar al vado rió con una risa extraña que no era corriente en él:

—Procuraré que no vuelva usted a mojarse, Nadya dijo.

La mano de ella continuaba en la suya. Dijérase que la joven tenía miedo de perder a su amigo en aquella profunda oscuridad. Al oírle, se acercó más aún a él, sin pronunciar una palabra, y al cálido contacto de la mujer, Rogelio luchó con la tentación de abrazarla y revelarle la adoración que por ella sentía.

—No tengo miedo de volverme a mojar —murmuró ella un poco después—. ¡Usted es tan fuerte, señor Mackay!

Rogelio, suavemente, soltó la mano de ella y levantó en brazos a la joven, que quedó apoyada contra su pecho y muy encima de la superficie del agua. Al principio, los brazos de Nadya sólo tocaban débilmente los hombros de Rogelio, pero a medida que fueron internándose en el río y ella fue notando que su protector comenzaba a luchar con la corriente, sus brazos se aferraron al cuello de él hasta hacerle sentir el calor y la palpitación de sus pulsos. Nadya dio un gran suspiro de satisfacción cuando Rogelio la puso en el suelo al otro lado del río, pero cogió otra vez la mano amiga, y él, con las ropas empapadas, la acompañó hasta la cima del bosque.

Capítulo IV

EN la cabaña de Rogelio Mackay la espera se hacía interminable para el perro. Rogelio había apagado la luz, en ella y cuando salió la luna, sus rayos no llegaron al interior de la cabaña. La puerta, que estaba abierta, daba al oeste y en las dos ventanas estaban echadas las cortinas. Mas Pedro vio a través de la puerta cómo la dulce irradiación del astro nocturno que llenaba el mundo de sombras silenciosas pero que parecían tener vida, iba aclarando la noche. Era una luna espléndida, grande, y Pedro amaba a la luna, aunque la había visto pocas veces durante su corta existencia. Fascinábale más que el sol, porque siempre había claridad cuando éste aparecía, y porque nunca había visto que el sol ahuyentase las tinieblas como lo hacía la luna. Aquel misterio le infundía respeto, pero no temor. No llegaba a comprender el significado de aquellas sombras quietas, cuya irrealidad le desconcertó tantas veces como las husmeara, y le intrigaba por qué los pájaros no volaban a la luz de la luna ni cantaban como lo hacen durante el día. Y algo que estaba en lo más hondo de su alma, algo que heredara de antiguas generaciones, hacía que la sangre corriese rápidamente por sus venas cuando aquel disco luminoso que ahuyentaba las tinieblas avanzaba por el firmamento. Entonces le embargaba un extraño anhelo de aventuras y observaba y escuchaba cosas que nunca había visto ni oído.

En la semioscuridad de la cabaña estaba Pedro muy quieto, mirando fijamente la puerta abierta. Desde hacía ya un buen rato sólo estaba pendiente del regreso de Rogelio y Nadya. Por dos veces trató de ponerse en pie, pero el movimiento le produjo tan vivo dolor que no lo intentó por tercera vez. Después de un gran silencio, empezó a oír los ruidos de la vida nocturna de los bosques y las praderas. Eran muy cautelosas aquellas criaturas de la noche, porque eran ladronas y piratas de la selva, siempre dispuestas a matar. También esto lo sintió Pedro merced a la herencia de antiguas generaciones de perro norteamericano, cuyos sentimientos dormitaban en él. Oyó el lejano aullido de un lobo y algo le reveló que no era un perro. Desde más cerca llegó la llamada de un anta y el mismo instinto le advirtió que el animal había visto un oso, cosa que jamás vieran sus propios ojos. No conocía a los animales de rapiña: el zorro, el lince, el visón, el armiño, ni a los asesinos plumíferos de ojos redondos que habitaban en las copas de los árboles, pero el atavismo le decía que también se hallaban allí, entre las sombras. Y sucedió algo que convirtió su sospecha en realidad. Un conejito silvestre se detuvo delante de la puerta, y mientras roía la hierba, un bulto de plumas y garras se precipitó sobre él y Pedro oyó los chillidos de agonía del animalito cuando el búho se lo llevó a su refugio, que hallábase en la copa de un alto pino. Aun entonces, Pedro hubiese salido: no sentía el miedo.

Por fin, su larga espera terminó. Oyó pasos, y Rogelio apareció en el umbral. Allí permaneció inmóvil un momento, mirando en dirección al oeste, donde el cielo estaba cuajado de estrellas. Pedro hubiera querido ladrar alegremente, pero en la

inmovilidad de Rogelio había algo extraño y además no se oía a la muchacha. Por fin, Mackay se decidió a entrar y se sentó a la mesa, sin encender la luz. Durante largo rato estuvo el perro contemplando al hombre silencioso, escuchando su jadeante respiración. Por fin no pudo resistir el silencio y empezó a gemir.

Sus quejas despertaron a Rogelio de su ensimismamiento. Éste se levantó y encendió un fósforo que volvió a apagar en seguida, y se dirigió al sitio donde estaba Pedro. Se sentó a su lado y lo acarició.

—Pedro —dijo en voz muy baja—, me parece que ya tenemos algo que hacer. Tú empezaste y yo habré de terminar. ¡Vamos a matar a Jed Hawkins!

El perro se acercó al amigo todo lo que su herida le permitía.

—Puede que yo sea malo de verdad, Pedro, y puede que la policía deba cogerme —continuó Rogelio Mackay en la oscuridad—, pero hasta esta noche jamás pensé en matar a un hombre. Ahora me hallo dispuesto a ello. Si Jed Hawkins vuelve a tocarla, lo mataré. ¿Has comprendido, «Pied-Bot»?

Se levantó y el perro le oyó desnudarse.

Preparó al can un lecho en el suelo y él se acostó en su camastro. Durante mucho tiempo Pedro tuvo la sensación de que en la cabaña había algo más opresor que la oscuridad de la noche, y esperaba, aguzaba el oído y rezaba a su modo por el retorno de Nadya, preguntándose por qué le dejaba abandonado tanto tiempo Y por qué los seres invisibles de la noche, bajo la luz amarilla de la luna, celebraban un carnaval en que imperaba la fuga, el terror y la matanza.

Rogelio se había dormido. Los lobos lanzaban más cerca sus lamentos y las aguas del arroyo discurrían murmurando su eterna canción... Por fin, Pedro se durmió también. Después de aquella noche pasaron muchos días sin que Pedro volviera a ver a Nadya. De nuevo comenzaron las lluvias. El río creció, y cada vez que Rogelio iba al monte Cragg, exponía su vida al vadearlo.

Al cabo de dos semanas, Pedro comenzó a poder andar, pero cojeaba un poco. Su pata trasera derecha dejaría desde entonces una huella especial en el suelo.

Aquellas dos semanas de inactividad fueron para Pedro de gran provecho y estaban destinadas a dejar imperecedera impresión sobre su modo de ser. Aprendió a conocer mejor a Rogelio, no sólo por lo que de él viera, sino por el instinto de intuición que iba desenvolviéndose rápidamente en su fea cabezota. Aquel instinto se desarrolló en él con más fuerza que todos los demás, y transcurridas las dos semanas sabía apreciar el estado de ánimo de Rogelio Mackay con sólo oír sus pasos. Mientras se hallaba despierto luchaba siempre por descubrir el misterio de su nueva vida. Se daba cuenta de que había perdido a Nadya y cada día que pasaba la alejaba más de él, pero también se daba cuenta de que Rogelio la veía con frecuencia, y siempre que regresaba éste a la cabaña esperaba el perro volverla a ver.

Gradualmente, sin embargo, fue ocupándose menos de su antigua amita para dedicarse más a Rogelio, hasta que llegó a amar tanto a aquel hombre bueno como amó en otro tiempo a Nadya. En aquellos días, Rogelio encontró en la camaradería y

compañía del perro un gran consuelo durante las horas en que tristes pensamientos le asaltaban y consumían. Pedro lo vio todo: las horas en que la voz y la risa de su amo llenaban la cabaña de alegría y felicidad, y las otras, las horas en que, ensimismado y adusto, divagaba, perdida la mirada en lejanos horizontes que él jamás logró percibir. Era en aquellas horas de pesadumbre cuando Mackay hablaba a Pedro revelándole cosas que a nadie había contado aun.

Una noche en que regresó calado hasta los huesos por el vadeo del río, dijo a Pedro:

—Deberíamos marcharnos Pedro. Deberíamos arreglar ahora mismo nuestro hatillo y marcharnos... Porque algunas veces tengo miedo de mí mismo, «Pied-Bot». Por ella mataría. Por ella moriría. Renunciaría por ella a todo y viviría en la cárcel si pudiera tenerla conmigo. Y esto es peligroso Pedro, porque no debo ni puedo tenerla conmigo. Es imposible, Pedro. Ella no sabe por qué estoy aquí. No sabe que desde hace años soy un proscrito, un hombre perseguido por la Justicia, y que me escondo aquí porque a la policía nunca se le ocurrirá buscar a Rogelio Mackay en este sitio tan próximo a las regiones civilizadas. Si se lo dijese ella creería que yo soy peor que Jed Hawkins y no que he sido un bandido de ingenio que no me he valido nunca del fusil y que nunca he herido innoblemente a una persona, No, ella no lo creería, Pedro. Y me quiere. ¡Esto es precisamente lo peor! Porque tiene fe en mí y mañana mismo iría conmigo a casa del padre misionero. Lo sé. Lo veo, lo siento, y yo...

Sus dedos se crisparon sobre el cuello del perro.

—Pedro —murmuró—, yo sé que Dios existe, lo presiento en los árboles, en las flores, en el firmamento, en todo, y espero que antes me matará que permitir que haga con Nadya lo que no debo. ¡Así lo es, Pedro! ¡Que me mate antes!

Y aquella noche, Rogelio buscó inútilmente el descanso en su litera; sus agitados pensamientos no le permitieron conciliar el sueño. Pero a la mañana siguiente, al prepararse el desayuno, estaba cantando y la cálida luz del sol que radiaba sobre las selvas no era más alegre que la voz de Rogelio Mackay.

—Mira, «Pied-Bot» —dijo al perro—. Yo procuro imitar al sol. Siempre está brillando, por muy densas que sean las nubes que nos lo ocultan. Una risa nunca hace mal a un hombre, a no ser que tenga los pulmones helados.

Y aquel día Rogelio no cruzó el río.

Capítulo V

A las tres semanas de haber sido herido, vio Pedro a Nadya. En aquel entonces corría ya tan bien que podía seguir fácilmente a Rogelio hasta el vado, lugar en que después permanecía horas y horas esperando a su amo, que iba al monte Cragg. Con frecuencia dejaba Mackay de cruzar el río y se quedaba tumbado con Pedro en un otero que habían descubierto. Allí leía uno de aquellos libros, encuadernados en tela roja, que Pedro sabía que eran apreciadísimos por su amo. Si hubiese podido leer, hubiera visto títulos como el de Margarita de Anjou, Historia de Napoleón, Historia de Pedro el Grande, César, Colón, y así hasta completar los veinte tomos que Rogelio había cogido dos años antes de un correo de las selvas y que conservaba como un preciado tesoro.

En aquella tarde de junio, bajo la paz soñolienta del ambiente, Rogelio contestó, así a la mirada interrogadora de Pedro:

—Mira, «Pied-Bot» fue de este modo —dijo—. Yo estaba ansiando algo para leer y pensé que en aquel correo debía de haber algo; periódicos, por ejemplo. Así, pues, detuve el correo y maniaté al conductor y, buscando, encontré esto. Juro que no cogí nada más... aquella vez. Hay veinte libros y pesan sus nueve libras. Durante los últimos dos años he recorrido con ellos auestas cuando menos cinco mil millas. No los vendería por mi peso en oro, y eso que peso bastante. Te di el nombre de uno de estos libros, Pedro. Por poco le llamo Cristóbal Colón. Algún día llevaremos estos libros al hombre a quien pertenecen. Me lo he prometido a mí mismo. Parece como si hubiese robado el alma a alguien, si no los devuelvo. No he hecho, pues, más que tomarlos prestados, esto es todo. Y conservo la dirección de su dueño, que vive en los límites de la Gran Estepa. Cualquiera día haremos un viaje especial para devolvérselos.

Pero la atención de Pedro había sido atraída de pronto por otra cosa. Rogelio siguió la mirada del perro y vio a Nadya que, desde la orilla opuesta, los observaba en silencio. El perro la reconoció inmediatamente y tembló de alegría cuando su amo lo cogió en brazos y vadeó riendo alegremente el río. Durante cinco minutos estuvo Rogelio mirando a Nadya y al perro, y se conmovió ante las lágrimas de la muchacha y la alegría manifiesta del animal. Las tres semanas habían sido para Pedro un larguísimo período de tiempo, pero no advirtió cambio alguno en su adorada amita. Encontraba los mismos radiantes rizos donde esconder su cara; eran igual para él sus gentiles manos, su dulce voz y el cuerpo cálido cuyo regazo suavemente le abrigaba. No se daba cuenta de que llevaba zapatos y traje nuevo y que de sus mejillas y de sus labios había huido el color y que no podía ya ocultar como antes la mirada dolorosa

de sus hermosos ojos.

Rogelio, en cambio, notó la expresión de su mirada y su creciente palidez, como lo había estado observando desde hacía dos semanas. Y más tarde, cuando, casi de noche, Nadya regresó al monte Cragg y él cruzó con Pedro el río, hubo en sus ojos la expresión dura, terrible, que el perro había notado con alguna frecuencia durante los días anteriores. En aquel atardecer también habló el hombre al can en su cabaña:

—Se aproxima la cosa, Pedro. Estoy esperándolo. Algo está pasando que ella no nos quiere decir. Teme por mí, lo sé. Pero pronto sabré lo que es, y entonces, «Pied-Bot», creo que mataremos a Jed Hawkins y nos iremos al norte.

La tristeza del presagio que se notaba en la voz de Rogelio flotaba desde entonces en el ambiente de la cabaña y más que nunca presintió Pedro durante muchos días la emoción y el aviso de algo misterioso que se avecinaba. El instinto le decía que su amo estaba siempre alerta, aguardaba siempre una cosa que no acababa de llegar. E, instintivamente también, sabía que había que guardarse de aquello. Pedro era un perro muy listo y aprendió rápidamente las cosas que le decía su amo. Su cuerpo había adquirido también mayor soltura, sus patas, antes tan torpes, eran ágiles y no tropezaban ya, sino que pisaban sin hacer el más leve ruido.

Tanto se sutilizaron sus instintos, que no salía ya de la cabaña cuando oía pasos ni se movía del sitio donde se hallaba hasta saber fijamente que era su amo el que se aproximaba. Lo cual era extraño, puesto que desde aquel día en que Nadya lo llevara herido a la cabaña de Mackay, nadie más que ellos la visitaban. Era la cautela, innata en el perro, la que se desarrollaba en él de día en día. Una noche Pedro hizo un descubrimiento. Regresaba con su amo del río, adonde fueron a pescar, cuando, apenas en el claro, percibió un extraño olor. Eso mismo le sucedió en la cabaña. El perro supo en seguida que allí había estado un desconocido que dio la vuelta a la cabaña, y penetró en ella. Trató, a su modo, de explicárselo a Mackay. Gimió y miró con insistencia al bosque. Rogelio lo contempló un instante y como no hallara huellas en el suelo, no volvió a prestarle atención.

—Seguramente habrá sido una loba —dijo—. Trataría de birlarnos algún trozón de caza durante nuestra ausencia.

Pedro no estaba satisfecho. Estuvo intranquilo toda la noche. Ruidos que hasta entonces le habían sido familiares, tenían para él una significación nueva. Y sus sospechas no desaparecieron durante los días siguientes.

La cuarta tarde a partir del descubrimiento de la presencia del ser extraño en la cabaña, tardó Rogelio más de lo habitual en regresar del monte Cragg. Pedro había corrido en el bosque tras quiméricas aventuras y regresó un poco antes de la puesta del sol. Antes de penetrar en el claro que había delante de la cabaña, se detuvo y vio algo que le hizo esconderse entre los arbustos. La puerta de la cabaña estaba abierta y en el umbral hallábase un desconocido que miraba con precaución en derredor suyo. Tratábase de un individuo alto, con sombrero de anchas alas. En la chaqueta había algo metálico que reflejaba los últimos rayos del sol. Pedro no sabía nada de la Real

Policía Montada del Noroeste, pero presintió el peligro y permaneció muy quieto mientras el desconocido atisbaba con la mano en la culata de la pistola que llevaba en el cinto. Solamente cuando el hombre hubo entrado en la cabaña, cerrando tras sí puerta, se levantó el perro y se internó en el bosque. Silencioso como un zorro, se dirigió hacia el sitio por donde su amo cruzaría el río al regresar del monte Cragg.

Faltaba aún media hora para la puesta del sol cuando Rogelio llegó. Pedro no fue, como habitualmente hacía, alegremente a su encuentro. Permaneció sentado, las orejas gachas y sin demostrar alegría por el regreso de su amo. Rogelio, que tenía el instinto de los pequeños detalles, habló al perro, lo acarició con la mano y echó a andar en dirección de la cabaña. Pedro le siguió unos pocos pasos y se detuvo, volviendo a sentarse. Rogelio se extrañó.

—¿Qué pasa, Pedro? —preguntó—. ¿Tienes miedo a que la loba...?

Pedro gruñó suavemente, pero tenía las orejas siempre gachas y sus ojos tenían una mirada inusitada. Rogelio echó de nuevo a andar y dobló por un recodo del camino. Allí se detuvo y miró hacia atrás. Pedro no le seguía. Rápidamente volvió Rogelio al lado del perro, pues se daba cuenta de que algo debía pasarle. Durante un minuto estuvo observando al perro, cuya mirada no abandonó un solo instante la dirección en que se hallaba la cabaña. Finalmente se arrodilló Rogelio al lado de Pedro y le habló con voz queda al oído:

—¿Dices que no es la loba? ¿Es esto lo que quieres decirme?

Pedro rechinó los dientes y gruñó, pero seguía mirando en la misma dirección.

Cuando Rogelio se levantó, tenía una mirada fría y dura en los ojos. Se dirigió rápida y silenciosamente al bosque, dejando el sendero. En la mano llevaba el revólver. Pedro le siguió y Rogelio dio un enorme rodeo para alcanzar aquella parte del bosque a la que daba el lado de la cabaña desprovista de ventanas. Allí volvió a arrodillarse para hablar al perro.

—No te muevas de aquí, «Pied-Bot». ¿Comprendes? No te muevas de aquí.

Y le obligó a echarse para que Pedro comprendiera lo que se quería de él. Luego, a gatas, deslizóse Rogelio hasta la parte de la cabaña que no tenía ventanas y, casi echado, sacó un poco la cabeza por la esquina para ver la puerta. Ésta se hallaba cerrada. Miró a las ventanas. En las que daban al oeste, las cortinas se hallaban subidas como las había dejado. Y en las que daban al este...

En sus labios se dibujó una sonrisa singular. Aquellas cortinas las había dejado completamente echadas. Una de ellas estaba tal como la dejó; pero la otra se hallaba un poco subida, dejando un espacio de algunos centímetros, por el que una persona podía vigilar, desde dentro, el sendero que conducía a la cabaña.

Rogelio Mackay se retiró y se rió en silencio. Reconoció la hábil estratagema del acecho. Alguien se hallaba dentro de la cabaña y hubiese apostado su cabeza a que aquel alguien era Cassidy, el irlandés, «el perro de presa» de la «División M» de la Real Montada. Si alguien era capaz de descubrir su paradero en un sitio tan poco sospechoso como aquél, tan vecino a las regiones civilizadas, no podía ser otro que

Cassidy. Y Cassidy era el que debía estar allí dentro... Cassidy, quien durante tres años le había seguido muy de cerca; Cassidy, que le persiguió a través de la Gran Estepa, que no abandonó su persecución ni cuando Rogelio subió por el río Mackenzie; que había luchado con él y con él pasado hambre y frío, pero sin lograr nunca prenderle. Muy en el fondo del corazón de Mackay había cierto cariño por Cassidy. Juntos estaban empeñados en un juego emocionante y el ganar la partida era la mayor ambición de cada uno. Y Cassidy se hallaba en aquel momento en la cabaña, confiadísimo en que por fin lograría la victoria, pues su víctima caería en la trampa preparada.

Para Rogelio había, frente a la inminente tragedia, un profundo humorismo en la situación. Por tres veces había logrado en el transcurso de un año y medio burlar a Cassidy, dejándole las tres envuelto en la red hábilmente preparada por él mismo. Con aquélla sería la cuarta vez y Cassidy sufriría un tremendo disgusto.

Rogelio contaba con el silencio de su perro. Se quitó las botas y se deslizó, sin hacer ruido, hasta la puerta. Allí se puso muy cautelosamente en pie y, sin atreverse a respirar, estuvo escuchando con el oído pegado a la pared de madera. Durante algunos minutos, que le parecieron interminables, no oyó ningún ruido. Adivinaba lo que Cassidy estaría haciendo. Estaría mirando por la ventana. Pero no tenía seguridad absoluta de ello. Y Rogelio Mackay sabía que no podía exponerse a ningún error el cual sería de consecuencias fatales para él, porque Cassidy tendría el revólver dispuesto para disparar.

De pronto oyó un ruido. Eran los pasos de una persona que iba de la ventana hacia la puerta. Las pisadas se detuvieron a la mitad del camino y se dirigieron hacia las ventanas que daban al oeste. Sin embargo, era evidente que el hombre en acecho no esperaba que la víctima llegase por aquel lado, pues luego volvió a la ventana desde la que se divisaba el sendero. Esta vez no le cupo duda a Rogelio; Cassidy se hallaba de nuevo mirando por la ventana, y estaba de espaldas a la puerta, y cuando el hombre giró en redondo, se halló frente al revólver de Mackay.

Pocos minutos después oyó Pedro la alegre carcajada de su amo y no esperó más. Con precaución se acercó a la cabaña y entró en ella.

En una silla se hallaba sentado el desconocido del sombrero de anchas alas y altas botas, con las manos atadas a la espalda. Rogelio estaba muy atareado en hacer un fardo de sus cosas.

—Cassidy —dijo el proscrito, mientras hacía el fardo—, debería matarte. No me das un momento de sosiego. No importa dónde vaya, siempre me sigues, y no recuerdo haberte invitado a ello. Debería quitarte de en medio y plantar flores sobre tu tumba. Pero tengo un corazón de gallina. Además, te quiero. Cuando te hayas cansado de perseguirme, de seguro que habrás aprendido mucho en la profesión de la caza del hombre. Ahora aún te falta sutileza, Cassidy.

Y Rogelio se reía estrepitosamente, mientras que su adversario emitió una especie de gruñido.

—Es la mala suerte y nada más —exclamó Cassidy.

—Pues si es eso, espero que dure —dijo Rogelio—. ¡Mira, Cassidy! Vamos a hacer una apuesta de hombres. Si no me coges la próxima vez, si fracasas una vez más... ¿quieres abandonar la persecución?

Los ojos de Cassidy centelleaban en la creciente oscuridad.

—Si no te cojo la próxima vez... ¡te juro que presentaré la dimisión!

Desapareció el tono jocosos de la voz de Rogelio Mackay.

—Te creo, Cassidy. Siempre fuiste leal conmigo, no puedo negarlo. Si ahora te suelto las manos, ¿juras no salir de aquí hasta dos horas después de haber salido yo?

—Sí, te doy esa ventaja —contestó Cassidy, mientras su rostro íbase esfumando en las tinieblas.

Rogelio se acercó y de un tajo cortó las ligaduras de su prisionero. Luego recogió su fardo y se detuvo en la puerta.

—Mira tu reloj cuando me haya ido, Cassidy y fíjate bien, que sean dos horas.

—Te concedo dos horas y cinco minutos —contestó Cassidy—. ¿Vas hacia el norte, Rogelio?

—Voy hacia... los matorrales —respondió el proscrito—. Voy hacia donde haya bosques espesos y el camino sea difícil y duro, Cassidy. ¡Adiós!

Y se marchó. Encaminóse derecho hacia el norte, sin hacer ruido, pero una vez dentro del bosque cambió de dirección. Sólo después de haber andado media milla a través del llano dejó oír su voz.

—Cassidy cree —dijo al perro— que me dirijo otra vez hacia el norte, «Pied-Bot», pero se engaña. Más o menos, ya habíamos previsto este acontecimiento y ahora nos vamos a la otra vertiente del monte Cragg, donde hay tantas piedras y rocas que el mismísimo diablo se perdería allí. No podemos ir a otro sitio en este momento, pues es imposible que, abandonemos ahora a la muchacha... no, no es posible...

Rogelio estaba emocionado. Se inclinó hacia el perro y lo acarició.

—Si no hubiera sido por ti, Pedro, Cassidy me habría cogido. ¡Seguro! No sé, Pedro, por qué se olvidó Dios de conceder el habla a los perros.

Pedro gruñó satisfecho y los dos avanzaron juntos en la oscuridad de la noche.

Capítulo VI

MIENTRAS cruzaban el llano entre el río y el monte Cragg, les envolvía una neblina fría y desapacible, que iba desapareciendo mientras subían la vertiente.

Iban sin prisa, porque Mackay tenía fe en la palabra de Cassidy. Sabía que el cazador de hombres de pelo rojizo no faltaría a su promesa y esperaría las dos horas marcadas y cinco minutos más, antes de salir de la cabaña del indio. Rogelio iba perdiendo poco a poco la satisfacción por su victoria y le invadió de nuevo la tristeza que inspira la soledad en que se halla el proscrito. Maldijo la suerte que había hecho de Cassidy un enemigo en vez de un amigo... ¡Qué enemigo tan leal!

Se inclinó y puso la mano sobre la cabeza de Pedro.

—¿Por qué no se le ocurrió a la policía nombrar a otra persona para buscarme? —interrogó en tono de protesta—. Alguien a quien hubiese podido odiar y que nos hubiese odiado a nosotros. ¿Por qué enviaron a Cassidy, el hombre más bueno y más leal de todos los que llevan casaca encarnada? No, «Pied-Bot», no podemos jugarle una mala pasada, no podemos herirle, de ningún modo. Y si alguna vez logra cogerme y mirarme a través de los barrotes de la prisión, seguro estoy de que sentirá como si un cuchillo le atravesara el corazón Pero nos cogerá, «Pied-Bot», si puede, porque es su oficio. Y es honrado. No podemos menos de afirmarlo así.

Llegado que hubo a la cima del monte se detuvo Rogelio y miró durante unos instantes hacia el este, en cuya dirección se hallaba, a la distancia de una milla, la cabaña de Jed Hawkins, en la cual estaba Nadya. Supuso que ella estaría en aquel momento sentada a la ventana, mirando a la noche, pensando en él... y un gran anhelo hizo que Rogelio diera unos pasos hacia la cabaña. Pero inmediatamente rectificó sus pasos, marchando hacia el oeste.

—No podemos decirle nada de lo que ha sucedido, Pedro. Conviene dejarle creer por ahora que hemos salido de esta región. Pues si supiese que nos escondemos entre las rocas de «La Cazuela» y Cassidy hablase con ella, sus azules ojos podían delatarnos. Mas espero que Dios no permitirá que la vea Cassidy, y pienso así, «Pied-Bot», porque me figuro que Él querrá que yo impida que Jed Hawkins haga una tontería, antes de que nos marchemos de estos lugares.

Era costumbre en Rogelio, adquirida durante los años de soledad, hablar a los seres que no podían contestarle, pero aun así se figuró que Pedro le comprendía bien.

Poco a poco iban aumentando las rocas y piedras a su alrededor, y tuvieron que caminar con más calma, para no tropezar y caer, pero, a pesar de la oscuridad, proseguía bien el camino trazado de antemano, porque Rogelio conocía aquellos lugares. Más de una vez se maravillaba el pobre Pedro de ver explorar a su amo tan

cuidadosamente aquellas acumulaciones inútiles de rocas al final de la cima del Cragg, cuando entre ellas, no había ni caza, ni árboles, ni siquiera crecía hierba.

Eran parajes hostiles, de color gris, y de noche, las tinieblas les daban mayor misterio. Pedro se arrimaba mucho a su amo, porque no le gustaba aquello. Mackay seguía infatigable la empinada cuesta entre el caos de las rocas, guiándose por las estrellas. Después de largo tiempo de extrañas vueltas y subidas entre los peñascos, algunos de los cuales semejaban gigantescas piedras sepulcrales, llegaron cerca de la cúspide.

Entonces se detuvieron, y en un lugar donde las sombras eran profundas, el suelo de blanda arena, y estaba cercado por tres lados de altas rocas, extendió Rogelio sus mantas. Luego salió del cerco de rocas y se sentó en una piedra bajo el firmamento cuajado de estrellas. Encendió su pipa y pensó en el mañana y en los muchos días que seguirían a aquel mañana y en lo que la suerte le reservaba. En ninguna parte del mundo podía haber la paz de una absoluta seguridad. Únicamente la habría si sintiese en sus manos el frío hierro de las barras de la prisión, fin de la lucha fatal que había entablado con la sociedad.

No cabía en el corazón de Mackay la amargura punzante de la sed de venganza: Él no odiaba a la policía, sino que —caso curioso— la estimaba en mucho. Sus individuos eran para él la representación más genuina de la hombría desde el tiempo de las Cruzadas. Y también odiaba a la Ley. A veces la Ley, con su inseparable majestad, le divertía. Era la Ley tan terriblemente seria en asuntos triviales, como él por ejemplo. La majestad de la Ley no podía sentirse satisfecha ni tranquila hasta que tal o cual hombre pendiese de la horca o estuviese a buen recaudo detrás de unas barras de hierro sin preocuparse de si aquel hombre amaba a sus semejantes y al mundo en general. Y Rogelio quería a ambos. Íntimamente estaba seguro de no haber cometido ningún crimen cuando procuró hacer justicia. Sin embargo, en su fuero interno, se maldecía por haber faltado a la Ley. Porque amaba a la vida. Amaba las brillantes estrellas que le acompañaban en el silencio de aquélla noche. Amaba hasta aquellas rocas grises que despertaban en su imaginación el recuerdo de una vida remota... amaba las majestuosas sombras que aquéllas proyectaban en su derredor, amaba al Universo entero.

Pero por encima de todo, por encima de su propia vida, amaba a la muchacha de ojos azules que había llegado a él desde la desolación y desdicha de la cabaña de Jed Hawkins.

Olvidóse de sus culpas, olvidó a la policía, lo olvidó todo, menos a ella, y se internó en el cerco sombrío de las rocas y se tumbó al lado de Pedro, donde pronto quedó profundamente dormido.

Despertáronse con el alba. Durante tres días, únicamente salieron del escondite de noche. Rogelio denominó a aquel caos de rocas «La Cazuela», y en verdad, cuando el sol caía a plomo sobre ellas, no podía tener nombre más apropiado.

Era un sitio de mucho calor, tanto, que el sol de julio parecía poner la atmósfera a

punto de ebullición. Ni hombres ni animales pondrían allí los pies —así le decía Rogelio a Pedro— a no ser que se tratara de locos o tontos. Si se miraba a aquel pedregal desde la floreciente falda de la montaña del Cragg, el refugio de Rogelio no podía ofrecer ninguna atracción. En aquellos parajes había pasado algo muchos siglos antes; en un momento de evidente locura y enfado, la tierra había vomitado aquel caos de rocas y piedras y Rogelio Mackay contó, cuando estuvo de buen humor, a Pedro, que fue un acto de la Providencia destinado expresamente para ellos, aunque hubiese acaecido un poco antes del día en que los dos nacieron.

Al tercer día por la tarde decidió Rogelio Mackay entrar en acción. Aquella tarde los rayos ardientes del sol en un cielo sin nubes parecían haberse concentrado sobre el gigantesco pedregal. Aun cerca de la hora de la puesta, del sol, el bochorno era grande. Las rocas parecían quemar al contacto de las manos y entre los espacios libres el calor era el de un ardiente horno.

—Esta noche se lo diremos a ella —dijo aquella tarde a Pedro, y su voz era pausada y decidida—. Correremos el riesgo de contárselo.

El perro respondió moviendo la cola en señal de simpatía. Era muy hipócrita aquel Pedro, porque siempre miraba a su dueño como si entendiera lo que éste le decía, aunque no comprendía nada. Rogelio Mackay, mirando fijamente a la pared roqueña que había frente al refugio en que se hallaba, continuó hablando:

—Hemos de jugar limpio con la muchacha, «*Pied-Bot*», y sería un crimen si no le dijera la verdad. ¡Si no se tratase de una niña, Pedro! Pero no es más que esto, una niña, el ser más puro y dulce que el Omnipotente creó, y no está bien seguir mintiendo; no importa cuán grande sea nuestro cariño hacia ella. Y la querernos, ¿verdad, Pedro?

Pedro, muy quietecito, observaba la extraña mirada de los ojos grises de Rogelio.

—He de decirle que soy un miserable salteador de caminos —añadió después de una larga pausa—. Y ella no la comprenderá. No puede comprenderlo. Pero se lo voy, a decir de todos modos. Se lo diré hoy mismo. Y luego nos iremos al norte, «*Pied-Bot*». ¡Si no fuera por Jed Hawkins...!

Se puso en pie y cerró los puños.

—Deberíamos matar a Jed Hawkins antes de marcharnos. Así ella estaría más tranquila —terminó diciendo.

Salió de entre las rocas y se subió a una peña desde la cual podía divisar los parajes selváticos que se extendían al norte. Allá lejos, a cien, a quinientas o mil millas de distancia se hallaba su patria. Todos los territorios, desde la bahía del Hudson hasta las Montañas Rocosas, desde la «*Altura del País*» hasta los llanos árticos, todo era para él patria y casa, y en ellos había vivido las emociones de la vida según su modo especial de ser. Sabía que había amado a la vida y a la Naturaleza como nadie. Había adorado al sol, a la luna y a las estrellas. El mundo había sido para él un lugar maravilloso a pesar de los incesantes peligros que corría.

Pero en aquel momento, iluminado por los últimos rayos del sol, no conservaba

en su corazón nada de la antigua alegría. No había dicho a la hija adoptiva de Jed Hawkins que él, Rogelio, era un proscrito y que había ido a aquellos lugares porque creyó que aquél sería el último sitio donde le buscaría la Real Montada. Verla aquella noche, sería probablemente verla por última vez. Le diría la verdad. Le diría que la policía le estaba buscando y que le perseguía de un extremo a otro del norte del Canadá. Y aquella misma noche se iría con Pedro hacia las grandes estepas, que se hallaban a más de mil millas de distancia. Estaba seguro de realizar la decisión que había tomado, aun en aquel momento en que de tanto mirar a la pared roqueña, un trozo de ella fue convirtiéndose en una pálida cara de niña, con ojos azules, de rizos dorados: este rostro se había convertido para él en lo más preciado de su vida, sustituyendo, en lo más hondo de su alma, a la madre, a la hermana al mismo. Dios. Sí, se hallaba seguro de sí mismo, aun viendo aquella cara que se le presentaba para que no flaqueara en su última y más grande prueba de honor, frente a la más pura de las mujeres. Él era, en efecto: un proscrito, y la policía le buscaba, pero...

El perro se sobrecogió de espanto al ver el duro gesto del rostro de su amo. Aguardaron hasta anochecido y cuando el valle se halló sumido en profundas sombras, descendieron del caos de rocas.

Una hora más tarde, emergieron cautelosamente de la oscuridad que reinaba en la escarpada cima del monte Cragg. Vieron luz en la cabaña, pero la ventana del cuarto de Nadya estaba oscura. Pedro se acurrucó bajo la presión previsor de la mano de Mackay.

—Iré solo —dijo—. Tú te quedas aquí.

Al perro le pareció largo el tiempo que tuvo que esperar. No podía oír los golpecitos que su amo daba en los cristales de la ventana. Rogelio no recibió contestación a sus llamadas. No pudo oír sino una voz monótona que venía desde otra habitación de la cabaña. Durante media hora esperó, repitiendo de cuando en cuando los golpes. Finalmente se abrió la puerta y en ella apareció la silueta de Nadya al salir de la habitación iluminada.

Mackay llamó de nuevo a los cristales y entonces se cerró rápidamente la puerta. Pocos instantes tardó la muchacha en aparecer en la entreabierta ventana.

—Señor... Rogelio —murmuró—. ¿Es usted?

—Sí —contestó Mackay, cogiendo, la mano de ella por la abertura de la ventana—. Sí, soy yo.

La mano de la muchacha estaba fría y apretó la de Rogelio con tanta firmeza que parecía impulsada por el miedo. Pedro, cansado de esperar, se había acercado y oyó la queda y temblorosa voz de Nadya. Había algo en la voz de la muchacha y en la de Rogelio al contestar, que puso al perro en guardia. Así, pues, escuchó durante algunos minutos y entonces cesó el murmullo de voces en la ventana y su amo se retiró silenciosamente. Cuando Mackay habló al perro, una vez hubieron llegado a la cima del monte, demostró que no sabía que el animal habíase hallado presente en la entrevista.

Mackay estuvo mirando un buen rato desde el monte a las ventanas iluminadas de la cabaña.

—Algo ha pasado allí dentro esta noche... algo que ella no ha querido revelarme —dijo—. Tengo una clara intuición de ello. Ojalá hubiese podido verle la cara.

Echo a andar a través del llano y de pronto, como si recordara que debía explicar el asunto a Pedro, dijo:

—Esta noche no puede salir, «Pied-Bot», pero mañana por la tarde la veremos en el bosque. Tendremos que aguardar.

Trató de dar a su voz una entonación alegre, pero parecíale interminable el tiempo que había de transcurrir hasta la tarde siguiente, hallándose como se hallaba en aquel momento dispuesto a revelar la verdad a Nadya y abandonar el país. La mayor parte de aquella noche estuvo paseando en el fresco llano iluminado por la luna y durante mucho tiempo permaneció sentado en un bosquecillo, sombrío y perfumado por las flores, donde Nadya tenía un retiro secreto. Allí fue donde Pedro descubrió algo que Rogelio, a causa de lo compacto de las sombras, no pudo ver: era un bulto, una forma que poseía el dulce calor de los cuerpos humanos. Hallábase éste en medio de un grupo de abedules jóvenes, lugar oculto y bien alfombrado de hierbas y ramitas tiernas. Cuando Mackay salió por fin de allí, le extrañó que el perro no quisiera seguirle, hasta el extremo de que hubo de obligarle.

No regresaron a «La Cazuela» hasta el alba. Una vez allí, pasaron casi todo el día durmiendo entre las enormes rocas. Cuando finalizaba la tarde preparó Mackay su última comida. En aquélla hora de despedida, el proscrito subió a la cumbre de la montaña, donde estuvo fumando su pipa y observando las sombras de la puesta del sol hasta que llegó la hora de acudir al bosquecillo para hablar por última vez con Nadya.

Capítulo VII

PEDRO se hallaba camino del bosquecillo para buscar el misterioso bulto que se tropezara entre los árboles la noche anterior.

Al pie de la montaña, donde el verde llano alternaba con las estériles rocas, se detuvo durante un rato, antes de encaminarse hacia el este. Fieramente, examinó la tierra y el cielo, y emprendió una rápida carrera, con la cojera que le quedó como eterna señal de la brutalidad de Jed Hawkins, hacia la cabaña del contrabandista de *whisky*.

La amarga memoria que guardaba de Jed Hawkins hizo que bajara las orejas cuando llegó al lugar rodeado de rocas donde había luchado por Nadya y había sufrido la rotura de la pata, y en aquel momento, cuando obedeciendo a un instinto de precaución se detuvo, el mismo Jed Hawkins salió de entre las rocas, llevando en una mano un botijo de color oscuro y en la otra un grueso garrote. Su único ojo le brillaba siniestramente al sol del atardecer. Tenía en la cara un gesto de ferocidad cuando se paró un momento cerca de la roca detrás de la cual se hallaba Pedro, en actitud de lucha, pero con un gran temblor en el cuerpo. Luego el hombre echó a andar. Pedro no se movió. Esperó hasta que el botijo, el garrote y el hombre se hubieron perdido de vista.

Cuando emprendió también la marcha, lo hizo gruñendo. El odio habíale embargado por un momento con toda su violencia. Se internó en un grupo de abetos que se adentraban en el llano, y pocos momentos después llegó al borde de un pequeño prado rodeado también de abetos, en el que se oyó el canto vespertino de un herreruelo.

Pedro dio la vuelta al prado, zambullendo las patas entre las abundantes flores rojas que crecían en gran profusión. Llegó a un grupo de arbustos, que atravesó abriéndose paso con el hocico. Allí se detuvo moviendo la cola. A poca distancia se hallaba Nadya sentada, limpiándose las manos que había teñido el rojo zumo de las fresas. Y la mancha apareció en sus labios y un poco de su color ascendió a sus mejillas cuando dio un pequeño grito de alegría al ver a Pedro. Pero sus ojos miraron al sitio por donde el perro había venido y el esbelto y frágil cuerpo pareció conmovido por una agitación nueva para Pedro, el cual ignoraba que ella buscaba también a Rogelio.

El perro se acercó y se echó a su lado, apoyándole la cabeza en el regazo. Vio en la frente de la muchacha una contusión que no existía el día anterior. Nadya atrajo hacia sí al perro, hasta colocarlo encima de su falda, y se inclinó sobre él, cubriéndole con la hermosa cabellera. Pedro amaba aquellos cabellos casi tanto como les amaba Mackay. Cerró pues los ojos y se puso muy contento cuando el suave abrigo le tapó la luz del sol.

—Pedro —dijo ella con voz muy baja—, casi me da miedo que venga hoy, pero

¿te acuerdas que le prometí que si Jed Hawkins me pegaba otra vez se lo diría? Pues bien, ¡me ha pegado! Él me hizo esta señal, y si Rogelio lo sabe, le matará. Tengo, pues, que mentir...

Pedro movió la cola para dar a entender el interés que sentía. Durante un rato, Nadya permaneció en silencio, y el perro sintió los fuertes latidos del corazón de la muchacha. Luego Nadya levantó la cabeza y miró en dirección al sitio por donde había de venir Rogelio. Pedro, que se hallaba muy a gusto en la falda de la muchacha y tenía los ojos medio cerrados, no vio el cambio que se había operado en su amita, no vio que sus azules ojos eran más brillantes, sus mejillas más rojas y que su cuerpo estaba conmovido por extraños sollozos. Ni aun a Pedro reveló ella su secreto, sino que esperó a que llegara Rogelio. Cuando, por fin, lo vio aparecer por entre el grupo de árboles, el color de sus mejillas era rojo como la mancha del zumo de la fresa en sus dedos. Rogelio vio en un instante lo que Pedro no había descubierto y se detuvo emocionado. Nunca, ni aun en sueños, había parecido la joven más bonita que aquel día; nunca le habían mirado sus ojos como entonces; nunca sus labios rojos le revelaron, sin moverse tanto como en aquel momento. Y en el mismo instante vio también la señal lívida de su frente, medio oculta por el cabello. Por fin, distinguió detrás de ella un voluminoso fardo... Volvió a contemplar la contusión de Nadya.

—No ha sido Jed Hawkins —exclamó Nadya, sabiendo lo que Rogelio Mackay pensaba—. Fue su mujer, No va usted a matarla a ella.

Rogelio Mackay sorprendió la congoja de la joven y adivinó que había mentido. Nadya dejó el perro en el suelo y se puso en pie; parecía más alta y más mujer que otras veces, cuando se irguió frente a Mackay. El rubor de sus mejillas iba desapareciendo rápidamente; temblábanle las manos, pero sus azules ojos sostenía sin desviarse la mirada de Rogelio.

—No pienso volver a casa de Jed Hawkins, señor Rogelio —afirmó la muchacha con valentía.

Una suave brisa levantó un poco el pelo de su frente y descubrió por completo la huella de la brutalidad de Jed Hawkins. Instantáneamente vio Nadya brillar en sus ojos la mirada fría y dura que tan temible era en él. Vio también que apretaba los puños y cuando ella alargó el brazo para tocar el de Mackay notó que tenía la carne tan dura como el acero. A pesar de que la joven temía la cólera de Rogelio, se enorgullecía al pensar que una sola palabra de ella bastaría para que aquel hombre matara, al que la había pegado. Y, tímidamente deslizó sus dedos por el brazo de él, y el azul de sus ojos se hizo más profundo y sus labios se contrajeron con un rictus extraño y conmovedor al mirarle de frente.

—No quiero volver —repitió.

Rogelio comprendió entonces la significación del fardo. Sus ojos volvieron a buscar los de la joven y, mientras el corazón dijérase que se le hinchaba en el pecho para ahogarle, trató de dominar la tensión de sus nervios. Hizo esfuerzos para sonreír. Luchó en vano para hallar el valor que necesitaba para hacer la terrible confesión que

pondría fin al ensueño. Y Pedro, tumbado sobre las violetas, observaba a los dos como si se preguntara qué iba a suceder entre ellos.

—¿Adónde va usted? —preguntó Rogelio.

La mano de Nadya llegaba casi al hombro de él y sus dedos tiraban nerviosamente de la ropa, pero ni un solo instante desvió la mirada, y antes de que contestara, leyó Rogelio en sus ojos la verdad.

—¡Yo iré con usted y con Pedro!

Con un grito ahogado dio Rogelio un paso atrás y desvió la mirada para fijarla en el perro. Interpúsose, sin embargo, otra vez el pálido rostro, los maravillosos ojos y la hermosa cabellera de la joven que para Rogelio había dejado de ser una niña, convirtiéndose en la mujer más adorable y hermosa del mundo.

—¡Pero... si esto es imposible! —exclamó con desesperación—. No soy digno de usted, Nadya, y he venido precisamente para revelarles que no soy lo que usted se figura, que soy...

Tuvo un momento de vacilación, pero pronto se rehízo para decir la verdad.

—Usted me odiará, Nadya, cuando sepa lo que voy a decir. Usted cree que Jed Hawkins es malo, pero la sociedad piensa que yo soy peor que él. La policía me busca. Hace años que me busca. Éste es el motivo de mi estancia aquí, la causa de que me escondiera en aquella cabaña. Creía que no me buscarían tan cerca de las regiones habitadas, pero me han encontrado y he tenido que esconderme de nuevo. Soy un proscrito. He cometido muchos actos que, según la Ley, son criminales y seguramente moriré atravesado de un balazo o en la cárcel. Me arrepiento, pero de nada sirve. Daría mi vida para poder decirle lo que siento, pero no debo, no puedo. No sería leal.

Y al revelar su mísera condición, se extrañó de que los ojos de ella no mostrasen sorpresa, sino que continuasen mirándole con serenidad. Había vuelto el rubor a sus mejillas, sus labios eran más rojos y lo que oyó no parecía ni sorprenderla ni asustarla.

—¿Pero no me entiende usted, Nadya? —exclamó Mackay—. Soy malo. La policía me busca. Soy un fugitivo... siempre huyendo... siempre ocultándome....

Ella asintió con un movimiento de cabeza.

—Lo sé, señor Mackay —dijo con sencillez—. Hace tiempo que se lo oí a usted contar a Pedro. Y el señor Cassidy, cuando usted y Pedro huyeron, estuvo en casa al día siguiente y me contó muchas cosas acerca de usted. Al Padre Juan le contó mucho más, y todo lo que dijo no hizo sino aumentar la consideración que le tengo, por lo cual he decidido no separarme de usted, ni de Pedro.

—¡La consideración! —exclamó Mackay, aturdido—. ¡Aumentar la consideración que me tiene!

Volvió ella a asentir.

—El señor Cassidy, el policía, dijo la misma palabra que usted pronunció un poco antes. Dijo que usted era leal, aun cuando robaba a la gente. Dijo que estaba obligado

a meterle a usted en la cárcel, si podía, pero que confiaba en que no lo lograría jamás. Dijo que hubiese querido tenerle a usted por hermano... El perro también le quiere a usted. Y yo...

Y una oleada de rubor inundó su pálido rostro.

—... yo iré con usted y con Pedro —concluyó de decir.

En aquel instante, el de mayor emoción para Rogelio Mackay, una cosa trivial distrajo su atención. Pedro había descubierto una liebre entre las matas y la perseguía dando estridentes ladridos. Mackay miró al sitio por donde corría, pero sin prestar atención, sin ver nada. Se daba únicamente cuenta de que había llegado la hora suprema de la lucha con su imposible pasión. Durante los años de sus temerarias aventuras había arrojado más de una vez la muerte, había sufrido hambre, había pasado frío, había aceptado el reto fatal de los elementos, de las fieras y de los hombres. Pero la contienda que en aquel momento sostenía consigo mismo era la más grande de su vida. El corazón le palpitaba furiosamente, su cerebro era un caos de ideas confusas que le impedían darse cuenta de su situación. Mientras miraba con la vista extraviada, oyó de nuevo la voz de congoja de Nadya que repetía su deseo de acompañarle, Sintió que la flaqueza iba invadiéndole, que la firmeza de su resolución se desvanecía, Había confesado la triste verdad de su vida, y a pesar de ello, la joven a la que adoraba y que era para él más pura y más dulce que las flores del prado, insistía en su empeño. Y en lo más hondo, de su alma angustiada nació el deseo de abrir sus brazos y recibir y retener en ellos aquel dulce tesoro durante todo el tiempo de libertad que Dios quisiera concederle.

No cedió, empero, al deseo. Poco a poco logró dominarse, vencerse a sí mismo mientras que a su espalda Nadya adivinaba la lucha que estaba destrozando el corazón del hombre que, aun siendo proscrito, era para ella un ídolo... Cuando Rogelio volvió por fin a mirarla, parecía envejecido. Una palidez cadavérica le cubría el rostro; sus ojos estaban apagados y su voz era triste y monótona.

—No puede usted venir con nosotros —dijo—. Es imposible. No insista. No podría atenderla a usted cuando esté en la cárcel... y en ella estaré un día u otro.

Rogelio Mackay había observado más de una vez cómo centelleaban los azules ojos de Nadya cuando hablaba de Jed Hawkins, y en aquel instante, al hacer la triste revelación, tornó a ver el centelleo y cómo en las mejillas de ella nacían dos manchas de púrpura.

—¡No irá usted a la cárcel! —exclamó exaltada—. ¡Yo lo impediré! ¡Yo lucharé por usted... si me permite que les acompañe!

Y se acercó al hombre amado.

—Y si me quedo aquí, téngalo entendido, Jed Hawkins, me venderá a un tratante en traviesas que vive cerca de la vía férrea. ¡Me venderá! No quise decírselo antes porque tenía miedo de que usted lo matara. Pero ya lo sabe: si usted no quiere que le acompañe, me venderá. ¡Oh, señor Rogelio... señor Mackay!

Y de nuevo apoyó sus manos en los hombros de él, y tan cerca sintió Rogelio el

cuerpo de ella, tan angustiados le miraron aquellos hermosos ojos, tan seductora se le ofreció aquella boca bermeja, que se dio cuenta de que era imposible resistir.

—Yo iré adonde usted quiera que vaya —murmuró dulcemente la joven—. Nos esconderemos donde nadie pueda hallarnos; ¡y seré tan feliz... tan feliz!... En cambio, si no me quiere me moriré de pena.

Terminó llorando con la cabeza apoyada en el pecho masculino. Mackay se emocionó al escuchar los sollozos y la voz plañidera. De pronto cesó su incertidumbre y se sintió invadido por la claridad y la alegría de la cálida luz del sol. Embriagado de felicidad, abrazó a la joven y con dulzura levantó su cabecita para besar por primera vez aquellos labios rojos que Dios en sus inescrutables designios había guardado para él.

—¡Mi dulce bien! —exclamó—. ¡Sí que te llevaré conmigo! Tú, Pedro y yo no nos separaremos nunca. Y nos marcharemos hoy mismo.

Cuando, un poco antes de desaparecer los últimos rayos del sol, regresó Pedro de su cacería, halló solo a su amo, porque Nadya cruzaba en aquel momento velozmente el prado que se extendía entre el grupo de árboles y la escarpadura de la cima del monte Cragg, detrás de la cual se hallaba la cabaña de Jed Hawkins. No parecía el mismo Rogelio que media hora antes dejara sumido en la incertidumbre. No parecía el hombre que se escondiera en el pedregal para que no le encontrase la policía. En aquel momento de felicidad, Rogelio Mackay no se creía a sí mismo ni fugitivo ni proscrito. Permanecía silencioso, mas su alma rebosaba de gratitud hacia las dulzuras que le ofreciera la vida en aquella hermosa tarde estival. Figurábase ser el dueño de la tierra y no hubiese cedido su suerte ni por toda la felicidad que, fuera de la suya, pudiese existir en el resto del mundo. Por fin la alegría estalló en un alarido victorioso. Pedro miraba maravillado a su amo.

—¡Es mía, mía, mía! —dijo, y repitió la palabra una y otra vez hasta que Pedro se preguntó qué significaría aquella palabra pronunciada con tanto fervor.

Cuando Mackay se dio cuenta de que el perro estaba a su lado, se echó a reír y acarició al fiel compañero que había de compartir su felicidad.

—¡Es mía... nuestra! —exclamó—. Dios Todopoderoso lo quiso así, «Pied-Bot», y ahora ella vendrá con nosotros. Esta misma noche nos marcharemos, pronto como salga la luna. Y de aquí iremos a ver en seguida al padre misionero para que nos una en matrimonio. Después iremos a un sitio, donde nadie podrá descubrirnos. Es verdad que la ley nos busca, Pedro, pero Dios es bueno con nosotros y nosotros haremos todo cuanto podamos para agradecerse. Sí, Pedro, ¡seremos buenos!

Y al decirlo, se irguió y dejó vagar la mirada hacia el oeste. Después recogió el fardo que Nadya había traído y se marchó, seguido del perro y con paso rápido, hacia el escondite del pedregal, donde llegaron cuando aún quedaba luz. En pocos minutos recogió Mackay sus cosas, y cuando abrió el fardo de Nadya para juntar con lo suyo los pocos objetos valiosos que la joven poseía tembláronle las manos como si estuviera cometiendo un sacrilegio. Pedro notó que su amo no cesaba de hablar a

media voz, con tanta dulzura que más bien parecía que cantaba.

Ya entrada la noche, descendieron del pedregal al llano y media hora después atravesaron la escarpadura del Cragg y se detuvieron a poca distancia de la cabaña de Jet Hawkins, cerca de una roca. Nadya debía reunirse con ellos en aquel sitio a la salida de la luna.

Reinaba la más completa tranquilidad y Pedro, al que no le gustaba aquel silencio, contemplaba fijamente la luz de las ventanas de la cabaña y dirigía de vez en cuando una mirada interrogadora a su amo. El perro presentía la inminencia de un temporal que estaba formándose lejos de aquellos lugares: Decíase el instinto y la densidad de la atmósfera a pesar de que el cielo se hallaba sin nubes y se notaba únicamente un ligero velo grisáceo que tenuemente envolvía todas las cosas. Rogelio contaba los segundos que faltaban para que saliese la luna. Parecíale que habían pasado horas cuando vio, en el este la primera franja dorada, y las sombras iban multiplicándose por doquier, adquiriendo formas grotescas. Empezaron a iluminarse las cúspides de los montes, que simulaban tímidas señales de fuego. El pino negro, el abeto y el cedro lucieron a los primeros rayos de la luna como si estuvieran bañados en esmalte. Y la luna se remontó y su luz amarillenta jugueteaba en los valles y los llanos y en las copas de los árboles, y con su mutismo de maravilla llamaba a todos los seres vivientes a admirar la gloria de Dios. Rogelio Mackay sintió en el alma el estímulo de la llamada de aquella fuerza muda y sus labios pronunciaron en inconsciente murmullo una sentida oración de inmensa gratitud.

Y observaba la luz de la cabaña, y estaba alerta para oír los pasos de la muchacha que había de llegar con la luz de la luna.

Mas el silencio seguía imperando. No osciló el resplandor de la ventana. Ninguna puerta se abría, sólo se oía de cuando en cuando el susurro del viento, la llamada de un pájaro nocturno, el aullido con que el viejo lobo gris, desde las profundidades del pantano, acostumbraba saludar al astro de la noche.

Mackay esperó nerviosamente media hora, tres cuartos, una hora. Y Nadya no llegaba. Aumentó su agitación nerviosa y salió de la sombra protectora de la roca. Poco a poco, por la zona iluminada, fue acercándose al borde del bosque de cedros y abetos que se hallaba a espaldas de la cabaña. El perro le siguió en silencio. Después se acercaron a la cabaña y, estando próximos a ella, oyeron claramente un sollozo humano.

Mackay se acercó a la ventana y miró al interior.

En medio de la habitación, echada en el suelo, la cabeza apoyada en una silla, se hallaba la mujer de Jed Hawkins. Lloraba y la agitación conmovía el frágil cuerpo de la pobre mujer, que miraba fijamente a la puerta abierta. Con sorpresa se dio Mackay cuenta de que en la cabaña no había nadie más que aquella mujer y el temor de algún ignorado peligro le hizo apresurar los pasos para entrar en el recinto. Los ojos de la mujer estaban rojos de tanto llorar y su mirada era la de una loca. Rogelio se acercó a ella y se sobrecogió al contemplar el espanto que había en su rostro.

—¿Dónde está Nadya? —preguntó—. Dígamelo ¿dónde está?

—Se la han llevado —murmuró angustiada la mujer, apretando los puños sobre el pecho—. Jed se la llevó... a la choza de Mooney, cerca de la vía del tren. ¡Oh Dios mío!, quise impedirlo, pero no pude. Se la llevó arrastrando... y esta noche la va a vender a Mooney... el demonio... el canalla... el...

De nuevo la acometió la congoja que sacudía su débil cuerpo y sus labios pronunciaron palabras incoherentes.

—La choza de Mooney, ¿dónde está? —exclamó Mackay cogiéndola por el hombro—. ¡Pronto! ¡Hable!

—Mil... mil dólares le da... por tenerla sola en la choza —dijo la mujer con voz monótona—. El camino de allá fuera lleva directamente a ella. Cerca de la vía del tren. Una milla, tal vez dos. Quise impedirlo, pero no pude, no pude...

Rogelio Mackay no oyó más, porque ya estaba fuera de la cabaña y corría a través del llano. Pedro le seguía pisándole los talones. Encontraron el camino y continuó corriendo hasta que se quedó exhausto. No cesaba de pensar en las cosas que Nadya le había dicho acerca de Jed Hawkins y el otro bandido. Cuando, pocas horas antes, oyó contárselo, creyó que la muchacha exageraba sus temores, que cosas como aquellas que la muchacha le confesó a medias, eran demasiado monstruosas para que pudiesen ocurrir en realidad. Un grito terrible se escapó de su garganta cuando continuó corriendo aguijoneado por la certeza. Hawkins debía haber llegado con Nadya mucho tiempo antes a aquella choza enterrada en las profundidades de la selva desde las cuales ningún grito llegaría a oídos humanos...

Pedro corría incansable detrás de su amo y aullaba cuando oía los gritos de angustia y locura que éste profería. En el cielo iban formándose negros nubarrones que de cuando en cuando ocultaban la luna. Después de pasar otra nube que ocultó a la luna, y cuando los campos fueron de nuevo iluminados por el resplandor astral, se detuvo Rogelio de súbito lleno de estupor ante lo que había visto.

Delante de ellos había aparecido la figura vacilante de Nadya, que sollozaba. Los ojos de Rogelio abarcaron con una mirada todo el cuadro. Los cabellos de la muchacha estaban en desorden y le caían por encima de los hombros y del pecho. Llevaba un brazo al aire y del hombro pendía la manga arrancada. A través de la blusa hecha jirones, se veía la blancura de su pecho. Cuando se dio cuenta de que se hallaba a poca distancia de Mackay, extendió implorante los brazos y con un grito como nunca el perro lo oyera de sus labios, se echó al cuello del hombre amado y levantó la cabeza para mirarse en sus ojos. En ellos, grandes, secos, vio Rogelio la tragedia, pero nada más que la tragedia y no el horror y la desesperación de aquello otro. Temblando abrazó aquel pobre cuerpo hasta fundirlo con el suyo.

Y luego interrogó:

—¿Estuviste... en la choza de... Mooney...?

Sintió que el cuerpo femenino se erguía entre sus brazos.

—¡No! —exclamó con firmeza—. Luché... durante todo el camino. Me

arrastró... me pegó... me arrancó los vestidos... pero luché. Allí arriba, en el sendero, cuando creyó que me hallaba exhausta, se volvió por un instante de espaldas, y entonces le di un golpe, con un palo. Allí estaba aún, echado en el suelo...

No pudo terminar. Rogelio se separó un poco de ella sin soltar sus manos. Una sombra veló un momento su rostro, pero su voz era decidida y terrible.

—Nadya, vete a casa del misionero y vete corriendo —dijo, tratando de aparentar tranquilidad—. Llévate el perro y vete. Si te apresuras, llegarás antes, de que estalle el temporal. Yo voy a hablar un poco con Jed Hawkins... a solas. Luego me reuniré contigo, y el misionero nos casará...

Volvió la luz y Mackay vio la alegría radiante del rostro de Nadya. Desapareció el miedo. Sus ojos brillaban a los áureos destellos de la luna. Su roja boca entreabierta incitábale con la atracción de su pureza y su amor, y por breves momentos volvió a abrazarla, besándola como si besara a un ángel, mientras que ella le acariciaba el rostro y reía con dulzura extraña ante la felicidad que la embargaba, esa felicidad maravillosa que proporciona a una mujer el sentir que su alma se despierta a todos los sentimientos femeninos.

Después él le rogó que marchara rápidamente por el camino trazado.

—¡Vete pronto, pequeña! Corre... antes de que estalle la tormenta.

Se marchó, llevándose a Pedro. Rogelio se alejó en dirección opuesta, sin volverse ni una sola vez, pensando tan sólo en la forma en que se vengaría aquella noche de los dos hombres más abyectos de la creación. Jamás había sentido el deseo de matar, pero entonces sí lo sentía. Antes de que la noche avanzara mucho, libraría al mundo de Hawkins y Mooney, castigándolos como el primero había querido castigar al perro, lo dejaría con vida, pero quebrados todos los huesos, baldados para siempre.

De pronto tropezó con un objeto que no pudo reconocer de momento, porque otra nube ocultaba la luz de la luna. Cuando volvió la claridad, se halló ante el cuerpo exánime de Jed Hawkins. Su rostro estaba desfigurado. Tenía cerrado su ojo único. No se movía y cerca de su cabeza hallábase el garrote que usara Nadya.

Rogelio rió con risa horrible. La suerte era demasiado bondadosa para con él, facilitándole de aquel modo su tarea. Pero él deseaba que Hawkins despertase antes y le tocó con la punta del pie.

—¡Despiértate, Despiértate, bandido! —le gritó—. Voy a romperte los huesos, los brazos, las piernas, tal como se los rompiste tú a Pedro y a aquella mujer. ¡Despiértate te digo!

Mas Jed Hawkins no se movió. Continuaba extrañamente inmóvil. Rogelio lo miró durante un gran rato y sus ojos fueron dilatándose ante la magnitud de lo que sucedía. Tornó a nublar el cielo, y la oscuridad fue más densa que antes. Del oeste llegaba el ruido de un lejano trueno. Las copas de los árboles, movidas por el viento, dejaban oír su misterioso murmullo. Mackay sintió que los latidos de su corazón se precipitaban. Cayó de rodillas y sus manos recorrieron el cuerpo de Jed Hawkins.

Durante un rato Mackay no percibió sus movimientos ni su respiración. Bajo las tinieblas nocturnas se puso en pie y en la noche, muda durante un momento, resonó la trágica palabra que pronunciaron los trémulos labios de Mackay:

—¡Muerto!

Y sintió que el calor de su rostro se trocaba en frío glacial, que el corazón le pesaba como un trozo de plomo y que su respiración era anhelosa. ¡Jed Hawkins estaba muerto! Allí, sobre la senda oscura, comenzaba su cuerpo a enfriarse. Había cesado de respirar. Había cesado de formar parte de la vida. El viento que comenzó a soplar anunciando la tempestad que se avecinaba, parecía murmurar y comentar el horrible suceso, y el solitario lobo del pantano aulló terroríficamente, como si olfatease la muerte. Rogelio Mackay se clavó las uñas en las palmas de las manos.

Si hubiese sido él el autor de la muerte de la víbora humana que yacía a sus pies, si sus propias manos hubiesen realizado el castigo, no se habría sentido tan profundamente aterrado en la oscuridad que le envolvía... Pero había llegado demasiado tarde. Había sido Nadya la que mató a Jed Hawkins. Nadya, cuya alma acababa de despertar a la plena feminidad, había quitado la vida a su padre adoptivo. Y la ley canadiense no admitía excusa en el asesinato.

El frío invadió hasta la última partícula de su cuerpo e inconscientemente, como un niño, dejó escapar un sollozo entre los dientes apretados. El trueno resonaba más cercano y semejaba una, voz profunda, una voz que presagiaba algo horrendo e inevitable. De pronto sintió que un cuerpo blando chocaba contra sus pies y oyó un gruñido interrogante. Era Pedro, que volvía a aquella hora en que necesitaba que alguien le infundiera valor. Con un lamento volvió a caer de rodillas y sus manos asieron a Pedro.

—¡Dios mío! —exclamó—. Es ella la que lo ha matado, Pedro; mas no debe saberlo, no debemos decírselo a nadie.

No dijo más, y Pedro sintió que el cuerpo de su amo adquiriría la rigidez de la piedra. Durante largo rato el cuerpo de Rogelio pareció tan sin vida como el del hombre que yacía en el sendero, tendido boca arriba. Luego buscó en sus bolsillos, y extrajo de ellos un lápiz y un sobre viejo y, a pesar de la oscuridad, escribió:

«Yo maté a Hawkins».

Y después firmó con todas las letras: Rogelio Mackay.

Colocó el sobre debajo del cuerpo de Jed Hawkins para protegerlo de la lluvia y después, para completar el testimonio, cubrió el rostro del cadáver con su chaqueta.

—Hemos de hacerlo así, Pedro —dijo con una transición y poniéndose en pie—. Hemos de hacerlo por ella. Le diremos que sorprendimos a Jed Hawkins en el camino y le matamos.

Renacía en él su antigua perspicacia y su calidad de hombre precavido y hábil.

Arrastró el cuerpo del contrabandista a otro sitio, lo colocó boca abajo, hizo desaparecer el palo usado por Nadya y removió la tierra con los pies para que se creyera que había habido lucha.

Cuando, una vez hubo terminado, regresaba por la senda y habló a Pedro, en su voz había un matiz de triunfo, pese al desgarramiento que sentía en su corazón.

—Puede que hayamos hecho algo que no debíamos haber hecho, «Pied-Bot» —dijo—, mas creo que hemos realizado un acto de compensación. Y si nos ahorcan, lo que probablemente sucederá algún día, me parece que seremos felices al pensar que todo ha sido por ella. ¿Eh, «Pied-Bot»?

Y entre las nubes, asomó un momento la luna, delatando la mortal palidez de Mackay. En sus labios floreció una sonrisa extraña, fría, una sonrisa de dominio, de exaltación, y en sus ojos brilló el resplandor del sacrificio realizado por algo que él amaba más que su propia vida.

Sólo de cuando en cuando asomó la luna por entre los negros nubarrones que se deslizaban lentamente, mientras él recorría las tres millas que le separaban de la cabaña del misionero.

Aún no había estallado la tormenta, que parecía retener sus fuerzas para desencadenarse al fin impetuosamente sobre la tierra. El trueno sonaba ahogadamente y los fugaces relámpagos recalcaban la intensidad de la tormenta que se avecinaba. En el claro del bosque, donde se hallaba la cabaña del misionero, reinaba una profunda oscuridad: sólo se advertía en ella la luz amarilla de una de sus ventanas. Rogelio Mackay permaneció un instante inmóvil, contemplando aquella luz. Su corazón estaba frío, su alma destrozada y sus sueños aniquilados. Sólo había vida en su cerebro, manteniendo firmemente su adoración por Nadya, una adoración que había trocado su alegría en angustia. Al mirar hacia la ventana comprendió que sólo una cosa le quedaba por hacer. No podía elegir. No había esperanza. Ante él se alzaba lo inevitable.

Al fin y al cabo, hay algo inefable en la gloria de morir por la patria o por un gran amor. Rogelio sintió esa fuerza misteriosa cuando avanzó y llamó a la puerta y entró en la cabaña a ver a Nadya y al viejo padre misionero, de pelo cano y ojos bondadosos.

Con la rapidez que el relámpago ilumina el firmamento, desapareció la ansiedad y el temor del rostro de Nadya, dejando lugar a la alegría al ver de nuevo al bien amado. No notó ella el cambio extraño que se había operado en Rogelio Mackay, pues se echó en sus brazos como lo hizo una hora antes. Rogelio la abrazó dulcemente, pero con la ternura con que se acoge a un niño a quien se teme hacer daño. Sólo cuando la besó, notó Nadya la frialdad de sus labios y, sorprendida, le miró a los ojos. Y como la apartara una hora antes en la selva, la apartó entonces para dirigirse al misionero. Con voz fría y dura contó lo que le había sucedido a Nadya aquella noche y los bárbaros esfuerzos que Ted Hawkins hizo para venderla a Mooney. Luego sacó de entre sus ropas una bolsa de cuero que entregó al punto al

misionero.

—Hay cerca de mil dólares dentro —dijo—, y es mío ese dinero. Se lo doy a usted para Nadya. Deseo que ella se quede con usted y que usted se encargue de ella... y puede que algún día...

Nadya se agarró con ambas manos al brazo de él. Tenía las pupilas dilatadas, una palidez mortal cubría su rostro y su voz parecía quebrada.

—Yo voy con usted —exclamó—. Yo iré con usted y con Pedro.

—Ahora ya no puede ser —contestó Mackay—. He de irme solo... ¡acabo de matar a Hawkins!

Encima del techo de la cabaña rugió terrible el trueno. Cuando se extinguió el último eco de la explosión terrorífica que conmovió la cabaña, Rogelio señaló a la puerta y dijo:

—Padre, si usted quiere dejarnos solos... algunos instantes únicamente...

El misionero de pelo cano y blanca faz tomó la bolsa y se marchó. Cuando cerró la puerta de la habitación contigua, vio que Rogelio Mackay abría sus brazos y que Nadya se arrojaba en ellos sollozando. Después estalló la tempestad. La lluvia volcó sobre el techo de la cabaña como un diluvio, los relámpagos inundaban la noche con su cegadora luz y los truenos mezclaban sus rugidos al silbido del viento.

En la pequeña y oscura habitación se hallaba el misionero, el hombre encanecido por las tragedias, por los secretos profundamente enterrados en su corazón, un hombre que todo lo fiaba a la oración y a su inmensa fe en la bondad de Dios... Su corazón demandaba guía y luz y clemencia mientras esperaba. Pasaron los minutos. Cinco. Diez. De pronto aumentó el ruido de la tormenta y el misionero supo que se había abierto una puerta... que se volvió a cerrar.

Se dirigió a ella. La abrió silenciosamente. Echada en el suelo, la cabeza apoyada sobre una silla baja, que cubría su enmarañada cabellera, se hallaba Nadya, y junto a ella, Pedro, el perro fiel. Se dirigió a la muchacha. Se arrodilló a su lado y la abrazó con ternura.

Mientras sobre ellos rugía la tempestad, trató de consolarla, le habló de Dios...

Y entre tanto, bajo la tormenta, con la cabeza inclinada sobre el pecho y el alma vacía, Rogelio Mackay marchaba hacia el norte.

Capítulo VIII

PEDRO rechazado en la puerta por su amo, permaneció en ella, esperando en vano oír los pasos que le indicasen el regreso de aquél entre el ruido de la lluvia y de los truenos. Una emoción extraña le agitaba y aceleraba el fluir de la sangre por sus venas. Del mismo modo que un perro es a veces capaz de presentir la muerte, Pedro presintió la tragedia de aquella noche que no solamente había traído consigo un caos de tinieblas y de tormenta, sino una angustia indecible que le hizo gemir cuando se volvió hacia Nadya.

La muchacha seguía acurrucada, la cabeza apoyada sobre sus brazos, en el mismo sitio donde se echara después de recibir el último beso apasionado de Rogelio Mackay. Junto, a ella se hallaba, arrodillado, el viejo misionero, el enviado por Dios a los profundos bosques, que acariciaba suavemente el pelo de ella, pronunciando al mismo tiempo palabras de paz y de consuelo, mientras el viento y la lluvia azotaban la cabaña y el retumbar de las ventanas se mezclaba al murmullo de las copas de los árboles.

El perro se echó a temblar al oír los sollozos de la muchacha, pero aún era mayor su deseo de irse al encuentro del ausente. Su calidad irracional hacía creer que era Jed Hawkins el que promovía el ruido de las ventanas con manos invisibles y quien impulsaba al viento contra la puerta y quien llenaba la negra noche de amenazas y temores. Odiaba al que se hallaba tendido en la senda, bajo la lluvia torrencial. Y le temía tanto como le odiaba... Creía que Nadya también le tenía miedo y que era éste el motivo de su llanto. Sintió la tentación de ir a su lado para dejarse acariciar como antes, pero era más fuerte su deseo de seguir a su amo.

Se fue hacia la puerta, y aproximando el hocico a la grieta de la parte inferior, sintió el embate del viento que pugnaba por penetrar en la cabaña. La neblina se introdujo por sus fosas nasales, pero no el olor que caracterizaba a su amo. Durante un momento estuvo rascando con las uñas el borde inferior de la puerta y por fin se echó en el suelo fijando los ojos en el misionero y en Nadya mientras el corazón le latía aceleradamente.

Las semanas de constante camaradería con Rogelio Mackay habían desarrollado sus instintos más que su cuerpo, y aunque por ningún proceso de razonamiento podía llegar a saber que su amo fuera un proscrito, las horas de emoción que viviera durante aquel tiempo de incesante guardia revelaban a su instinto casi tanto como pudiera hacerlo la razón. Sabía que algo había pasado aquella noche. Ese algo estaba en la atmósfera, lo respiraba. Y vagamente tuvo la conciencia de que aquel hombre que yacía exánime en la senda era responsable de todo y que a causa de aquel indefinido

algo que acaeció, su amita lloraba y su amo se había marchado. Su deseo hubiera sido ir con Rogelio Mackay a través de las tinieblas y los misterios de la tempestad para luchar juntos contra el único ser del mundo al que odiaba: el hombre que yacía exánime en la sombría senda del bosque.

El misionero hablaba a Nadya con voz tranquila, de la que las tragedias de los largos años vividos en las profundas selvas habían borrado la pasión y la emoción.

—Dios lo perdonará, hija mía. En su infinita bondad, Él perdonará a Rogelio Mackay por haber matado a Jed Hawkins, porque lo hizo para salvarte a ti. En cambio, los hombres no perdonan. La policía le está persiguiendo, porque es un proscrito y ahora ha añadido a sus fechorías lo que la ley califica de homicidio. Pero Dios no considerará a Rogelio un homicida. Él penetrará en el corazón del hombre que se sacrificó.

Nadya le interrumpió con fiereza. El perro vio que su rostro estaba blanco como la nieve.

—No me importa lo que piense Dios —exclamó con pasión violenta—. Dios no obró bien. El señor Rogelio me lo contó hoy todo; me dijo que era un criminal, que yo no debía casarme con él, pero nada me importaba. Me hubiera ido con él. Íbamos a venir aquí esta noche para que usted nos uniese, cuando Jed Hawkins se me llevó a rastras para venderme vilmente a ese bandido del ferrocarril. Fue Dios quien permitió que el señor Rogelio lo encontrase y pudiese matarlo. Le digo a usted que Él no obró bien. No, señor, no, porque el señor Rogelio fue el que me trajo el primer momento de felicidad y yo le amaba y él me amaba a mí. Dios no hizo bien...

Su voz se ahogó en un sollozo, el sollozo del alma de una mujer en el cuerpo de una niña, y Pedro gimió y observó al misionero, quien cogió a Nadya y la llevó a la estancia contigua, donde poco antes había encendido una lámpara, para que durmiese. El perro se marchó al lado de ella, y cuando el misionero hubo salido, dejándola sola con su dolor, Nadya tomó a Pedro y le abrazó.

—¡Pedro! —murmuró angustiada—. ¡Pedro!...

En los instantes que siguieron, Pedro pudo sentir los latidos del corazón de su amita. Apretado contra el pecho femenino, contempló aquel rostro blanco y hermoso, aquella garganta que temblaba, aquellos ojos azules completamente abiertos y fijos en la única ventana de la choza. La tempestad había amainado y oíase en el silencio el tictac de un reloj, viejo y gris como el misionero.

Nadya, que ya no parecía ser la joven que «iba para los dieciocho años», pensaba en el hombre amado que se había ido. Aquella tarde, en el oculto claro del bosque, entre jazmines y violetas, se había revelado en ella el alma de mujer. En aquella hora había experimentado la primera alegría honda de su vida.

Había escuchado de los labios de Mackay las cosas que ella ya sabía: que era un proscrito de la ley y que se escondía en aquellos parajes tan cercanos a la civilización, porque la Real Montada andaba buscándole por el norte; que no era digno de su amor y que sería un crimen dejarse amar por ella. Entonces fue cuando floreció en su

interior una plena y gloriosa feminidad...

Ahora había llegado a una decisión sin vacilaciones ni temores, siguiendo tan sólo los mandatos de su corazón enamorado. Al hallarse sentada al borde de la cama, en la casa del misionero, mirando fijamente a la ventana contra la que golpeaba la lluvia, la nueva mujer que era ella ansiaba, con afán mayor que en la breve hora de felicidad de la tarde, volver a hallar al hombre amado. Por eso su alma no lloraba a gritos.

Pensó, amargada, en los tristes años que había vivido, desgraciada y atormentada, como hija adoptiva al lado de Jed Hawkins y de su pobre y maltratada esposa. Recordó los inviernos y veranos que le habían parecido eternidades de desolación y de dolor, durante los que no había tenido más amigos que los bosques y las montañas. Acudió a su memoria el fausto día en meses atrás, había encontrado casualmente el lugar escondido donde se ocultara Rogelio Mackay, quien desde aquel momento se había convertido en su ídolo. Había sido para ella padre, madre, hermano y, por fin, se habían colmado sus anhelos convirtiéndose en futuro esposo. Y cuando aquel día se sintió por primera vez en sus brazos, cuando toda la felicidad de la tierra parecía hallarse a su alcance, Dios había colocado en medio a Jed Hawkins para destruirla, y Rogelio Mackay cometió el homicidio fatal.

Con un grito agudo se puso en pie. Lo hizo con tanta violencia, que Pedro rodó por el suelo. El perro la miró extrañado. La joven respiraba anhelante, en sus ojos brillaba un fuego extraño y sus mejillas ardían. De pronto había tenido una inspiración. Agitada, se volvió hacia el perro y murmuró a su oído, de modo que el misionero no la oyera:

—Pedro, dije mal. Dios no era malo, cuando permitió que el señor Rogelio matara a Jed Hawkins. Éste mereció la muerte. Y Dios quiso que muriera, Pedro... Pedro... no nos importa que sea un criminal, ¿verdad? Nos... iremos, pues, con él... Nos vamos, sí...

De un salto se dirigió a la ventana. Mientras forcejeaba por abrirla, Pedro permaneció a su lado.

—Nos vamos, Pedro, nos vamos con él. Nos vamos aunque tengamos que morir.

Pulgada a pulgada, iba abriendo la ventana. El viento entró raudo y apagó la luz, pero Nadya había visto un momento antes que de la pared colgaba una navaja de esquimal. A través de la oscuridad fue en su busca. La empuñó con fuerza y saltó por la ventana sobre la blanda tierra. Pedro saltó también, para seguir a su amita y ambos desaparecieron como devorados por la oscuridad, en su marcha hacia el camino del norte, que era el único por el que Rogelio Mackay podía andar en una noche como aquella. Oyeron aún la voz del misionero que llamaba a Nadya desde la ventana, pero pronto se perdió el angustiado grito entre la trepidación de los truenos cuya violencia iba llegando al límite... La tormenta parecía haber guardado para aquel momento toda su fuerza, que estallaba en imponentes relámpagos. A través de la lluvia torrencial corría Nadya, junto a Pedro, y asida la navaja como si ésta fuera su única defensa contra los misteriosos seres de las sombras.

El perro no distinguía en aquella negrura a su amita. Sólo la veía a la luz de los relámpagos. Entonces se le aparecía como un fantasma, el traje tan empapado, que dijérase que no iba vestida. Su hermosa cabellera flotaba a pesar del peso del agua y sus ojos brillaban con inusitada fiereza. De relámpago a relámpago, durante la tregua de sombra, tan densa que no distinguía el camino, tropezaba con frecuencia, ya contra alguna piedra, ya contra las ramas bajas que le azotaban el cuerpo. La lluvia había borrado las huellas de Rogelio, y tampoco Pedro lograba husmear el rastro de su amo, pero el perro se daba cuenta de que seguían a Mackay; de que la muchacha trataba de alcanzarlo. Hubiese querido correr más, pues él lo hubiera hecho fácilmente a pesar de la oscuridad de la noche, pero los pasos inseguros de Nadya, su respirar jadeante y su extraño aspecto, lo cual advertía a cada relámpago, le retenían. Su instinto le decía que era preciso que Nadya alcanzara a Rogelio Mackay y temió que la muchacha no pudiera seguir. Quería ladrar alegremente para infundir ánimo a su amita, como muchas veces había hecho durante las alegres correrías por los llanos de la otra parte del monte Cragg, pero la lluvia se lo impedía. Pesaba el agua sobre él como si fuese plomo, y cuando trataba de abrir la boca, la lluvia le obligaba a cerrarla en seguida. Se limitó, pues, a correr al lado de Nadya, tan cerca que rozaba sus pies.

Durante los primeros momentos de su lucha para alcanzar al hombre amado, Nadya no oyó más que una voz, la voz que se elevaba de su corazón por encima del estruendo de los truenos y del viento, una voz que le inspiraba fuerzas, impulsando al frágil cuerpo a correr sin descanso.

Se decía que Rogelio Mackay tan sólo les llevaba media hora de delantera y que era preciso correr para alcanzarlo pronto antes de que se internara en los inmensos bosques, antes de que desapareciese para siempre de su vida.

No le asustaban las tinieblas, no le impedían avanzar los tropiezos ni las ramas que azotaban su rostro. Por dos veces cayó entre la copa de un árbol abatido y las dos veces luchó fieramente por desligarse de las ramas. Avanzaba, avanzaba siempre, en medio de la tempestad y de la lluvia, pero al fin, en un instante en que la furia de los relámpagos, los truenos y el viento llegaron al límite, cayó exhausta, jadeante, buscando con las manos al fiel compañero.

Pedro se aproximó a Nadya y lamió la palma de sus heridas manos y se acurrucó a su lado para inspirarle ánimo y consuelo con su presencia. De pronto se operó un cambio en la atmósfera. La tempestad corría hacia el este; el viento amainaba y la lluvia caía con menos fuerza. Rápidamente, como había llegado, el temporal de estío cesó y Nadya volvió a levantarse y avanzó vacilando.

Al renacer la calma en la Naturaleza, renació también la esperanza en el alma de la muchacha y con ella las pocas fuerzas que aún poseía. Creía estar segura de que Rogelio Mackay había tomado aquel camino, porque era el único que conducía desde la cabaña del misionero hacia el norte a través de los grandes bosques. Y no era posible que, habiendo salido sólo media hora antes que ellos, les llevara mucha delantera. Emocionada, pensó que tal vez se había refugiado debajo de algún árbol,

ante la furia del temporal, y en tal caso debían hallarse cerca, muy cerca. Tan pronto como se le ocurrió la idea, se detuvo y gritó el nombre de él con todas sus fuerzas. Por tres veces lo repitió, y no obtuvo más respuesta que los gemidos del perro. De nuevo corrió alocada y de nuevo, transcurridos diez minutos, se detuvo para lanzar sus gritos angustiosos a través de la selva sumergida en profundas tinieblas... Mas la ansiada respuesta no llegaba.

El camino descendía hacia un pantano, y pronto sintió Nadya cómo se le hundían los pies en el suelo fangoso que poco a poco se iba transformando en agua que le negaba hasta las rodillas. Pedro tuvo que nadar para poder seguirla. Durante un cuarto de hora estuvieron luchando por salir del pantano. Por fin llegaron adonde el suelo ascendía nuevamente. Las últimas nubes de la tempestad habían desaparecido y la lluvia había cesado. El ruido de los truenos se percibía muy lejano y los relámpagos ya no iluminaban la noche. Oíase por doquier cómo los árboles goteaban el vestigio de la lluvia, cómo fluía el agua de los pequeños torrentes que habíanse formado y que por los declives del terreno iban e engrosar el caudal del río y de los pantanos. Finalmente, los rayos de la luna fueron abriéndose paso a través de las nubes que se deshacían poco a poco.

—Ahora lo encontraremos, Pedro —dijo la muchacha, con voz quejumbrosa—. Ahora lo encontraremos, porque no puede estar muy lejos.

Y Pedro esperaba, conteniendo la respiración, la respuesta al grito que profirió Nadya.

La gloria de la medianoche de verano, bajo los suaves rayos de la luna llena, siguió a la violencia de la tormenta. La Naturaleza había sido azotada e inundada y toda la tierra despedía ahora el dulce aroma de la vida que renacía, de los cedros y bálsamos que como inmensos doseles se extendían sobre verdes alfombras de hierbas y flores. El bosque profundo parecía temblar ante la presencia de una vida, misteriosa e invisible, de una vida que bebía el tónico rejuvenecedor del ambiente purificado que había seguido a los relámpagos, a los truenos y al tumulto del viento y de la lluvia. Y la luna, como una reina que lo hubiese dispuesto en aquella forma, lucía sobre todas las cosas en un derroche triunfal de luz que disputaba su supremacía al día. Sus torrentes luminosos se deslizaban por las copas de los árboles en sendas de oro y plata y formaban en el suelo anchos claros que animaban la vida del bosque. El camino que conducía al norte era como un río de plata que dividía la selva hasta el horizonte.

Hallaron las huellas de los pies de Rogelio perfectamente impresas en el blando suelo. Dedujeron, también que en un claro donde algún trampero levantó, un día una choza, había descansado después de la lucha que tuvo que sostener para caminar por entre la tormenta. Luego, había continuado su camino. Nadya y Pedro llegaron al claro del bosque tres horas después de salir de la cabaña del misionero.

Llegaron cansados. La muchacha parecía un alma en pena. Pedro se tumbó, mientras ella volvía a llamar a Rogelio. Su voz terminó en un sollozo, porque estaba

al fin de sus fuerzas. Su rostro estaba pálido y en sus ojos se reflejaba la agonía. Tuvo una clara conciencia de ello cuando se desplomó sobre el camino. Llorando se inclinó sobre las huellas del ser amado que claramente se destacaban en el suelo.

—Pedro, no puedo continuar —gimió—. No puedo... no tengo fuerzas...

Cerró las manos y se las llevó al pecho. Pedro vio entonces el destello de los rayos de la luna en la funda de la navaja de esquimal, y al mismo tiempo el pálido semblante de su amita vuelto hacia el firmamento. También advirtió que los labios de la muchacha se movían, pero no oyó que pronunciara su nombre ni palabra alguna. Aulló y husmeando siguió, paso a paso, las huellas de Rogelio Mackay, cuya clara impresión le emocionaba, Miró atrás y ladró para animarla a que se levantara y le siguiese.

—¡Pedro! —le llamó ella entonces—. ¡Pedro!

El perro volvió sobre sus pasos y se acercó a ella. Nadya había desenvainado la navaja y su hoja relucía en la menuda mano. Sus ojos brillaron cuando cogió a Pedro y lo abrazó con tanta fuerza que el perro oyó las palpitations agitadas de su corazón.

—¡Oh, Pedro! —exclamó con voz jadeante—. ¡Si tú supieses hablar! ¡Sí tú pudieras correr y alcanzar al señor Rogelio y decirle que volviese, que debe volver!

Estrechó más fuertemente al perro entre sus brazos, tanto que el animal sintió cómo se estremecía el cuerpo femenino.

—¡Pedro! —murmuró muy bajito—. ¿Quieres ir?

A la pregunta siguió un momento de silencio... Luego sintió el perro que la muchacha daba un grito, como si de pronto hubiera tenido una idea feliz, y vio que, soltándole a él, empuñaba la navaja cuya hoja reverberó a la luz de la luna.

No comprendió nada, pero se dio cuenta de que era necesario observar muy bien a su amita. Ésta, inclinada la cabeza, manipulaba en las trenzas de su hermosa cabellera. Después, llevándose a ellas la navaja, produjo un ruido incisivo, y en una de sus manos quedó colgada una gruesa mata de pelo. Pedro no sabía lo que aquello podía significar. Su curiosidad aumentó cuando Nadya tiró la navaja y, cuidadosamente, envolvió la trenza en un trozo de tela que arrancó de su vestido.

Mientras efectuaba aquella extraña operación, no cesaba de hablar con voz agitada que aceleró el fluir de la sangre en el cuerpo de Pedro. Cuando hubo terminado, se levantó y, tambaleándose de debilidad, señaló al perro el camino del norte.

—¡Vete, Pedro! —ordenó con dulzura—. ¡Pronto! Sígueme, Pedro... alcánzalo... y tráemelo. Al señor Rogelio; sí... Ve, Pedro. ¡Corre!

No dejaban de ser extrañas para Pedro aquellas órdenes, pero comenzaba a comprender. Husmeó las huellas de Rogelio Mackay, mira después a Nadya y vio que ésta le sonreía. Comprendió que debía seguir y avanzó guiándose por las huellas. Nadya palmoteó aprobando su conducta e incitándole a que corriese.

Una lucecita de comprensión fue haciéndose en el oscuro, instinto del perro. Su amita deseaba que se marchase. Quería que fuese a buscar a Rogelio Mackay, a quien

debía llevarle lo que le había colgado del cuello. Dio un aullido y echó a correr, realizando instintivamente la prueba. Su amita no le llamaba. Tendió las orejas para escuchar la orden de regreso, pero no la oyó, y le embargó la emoción de haber acertado el deseo de la muchacha... No abandonaba a Nadya, no huía de ella, sino que ella deseaba que se fuese.

Pronto se lo tragó la noche, pronto fue el perro parte de sus movedizas sombras, de su silencio, de su misterio... Pedro sabía que con la tormenta se habían desarrollado terribles y formidables sucesos y sintió la proximidad de la tragedia en aquel mundo nocturno a través del cual pasaba. No iba a gran velocidad, pero sí mucho más aprisa que cuando acompañaba a Nadya. Procedía con cautela y a ratos se detenía para escuchar y para dominar la angustia que le invadía. Hallándose como se hallaba completamente solo, todos sus instintos estaban pendientes de la palpitación de la vida que le rodeaba... pues sabía que había vida en los bosques, Entre el silencio y las sombras, las diversas especies de animales se deslizaban por la selva, siempre en acecho de la carne y de la sangre de seres más débiles que los de su propia raza. Pedro lo sabía. Tanto los instintos atávicos como la propia experiencia se lo decían. Y observaba a las sombras y husmeaba el aire, y tenía los dientes dispuestos para la defensa, mientras seguía avanzando sobre la pista de Mackay.

No sólo le emocionaba la aventurar. Sin esa *finesse*^[2] que el hombre pudiera llamar caritativamente la razón del animal, se había dado cuenta de su responsabilidad. La tenía constantemente al sentir el envoltorio que se hallaba arrollado a su cuello. Aquello era en cierto modo una parte de la misma muchacha, una parte de su carne, una parte de su espíritu, algo vital para ella que él debía cuidar... Y Pedro estaba dispuesto a guardarlo con todos los instintos y cada partícula de valor que poseía. Y protegerlo significaba luchar, pues ésta era la primera ley de los de su raza, lo que primero le llegaba a través de la roja sangre de muchas generaciones de padres criados en las selvas. Una rama que se desprendió de pronto del lugar adonde el viento la había arrastrado, le hizo pararse en seco con un gruñido de desafío. Un rayo de luz que vio de repente aparecer y desaparecer en el camino, le movió a lanzar un feroz aullido. Tratábase de un lince. Durante una larga tregua, Pedro permaneció inmóvil. Después cruzó velozmente por el sitio iluminado por donde la amenaza de las garras afiladas de los bosques había pasado.

Sentía cada vez más próxima la vida de los bosques porque ya no le acompañaba el ser humano que con su presencia ahuyentaba a sus feroces enemigos. Los búhos nocturnos, en vez de observarle en silencio, abrían su poderoso pico y dejaban oír su silbido peculiar cuando el perro pasaba por su lado. Pedro oyó el ruido apenas perceptible que producían los animales en acecho al deslizarse cautelosamente entre las matas, y el más fuerte de las torpes pisadas del puerco espín, que avanzaba hacia el festín que para él representa la corteza del abedul, despidiendo su característica pestilencia.

De pronto, el camino cesaba y las huellas de Rogelio Mackay se adentraban en el

bosque, donde imperaban los movedizos claros de luna y las masas de sombras. En aquel sitio, en aquel instante comenzó Pedro a invadir el terreno prohibido de los seres de la noche. Oyó aullar a un lobo... un ulular de soledad y muerte. Percibió el olor fétido de un zorro que acechaba a su víctima de cara al murmullo del viento. En una tregua de silencio le sorprendió el ruido terrorífico del crujir de unas mandíbulas sobre su presa y vio una marta que con ojos de fuego devoraba el cuerpo aún cálido de una perdiz. Iban en aumento los gritos de los seres moribundos; ora era el lamento de agonía de un ratón del bosque, ora el chillido de un pájaro arrancado de su nido por un ave de torva mirada, toda ella plumaje y garras; ora era el grito ruidoso de un conejo cogido por uno de los piratas del aire. Y luego, en el centro de un claro de luna, tropezó Pedro con un monstruo. Tratábase de una enorme osa que tenía a su lado dos oseznos rechonchos que jugueteaban bajo el resplandor del astro. Pedro no había visto nunca un oso. Pero la osa, que levantó inmediatamente la cabeza de entre las hierbas donde estaba buscando raíces, había visto perros, había visto muchos perros y había oído sus ladridos y sabía que siempre iban en compañía de hombres. Dio, pues, un extraño aullido, recogió a los oseznos bajo sus anchas patas y, sin mirar atrás, los tres desaparecieron en la sombra.

A pesar del miedo que había pasado, Pedro dio un ladrido. Era para él una satisfacción haber descubierto, en el preciso momento en que sentía el mayor espanto, que un monstruo como aquél huía de él. Y Pedro continuó la marcha, un tanto envanecido y con la cola mas alta que antes.

Una milla más allá, en otro claro de luna, descubrió el cadáver medio devorado de un cervatillo. Habíalo matado un lobo y en aquel momento dos gigantescos búhos se daban un banquete con los residuos que la fiera había desdeñado. Eran *gargantúas*^[3] de su especie, macho y hembra, y cuando Pedro apareció de pronto, batieron sus enormes alas y, sacando sus garras de la sangre, volaron hacia la copa de un abeto cercano. Pedro ya no tenía miedo a los búhos. Había algo sobrenatural en aquellos seres silenciosos, especialmente cuando pasaba cerca de ellos en lugares oscuros, pero nunca le habían atacado, siempre se habían mantenido a distancia. Su presencia en la copa del abeto no le asustaba pues, y al olfatear la carne del cervatillo se manifestó en él el hambre. Por la herida que el lobo había abierto en un costado de la pieza, empezó Pedro a comer. Entre tanto lanzaba gruñidos que llegasen a la copa del abeto.

Las aves nocturnas respondieron con un batir de alas. El macho fue el primero en emprender el vuelo. La hembra le siguió poco después. Durante algunos momentos flotaron como fantasmas encima de Pedro, silenciosos como las sombras de la noche. Luego, con la velocidad de una bala, el macho emergió a la plateada luz de la luna y se abalanzó sobre Pedro. Los dos rodaron por encima del cadáver del cervatillo. El perro quedó durante algunos momentos atontado por el ruidoso batir de las alas y por los picotazos que recibía en el lomo. El búho no había logrado asir convenientemente al perro con las garras, y, espoleado por la rabia y la ferocidad, trataba de vencerle sin

elevarse de nuevo. Una y otra vez, en rápida sucesión, descargó el pico sobre Pedro, mientras que sus alas actuaban como mazas y pronto logró asirse al envoltorio que Pedro llevaba arrollado al cuello.

El terror que Pedro experimentaba se transformó de súbito en un loco afán de lucha. Volvió la cabeza e hincó sus dientes en la masa de pluma, pero ésta era tan espesa que aquéllos no llegaron a la carne del terrible adversario. Arrancó con furiosas dentelladas manojos de plumas, y cuando ya las afiladas garras del búho habían atravesado la tela del envoltorio, el perro logró hincar sus dientes en una pata del pajarraco. Mordió con toda la fuerza que le daba el terror, y el búho respondió con un agudo y doloroso graznido mientras trataba de librarse de los dientes del perro. Logró elevarse un poco a fuerza de batir las alas y Pedro se sintió levantado en vilo. Pero las garras del búho se hallaban enredadas al envoltorio y los dos volvieron a caer al suelo, Pedro apenas se dio cuenta de lo que pasó después, Sólo sabía que luchó desesperadamente. Cerró los ojos y apretó los dientes con tanta fuerza sobre la pata del búho, que le rompió el hueso. El ave batió febrilmente las grandes alas y se desgarró la carne para librarse de la férrea dentadura. Por fin, cuando ya la sangre señalaba el lugar de la lucha, algo cedió. Oyóse un grito horrendo, que no era de pájaro ni de bestia, luego un débil batir de alas, y el *gargantúa* de los aires se elevó vacilando y cayó con estruendo sobre las espesas ramas del abeto.

Pedro se levantó como pudo y dejó caer de su boca la pata seccionada del búho. Veía mal, sentíase completamente exhausto por el esfuerzo realizado, sangraba por varias partes del cuerpo, pero pronto olvidó el dolor ante la convicción de haber salido vencedor de la batalla. Se aprestó para otro ataque y miró receloso en torno de él. Pero no hubo lugar a otra lucha. No obstante, oyó moverse en la copa del abeto a su malparado adversario y lentamente se alejó del lugar de la batalla marchando hacia atrás. Por fin, volvió definitivamente la espalda y se dedicó de nuevo a buscar y seguir las huellas de Rogelio.

No había en su paso ninguna señal de bravuconería. Si antes poseyera una confianza ilimitada, el ataque del búho la había amenguado. Había aprendido que no todas las cosas le tenían miedo y que era menester guardarse hasta de las movedizas sombras que tan inocentes parecían. Su vanidad había sufrido un rudo golpe, y una sana reacción se operó en él. Decíale el instinto que había estado a punto de perecer y que las heridas que sufriera no eran de importancia. Aún le dominaba la agitación del combate sobrenatural del que había salido con vida. Mas no era miedo lo que sentía. Hasta entonces había visto en los fantásticos búhos de la noche una parte más o menos curiosa de la oscuridad, que no le inspiraba ni placer ni disgusto. Pero después de la lucha sintió odio hacia ellos, y al verlos cruzar el espacio como sombras, abría las fauces dejando al descubierto sus afilados dientes, prestos a hincarse de nuevo en el adversario fantástico.

Pedro se hallaba mal herido. Tenía el dorso despellejado a trozos y el último picotazo del búho le había perforado la parte superior de una pata delantera hasta dar

con el hueso. La sangre le salía de todas partes y uno de los ojos lo tenía medio cerrado. El instinto y la cautela le impelían a restañar las heridas descansando en la hierba espesa para esperar la llegada del nuevo día. Pero prevalecía en él el recuerdo de la voz suplicante de la muchacha, la emoción vaga que tenía su origen en el envoltorio arrollado a su cuello y las huellas de Rogelio Mackay, y continuó avanzando a través del bosque sin descansar.

Cuando ya las primeras luces del alba se esparcían por la selva, alcanzó Pedro la cima de un monte y vio una estrecha faja de llanura al otro lado. Lo mismo que Nadya, tuvo que refrenar la carrera por falta de fuerzas. Se hallaba en aquel momento tan cansado, que estuvo a punto de hacer lo que hiciera su amita. Había caminado muchas millas después de la lucha espantosa con el búho, y sus heridas le dolían cada vez más. La hinchazón obstruía completamente el ojo lesionado, y en la nuca, donde recibió el picotazo, sentía un dolor extraño. Parecía muy lejano el valle y se dejó caer, abandonándose a la fatiga y al dolor, sin ánimo para seguir adelante.

Volvió a mirar hacia el llano y de pronto olfateó algo que no era la neblina que se extendía entre las montañas. Era humo. Pedro se conmovió y, levantándose, se encaminó hacia el sitio de donde salía el humo.

Escondido entre dos rocas, en un pequeño llano cubierto por abundante hierba, halló a Rogelio Mackay. Primero vio la hoguera casi apagada y luego a su amo, que estaba dormido y cuyo rostro, ojeroso y pálido, daba la frente al cielo. Pedro no lo despertó porque había algo en aquel rostro que apagó sus gemidos de alegría. Suavemente se deslizó a su lado y se echó en el suelo. El movimiento del perro suscitó otro en el hombre. Mackay levantó un poco la mano y la dejó caer encima del cuerpo del perro. Los dedos, como si los guiase el deseo de la muchacha a quien esperaba, se posaron sobre el envoltorio, que era el mensaje que debía recibir.

Y durante mucho tiempo, mientras el sol iba inundando con sus rayos aquellos parajes, Pedro y su amo durmieron.

Capítulo IX

EL desasosiego de Pedro, a quien las heridas no le dejaban descansar, despertó a Rogelio, su amo. Antes de abrir los ojos a la luz del sol, recordó lo triste de su situación, pues le dolía el cuerpo a causa del tremendo esfuerzo realizado y de haber dormido en el suelo. Cuando vio al perro, se quedó estupefacto. El hecho de que Pedro se hubiese escapado de la cabaña y le hubiese seguido, no era en sí ninguna cosa extraordinaria. Era muy natural para un perro acostumbrado a estar en compañía de una sola persona. Sin embargo, lo inesperado del caso le privó del habla y le disgustó de momento. Era como si Pedro hubiese faltado deliberadamente a un deber. Durante la huida a través de la noche tormentosa, Mackay había pensado en él como en un vínculo que quedaría siempre entre él y la muchacha amada. Mackay había hallado consuelo en prescindir de la compañía del perro en favor de Nadya. Y Pedro se había vuelto traidor.

El perro parecía darse cuenta de las reflexiones de Mackay. Estaba echado, con la cabeza entre las patas delanteras, mirando a su amo. Era la suya una actitud de humildad, como si comprendiese el derecho del amo a castigarle. Sin embargo, en sus ojillos claros y firmes vio Mackay algo más, algo que parecía ser un ruego.

Sin hablar, aún alargó Mackay los brazos. El perro no necesitaba más que aquel movimiento significativo de perdón y se echó encima de Rogelio, el cual exclamó con una voz que era risa y congoja a la vez:

—¡«*Pied-Bot*», pequeño diablo!

Y tocó el envoltorio que Pedro llevaba en el cuello. El corazón le dio un salto cuando vio que se trataba de un trozo del vestido de Nadya. Pedro, comprendiendo que por fin su amo se había dado cuenta de la importancia de su llegada, permaneció inmóvil, mientras le desató el envoltorio. Pronto fulguró al sol la trenza de la hermosa cabellera de Nadya.

Rogelio Mackay sufrió una honda emoción ante aquel vestigio de la mujer amada y, sacudido por una inusitada congoja, escondió el rostro en él, besándolo fervorosamente.

—¡Dios la bendiga! —murmuró—. Pedro, quisiera ser niño para poder llorar.

En su semblante, a pesar de las lágrimas que asomaron a sus ojos y del extraño rictus de su boca, veíase el resplandor de la alegría. Se levantó y miró hacia el sur, hacia el camino por donde había venido arrojando los peligros de la tormenta nocturna. Se imaginaba cómo había sucedido la escena. Vio a Nadya en la cabaña del Padre Juan, ordenando al perro que saliese a arrostrar las furias de la tormenta para llevar al ser amado, aquella prenda de ella, que sabía que sería para él un recuerdo

perenne. Su último mensaje. Su última promesa de amor y fe hasta el fin de los días.

Sólo adivinó parte de la verdad. Y Pedro, al que un error en la creación de las cosas le negara el poder de la transmisión del pensamiento, recorrió un trozo de camino y se detuvo para mirar a su amo, como si quisiera decirle que Nadya había arrojado también los peligros de la tormenta y que estaba esperando en el bosque a que los dos regresaran. Mas Rogelio Mackay no llegó a comprender nada de ello; sólo veía en su imaginación la escena de la cabaña del misionero.

Volvió a besar con fervor el pelo sedoso de Nadya, que aún estaba húmedo de la lluvia, y después lo ató cuidadosamente y lo guardó en la bolsa de piel que llevaba.

Mientras iba recogiendo leña para una buena hoguera, ensanchábasele el corazón al pensar que en adelante ya no caminaría completamente solo.

El mismo día continuaron la marcha. Y pasaron los días y siguió el mes de agosto, y Mackay siguió su camino hacia el norte a través de las ilimitadas zonas selváticas, hasta que después de algunas semanas llegaron a la región de las aguas del Reindeer.

Al este del lugar en que se hallaban estaba la bahía de Hudson, al oeste los negros bosques de pinos y abetos y los ríos torrentes del Saskatchewan Superior, al norte las solitarias estepas y desconocidas selvas que bañan los lagos Atabasca, Esclavo y Oso Grande, hacia cuya lejana región iban avanzando lenta pero firmemente.

En los inmensos bosques y grandes pantanos no había entonces vestigio de humanidad. Cabañas, chozas y tiendas de campaña indias se erguían solitarias. No se advertían remontarse entre los árboles las columnas de las chimeneas, los ladridos de los perros no saludaban alegremente al alba y no se oía la risa y el canto que acompañaba a los hachazos del trampero; por todas partes no había sino silencio.

Era el tiempo de las vacaciones para la gente de las selvas y de las estepas. Los animales estaban criando. Las pieles cogidas en aquel momento tendrían sabor. Por eso desaparecieron los pobladores de aquella región, hombres, mujeres, niños y perros, que se reunirían en los puestos de la Compañía Hudson Bay que había diseminados en aquellos parajes. Unas semanas más, y todos regresarían. Y de las cabañas volverían a resurgir columnas de humo. Chiquillos de tez morena jugarían alrededor de las tiendas indias. Diez mil habitantes de los bosques, blancos, mestizos e indios, volverían en grupos familiares de dos o tres personas a ejercer el antiquísimo negocio de la caza en los dominios que llegaban desde la bahía de Hudson hasta las montañas del oeste, y desde las tierras altas hasta el mar Ártico.

Hasta que llegara aquel momento, la Naturaleza se hallaba libre, y su libertad era una corriente de silencio. Eran los días en los que la loba criaba sus lobeznos y no aullaba; los días en que el lince dormía mucho y cazaba poco; los días de crianza con sus noches de soñolientos cuchicheos y de luna roja. Los ríos se deslizaban con suave murmullo, soñando con abundantes lluvias y grandes, crecidas. Y por encima de todo flotaba el susurro trémulo de la Naturaleza, como si durante la ausencia temporal del hombre hubiese hallada un nuevo lenguaje.

Para Rogelio Mackay, aquellas manifestaciones eran las de la vida real y verdadera que percibía por todas partes, pues que para él tenían una significación clara, mientras otros sólo hubiesen hallado allí la angustia del inmenso silencio. Mackay llamaba a aquellos días de estío «los días de la maternidad de la Naturaleza», y sobre este pensamiento erigió, durante los años que pasó en aquellos parajes, su credo y su fe.

Una noche se detuvo para acampar, en la ribera de Burntwood. Ante él se tendía el ancho río, de aguas mermadas, susurrando y cantando, entre bancos de arena y maderos a la deriva, allí donde en mayo y en junio bramó con la fiereza de las inundaciones. Pedro, medio dormido después de un día de correr infatigablemente a través de los cálidos bosques, observaba a su amo. Después que habían huido del último rincón de las regiones civilizadas, el perro había crecido mucho. Las rudezas de la vida aventurera y la necesidad de luchar por el sustento habían desarrollado considerablemente sus instintos. Tenía entonces seis meses y ya era un perro hecho y derecho. Siempre estaba alerta y dispuesto a entrar en acción.

Miraba hacia atrás mientras descansaba, maravillándose de que la esbelta muchacha de ojos azules a la que ambos amaban no llegara nunca... y, aunque vagamente, se extrañaba también de que su amo siguiera caminando sin esperarla.

Rogelio Mackay estaba cambiado también. No era ya aquel filibustero rollizo y de coloradas mejillas que silbaba y cantaba alegremente en el monte Cragg aun sabiendo que la policía lo estaba buscando. Las constantes caminatas de la huida lo habían adelgazado, y en su semblante se advertía un gesto grave. Mas en sus claros ojos se veía siempre el amor a la vida, que en él era superior a la pena que le roía el corazón, mientras avanzaba firmemente hacia las Grandes Estepas, hacia el Gran Desierto Blanco de largos inviernos.

El ojo avizor de Pedro le permitió ver que su amo sacaba su tesoro a los últimos rayos del sol de aquel atardecer.

Aquella operación era algo que el perro siempre esperaba y que acaecía con frecuencia durante el día. Y aun de noche, cuando se daban una tregua de descanso, Rogelio Mackay realizaba aquellas manipulaciones. Pedro se aproximó al sitio donde su amo se hallaba sentado de espaldas en una roca, y sus ojos brillaron. Siempre percibía el dulce perfume de la muchacha cuando Rogelio Mackay sacaba el precioso tesoro. Lo desenvolvía con precaución y luego lo admiraba. Era la trenza de pelo de Nadya, la única cosa que poseería de ella en su vida. Pedro entonces se maravillaba como nunca de que no volvieran sobre sus pasos para buscar a la muchacha. Muchas veces, durante los ratos de intranquilidad y añoranza, había tratado Rogelio, su amo, de explicarle los motivos, y Pedro había hecho todo lo posible para comprender, pero siempre se le imponía el cariño que profesaba a su amita, y en sueños jugaba con ella como antes luchaba por ella, oía su voz y sentía el suave contacto de su mano. Con su instinto de irracional la amaba tanto como la deseaba Rogelio Mackay con su anhelo de hombre enamorado. Pero siempre, cuando despertaba de sus sueños, continuaba la

marcha hacia el norte, nunca hacia el sur. Para Pedro aquello era un misterio inescrutable, pues no poseía el poder de razonamiento para resolverlo. Tampoco podía transformar en palabras el recuerdo que llevaba en el corazón, aquel último grito de la muchacha cuando le ordenó que siguiera a Mackay y que volviese con él, con el hombre a quien ella amaba y amaría siempre, a pesar de todas las transgresiones de la Ley.

Aquella noche, después de acampar en la ribera del Burntwood, Pedro oyó que su amo llamaba en sueños a Nadya.

Y a la mañana siguiente continuaban la marcha, siempre hacia el norte. Durante aquellas semanas de calor estival, Mackay luchó tenazmente contra las tentaciones que querían vencer la ley principal de su credo.

La policía podría cogerle, y seguramente le cogería, y citando lo tuviese a buen recaudo, lo más probable es que le ahorcaran. Pero nunca sabrían nada de su vida íntima. Había en ello algo trágicamente humorístico. La policía no tendría jamás noticias de la pureza de su adoración hacia los niños y hacia los viejos... y hacia las mujeres. Sus jueces se reirían si conociesen la religión que él se había formado, y le tratarían con desdén y desprecio si él se aventurase a decir que no era malo en el fondo, pues todos creían que lo era, así como le achacaban el asesinato de Jed Hawkins. De aquí que los setecientos individuos de la Real Montada tuvieran orden de cogerlo muerto o vivo.

Mas ¿era verdad que él era malo?

Una noche discutió el asunto con Pedro.

—Si soy malo, «*Pied-Bot*», puede que la culpa no sea completamente mía —dijo—. Puede que haya contribuido a ello todo eso —y señaló con la mano, el panorama que se extendía en derredor—. Yo he nacido bajo, el cielo despejado de una noche como ésta, qué se avecina: Mí madre, antes de morir, me contó muchas veces cómo vigiló aquella memorable noche la salida de la luna y cómo le parecía que ésta le hablaba. Yo he adorado a la luna desde que nací, lo mismo que al sol y todo lo que se halla bajo el limpio cielo. Así como creo en Dios, creo también que Él nunca quiso que los hombres hiciesen leyes que no estén de acuerdo con las leyes hechas por Él, y he arreglado un sinfín de cosas a mi modo. También me parece que he amado demasiado a los árboles, a las flores, al sol y al viento. He caminado sin cuidarme de nada que no fuera mi camino, y caminando lo he hecho todo. Y ahora, «*Pied-Bot*», la policía me busca.

Pedro escuchaba atentamente, comprendiendo sólo que su amo se reía sin temor ni arrepentimiento.

—Primero fue lo del Premio del Tratado de Indígenas —continuó diciendo, a la vez que se inclinaba hacia Pedro como si esperase de él alguna respuesta—. Has de saber que *Ave Azul* se hallaba en aquella tribu. Aún la recuerdo. La vi de muchacha, con sus dos largas y endrinas trenzas y su rostro que a mí me pareció casi tan hermoso como el de mi madre. Mi madre la quería y ella amaba a mi madre, y yo

adoraba a *Ave Azul*, como un niño adora a una hada. Y *Ave Azul* siempre ha sido mi hada, Pedro. Para mí, el cariño de un niño es lo que más dura en la vida, pues permanece siempre ideal y no se olvida nunca. Años después de la muerte de mi madre, cuando yo era un hombre y había estado en Montreal, y en Ottawa, y en Quebec, volví a la tribu de *Ave Azul*. ¡Y se morían de hambre, «*Pied-Bot*»! ¡Se morían de hambre!

El humor y la ternura habían desaparecido de la voz de Mackay. El tono de su voz era duro y agresivo.

—Era en invierno —continuó—, en lo más crudo del invierno. Y hacía frío, tanta frío, que basta los lobos y los zorros se sepultaron en la nieve, De aquí que los indios no hallaran caza alguna y se murieran. Cuando vi a *Ave Azul*, «*Pied-Bot*», sentí una punzada en el corazón. Parecía que ya no quedaba de ella más que sus grandes ojos y su cabello negro. ¿Has visto alguna vez llorar a un indio, a una india como *Ave Azul*? No lloran mucho, no. Pero cuando el hada de mi infancia, sin fuerzas para tenerse en pie, me vio llegar, brotaron de sus hermosos ojos, grandes lágrimas que corrieron por sus hundidas mejillas. Se había casado con El Ciervo Veloz. Dos de sus tres hijos habían fallecido de hambre en el espacio de quince días, y El Ciervo Veloz estaba muriéndose en aquel momento. *Ave Azul* estaba desesperada y su alma pedía a gritos a Dios que le permitiese morir inmediatamente al lado de El Ciervo Veloz. En aquel momento llegué yo.

»Pedro... —Rogelio Mackay se inclinó de nuevo sobre el perro con los ojos brillantes—. Pedro, que Dios me mate si Él cree que no obré bien... Descubrí de dónde partía el mal. Había un nuevo agente del gobierno para las tribus indias que era un canalla. Y cerca de aquella tribu había un traficante libre, otro canalla. Los dos se entendieron. El agente del gobierno mandó el Premio del Tratado Indio, y al mismo tiempo, desde luego sin que nadie lo supiera, mandó al traficante una buena cantidad de *whisky*. En menos de cinco días el dinero del Premio fue gastado en *whisky*. Luego llegó el invierno y todo fue de mal en peor. Cuando llegué y descubrí lo que había pasado, dieciocho individuos de los sesenta que formaban la tribu habían muerto de hambre. Y en menos de dos semanas se hubieran muerto los demás. Mira, «*Pied-Bot*», yo creo que entre mis antepasados debe de haber habido un pirata, y eso fue lo que me obligó a salir. Regresé a los tres días y conmigo traje un trineo lleno de comida y ropa de abrigo. ¡Dios mío, cómo se saciaron aquellos famélicos! Volví a salir nuevamente y regresé antes de una semana con otra carga más grande aún. Y *Ave Azul* volvió a ser hermosa y El Ciervo Veloz podía levantarse, y en toda la tribu reinó la felicidad... Creo que Dios también se alegró. Así siguieron las cosas durante dos meses. No me cansaba de llevarles comida. Pasó la rigidez del invierno, volvió a haber caza, y cuando me marché les dejé bien provistos de todo. ¡He aquí lo que ha hecho de mí un proscrito, «*Pied-Bot*»!

Mackay gruñó de satisfacción, y Pedro oyó cómo se frotaba las manos en la oscuridad.

—¿Qué quieres saber cómo? —preguntó—. Pues verás. Me fui a ver a aquel traficante libre. Dios, a quien la ley no reconoce, me acompañó, y encontramos al canalla solo. Primero le di una buena tunda; por poco lo dejo en el sitio. Luego le clavé la punta del cuchillo en la carne y le obligué a firmarme un papel en que dijera que él tenía que marcharse al sur y me autorizaba a hacer sus veces durante su ausencia. Después lo llevé a un escondrijo donde nadie podía encontrarlo, y allí lo amarré bien. Luego hice sus veces, ¡vaya si las hice, Pedro! Todo el mundo se hallaba fuera y pocos visitantes me molestaban. Por eso pude vestir y dar de comer a mis amigos durante ocho buenas semanas, hasta que estuvieron otra vez gorditos y los ojos de *Ave Azul* volvieron a brillar como las estrellas. Entonces cogí al canalla de Roach (así se llamaba el traficante), lo coloqué de nuevo en su puesto y le di otra lección y otra tunda... y me marché.

Mackay se puso de pie. En el firmamento habían aparecido las primeras estrellas, y Pedro oyó cómo su amo respiró profundamente, con la fuerza de un hombre que gozaba de la gloria de la vida.

Después de un rato, dijo:

Y desde entonces la Real Montada me anda buscando Pedro. Y cuanto más me han buscado, tanto más motivo les he dado para cazarme. Por poco maté a Deaudin, el encargado del correo del gobierno, pues se atrevió a insultar a la esposa de un hombre mientras éste se hallaba ausente. El esposo era amigo mío. Luego, Beaudin, para vengarse, robó el correo, y con sus heridas justificó un ataque que me imputaron a mí. Verdad es que más tarde me desquité, pues detuve a un correo para robarlo; pero me parece que tenía mis motivos para ello. Muchas cosas he hecho desde entonces, pero siempre valiéndome de mis puños; nunca metí una bala o un cuchillo en el cuerpo de un hombre, excepto aquella vez que pinché a Roach, el traficante. Y lo más gracioso es, «*Pied-Bot*», que no he sido yo quien mató a Jed Hawkins. Puede que algún día te cuente lo que pasó aquella noche, las cosas que ni tú ni Nadya visteis. Por ahora...

Durante un rato permaneció en silencio. Pedro presintió la emoción que en aquel momento embargaba a su amo, el cual, de pronto, se inclinó sobre él.

—Pedro, tres mujeres hay a quienes amaremos mientras tengamos vida —murmuró—. Una es mi madre, que murió. Otra es Nadya, a quien nunca volveremos a ver —su voz se alteró ligeramente—. Y la tercera —añadió— es *Ave Azul*. No la he visto desde hace cinco años, desde aquella época de hambre, de la que tuve ocasión de salvarla. Puede que ahora tenga más hijos... En fin, eso ya lo veremos.

Capítulo X

DESDE aquella noche, Rogelio y Pedro caminaron directamente hacia los lugares frecuentados por la tribu de *Ave Azul*. Caminaron despacio, con precaución, lo cual inculcó a Pedro una creencia cada vez más fuerte, de que por algún motivo debían estar constantemente en guardia. Notaba que su amo se sobresaltaba al escuchar cualquier ruido anormal: una rama de un árbol que se quebraba, un movimiento misterioso entre los arbustos, el ruido del paso de un animal, todo le movía a prestar atención con ansia singular.

Instintivamente supo el perro que rehuían la presencia de los hombres, y recordó con todos los detalles la huida ante Cassidy y cómo se refugiaron durante muchos días en el caluroso pedregal. La vigilancia parecía formar ahora parte de los movimientos de su amo. No reía nunca, ni cantaba, ni silbaba. Tampoco hablaba, como otras veces, en alta voz. Las hogueras que encendía eran siempre muy pequeñas, y en lugar de cazar con arma de fuego, lo que hubiese sido muy fácil, colocaba de noche pequeñas trampas y pescaba en los ríos. Dormían siempre a media milla de distancia del lugar donde encendían la diminuta hoguera que les servía para preparar la cena. Y durante las horas del sueño, Pedro permanecía siempre alerta. Pocas noches pasaban sin que el gruñido del perro despertara de pronto a Rogelio y éste permaneciera un buen rato con el dedo en el gatillo del fusil, vigilando atentamente.

Mackay no estaba muy seguro de si haría uso del arma en el caso de que la policía de la casaca roja apareciese de pronto. Analizaba su situación desde todos los puntos de vista, y siempre, no importaba cómo abordase la cuestión, se hallaba frente a frente con el mismo hecho escueto y definitivo, Si la policía lograra cogerlo, no se entretendría en castigarlo por haber vuelto a robar el dinero del Premio, ni por haber asaltado el correo del gobierno, ni por cualquier otro de sus actos de criminal apariencia. A él lo ahorcarían, sencillamente, por haber asesinado a Jed Hawkins. Y no obstante, fue ella, ella misma quien lo mató. Y a Nadya mandaría la ley ahorcar si la verdad fuese conocida... y creída.

Mas ¿creería la gente, si lo contase, que cuando se fue en busca de Jed Hawkins para darle una buena tanda, de palos por su canallada, lo halló muerto por Nadya? ¿Le creerían si en un momento de cobardía dijera que para proteger a la mujer amada había aceptado para sí la responsabilidad del crimen? No, no le creerían. Su declaración escrita era demasiado categórica. Y además lo tratarían de cobarde y embustero si revelase la verdad.

Bien mirado, en ello estribaba precisamente la poca felicidad que restaba a Rogelio Mackay: en haber hecho aquella declaración tan categórica para que ni Nadya ni el mundo supiesen jamás la verdad. Su amor por la niña-mujer de ojos azules que le había dado su corazón y su alma a pesar de saber que él era un

proscrito, era algo inmortal, lo mismo que el amor a su madre, muerta desde hacía tanto tiempo. «Será dulce morir por ella», se decía Mackay, y al decirlo, sabía que morir era algo que le acontecería inminentemente. La conciencia de lo inevitable no le inspiraba miedo. Estaba decidido a conservar su libertad y su vida tanto tiempo como pudiese, aunque era bastante fatalista y conocía lo suficiente a la Real Montada para saber lo que al final sucedería. Y sin embargo, con una tragedia real y vivida en el pasado y otra tragedia no menos real en el porvenir, el alma de Rogelio Mackay no se encerraba en completa oscuridad. Despierto o dormido en el alma llevaba el recuerdo de la mujer que había estado dispuesta a sacrificar por él todas las cosas de la vida, que había suplicado poderle acompañar a doquiera que el destino le llevase. Su condición de hombre que se halla fuera de la ley, no había destruido en ella la fe. El hecho de que él matara a un hombre, un hombre sin derecho a vivir, no fue causa sino de que ella le abrazase con más fuerza y fuera aún más suya. Mil veces atormentó a Mackay un pensamiento... ¿No habría hecho mal en no querer aceptar el amor y la compañía de ella, siendo así que ella le suplicaba que los aceptase, sucediera lo que sucediere?

Cada día avanzaba un poco más en el camino de la certidumbre, y por fin, cuando viajaban en dirección de la región donde moraban los de la tribu de *Ave Azul*, logró vencer las últimas dudas que le oprimían, y supo que había hecho bien. No cedió a su egoísmo y no la había atado por siempre a un proscrito. La había dejado libre. Ella podía confiar aún en la vida y en la felicidad, porque él no había destruido su porvenir, y esta seguridad alentaba a Mackay y le daría un poco de felicidad aun en el día fatal en que la ley exigiese de él el último sacrificio.

A las grandes aflicciones suele seguir una extraña tranquilidad, una felicidad secreta, íntima, que nadie puede comprender, sino el que haya pasado por idéntica suerte. Cuando la agitación y la pasión se han consumido, el alma se halla más fundida en Dios y encuentra por fin la paz bienhechora. Esta vez asistía a Rogelio Mackay cuando se acercaba a la región del lago Wollaston, Aquel sentimiento, mitad dolor y mitad pena, sazónaba para él la Naturaleza y le acercaba más a la vida que antes. Su pasión por el sol y el cielo, por los árboles y las flores, era más la adoración a lo divino que había en ello, que el amor al aspecto físico de las cosas. De día en día fue acrecentándose la atracción que ejercían sobre él aquel cielo y aquel sol que le hablaban de las fuerzas de la Naturaleza y del poder divino que le asistiría en las más oscuras horas entre las muchas de tribulación que le esperaban.

Una vez decidido a reunirse con la tribu de *Ave Azul*, viajaba sin premura. Y con frecuencia se esforzaba en imaginarse que Nadya se hallaba a su lado. Logró forzar la imaginación de tal modo, que el perro se preguntaba maravillado dónde estaría la persona con la que su amo estaba hablando con frecuencia.

Como avanzaba despacio y con mucha precaución, las facultades mentales de Pedro desarrolláronse con maravillosa rapidez. Su amo, libre de egoísmos y de prejuicios, había colocado al perro en un plano de íntima igualdad, y Pedro se

esforzaba cada día un poco más en vivir de acuerdo con la responsabilidad de esta intimidad y confianza.

El instinto, en cooperación con la instrucción que recibía del hombre, le enseñó a conocer los bosques, y tanto, que en muchos sentidos se mostraba para ello más hábil que su amo. Y además de todos los conocimientos útiles, Rogelio Mackay le inculcó poco a poco y de modo seguro la diferencia entre la matanza caprichosa y el ejercicio de la caza por necesidad.

—Todo lo que tiene vida ha de matar... hasta cierto punto —le explicó Mackay, repitiendo una vez más la lección—, y esto no está mal, Pedro. Lo verdaderamente grave es matar sin necesidad. ¿Ves aquella enredadera del grueso de mi muñeca que se arrolla al árbol como una serpiente? Pues bien, esa enredadera está acabando con la vida del árbol y con el tiempo el árbol se morirá. Sin embargo, la planta mortífera no hace otra cosa sino aquella que Dios Omnipotente quiso que hiciese, puesto que necesita del árbol para poder vivir yo, en cambio, voy a cortar la enredadera, porque me gusta más el árbol que la planta, y, siguiendo los mandatos de mi conciencia, ése es mi privilegio. Del mismo modo, esta noche comeremos perdices tiernas, porque es necesario que comamos. Es la necesidad la que manda Pedro. ¿Llegarás a comprenderlo?

Al principio, la empresa era en exceso ardua para Pedro, pero se trataba de un animal observador e inteligente, y poco a poco fue dándose cuenta de lo que su amo quería de él. Aprendió que era un crimen arrancar a los tiernos pajarillos del nido, del mismo modo que en el hecho de atacar a un ser más débil había cierta humillante vergüenza. Generalmente, esperaba en estos trances la decisión de su amo. En aquel mes de agosto abundaban los gazapillos y conejos, y ordinariamente el perro hubiese destruido un gran número de ellos durante un día de marcha. Sin embargo, los desdeñaba, a no ser que Mackay le hiciera alguna señal o que tuviese realmente hambre. Interesóle a Mackay grandemente esta fase de la educación de Pedro. La filosofía del proscrito no se hallaba viciada por la argumentación egoísta de los naturalistas científicos de estrecho meollo: «Yo soy el único ser racional». Creyó, al contrario, muy firmemente, que el perro no solamente poseía un cerebro y un instinto superior, sino que tenía, además, un poder positivo de entendimiento al que trataba de ayudar en su desarrollo. Y sus progresos le fascinaban. Cuando no dormía, o caminaba, o aleccionaba a Pedro, solía leer aquellos maravillosos tomos de cubiertas encarnadas que hablaban de la historia y que había hurtado del correo del gobierno que detuviera cerca de las grandes estepas. Casi se sabía de memoria el contenido. Sus libros favoritos eran las historias de Napoleón, Margarita de Anjou y Pedro el Grande, y cada vez que comparaba sus propias tribulaciones con las dificultades y tragedias de las que aquéllos habían triunfado, sentía renacer su valor y afrontaba la vida con renovada alegría. Si en la Naturaleza veía a Dios, si Nadya era el ángel protector, aquellos libros, escritos por un hombre muerto hacía más de cincuenta años, eran voces que le llegaban del lejano pasado, animándole a seguir. Sus páginas

eran lecciones reales de sacrificios, de coraje y proezas, de lealtades, honras y deshonoras, y le mostraban las terribles tragedias que acompañaban siempre al supremo egoísmo y arrogancia del hombre. Solía anotar las líneas divisorias, dónde acababa la acción honrosa y dónde empezaba el egoísmo, y contaba a Pedro las conclusiones que de las historias sacaba. Sentía una gran ternura por la gloriosa Margarita de Anjou y se emocionó hondamente cuando un día el libro parecía decirle que Nadya era otra Margarita, más maravillosa aún, porque no era ni princesa ni reina.

—La única diferencia que existe —explicó a Pedro— es que Margarita de Anjou se sacrificó, luchó y murió por un rey, y Nadya está dispuesta a hacer todo eso por un pobre y mísero proscrito como yo. Lo que pone a Margarita en lugar secundario si se la compara con Nadya, porque Margarita quería un reino además del esposo, y Nadya se contentaría contigo y conmigo. Pero eso, nosotros —adoptando la actitud de Pedro el Grande—, no lo admitiremos.

Y así seguían la marcha, día tras día, hacia el río y lago Wollaston, en cuya región moraba *Ave Azul* y su tribu.

Ya había principiado el mes de septiembre cuando cruzaron el Geikie y llegaron a la costa del oeste del lago Wollaston. Durante tres días marcharon por la escabrosa costa del lago, avanzando con más cautela que nunca, y cuando Rogelio llegó a ver los bastidores de pesca de los indios, sufrió un amargo desengaño, porque vio que habían sido abandonados muchos días antes. Por todas partes se veían huellas de osos negros, y en el sitio donde echaron los despojos de pescado sorprendieron a dos que husmeaban tranquilamente.

Fue al día siguiente, una hora antes de la puesta del sol, cuando Rogelio Mackay y Pedro llegaron a la orilla de un riachuelo en cuya arena jugaban unos niños indios. Entre los chillidos, jugando y riendo con ellos, había una mujer. Era alta y esbelta y vestía un traje de piel de ante que sólo le llegaba un poco más abajo de las rodillas. Dos grandes trenzas de cabello negro colgábanle por la espalda. Cuando Mackay la vio, corría de espaldas a él, seguida de los chiquillos. De pronto se volvió y dirigió su carrera hacia el sitio en que se hallaba Rogelio Mackay, hasta que se detuvo con un grito de sorpresa casi al alcance de la mano de él. Mackay advirtió la mirada de temor de la mujer, vio cómo clavó en él sus grandes ojos negros y que de pronto su pecho se agitaba en una anhelante respiración. En aquel instante Rogelio pronunció un nombre:

—¡*Ave Azul*!

Y fue a su encuentro, maravillándose al mismo tiempo de que los años hubiesen pasado por aquella mujer sin dejar apenas huella. *Ave Azul* le alargó las manos con el rostro iluminado por una súbita felicidad, mientras Pedro se preguntaba qué sería aquella chiquillería india que le rodeaba. Un instante después se interrumpió la escena. Una muchacha salió del bosquecillo. Dijérase que era otra *Ave Azul* y que había aparecido para confundir a Pedro: la misma figura esbelta y graciosa, los

mismos ojos brillantes... Sin embargo, tenía seis años menos que Nadya. Ésta fue la primera visión que tuvo Pedro de Nube de Sol, la hija de *Ave Azul*, La muchacha se conquistó en seguida su cariño del mismo modo que se apoderó de su confianza la mujer cuyas manos estaban en las de su amo. *Ave Azul* llamó a su hija y ésta acudió corriendo alegremente. Después del primer saludo, todos se fueron hacia la costa, al campamento de pesca. Los niños iban delante, corriendo tras de Nube de Sol, para contar la fausta nueva. Pedro iba al lado de la joven.

Jamás había oído el perro nada semejante a los gritos que profirió El Ciervo Veloz, el marido de *Ave Azul* y jefe de la tribu, después de saludar a Rogelio Mackay. Era el grito guerrero que antiguamente sonaba victorioso por las sendas de los bosques. Pero lo que pareció a Pedro más extraordinario fue lo que aconteció aquella noche, Encendiéronse grandes hogueras y hubo bailes y cantos y se comió entre grandes risotadas y la infernal gritería de cincuenta perros Siwash. A Pedro no le gustaban aquellos perros, pero no luchó con ellos, porque su cariño por Nube de Sol le movía a permanecer cerca de su mano acariciadora.

Aquella noche, a la luz fantástica de las hogueras, sentado cerca de la tienda de El Ciervo Veloz, Rogelio Mackay se sintió estremecido de gozo por un placer que desde hacía mucho tiempo no había experimentado, Le gustaba mirar a *Ave Azul*. Los cinco años que transcurrieron sin que la viera, no la habían cambiado. Sus ojos tenían el mismo brillo de las estrellas. Sus dientes eran blancos como la nieve. El rubor subía a sus mejillas como antes, del mismo modo que subía a las de Nube de Sol. Todo lo cual significaba que en aquel rincón de la selva había habido felicidad y prosperidad, También le complacía mirar a Nube de Sol, que poseía toda la belleza extraña de las flores silvestres, y observar a El Ciervo Veloz. Era éste un esposo espléndido y un buen padre, y entre la compañía alegre y feliz se hallaba Mackay extrañamente dichoso. El Ciervo Veloz le contó que durante los últimos tres inviernos habían cogido mucha caza y que aquel verano habían obtenido y secado tanta pesca, que pasarían muy bien el invierno por duro que fuese. Su gente era rica. Tenían muchas y muy buenas mantas, excelentes vestidos, las mejores tiendas, fusiles y trineos. Además, poseían otras cosas. Dos de éstas se las enseñaron *Ave Azul* y su marido aquella misma noche. Una era una máquina de coser y la otra... ¡un gramófono! De aquí que Rogelio Mackay pudiera escuchar El Rosario y Madre Irlandesa junto al lago Wollaston, a seiscientas millas del monte Cragg.

Más tarde, cuando la gente se fue a dormir, *Ave Azul*, El Ciervo Veloz y Rogelio Mackay permanecieron cerca de las hogueras, y este último contó lo que le había sucedido en la campaña próxima a las regiones civilizadas. Era lo que su corazón pedía, poderse desahogar con los amigos, y no ocultó ningún detalle. Si bien El Ciervo Veloz escuchaba atentamente, Rogelio Mackay se dirigía sobre todo a *Ave Azul*, y sabía que el alma de aquella gran mujer le comprendía. Con dulzura, con esa suave voz gutural de los indios crees, ella le preguntó muchas cosas sobre Nadya, y sus finos dedos acariciaron la trenza de los cabellos de la joven blanca.

Y después de un largo rato de silencio, dijo:

—La he dado un nombre: «Oo-Mi», la Paloma.

El Ciervo Veloz se sorprendió del matiz extraño que había en la voz de su esposa.

—La Paloma —repitió él.

—Sí, «Oo-Mi», la Paloma —asintió *Ave Azul*.

No miraba a ninguno de los dos hombres. Sus ojos parecían dos carbones encendidos. Su cuerpo estaba rígido. Sin pedir permiso a Mackay, colocó la trenza de cabellos en su pecho.

—«Oo-Mi» la Paloma —repitió con su mirada de ensueño—. Éste es su nombre, porque la paloma vuela veloz y derecha, y es fiel. La Paloma vuela sobre los bosques, los lagos y todas las regiones. Es incansable. Es ligera. Y siempre llega... al hogar.

El Ciervo Veloz se levantó silenciosamente.

—¡Ven! —murmuró al oído de Rogelio Mackay.

Ave Azul no los miraba ni les hablaba, y El Ciervo Veloz, cogiendo a Mackay del brazo, lo empujó. En sus ojos había un poco de miedo, pero al mismo tiempo una fe sublime.

—El espíritu de *Ave Azul* estará esta noche con «Oo-Mi», la Paloma —dijo con ligero temblor en la voz—. Irá a visitar los lugares que acabas de describir y penetrará en el cuerpo de la muchacha y mañana sabrás lo que ha sucedido y habrá de suceder.

En la entrada del bosque de sauces se detuvo Rogelio Mackay para observar durante un rato a *Ave Azul* que, sentada como estaba, parecía una figura de piedra.

Rogelio sintió extrañas palpitaciones. Una gran intranquilidad se apoderó de él. Aún permaneció de pie cuando El Ciervo Veloz ya se había echado sobre la blanda arena para dormir. No era supersticioso, pero parte de su credo y de su filosofía se cifraban en el irresistible poder de la mente. «Si tienes bastante fe y si concentras el pensamiento, puedes hacer mucho», se había dicho más de una vez. Y sabía que *Ave Azul* poseía aquella fe ilimitada y que detrás de su poder de adivinación había generaciones y centurias cuya mente había prevalecido sobre las cosas materiales. Comprendió su propia ignorancia, pero una voz misteriosa parecía murmurar en sus oídos, en la noche tranquila, que en la primitiva sabiduría de la mente de *Ave Azul* se hallaba el secreto de las singulares realizaciones, y que aquella noche la mente de ella lograría realizar para él lo que él con todos sus conocimientos sólo podía calificar de milagro. Había visto cosas parecidas. Y se sentó en la arena, sin conciliar el sueño, esperando, con Pedro a sus pies, a que *Ave Azul* saliese del trance.

Veía, a la suave luz de las estrellas, el cabello lustroso de ella, pero el resto de su cuerpo estaba envuelto en las sombras y no daba señal de vida. Todo el campamento se hallaba sumido en el silencio. Hasta los perros estaban inmóviles en los hoyos de arena y las últimas chispas de las hogueras se habían apagado. Pasó una hora, luego otra. Mackay comenzó a sentir que los párpados le pesaban cuando ya las estrellas iban desapareciendo como si se hundiesen en el firmamento. Por fin se durmió,

apoyado contra un montículo de arena levantado por los chiquillos. Soñó que volaba con *Ave Azul* a través del espacio. Ella avanzaba rápidamente y en línea recta, mientras que él la seguía con dificultad. Finalmente hubo de decirle que le esperase y lanzó para ello un grito. El grito le despertó. Abrió los ojos y vio que era la hora del alba. Pedro se hallaba despierto también, mirándole fijamente. El Ciervo Veloz seguía durmiendo. No se percibía movimiento alguno en el campamento. Miró con ansia hacia la tienda de *Ave Azul*.

Ésta se hallaba aún sentada en la arena; no se había movido en toda la noche. Rogelio Mackay se levantó cautelosamente, y sin hacer ruido se acercó a ella. *Ave Azul* le miró sin moverse. En su cabeza brillaba el rocío de la mañana, y del rocío estaban húmedas sus largas pestañas. Su rostro estaba pálido y sus grandes ojos tan profundamente negros, que en un principio Mackay se asustó. Estaba cansada. Su esbelto y delicado cuerpo estaba exhausto.

De su boca salió un suspiro, y sus hombros se movieron de un lado a otro.

—Siéntate, Nikiva —murmuró, y se pasó la mano por los ojos y se estremeció ligeramente.

—Todo esto está bien, Nikiva —habló con dulzura—. He ido a través de las nubes hasta donde vive «Oo-Mi», la Paloma. La hallé en una senda, estaba llorando. Murmuré palabras de esperanza en sus oídos y se puso contenta, y esa felicidad continuará... para Nikiva y la Paloma. No puede morir. Los hombres de casaca roja del Gran Padre Blanco nunca la matarán. Tú vivirás. Ella vivirá. Y esta felicidad ya no os abandonará en la vida. He aquí lo que averigüé, Nikiva. En la felicidad... volverás a hallarla.

—¿Dónde? ¿Cuándo? —preguntó en voz baja Rogelio Mackay mientras el corazón le latía con fuerza.

De nuevo se pasó *Ave Azul* la mano por los ojos y, ocultándolos con ella después, fue bajando la cabeza hasta que Mackay sólo pudo ver de ella los cabellos.

Entonces dijo:

—En el país de más allá, Nikiva.

Y volvió a mirarle con sus grandes ojos negros, llenos de una luz misteriosa.

—¿Y dónde está ese país, *Ave Azul*? —preguntó él, mientras que un frío glacial le invadió—. ¿Acaso quieres decir... allá arriba? —y señaló al cielo gris que se cernía, sobre ellos.

—No, la felicidad de que te hablo es la de la vida y no la que se halla después de morir —dijo *Ave Azul* lentamente—. No está más allá de las estrellas. Está...

Mackay la escuchaba inclinado hacia ella.

—... en el país de más allá —repitió la mujer moviendo la cabeza con gesto de fatiga. Pero no sé dónde se halla ese país, Nikiva. No pude pasar de la gran nube blanca que me cerró el paso. Sin embargo, en alguna parte ha de estar. Yo averiguaré dónde y te lo diré... lo mismo a ti que a la Paloma.

Ave Azul se levantó y vaciló ligeramente, como quien concluye un largo y

fatigoso viaje. Entró en la tienda de campaña y Rogelio Mackay oyó cómo se dejó caer encima del lecho de mantas.

Singulares visiones le embargaban cuando se volvió hacia el este, donde los primeros rayos rojos del día luchaban por vencer la neblina del alba. Oyó pasos en la blanda arena. Era El Ciervo Veloz que se acercaba.

Y le preguntó:

—¿Has oído hablar alguna vez del país de más allá?

El Ciervo Veloz movió negativamente la cabeza y ambos contemplaron en silencio la salida del sol.

Pedro se sintió alegre cuando el campamento despertó de su ensueño. Con las voces, risas y hogueras, esperaba ansiosamente que apareciese Nube de Sol. Por fin, salió ésta de la tienda de su madre, frotándose los ojos que la luz que venía del este cegaba. Sus blancos dientes brillaron cuando sonrió dando la bienvenida al perro. Juntos marcharon hacia el borde del lago, y mientras la muchacha se lavaba con agua fría, Pedro estuvo moviendo la cola alegremente. Fue aquél un día feliz para Pedro, cuya diferencia con los perros indios le conquistó los mimos y caricias de Nube de Sol y sus compañeros de juego. Pero nunca, ni en los momentos de más animación, perdió completamente de vista a su amo.

Rogelio Mackay, en cambio, se olvidó de él. Esforzándose por dominar los impulsos que al conjuro de la voz de *Ave Azul* habían nacido en él. Trataba de ver en lo que ella dijo una amenaza y un peligro, y se repitió una y otra vez que sería una locura prestar fe a la ciencia de *Ave Azul*. Mas sus esfuerzos fueron inútiles y, honrado como era, no pudo menos de admitirlo. Estaba intranquilo. Una nueva esperanza se había despertado en él. Y en aquella esperanza mezclábase el temor y el ansia, porque en lo más hondo de su alma se afirmaba la convicción de que *Ave Azul* le haría revelaciones veraces. Notó la calma y digna rigidez con que El Ciervo Veloz saludó al nuevo día. El joven jefe se paseaba pacientemente entre sus subordinados: Una orden suya se divulgó entre murmullos; las voces y las pisadas eran sordas, y antes de que el sol señalara la primera hora de la mañana, en el campamento no quedó más tienda que la de *Ave Azul*.

Cuando había desaparecido todo el campamento, salió *Ave Azul* de su tienda. Vio la comida colocada a su entrada, Vio los lugares vacíos donde habían estado las tiendas de sus súbditos, y en la húmeda arena de la playa advirtió las huellas de las canoas en que habían marchado. Después volvió el pálido rostro y los cansados ojos hacia el sol y desató sus largas trenzas. La hermosa cabellera la envolvía como manto de azabache.

Luego se sentó frente a la tienda convertida en alojamiento de conjurador, cuyas lonas estaban ennegrecidas por el humo.

Dos millas más arriba, en la playa, la gente de El Ciervo Veloz había construido

otro campamento, pero el indio y Rogelio Mackay permanecían en el borde del bosque a poca distancia de *Ave Azul*. Viéronla salir de la tienda, y durante una hora la observaron mientras ella se hallaba sentada en la arena. Y luego El Ciervo Veloz murmuró unas palabras y dijo por señas que los dos se marcharían de allí. Rogelio Mackay protestó, porque no le parecía aquél un sitio seguro para *Ave Azul*. Había osos en las cercanías y a veces hasta personas de perversos instintos. Mas el rostro de El Ciervo Veloz parecía esculpido en bronce por la fe y el orgullo que las inmóviles facciones revelaban.

—*Ave Azul* no se dedica a practicar brujerías con los espíritus malignos —dijo y ningún daño puede venir mientras se halle con los buenos. Es así como ella no ha facilitado la felicidad después de aquellos días de hambre, Nikiva.

Hablaba en *cree*, y Mackay le contestó con el mismo idioma. Después se fueron hacia el nuevo campamento. A mitad del camino les salió al encuentro Nube de Sol, acompañada de Pedro. Ella dio la mano a Rogelio Mackay, y como le gustó la nueva manera de besar con que éste la saludara el día anterior, volvió a brindarle sus castos labios. Luego se marchó corriendo, y Pedro galopó alegremente detrás de ella.

Rogelio exclamó:

—Quisiera ser tu hermano. El Ciervo Veloz, y quisiera que Nadya fuese hermana de *Ave Azul* y que tuviéramos muchas como ella. —Y sus ojos se fueron tras Nube de Sol.

Mientras así hablaba, *Ave Azul* se hallaba sentada ante la tienda, con la cabeza inclinada y los ojos cerrados. En las manos tenía la trenza de cabellos de Nadya, que era lo que la unía a ella. Durante todo el día y la noche que siguió mantuvo el cabello entre las manos, que a veces se llevaba al pecho, mientras se esforzaba por ausentarse espiritualmente con objeto de reunirse con «Oo-Mi», la Paloma. Cuando llegó la oscuridad enterró la comida y afirmó la tierra con los pies. Había comenzado el sacrificio del cuerpo y durante dos días consecutivos Rogelio y El Ciervo Veloz, no vieron señales de vida en la tienda de campaña.

A la tercera mañana notaron que una delgada columna de humo se elevaba frente a la tienda. El Ciervo Veloz respiró hondamente. Era el fuego de señal.

—Ella lo sabe —exclamó, y obligó a Mackay a que se fuera—. ¡Te está llamando!

La rigidez de su rostro bronceado había desaparecido. Se hallaba triste sin *Ave Azul*, y la señal del fuego significaba que pronto estaría a su lado. Rogelio Mackay aceleró el paso, y mientras caminaba esforzándose nuevamente en creer que todo aquello era una locura y que sólo iba hacia la tienda para corresponder a las atenciones de *Ave Azul* y su marido. Pero las palabras, dichas tan sólo a media voz, no lograron calmar la creciente inquietud que sentía.

Cuando Rogelio se halló muy cerca de la tienda, salió *Ave Azul* de ella. Mackay, al verla, se detuvo y dio un grito. Estaba completamente cambiada. Su rostro estaba pálido y casi tan demacrado como en los terribles días de hambre. Durante dos días y

dos noches no había dormido ni comido. Mas en sus grandes ojos se leía el triunfo, y Rogelio sintió que algo extraño le invadía.

Ave Azul le tendió las manos.

—Hemos estado juntas la Paloma y yo —dijo—. Hemos dormido una en brazos de la otra y su cabeza estuvo descansando en mi pecho. He descifrado los secretos, Nikiva... todos menos uno. Los espíritus no quieren decirme dónde está el país de más allá. Pero sé que no está allá arriba, en el cielo. No es muerta, sino viva como la hallarás. Esto sí que me lo han dicho. Y es necesario que no vuelvas a los lugares donde vivía la Paloma, porque allí no hallarías sino una gran desolación. Lo que has de hacer es seguir andando y buscando por todas partes el país de más allá, pues lo hallarás al fin y en él a la Paloma, y con la Paloma, la felicidad, Es seguro que lo encontrarás, Nikiva, aunque, con harto dolor de mi corazón, no puedo decirte dónde se halla ese misterioso país. Cuando mi espíritu llegó cerca de él, nubes de plata y de oro me cerraron el paso y nada pude ver. No obstante, oía el dulce canto de los pájaros y la promesa de una argentina voz me decía que lo hallarás si buscas con fe. Estoy contenta, Nikiva.

Cada palabra de ella —hablaba en el suave y trémulo dialecto cree— era un nuevo mensaje de esperanza para el corazón angustiado de Rogelio Mackay. Aunque el mundo riese, aunque los hombres moviesen la cabeza y sonrieran, aunque su propia voz arguyese y dudase, en lo profundo de su alma creía.

Algo de esplendor del nuevo día se reflejó en su rostro, y del mismo modo el de *Ave Azul* fue animándose. Mackay miró en torno suyo, contempló la gloria de la tierra y del agua, inundados de luz, y de pronto abrió sus brazos.

—¡Lo hallaré, *Ave Azul*! —exclamó—. Hallaré ese extraño sitio que tú llamas el país de más allá, y cuando lo encuentre...

Se volvió y tomó entre las suyas una de las delicadas manos de *Ave Azul*.

—Y cuando lo encuentre volveremos aquí, a tu lado, *Ave Azul*.

Y como un caballero de épocas pasadas, posó gentilmente un beso en la delicada mano de bronce de *Ave Azul*.

Capítulo XI

SUCEDIERON días de nueva esperanza y alegría en el campamento de *Ave Azul* y El Ciervo Veloz. Fue como si Mackay hubiese regresado, tras larga ausencia, a su pueblo natal, y viviese entre los suyos. *Ave Azul* le trataba con la ternura de una madre o de una hermana. El Ciervo Veloz le quería como a un hermano. Los arrugados rostros de la gente vieja dulcificábanse cuando Rogelio se acercaba y les dirigía la palabra; los niños le seguían por todas partes, y por la mañana y por la noche brindábale Nube de Sol la boca para recibir un beso. Por primera vez después de muchos años, tuvo Mackay la sensación de hallarse en un hogar propio. El verano norteño parecía inacabable, y los días soleados y las noches estrelladas parecían desbordarse de promesas venturosas. Todos los días dejaba Mackay la partida para el siguiente, y todos insistía El Ciervo veloz en que se quedase para siempre con ellos.

Sólo *Ave Azul* no insistía. En sus ojos moraba una luz singular y misteriosa. Cada día vigilaba más ansiosamente y cada noche su espera era más larga.

Y por fin, lo que esperaba y lo que temía, llegó.

Fue una noche oscura, tranquila, pero llena de algo misterioso e inquietante. Era aquella inquietud como el pulso fantástico de un gran cuerpo viviente, ora inmóvil, ora en movimiento, pero oculto siempre y murmurando entre las nubes del cielo y entre las profundas sombras en que se hallaba envuelta la tierra. Noche de inquietud, de fuerzas invisibles, de dudas y angustias mortales.

No había el menor soplo en la atmósfera, mas debajo de las estrellas pasaban fugitivas las masas grises de las nubes.

No soplaba brisa alguna que pudiese mover las hojas de los árboles mas en sus copas se oían murmullos y suspiros.

En el singular hechizo de aquella medianoche, la selva, entre despierta y dormida, notábase envuelta por una misteriosa quietud de muerte.

En el borde de las blandas arenas del ancho lago Wollaston, cuyas aguas semejaban una balsa de aceite, se hallaban las tiendas de campaña de la tribu de *Ave Azul*. Ennegrecidas por el humo, el viento y la lluvia, parecían manchas negras que hacían de centinela en la costa del gran lago. Detrás de ellas, escondidos entre los sauces, se hallaban los perros de los indios. De la jauría salía de cuando en cuando algún aullido, porque la inquietud se había apoderado de ellos. En las tiendas se notaba el mismo desasosiego; el sueño de sus moradores no era profundo; hombres, mujeres y niños, todos se revolvían en sus lechos de mantas, buscando inútilmente la paz del espíritu.

Ave Azul se hallaba en su tienda con los ojos muy abiertos, fijando la mirada en el trozo de cielo gris que veía a través de la abertura del techo. El Ciervo Veloz estaba dormido, pero con sueño agitado, y Nube de Sol participaba del general desasosiego. Una de sus largas trenzas había caído sobre el pecho de su madre, y *Ave Azul* jugaba

inconscientemente con el sedoso cabello, mientras miraba abstraídamente hacia lo alto. Muy despierta como se hallaba, estaba pensando... pensando como El Ciervo Veloz jamás podría pensar, recordando aquellos tiempos pasados en que una mujer blanca había sido su ídolo y en que un niño blanco, el hijo de aquella mujer, llamó a *Ave Azul* «mi hada».

Ave Azul, a pesar de los presagios, sonrió al recordar aquellos días, porque su recuerdo era dulce. Pensó también en cuando Rogelio, hombre ya, regresó a la tribu para salvarlos, a ella, a Nube de Sol, a su marido, de la muerte por hambre. Desde entonces la prosperidad no los había abandonado y la felicidad había sido grande. Los espíritus buenos no la habían dejado envejecer, habíanle permitido que continuara hermosa. Y también Nube de Sol, la hija de su corazón, embelleció hasta el límite; su amor por El Ciervo Veloz llegó a lo sobrehumano, y la felicidad cundió entre sus súbditos... Todo se lo debían al hombre que en aquel momento se hallaba durmiendo fuera, en la noche oscura, el hombre acosado, al proscrito, «el niño que se hizo grande»... Rogelio Mackay.

Mientras escuchaba y miraba al techo, dijérase que le hablaban extraños espíritus y su pulso se aceleró y sus ojos brillaron en la oscuridad. Parecía como si la acusasen, como si dijese que fue por ella por quien Mackay llegara al campamento aquel invierno de hambre y muerte, y la causa de que robara para que ella y El Ciervo Veloz y Nube de Sol pudiesen vivir. Éste fue el comienzo. Después el espíritu aventurero se filtró en la sangre de Nikiva, el «pequeño hermano blanco que se había hecho hombre», y ahora se hallaba solo con su perro en la oscura noche, e individuos de roja casaca le perseguían sin tregua.

Ave Azul se incorporó en el lecho de mantas. En las manos tenía aún la gruesa trenza de su hija. Había conjurado a los espíritus, y su alma había abandonado el cuerpo para poder saber algo del futuro de Nikiva, su hermano blanco. Y los espíritus afirmaron que Rogelio Mackay hizo bien en obrar como obró. Las voces misteriosas habían dicho a *Ave Azul* que él no sufriría más de lo que había sufrido ya, y que en el país de más allá hallaría a Nadya, la muchacha blanca, y con ella la felicidad y la paz. *Ave Azul* no dudaba. Su fe era ilimitada. Los espíritus no mentían. Mas la intranquilidad de la noche la descorazonaba. Trató de levantar el singular susurro de los árboles, pero era ininteligible, como el barullo de muchas voces, y el temor crecía en el alma de la mujer.

Alargó la mano como para despertar a El Ciervo Veloz. La retiró sin despertarle y se libró del peso de la trenza de Nube de Sol. Luego se levantó quedamente, para no despertar ni a uno ni a otro, y salió fuera, irguiéndose en la noche como si quisiera aguzar el oído para comprender mejor el extraño murmullo de la Naturaleza inquieta.

Durante un rato estuvo respirando el misterioso algo que flotaba en el aire, y miró al este y al oeste para descubrir señales de tormenta. Pero no vio amenaza alguna de tempestad; las nubes marchaban pausadamente y no se oía el más ligero ruido de trueno. *Ave Azul* empezaba a comprender, y una extraña emoción la embargó. Los

espíritus habían hecho que pesara sobre ella una gran intranquilidad para que el sueño huyera de sus ojos. Querían hablarle de algún peligro que se aproximaba rápidamente, un peligro inminente y que amenazaba al hombre blanco que dormía debajo de los próximos sauces.

La india empezó a buscarlo, sin que sus pequeños pies desnudos hicieran ruido en la blanca arena del Wollaston.

Y mientras buscaba, las nubes se adelgazaron y las estrellas brillaron con más fuerza, como si quisieran facilitarle la búsqueda.

Rogelio Mackay se hallaba medio dormido encima de la manta tendida en la arena, cerca de una roca, debajo de un grupo de sauces; Pedro, el fiel guardián, estaba despierto, los ojos alerta. No hizo ningún movimiento ni aullaba como los perros indios. La camaradería con un fugitivo siempre temeroso de ser descubierto le había vuelto taciturno y silencioso en sus movimientos y había agudizado sus instintos y sentidos.

Cuando *Ave Azul* se halló al lado del hombre blanco, éste se despertó en seguida, y al ver la silenciosa figura a su lado, creyó que era Nube de Sol, porque el perro levantaba la cabeza hacia ella. Después vio que era *Ave Azul*, que le miraba de un modo extraño con sus hermosos ojos.

Se levantó y la cogió de la mano. Estaba fría. Sintió el escalofrío que recorrió el esbelto cuerpo y vio que sus ojos se dirigieron hacia la oscura noche.

—¡Escucha, Nikiva!

Los dedos de ella se crisparon en la mano de Mackay. Durante un rato éste pudo oír los latidos de su corazón.

—Por dos veces lo he oído —murmuró después de un rato—. Nikiva, ¡debes partir!

—¿Qué oíste?

Ella movió la cabeza.

—Algo, algo que no sé qué es, pero que me dice que hay peligro. Lo vi en mi tienda y oí sus murmullos a mi alrededor. Está viniendo, viene despacio, cautelosamente. Está ya cerca ¡Oye, Nikiva! ¿No oíste un ruido que se produjo sobre las aguas?

—Creo que fue el aleteo de una oca, *Ave Azul*.

—Fue un ruido semejante —exclamó la pitonisa estrechando la mano de Rogelio— al que producen las maderas al chocar.

—El grito de un somorgujo allá lejos, en la ribera, *Ave Azul*.

Ella le soltó la mano.

—¡Nikiva, escúchame! Los espíritus han llenado la noche de avisos. No he podido dormir. Nube de Sol está intranquila, apenas duerme. El Ciervo Veloz murmura en sueños. Y en sueños me he acercado yo a Nadya, a «Oo-Mi», la Paloma... Hay peligro, estoy segura. Y el peligro es inminente para ti.

—No hace mucho, *Ave Azul*, te hallabas segura de que la paz y la felicidad me

esperaban —le recordó Rogelio Mackay—. Los espíritus, según dijiste, te prometieron que la policía no me encontraría nunca y que yo hallaría a Nadya en ese extraño país que tú has llamado el país de más allá. ¿Acaso los espíritus han cambiado de parecer, porque la noche está pesada?

—No, no han cambiado —murmuró la india, cuyos ojos trataban de escrutar la oscuridad—. Han dicho la verdad y deseaban decirme dónde está el lugar que ellos llaman el país de más allá... donde hallarás a «Oo-Mi», la Paloma... pero una nube se interpuso. Y ahora quieren advertirme que allí, en la oscuridad, existe una amenaza que se acerca. —Le asió de pronto del brazo—. ¿Has oído, Nikiva?

—Es un pez que saltó fuera del agua, *Ave Azul*.

Mackay oyó un gemido a sus pies y vio que era Pedro que escudriñaba las tinieblas que se extendían sobre el lago.

—¿Qué es, «Pied-Bot»? —preguntó.

El perro volvió a gemir. Rogelio Mackay tocó la fría mano que descansaba sobre su brazo.

—Vuélvete a la cama, *Ave Azul*. Para mí no hay más que un peligro: la policía de casaca roja. Y éstos no caminan durante las negras horas de la noche como la de hoy.

—Pues vienen —contestó ella—. No es que los oiga o los vea, pero vienen.

Se asió fuertemente al brazo de Mackay y de pronto exclamó:

—¡El peligro está muy cerca!

—Estás nerviosa, *Ave Azul* —dijo Mackay recordando los dos días y las tres noches que la india se pasó conjurando a los espíritus, sin dormir ni comer—. No hay peligro ninguno. La noche está bochornosa y es difícil conciliar el sueño. Eso es todo.

—No, he recibido un aviso —insistió ella—. Nikiva, los espíritus no olvidan. No han olvidado aquel invierno de tu llegada, en que la tribu estaba muriéndose de hambre y temí por la vida de Nube de Sol. No han olvidado que aquel invierno robaste a la gente blanca en Des Chenes para que comiéramos nosotros. Si lo recordasen y mintiesen, yo no tendría miedo de maldecirlos. Pero no mienten, no.

Rogelio Mackay no contestó. En lo más hondo de su alma un algo extraño le movía de nuevo a creer en las palabras de *Ave Azul*. Ésta no le miraba, pero con la dulce voz de su idioma cree, tan dulce como el canto de una pajarilla le dijo:

Y allí encontrarás tu «Oo-Mi», la Paloma, y la felicidad. Pero si vuelves a los lugares donde la dejaste cuando huiste de los hombres de la casaca roja, sólo verás negruras y desolación, no lo que deseas.

Se detuvo.

—¿Oíste, Nikiva? Esta vez no ha sido el aleteo de una oca, ni el grito de un somorgujo, ni un pez que alta del agua. ¡Ha sido el ruido de un remo!

Rogelio Mackay inclinó la cabeza y escuchó atentamente.

—Sí, fue un remo —dijo, y su propia voz le pareció extraña—. Probablemente se tratará de alguien que vuelve al campamento, *Ave Azul*.

La india se volvió hacia él y le alargó las manos. Mackay vio que sus labios

temblaban.

—¡Adiós, Nikiva! —dijo en voz baja, y sin pronunciar una palabra más se fue. Corrió a la tienda, entró en ella y volvió a salir segundos después acompañada de El Ciervo Veloz. Rogelio Mackay permaneció inmóvil, observando cómo *Ave Azul* y El Ciervo Veloz se dirigían al borde del lago, donde se detuvieron y esperaron en silencio que la misteriosa canoa pasara o abordara la costa. Algo, deslizándose sobre el agua, se aproximaba lentamente. Al principio no distinguía Mackay más que una sombra, pero la sombra fue haciéndose cada vez más clara y más precisa. Era una canoa y en ella había dos personas. Antes de que la embarcación llegara a la costa, El Ciervo Veloz se internó en el agua hasta que ésta le llegó a las rodillas.

De la misteriosa canoa salió una voz, y Mackay, al oír su sonido, cayó al lado de Pedro como herido por un disparo. Pedro gruñó, pero la mano de su amo le impuso silencio, y juntos se deslizaron hacia los sauces. De debajo de un trozo de lona sacó Mackay su equipaje y se lo colocó a la espalda, mientras escuchaba y esperaba.

Y cuando oyó por segunda vez la voz que venía de la canoa, sonrió y emitió un gruñido de gozo.

—¡Es Cassidy, «*Pied-Bot*»! No podemos despistar a ese zorro viejo, ¿verdad?

En sus ojos se advirtió un fulgor endiablado y Pedro creyó que su amo reía. Luego se llevó la mano a la boca a modo de bocina y preguntó con voz clara y sonora:

—¿Eres tú, Cassidy?

Pedro escuchó aterrado. Del borde del lago no llegó voz alguna. Durante algunos instantes el silencio fue absoluto.

Por fin, oyó la respuesta. Cada una de sus palabras cortaba las tinieblas con la limpieza de un disparo.

—¡Sí! ¡Soy Cassidy! Cabo Terencio Cassidy, de la División «M» de la Real Policía Montada del Noroeste. Y yo hablo con Mackay, ¿no?

—Sí, con Mackay —contestó Rogelio—. ¿Vale aún aquella apuesta, Cassidy?

—Sí, vale.

Hubo un movimiento de sombras en la playa. Luego, sonó de nuevo la voz:

—Guárdese, Mackay. Si le veo, dispararé.

Cassidy se precipitó, revólver en mano, hacia el sitio donde Rogelio y Pedro habían estado. Estaba vacío cuando llegó, no vio más que un trozo de lona. El acompañante indio de Cassidy llegó detrás de éste y durante algunos minutos los dos prestaron atención en silencio para oír los pasos que se percibían entre los arbustos. El Ciervo Veloz y luego *Ave Azul* se reunieron con ellos. En los ojos de la india había una misteriosa luz. Cassidy la miró de hito en hito, maravillándose ante su belleza, y sospechó de la mirada de aquellos ojos. Luego volvió hacia la playa, donde la sorpresa le arrancó un grito vehemente.

¡Su canoa y su equipaje habían desaparecido!

A su espalda, entre las tinieblas, oyó una suave risa. Era *Ave Azul*, que corría

hacia la tienda de campaña. Y de la oscuridad del lago, desde bastante distancia, llegó la voz de Rogelio.

—¡Adiós, Cassidy!

Y con la voz se mezcló el ladrido retador de un perro.

En la tienda, *Ave Azul* abrazó a Nube de Sol y alzó su radiante rostro hacia el agujero de la techumbre que servía de chimenea, porque allí había oído los misteriosos avisos de los espíritus.

Menos claramente y a mayor distancia aún, sus oídos atentos escucharon otra vez el grito victorioso:

—¡Adiós, Cassidy!

Capítulo XII

EN la canoa de Cassidy remaba vigorosamente Rogelio, perdiéndose en la misteriosa oscuridad de las tranquilas aguas del lago Wollaston. Reía a cada palada, al pensar en la treta que había jugado al policía. El hecho de ser proscrito y haber perdido con Nadya todo lo que tenía para él valor en la vida, causábale ahora menos angustia. Animábale su antigua alegría, y riendo pensaba en la desesperación de Cassidy, quien seguramente maldeciría de su suerte, con el rostro más rojo aún que su pelo, y buscaría locamente otra canoa para seguir al fugitivo.

—Somos inseparables —explicó Rogelio Mackay al perro—. Adondequiera que vaya, me sigue Cassidy. Has de saber cómo fue la cosa. Hace mucho tiempo alguien dio a Cassidy lo que se llama una orden y en ella se decía: «Ve a coger a Rogelio Mackay, muerto o vivo» o algo por el estilo. Y desde entonces Cassidy ha tratado de cumplir la orden, pero nunca ha logrado prenderme, *Pied-Bot*. Siempre le llevo un poco de delantera.

Mas al reír, en el alma de Rogelio Mackay dormía un ansia que nunca había expresado. Hubiese podido matar a Cassidy más de una y más de seis veces y de igual modo Cassidy hubiese podido matarle a él. Sin embargo, ninguno de los dos había aprovechado la oportunidad para suprimir al otro. Habían jugado aquella larga y emocionante partida como hombres, y por la lealtad del que le perseguía, Mackay pensaba en Cassidy como se piensa en un hermano y más de una vez había estado tentado de ir a su encuentro para ofrecerle la mano en señal de buena amistad. No obstante, Mackay se daba perfecta cuenta de que el cabo Cassidy era para él la amenaza más mortal del mundo, una amenaza que le seguía como una sombra durante meses y años, a través de las grandes estepas, a lo largo del borde del Ártico, por todo el curso del río Mackenzie; una amenaza perseverante y que siempre tenía muy cerca de él, en cualquier lugar que se hallara de las diez millas de parajes selváticos que había corrido. Unidos por aquel juego emocionante, habían arrojado los mortales peligros de las regiones del Norte. Habían pasado hambre y frío. Más de una vez se hallaron a miles de millas de las regiones pobladas, en desolados parajes donde parecía preferible la muerte a seguir avanzando. Sin embargo, ni la sociedad que hace considerar la compañía de un ser humano como lo más codiciable de la vida, les movió a pedir la paz o una tregua. El juego continuaba. Cassidy seguía a la caza del proscrito y Rogelio luchaba por su libertad.

Mientras Mackay guiaba la canoa hacia el noroeste, pensó otra vez en la apuesta que meses atrás hicieron en el monte Cragg, cuando él consiguió burlar a Cassidy y éste había jurado solemnemente retirarse del servicio sí en el encuentro siguiente no

lograba prenderlo tampoco. Mackay sabía que Cassidy cumpliría la palabra dada y algo le decía que aquella noche había empezado el último acto de la tragedia que se desarrollaba entre los dos. Rió entre dientes al pensar en lo que probablemente estaría aconteciendo en la costa. Cassidy, en nombre de la Ley, pediría otra canoa y el equipaje necesario, y El Ciervo Veloz, recordando la dignidad de su tribu, estaría perdiendo todo el tiempo posible en los preparativos. Cuando Cassidy pudiese volver a salir en su persecución, él se hallaría por lo menos a un par de millas de distancia. Y el lago Wollaston, que medía sesenta millas de longitud y treinta de anchura, ofrecía sitio bastante para huir con seguridad.

Durante dos horas remó Mackay en dirección al este, y después, guiándose por las estrellas, se dirigió al norte. Al llegar el alba, buscó el sitio de la costa donde la arboleda fuera más densa, y antes de que transcurriera media hora desde su salida, había logrado subir la canoa a la elevada costa desde la que gozaba de espléndida vista sobre el lago en todas direcciones.

Desde aquel punto, convenientemente situado en la fresca sombra de un bosquecillo de abetos, Rogelio y Pedro vigilaron todo el día por si se acercaba el enemigo, pero en toda la extensión del lago que sus ojos podían abarcar no vieron señal alguna de vida humana. Hasta la hora de las brumas crepusculares no se atrevió a encender fuego para prepararse la comida con las vituallas de Cassidy, porque sabía que una columna de humo era mucho más visible que una canoa. Además, al proceder con aquella precaución, sentíase animado por la seguridad de que ya no había peligro en volver al campamento de *Ave Azul* y su gente.

—Has de saber, «*Pied-Bot*» —dijo, discutiendo el asunto con Pedro, mientras fumaba una pipa después de la cena—, que Cassidy piensa que nos hemos marchado a la mayor velocidad por el norte y él irá hacia el final del lago y del río Black para internarse en la región llamada Puerco Espín. Es una región muy grande y en ella se viaja cómodamente. ¿Qué? ¿Volvemos al campamento de *Ave Azul*, al lado de Nube de Sol?

Pedro trató de contestar, pero no hizo sino mover la cola. Al mismo tiempo que formulaba la pregunta surgió en Mackay la duda. Deseaba volver y la soledad le forzaba a correr al lado de *Ave Azul*. Había sido ésta la única persona que comprendiera su dolor por la pérdida de su amada Nadya, la que le dio nueva esperanza, la que con su valentía le infundió nueva vida, hasta que él vio luz y claridad donde hasta entonces sólo viera tinieblas. El gran deseo de regresar al campamento le hizo franquear la distancia que le separaba de la costa. Mas una fuerza mayor le retuvo y finalmente se fue a acostar en las mantas que había colocado encima de un blando lecho de ramas de abetos. Durante muchas horas permaneció con los ojos abiertos, sin poder conciliar el sueño.

No le preocupaba ya Cassidy; sólo pensaba en *Ave Azul*, La duda, que no es más que cierta inclinación a la creencia, cedió en él a una convicción que no pudo reprimir. Más de una vez en sus largos años de vida en los desiertos y regiones

selváticas, los hechos le obligaron a creer en los conjuros de los indios. La creencia en los dominios de la mente eran parte de su fe en la Naturaleza. La había heredado de su madre, que vivió y murió en aquellas convicciones.

«Piensa con fuerza y con fe, si deseas que algo se convierta en realidad», solía decirle. Y lo mismo creía *Ave Azul*. ¿Era posible que ésta le hubiese dicho la verdad? ¿Se habría comunicado mentalmente con el alma de Nadya? Pensó en la prueba que *Ave Azul* le diera pocas horas antes. Le había avisado de un peligro, de una amenaza inminente. No hubo en ella ni vacilación ni duda. Sin verlo, sin oírlo, sabía que Cassidy estaba acercándose cautelosamente a través de la noche.

Rogelio Mackay se incorporó cuando pensó en esta prueba de su privilegio. Sin esfuerzo y sin pensar que una prueba fuera necesaria, *Ave Azul* se la había dado, Había sido un hecho espontáneo, sin preparación, y, sin embargo, a pesar de la sencillez y la verdad del hecho, la duda no quería ceder. Si después de tal prueba la india le hubiera dicho que debía volver con la mayor rapidez posible al lado de Nadya, hubiese podido creer y aquella noche ya estaría en camino. En cambio, ella no lo había hecho así, le había aconsejado, al contrario, que no regresase al monte Cragg, donde sólo hallaría negruras y desolación. Había insistido en que se marchara a otros lugares, fueren los que fueren, en busca de una ilusión y de una quimera a la que los espíritus habían dado por nombre el país de más allá. Y cuando hubiese llegado a la ignota región, volvería a tener a Nadya y sería feliz para siempre. Al fin y al cabo había algo arcaicamente crudo en lo que trataba de creer si lo analizaba bien. *Ave Azul* poseería seguramente alguna fuerza misteriosa, pero limitada, como era natural, y creer otra cosa, suponer que ella pudiera traspasar los límites de lo natural, era volar en alas de la superstición, dar curso a las quimeras; era convertirse en salvaje.

Repitiéndose este argumento final, Rogelio volvió a echarse, y mientras iba conciliando el sueño, se sintió aliviado y notó una tranquilidad no sentida desde hacía mucho tiempo. Soñó, y en sueños vio a Nadya. Hallábase de nuevo a su lado y le pareció que *Ave Azul* estaba vigilándolos siempre y que no podía rehuir su fiscalización. Los dos corrieron por entre los pinos, por los claros de los bosques donde crecían multitud de flores y fresas... Él iba detrás de Nadya y veía fácilmente el revuelo de su rizada cabellera.

Mas no les era posible esquivar la vigilancia de *Ave Azul*, por más que corrieran y se ocultaran, Siempre les miraban desde alguna parte los grandes ojos negros de la india y, por fin, riéndose de su propia derrota, cogió a Nadya y se sentó en medio de las flores y la abrazó con osadía y la besó, mientras que *Ave Azul* les miraba desde detrás de un tronco de árbol, a menos de diez metros de distancia. Tan real le pareció el beso y el cálido abrazo de Nadya, que Mackay se despertó al lanzar un grito de júbilo. Entonces advirtió que había llegado el alba.

Durante unos instantes permaneció estupefacto, mirando en derredor como si se resistiese a creer en lo que veía. Luego se marchó con el perro hacia el borde del lago.

Durante todo aquel día notó Pedro que su amo permanecía silencioso. Rogelio no hablaba. Ni silbaba ni reía, y cuando hacía un movimiento, éste era tardo y su rostro permanecía impasible. Estaba librando la lucha final contra su deseo de volver al monte Cragg. Las predicciones de la india, sus consejos, en nada influían ya en su ánimo. Sólo pensaba en Nadya, y creía que se hallaba allí, en el Cragg, esperándole, rogándole que volviese, dispuesta a huir con él, a aceptar los azares de la vida del proscrito, con tal de ser feliz en su compañía. Muchas veces decidió volver, pero siempre surgió a tiempo la visión de la incesante huida ante la policía, las asperezas naturales de su vida, el hambre y el frío, y el inevitable final, la cárcel, tal vez el verdugo.

Hasta muy avanzada la tarde no volvió Pedro a ver a su amo con su aspecto habitual. Rogelio explicó entonces al perro:

—Ya hemos llegado a una determinación, «*Pied-Bot*». No podemos volver. Iremos, pues, al norte y pasaremos el invierno en el borde de las Grandes Estepas. Aquélla es la zona más grande que conozco, y si Cassidy llegase allí...

Se encogió de hombros despectivamente y media hora más tarde se pusieron en camino, cuando ya el sol iba desapareciendo.

Durante dos días continuó Rogelio remando con mucha calma por la costa este del lago. Hallábase seguro de que Cassidy marcharía por la costa oeste para atravesar luego el lago de Hatchet y subir por el río Negro, puesto que el perseguido nunca había dejado de, huir hacia el norte. Pero esta vez seguiría otro derrotero, y si las cosas iban como pensaba, la distancia entre los dos aumentaría de hora en hora.

Únicamente Pedro se daba cuenta de la magnificencia de la tarde del tercer día, cuando Mackay remaba pausadamente hacia la costa. Faltaban aún dos horas para la puesta del sol. No hacía viento y el lago Wollaston parecía un espejo. A lo largo de la costa aparecían espesos bosques bañados en la luz otoñal que se mezclaba bellamente a los matices de sus policromadas hojas. Fue aquélla una tarde que había de ser memorable para Pedro, una puesta de sol que jamás olvidaría.

Sin embargo, no le amenazaba ningún peligro inminente, y Pedro percibió tan sólo el misterio y la maravilla de aquel gran mundo, y el murmullo de las hojas y el canto de los pájaros.

Sólo a Mackay no le decía nada la belleza de la Naturaleza, porque en ella no había para él ninguna promesa, como la había para Pedro. Más allá de lo que la vista de Rogelio Mackay alcanzaba, sólo había para él el caos de la soledad, una eternidad de esperanzas frustradas y de ensueños irrealizables. Había perdido el amor a la vida, No apreciaba la belleza. La luz del sol era extraña a sus ojos. El cielo no tenía su aspecto habitual. La grandiosidad de las regiones selváticas habían perdido para él todo su encanto, y su inmensidad producía en él un efecto casi deprimente.

Pedro notó el cambio que se había operado en el ánimo de su amo, sin saber, empero, la causa. Lo mismo que el mundo había cambiado para Rogelio, éste había cambiado para Pedro.

Desembarcaron en una playa de blanquísima arena. Pedro saltó a ella jubiloso. Una gallineta de largas patas y su macho corrían por la costa asustados. El perro enderezó las orejas y advirtió otras huellas recientes, las de un puerco espín que acababa de pasar. Y oyó con mayor claridad el bronco graznido del grajo y la dulce melodía de los pajarillos.

Todo aquello era muy satisfactorio para Pedro. Aquello era la vida y la vida le gustaba, como gustaba de ella pocos días antes su amo. Aventuróse un poco más lejos hasta los verdes sauces y las masas rojas de las flores que formaban una franja en el borde del bosque. Había llovido recientemente y los olores eran frescos y límpidos.

Encontró un grosellero silvestre en el que lucían hermosos frutos de los que empezó a comer en seguida. Una ardilla se acercó y al ver que Pedro se comía su cena, dio un chillido de disgusto y miró al perro desde su escondrijo con ojos centelleantes. Pedro movió la cola y ladró de un modo amistoso, como si deseara la compañía de la ardilla.

De pronto oyó una voz que puso en tensión los músculos de todo su cuerpo.

—¡Arriba las manos, Mackay!

El perro movió la cabeza. Muy cerca de él se hallaba un hombre e instantáneamente lo reconoció. Era el hombre cuyas huellas había descubierto en el monte Cragg, el hombre del que su amo siempre huía, el hombre cuya voz volvió a oír en el campamento de *Ave Azul* pocas noches antes... el cabo Terencio Cassidy, de la Real Policía Montada del Noroeste.

Veinte pasos más allá estaba Mackay. Llevaba el abarrote en el hombro y el remo en la mano. Cassidy, riendo ceñudo, con peligrosa luz en sus ojos, apuntaba con su pistola al pecho del fugitivo. Era un cuadro que quedaría imborrable en la memoria de quien lo viera. Cassidy estaba con la cabeza descubierta y el sol hacía resaltar el color rojo de su cabello. Tenía el rostro encendido y en el pálido azul de sus ojos de irlandés había la fiera alegría de la victoria. Por fin, después de meses y años, el juego emocionante de la lucha había terminado. Cassidy había dado el paso final, saliendo vencedor.

Mackay oyó la orden de «arriba las manos», pero permaneció inmóvil. Y Cassidy no repitió el mandato, porque comprendió la sorpresa que había recibido su adversario, y, caritativamente, le permitió que se serenara. Por fin, con un profundo suspiro, se dobló el cuerpo de Rogelio Mackay. El abarrote se deslizó de su hombro y cayó sobre la arena. El remo se le fue de la mano, Poco a poco fue levantando los brazos y Cassidy rió entre dientes.

Pocos días antes, Mackay hubiera contestado con otra risa de buen humor, apreciando la destreza y la habilidad de su adversario aun en la hora de ser vencido. Pero aquel día Rogelio no era el Rogelio de siempre.

Sus ojos ya no vieron en Cassidy al hombre bravo y leal en el cumplimiento de su deber, al enemigo caballeroso, el hombre a quien había llegado a querer como se quiere a un hermano, aun en las horas de más febril persecución. En aquel momento

vio en Cassidy a su verdugo. El mundo entero se había vuelto contra él y en aquella hora de suprema desesperación, un cruel destino había ayudado a Cassidy a darle el golpe de gracia.

Ardía en su pecho la rabia y se le ofuscó la mente. No pensó ya en la Ley, ni en la muerte, ni en la libertad. Era la crueldad del Destino la que llenó su alma con las tinieblas de un último y terrible deseo de venganza. La pistola automática de Cassidy que apuntaba a su pecho, nada significó para él. Mil pistolas que le apuntasen no hubiesen tenido importancia a sus ojos. De entre sus dientes salió un silbido de rabia y como un relámpago descendió la mano derecha para coger el revólver.

Cassidy había previsto el gesto y comprendió la inminencia del estallido de rabia y exclamó:

—¡Alto! ¡No lo haga, que disparo!

Hasta a Pedro le llegó la emoción del terrible momento que iba a terminar en tragedia. Ya otra vez había sentido el mismo peligro, la misma emoción, cuando hundió sus dientes en la pierna de Jed Hawkins para salvar a Nadya.

En la fracción de segundo que bastó al perro para saltar, Cassidy apretaba ya el gatillo de la pistola, porque Mackay había empuñado su revólver. Apuntó al hombro de Mackay para no matarle.

El choque del asalto de Pedro coincidió con el disparo, y Mackay oyó el silbido de la bala que pasó rozándole la oreja. Rápidamente levantó el brazo, y Pedro, mientras hundía sus dientes en la pierna de Cassidy, oyó un segundo disparo y comprendió que procedía de su amo. No hubo ningún disparo más. Cassidy se inclinó, y de sus labios salió algo semejante a una risa, pero que no fue una risa precisamente. Su cuerpo vaciló y rodó al suelo, cayendo encima del perro.

Durante largos segundos se quedó Rogelio con el revólver en la mano, contemplando estupefacto a escena. Pedro salió como pudo de debajo del cuerpo de Cassidy y miró, como preguntando, primero a su amo y después al hombre que yacía exánime en la arena. De pronto reaccionó Rogelio Mackay; parecía que la vida volviese a animarle. Dejó caer el revólver como si éste ya no sirviese para nada y, con un grito de agonía, corrió hacia Cassidy, y cayó de rodillas a su lado.

—¡Cassidy!... ¡Cassidy! —exclamó—. ¡Gran Dios!... ¡No quise hacerlo! ¡Cassidy... viejo camarada!

Estuvo un largo rato sin ver, mientras levantaba la cabeza de Cassidy y le quitaba el rojo pelo de la frente. Sus ojos se nublaron. Había matado a Cassidy. Estaba cierto. Había disparado para matar. Por fin era lo que la Ley quiso que fuese un asesino. Y su víctima era Cassidy, el hombre que siempre había sido noble desde el principio hasta el final, el hombre que jamás se había aprovechado de una circunstancia innoble y que había muerto ahora por haber disparado a no matar. Solo lamentaba su dolor y su pena, y cuando miró de nuevo, vio el milagro en el rostro de Cassidy. Los ojos del irlandés estaban muy abiertos y en ellos se leía el dolor, pero su boca se esforzó por mostrar una sonrisa.

—Me alegro de que lo sientas —dijo—. Me sabría mal tener de ti una mala opinión, Mackay. Pero... ¡qué mal tiras!

Abandonó rápidamente las fuerzas y de sus labios salió sólo un gemido. Luego se esforzó de nuevo para hablar:

—Tal vez... querrás ayudarme... Mackay. Si es así... hay una cabaña cerca del torrente. Vi el humo... oí un hacha..., no te reprocho nada. Eres muy valiente... muy rápido... pero tiras mal, ¡Dios mío, qué mal tiras!...

Y se desmayó en los brazos de Rogelio. Éste lloraba. Lloraba de un modo extraño. La congoja le sacudía el cuerpo mientras desataba la camisa de Cassidy y veía la roja herida en la parte derecha del pecho, debajo del hombro. Rápidamente se dirigió al lago y trajo agua para lavar la herida, y después cogió a Cassidy en brazos y se encaminó tambaleándose hacia el torrente, donde halló una estrecha senda. No se detuvo ni una sola vez con el herido hasta que llegó a un claro del bosque desde el que Cassidy debió ver el humo. En aquel claro había una cabaña y de ella salían un anciano y una muchacha.

En el primer momento sufrió Pedro una gran emoción; porque creyó que era Nadya la que venía detrás del hombre de pelo blanco. Tenía la misma esbeltez, el mismo movimiento, pero pronto vio que no era su amita. Era un poco más alta y debía de ser más vieja. El rostro de la muchacha palideció cuando vio a Rogelio con el herido sangrante a cuestas.

—Le herí de un tiro —exclamó sofocado Mackay—. Pero, ¡Dios sabe que no era ésa mi intención! Temo que...

No terminó de expresar su temor de que Cassidy pudiese estar muerto, o de que estuviera muriéndose. Sólo se dio cuenta de que el asombro agrandó los ojos de la muchacha, mientras que el anciano le ayudaba a llevar el herido. Mackay no descubrió su desfallecimiento hasta que el irlandés se halló en un sillón dentro de la cabaña. Entonces se dejó caer en una silla y cerró los ojos, mientras el anciano se ocupaba de Cassidy.

Oyó que la muchacha lo llamaba abuelo y advirtió que se le había pasado el susto, pues se movía con rapidez por la cabaña en busca de agua, almohadas y vendajes. La sangre y la palidez del rostro de Cassidy conmovieron a la tierna muchacha. Mackay, enmudecido por la emoción, comprobó la agilidad de las manos de la joven y hasta que no oyó que el herido se quejaba débilmente, no se atrevió a acudir al lado de ella.

—El proyectil ha atravesado el hombro con absoluta limpieza —dijo el anciano—. Suerte que no usa usted balas de plomo, amigo.

Cassidy suspiró profundamente. Sus párpados se movieron y poco a poco abrió los ojos. La muchacha se hallaba inclinada sobre él y Cassidy, al volver en sí, sólo vio su rostro.

—¿Vivirá? —preguntó Rogelio con voz trémula.

El anciano permaneció mudo. Fue Cassidy quien, moviendo un poco la cabeza, contestó con voz débil:

—No te apures, Mackay. Viviré...

Rogelio se inclinó sobre el sillón, entre Cassidy y la muchacha, y cogió suavemente una de las manos del herido, que retuvo entre las suyas.

—Lo siento, viejo amigo —murmuró—. Tú ganaste, lo confieso, y no me iré lejos de aquí. Esperaré a que puedas levantarte. Te lo prometo.

Una débil sonrisa iluminó el rostro de Cassidy. Después gimió otra vez y cerró los ojos. La muchacha empujó a Rogelio Mackay.

—No se vaya usted muy lejos. Usted debe esperar —dijo, y en sus negros ojos leyó Mackay algo indecible que le recordó la mirada de Nadya en el día en que ésta le contó que Jed Hawkins le había pegado.

Aquella noche acampó Rogelio Mackay cerca del riachuelo, y durante los tres días siguientes no recorrió más camino que el que había entre el campamento y la cabaña del viejo Roberto Baron y su nieta Gisela. Cassidy, mientras tanto, deliraba a causa de la fiebre. Hablaba mucho de Rogelio. Y la muchacha, que lo cuidaba día y noche, sin dormir apenas, llegó a creer que los dos hombres habían sido grandes amigos y que debieron andar juntos durante mucho tiempo. Pero ni aun entonces quiso cederle su sitio al lado de Cassidy. Al tercer día mandó a Rogelio a una factoría que se hallaba sesenta millas de allí, para que trajese vendas y medicinas.

Tres días más tarde, por la noche, regresaron Mackay y el perro. Las ventanas de la cabaña se hallaban profusamente iluminadas, y Mackay se acercó a una de ellas y miró al interior. Cassidy estaba sentado en el catre y rodeado de almohadas. Se hallaba muy despejado y a su lado, en el suelo, sobre una piel de oso, estaba la muchacha. A Rogelio se le anudó la garganta ante el espectáculo. Silenciosamente colocó al lado de la puerta el paquete que llevaba y llamó. Cuando Gisela abrió, él y había desaparecido con Pedro en la oscuridad.

A la mañana siguiente encontró al viejo Robert quien le dijo:

—Estoy algo intranquilo y voy a moverme un poco Dentro de dos semanas volveré. Dígaselo así a Cassidy.

Un cuarto de hora después remaba por la costa de Wollaston y durante una semana exploró, con desasosiego, todos los ríos y entradas del lago. Pedro le vio adelgazar de día en día. Su amo era cada vez menos alegre y sus labios sonreían muy de tarde en tarde. Pedro hizo todo lo posible por comprender lo que sucedía, mas no lo consiguió. Rogelio Mackay hablaba de cuando en cuando al perro, pero no como solía hacerlo en los felices días pasados.

—Hubiésemos podido rematarlo y librarnos para siempre de él —dijo una fría noche a Pedro, cuando se hallaban sentados al lado de una hoguera—. Pero no tuvimos valor, como tampoco lo tuvimos para traer aquí a Nadya. Y volveremos, sí: cumpliremos la palabra que dimos. La cumpliremos, aunque nos ahorquen.

Llegó el décimo día y se dirigió hacia la desembocadura del río Canoe. Por la tarde del duodécimo remaba lentamente sobre el riachuelo que pasaba por la cabaña del viejo Roberto. Miró la hora. Eran las cuatro. Llegaba dos días antes de lo que

prometiera y en ello halló un poco de satisfacción. El corazón le palpitaba de un modo extraño. Tenía fe en Cassidy, creía que el irlandés no daría por terminada la lucha, sino que le permitiría continuar el juego en que estaban empeñados, porque era un hombre al que le gustaba cumplir una apuesta al pie de la letra si la apuesta era hecha con honradez. Pero, si no lo hiciese...

Rogelio se detuvo el tiempo necesario para sacar las balas de su revólver. Habíanse acabado los tiros, al menos por parte suya.

Los suaves rayos del sol otoñal esparcíanse sobre la cabaña, cuando Mackay se acercó. La puerta estaba abierta y se oían risas. Era Gisela la que reía y hablaba al mismo tiempo. Mackay oyó también la voz de un hombre y desde lejos el ruido de un hacha. El viejo Roberto estaba trabajando y Gisela y Cassidy se hallaban en la cabaña. Mackay se acercó a la puerta y tosió para advertir su presencia. De pronto se detuvo, como herido por un rayo, ante el espectáculo increíble que presenció.

Terencio Cassidy se hallaba sentado en un gran sillón, y la muchacha, desde el respaldo, se inclinaba hacia él y le besaba y abrazaba efusivamente.

Poco tardó Cassidy en ver a Mackay.

—¡Entra! —exclamó con tal energía que la muchacha se asustó—. ¡Entra, Mackay!

Rogelio entró y la muchacha se irguió sin separarse del respaldo del sillón en que se hallaba Cassidy. Tenía el rostro encendido de rubor y sus ojos brillaban alegremente. Terencio Cassidy, riendo también, pero con risa de triunfo y felicidad, cogió las manos de la joven.

—¡Mackay, has perdido! —exclamó—. He ganado yo. Y al mismo tiempo obligó a la muchacha a que se colocara a su lado.

—Gisela, haz lo que dijiste que harías. Pruébale que he ganado yo.

La joven se acercó lentamente a Rogelio Mackay. Sus mejillas estaban rojas como la grana. Llameábanle los ojos, y tenía la boca entreabierta. Estupefacto, maravillado ante lo insólito de la escena, aguardó Mackay que la joven llegara a su lado. Entonces, la muchacha levantó rápidamente los brazos, y rodeándole con ellos el cuello, le besó. Un segundo más tarde, ya estaba Gisela otra vez al lado del herido, donde se arrodilló para ocultar su rostro encendido. Cassidy reía y brindaba ambas manos a Mackay.

—Rogelio Mackay, te presento a la señora de Cassidy, mi esposa —dijo, y la muchacha levantó la vista y Mackay advirtió que la felicidad iluminaba su rostro.

No supo qué decir ni qué hacer. Hallábase aún estupefacto.

—El padre misionero de Du Brochet estuvo ayer aquí y nos casó —oyó decir a Cassidy—. Y ya hemos escrito presentando nuestra dimisión, viejo camarada. Hemos ganado ambos. Doy gracias a Dios porque me hayas alojado aquella bala en el cuerpo, pues así he alcanzado el paraíso. He aquí mi mano, Mackay, en señal de amistad... ¡para siempre!

Cuando media hora más tarde Rogelio Mackay caminaba de nuevo por la senda

del bosque, tenía los ojos arrasados en lágrimas y el corazón henchido de una nueva esperanza. *Ave Azul* había acertado. Dios debió inspirarla aquella noche, cuando su alma cruzó el espacio para comunicarse con la de Nadya. Porque *Ave Azul* había demostrado otra vez que había dicho la verdad. Ahora sí que creía él en su poder profético.

También creyó nuevamente en el mundo. Parecióle otra vez bella y hermosa la vida y mientras avanzaba hacia el lago donde se hallaba su canoa, pensaba en Nadya y en la promesa de *Ave Azul* de que algún día, en alguna parte, él y Nadya encontrarían la felicidad como Gisela y Terencio Cassidy acababan de encontrarla.

Pedro oyó el lejano ruido del hacha, y el canto de los pajarillos, y el ir y venir de las ardillas... pero lo que más le alegraba era la voz de su amo, la antigua voz alegre, la voz que tanto llegó a amar en el monte Cragg en aquellos días en que Nadya lo era todo para él en el mundo.

Capítulo XIII

MACKAY seguía pensando en cierta extensión de bosque que se adentraba en la Gran Estepa, de la cual le separaban cientos de millas de distancia. En aquel escondido bosque, tres años antes, se construyó Rogelio una cabaña y había estado cazando zorros durante medio verano.

Ahora le atrajo a Mackay no sólo la cabaña, sino también los zorros. Hallábase Mackay desprovisto de todo. El poco dinero que le quedó después de marcharse del monte Cragg, lo había gastado; las provisiones se concluían y sus zapatos y su traje ostentaban por todas partes remiendos de piel de ciervo.

En la región del lago Snowbird, una semana después de dejar a Cassidy en su paraíso del lago Wollaston, tuvo un feliz encuentro. Dos tramperos de Churchill le pidieron ayuda. Uno de ellos estaba enfermo y el otro quería terminar rápidamente la cabaña de invierno, en cuya construcción se ocupaba. Mackay les ayudó durante diez días y cuando continuó la marcha tenía la mochila bien repleta de provisiones y llevaba botas nuevas y buen traje.

A mediados de octubre encontró su vieja cabaña en el bosque que distaba más de mil millas del monte Cragg. La encontró lo mismo que la había dejado tres años antes. Nadie desde entonces había abierto su puerta. La pequeña estufa de hierro esperaba ser encendida. Detrás de ella había un montón de leña. Sobre la mesa veíanse aún los platos de hojalata, y en una cuerda que pendía del techo, fuera del alcance de las ratas y de los armiños, las mantas, abrigos y otros objetos que Mackay dejara allí hacía tres años, cuando se alejó de la cabaña. Levantó una tabla del suelo y debajo halló las trampas de acero bien engrasadas con manteca de anta. Antes de encender fuego, buscó ávidamente las cosas que en diversas partes había escondido. Encontró aceite, una lámpara de hojalata y bujías. Así, cuando fuera comenzaron a descender lentamente las sombras de la noche, el fuego de la estufa lanzaba alegres chispas, las ventanas hallábanse iluminadas por una suave luz, y la vieja cafetera humeaba de nuevo alegremente como si celebrara el regreso de Mackay.

Al día siguiente comenzó los preparativos para la caza con trampas. En cuarenta y ocho horas mató tres enormes antas que constituirían sus provisiones durante todo el invierno. Cortó leña, arregló los cebos de estricnina y marcó las rutas de las trampas.

Con el primero de noviembre llegaron los vientos precursores de un invierno frío y crudo. Siete años antes hubo otro invierno igual, un invierno que llegó de súbito, inesperadamente, y cuyo intenso frío sembró el hambre y la desolación por todas partes en el país norteño. Desde dos generaciones atrás no se había conocido invierno semejante al que entonces asoló la selva.

Pero aquel año anunció su arribo. El presagio llegó con los vientos nocturnos que por encima de los bosques del norte y del oeste acarreaban el olor de los tempranos hielos de la zona ártica. La luna salía y se ponía envuelta en una neblina roja y rojizo era el color del sol por la mañana. El grito del somorgujo dejó de oírse un mes antes de tiempo. Los patos silvestres huían hacia el sur cuando otros inviernos permanecían, en la región, entre el Kogatuk y la bahía Baffin, y el castor construía sus madrigueras de alisos y sauces a mayor profundidad que de costumbre, para no morir de hambre cuando el hielo adquiriese demasiado espesor. En el este, oeste, norte y sur, en el bosque y en los pantanos, en la cabaña del trampero y en el escondrijo del lobo, en todas partes sentíase el presagio. Las liebres grises tornáronse blancas. El alce y el reno reuníanse en hatajos. El zorro chillaba agudamente por las noches; los lobos, más hambrientos que nunca, cazaban fieramente, y los patos grises volaban en bandadas, durante las horas nocturnas, dirigiéndose, bajo la luna roja, hacia el sur.

Durante noviembre y diciembre, Rogelio Mackay, acompañado del fiel Pedro, dedicóse al trabajo todo el día: comenzaba dos horas antes del alba y terminaba muy entrada la noche. La caza de zorros era muy productiva, y Mackay se vio obligado a poner nuevas trampas. El 10 de diciembre pudo dirigirse con doscientas cuarenta pieles de zorro a una factoría que se hallaba al sur, a noventa millas de distancia de aquel lugar. Habíase construido un trineo al que enganchó a Pedro y del cual también tiraba él. De este modo hicieron el viaje en tres días, y al cuarto regresaba a la cabaña con bastantes provisiones y algo más de mil dólares en billetes.

A pesar del viento y del frío, que iban en aumento, Mackay continuó cazando y a principios de febrero hizo otro viaje a la factoría.

Durante el regreso fue cuando les sorprendió la gran tormenta de aquel año, tormenta que el país norteño no olvidaría en mucho tiempo. Llamáronla la Tormenta Negra, y durante su furor todos los indios que vivían en la región del río Dubawnt murieron de hambre y frío. Los altos y aislados árboles se helaban y se rompían como las ruidosas explosiones de un cañón de gran calibre. Durante la tormenta quedó sepultado por la nieve todo el mundo animal que habitaba en la extensión comprendida entre el límite de la Gran Estepa, el lago Aberdeen y el río Coppermme, que desemboca en el mar Ártico. Los ríos heláronse completamente y los hombres solían atarse una cuerda a la cintura si era preciso salir de la cabaña para buscar leña. Así, sus mujeres podían, sosteniendo la cuerda y tirando de ella, guiarles durante el regreso a la cabaña a través del alud cegador de viento y nieve que no dejaba de acosar al mundo del norte.

En la región del oeste del lago Artillería y al sur del río Theolon, Rogelio Mackay y el perro se vieron obligados a buscar refugio en una montaña de nieve, donde se construyeron una cueva que les sirviera de abrigo. Hallábanse en una región de verdes hierbas y jugoso musgo, donde los renos pacían en verano, que era un infierno en la época invernal, cuando se desencadenaban los vientos árticos.

Cerca de una roca aislada encontró Mackay una enorme montaña de nieve cuya capa exterior habían endurecido el viento y el frío hasta darle la consistencia de una piedra. Con su navaja hizo Mackay una especie de puerta de entrada a través de la dura capa y después pudo excavar en la blanda nieve interior una habitación del tamaño de media cabaña, y tan abrigada y cálida que tras estar en ella un rato pudo quitarse el grueso abrigo que llevaba.

Aquella primera noche de tormenta le pareció al perro como si en el exterior todo el mundo en pleno llorara y gimiera en la oscuridad, tal era el efecto del viento. Rogelio chupaba a intervalos su pipa, aunque poco placer encontraba en fumar en las tinieblas. La tormenta no le molestaba, sino que le daba una sensación de seguridad. El viento azotaba furiosamente la duna en cuyo interior se hallaba y cuanto más la azotaba, más crecía la montaña de nieve y más seguro era el abrigo. Pedro oía que Mackay se reía con frecuencia en la oscuridad. Su buen humor había aumentado desde aquellos cálidos días de otoño en que tuvo el último encuentro con Terencio Cassidy en el lago de Wollaston.

—Has de saber —dijo Mackay, acariciando al perro en la oscuridad— que todo nos va saliendo bien y cada vez creo más en lo que nos contó *Ave Azul* y que al final vamos a ser felices en alguna parte con Nadya. ¿Qué te parece, «*Pied-Bot*»? ¿Vamos a aventurarnos a volver al monte Cragg en la próxima primavera?

Pedro, por toda contestación, se hizo un ovillo, mientras fuera aullaba con más fuerza la tempestad.

—Pues bien, iremos dijo, como si el perro le comprendiera Ahora sí que creo en *Ave Azul*, «*Pied-Bot*» Lo que ella nos ha dicho ha sido más que la buenaventura. Tampoco fue hechicería de india cuando ella se encerró y pasó hambre durante tres días y tres noches en su pequeña tienda; algo pasó. ¿Verdad que sí? ¿No crees tú también que algo pasaría?

Pedro rechinó los dientes como si quisiera testimoniar que había comprendido.

—Ella nos contó la verdad —continuó diciendo Rogelio con tono de profunda fe—. Y es necesario creer en ella, «*Pied-Bot*». Nos dijo que Cassidy estaba cerca y así fue. Nos dijo que los espíritus le habían prometido que la policía no nos cogería y algo más que la suerte nos favoreció cuando vimos que Cassidy nos apuntaba con la pistola en la costa de Wollaston, y fuimos nosotros los que le herimos, después de creer que todo estaba perdido. Luego lo llevamos a la cabaña y allí lo cuidó la muchacha de quien él después se enamoró, haciéndola su esposa. De modo que otra vez tuvo razón *Ave Azul*, «*Pied-Bot*». Hemos de creer en ella. Y ha dicho que todo terminará bien y que volveremos a ver a Nadya y que seremos felices.

El fuego de la pipa de Mackay resplandeció en la oscuridad.

—Voy a encender la lámpara de alcohol —dijo—. No es posible dormir y quiero fumar una buena pipa. No da gusto fumar si no se ve el humo. Es una lástima que Dios se olvidara de arreglar las cosas de modo que tú también pudieses fumar. Pedro, no sabes lo que te pierdes, y más aún en horas como éstas.

Abrió la mochila y sacó la lámpara, que ya estaba preparada. Pedro oyó que su amo trabajó un rato en la oscuridad. De pronto, la luz de un fósforo le iluminó el rostro, y gimió con alegría, pues le gustaba ver la cara de su amo. Después la pequeña lámpara llenó con su suave luz amarilla el refugio de blancas paredes. Los ojos de Rogelio, tras la tregua de oscuridad, parecían agrandados por la luz. Tenía el rostro cubierto de enmarañada barba, pero a pesar de su aspecto, a pesar de la noche terrorífica, se le advertía alegre, y cuando hubo clavado las raquetas en la pared de nieve y colocado la lámpara, sonrió amablemente a Pedro.

Con profunda satisfacción lanzaba grandes bocanadas de humo y echó una mirada en derredor.

—No está mal, ¿verdad? —preguntó—. Podríamos tener aquí una gran casa, si quisiéramos excavar habitaciones, con recibimiento, comedor, dormitorios y una biblioteca... y lo que es mejor... sin un policía dentro de un radio de cientos de millas. Eso es lo que más me encanta, «*Pied-Bot*»; no hay aquí ningún individuo de la Real Montada para molestarnos. Nunca se les ocurriría buscarnos en el corazón de una gran duna de nieve en esta dichosa estepa. ¿Verdad que no?

Aquel pensamiento era muy agradable para Rogelio Mackay. Echó sus mantas sobre el suelo de nieve y se sentó encima, mirando a Pedro.

—Aquí estamos seguros —dijo con un matiz de orgullo en la voz—. El mundo es pequeño cuando se trata de esconderse, «*Pied-Bot*», pero de todos modos, nadie nos encontrará aquí, aunque buscase mil años. Ojalá pudiésemos hallar un sitio tan seguro como éste, donde pudiese vivir una joven, para tener a nuestro lado a Nadya...

Muchas veces había notado el perro, durante las pasadas semanas, la misma luz de alegría en los ojos de su amo. Aquellos ojos alegres y su voz de satisfacción se emocionaban más que las palabras que escuchaba y que en vano trataba de comprender.

—¡Y vaya si encontraremos un sitio seguro! —continuó diciendo Mackay casi con fiereza—. Hemos cometido un gran error, «*Pied-Bot*», y hemos tardado mucho tiempo en comprenderlo. Será un poco duro para nosotros alejarnos del norte, pero es forzoso hacerlo. Tal vez los espíritus de *Ave Azul* lo entendieron así cuando significaron que hallaríamos la felicidad con Nadya en el país de más allá. Hay muchos «países de mas allá», Pedro, y tan pronto como venga la primavera y podamos viajar sin dejar huellas, volveremos al monte Cragg y recogeremos a Nadya para irnos todos a un sitio donde la policía no pueda buscarnos. La China, por ejemplo. Claro que en ella hay mucha gente amarilla, pero, ¿qué nos importa el color con tal de que tengamos a Nadya a nuestro lado? Digo que...

De pronto se detuvo. Y Pedro levantó las orejas y puso los músculos en tensión. Ambos miraron al agujero que lleno de blanca nieve ahora, les servía de puerta. Los dos se habían acostumbrado al tumulto de la tormenta. Las extrañas voces y aullidos del viento habían dejado de emocionar a Pedro. Mas en aquel momento, cuando escucharon atentamente, oyeron un sonido que no se parecía al rumor del viento. Era

una voz humana, no una de las voces que fingía el viento de cuando en cuando, sino una voz tan real y cercana, que Rogelio quedó paralizado. Oyó como si un hombre que se hallase muy cerca hubiese gritado un nombre. Mas no se repitió la llamada. El viento amainó un poco, y durante algunos instantes todo fue silencio en el exterior.

Rogelio Mackay se echó a reír, movido de cierta intranquilidad.

—Suerte que no creemos en fantasmas, Pedro; si no, hubiésemos creído que se trataba de un *Loup-Garou*^[4] que rondaba.

Afirmó el tabaco en la pipa y continuó echando bocanadas de humo.

—Si no la China, ahí tenemos la América del Sur —dijo, volviendo al tema preferido—. Allí hay de todo: las mayores montañas, los más grandes ríos y tantísimo espacio que ni siquiera un *Loup-Garou* podría echarnos, Y a ella le gustaría, «*Pied-Bot*». Pero si acaso le gustase más África, o Australia, o las islas de Oceanía... ¡Caramba! ¿Qué ha sido eso?

Pedro había dado un salto como si le hubiesen pinchado y Rogelio permaneció inmóvil durante largo trecho. Luego se levantó mirando perplejo hacia el agujero que servía de puerta.

—¿Qué ha sido eso, Pedro? ¿Es posible que el viento promueva un ruido semejante al estampido de un disparo?

Pedro se había ido a husmear la puerta, que estaba casi bloqueada por la blanda nieve, y empezó a gemir volviéndose a su amo, Quería salir del refugio. Lentamente sacudió Rogelio la pipa y la colocó en el bolsillo.

—Vamos a ver lo que es —dijo en tono extraño—, pero, ¡bah!, ¡qué tontería! No puede ser sino el viento. No es posible que por aquí haya ser humano alguno, y no pudo ser un disparo de fusil lo que oímos. Es el viento nada más.

Bastáronle sus brazos para quitar la nieve que se había amontonado delante del agujero. Éste se hallaba en el lado opuesto a la dirección de donde soplabla el viento que rugía encima de la duna de nieve con más fuerza que antes. Mackay, que había sacado la cabeza, no pudo oír sino el paso de la nieve y del viento. Tampoco pudo ver nada.

—Nos han perseguido tanto —dijo cuando volvió al interior del refugio—, que ahora estamos llenos de recelo. Me parece, Pedro, que lo mejor es que nos echemos a dormir. Esta cueva de nieve es un buen sitio para ello... mucho aire fresco, ningún mosquito ni mosca negra, la policía tan distante que pronto habremos olvidado hasta su aspecto. Si te parece bien, tomaremos un poco de carne y...

No terminó. El viento había amainado durante un instante, como si se preparase para soplar con más fuerza. Y lo que se oyó arrancó a Mackay un grito y un aullido a Pedro. De las tinieblas de la noche había llegado a sus oídos una voz de mujer. En el primer instante de sorpresa, hubiese jurado que lo que oyó no fue ni ilusión ni efecto de la tormenta. Tratábase claramente del grito angustiado de una mujer, que voló a ras del desierto blanco hasta llegar a sus oídos, para morir con la misma rapidez que el gemido del viento. Mas en seguida advirtió lo absurdo del caso. ¡Una mujer! Trató de

sonreír. ¡Una mujer en aquella noche de tormenta y a mil millas de distancia de las regiones habitadas! Era sencillamente inconcebible.

La risa que Mackay se esforzaba por hacer brotar de sus labios era hueca e irreal, y al oírla sintió que se le oprimía el corazón. Sus ojos estaban desmesuradamente abiertos, y no pudo dominar su emoción.

Miró al perro. Pedro estaba delante del agujero y temblaba.

—¡Pedro!

Obediente, se volvió el perro, moviendo la cola, y miró a su amo. Muchas veces había visto en los ojos del fiel compañero el aviso que nunca fallaba. Fuera había alguien. Así se lo decían los ojos de Pedro, y forzoso era creerlo.

Contra la razón, y a pesar de lo absurdo del caso Rogelio Mackay se vio obligado a entrar en acción. Cambió de sitio las raquetas que sostenían la lámpara de alcohol a fin de que la luz se viese más fácilmente desde alguna distancia. Luego se dirigió al agujero y se deslizó al exterior arrastrándose. Pedro le siguió.

Como si su audacia enfureciese a la tormenta, sopló el viento con enorme fuerza por encima de la duna. Mackay oyó el silbido agudo que producía la nieve al pasar sobre su cabeza y a pesar de que aquel lugar estaba protegido contra el viento, él y el perro fueron envueltos por el alud. Más allá, el negro desierto estaba henchido de lúgubres quejidos.

Rogelio escuchó atentamente, pero no oyó sino el fragor de aquella tremenda fuerza del viento que cruzaba barriéndolo todo. Y nuevamente sobrevino un momento de tranquilidad, cual si el huracán necesitara reposo, y los quejidos fueron apagándose poco a poco hasta que semejaban el sonido de un carro de ruedas gigantescas que pasara raudamente sobre la faz de la tierra. Después se hizo el silencio, durante unos segundos tan sólo, mientras que al norte se iniciaba rápidamente un murmullo que anunciaba un embate mayor aún.

Y en aquel silencio se oyó nuevamente un grito, tan real, que Rogelio no pudo seguir dudando, y tras el grito, el disparo de un fusil. Hubiese jurado que se trataba de la voz de una mujer. Por lo que pudo deducir, la voz llegaba de enfrente, y hacia allí, después de contestar con otro grito, emprendió una rauda carrera seguido por Pedro.

Otro alud de viento y nieve azotó y sujetó sus pies como la cresta de una ola. La fuerza del viento le hizo caer de rodillas, y entonces vio débilmente la luz de la caverna en la duna de nieve. Comprendió inmediatamente el gran peligro que significaba para ellos el perder de vista la luz, y se detuvo para lanzar un grito tras otro, pero no obtuvo contestación. Luego, inclinando la cabeza bajo la furia del viento, se adentró más en las tinieblas.

Un pensamiento repentino y disparatado que le asaltó, le hizo olvidar la luz y la duna y su propia seguridad. Había oído una voz en aquellos parajes selváticos, no lo dudaba ya. Y aquella voz era la de una mujer. ¿Podría ser la de Nadya? ¿Era posible que ella le hubiese seguido después de la huida, decidida a encontrarlo y tomar parte en el destino de él? Latióle violentamente el corazón. ¿Qué mujer en el mundo sino

ella podría hallarse en aquel momento en el Gran Desierto Blanco, a más de mil millas de distancia de las regiones civilizadas? Empezó a gritar el nombre de ella:

—¡Nadya!... ¡Nadya!... ¡Nadya! ...

Y detrás de él ladraba el perro.

Desapareció tras de ellos el último débil destello de luz, pero Rogelio no volvió la vista atrás. Decidido, avanzó en la oscuridad, avanzó ciegamente, contando los pasos mientras caminaba y gritando al mismo tiempo el nombre de Nadya. Por dos veces le pareció oír una respuesta, la última más distante. De pronto, la fuerza del viento y la inseguridad del suelo le hizo caer nuevamente. Cuando alargó la mano y tocó el obstáculo con que tropezara, se dio cuenta de que no se trataba de un montón de nieve, sino de algo suave como una piel. Era el abrigo de un hombre. Tocó los botones, el cinturón y después una cara barbuda.

Se levantó. El viento fue amainando una vez más, y volvió a producirse un instante de silencio. De nuevo llamó:

—¡Nadya!... ¡Nadya! ¡Nadya! ...

La respuesta llegó tan de repente, que quedó sorprendido. Además, no se trataba de una sola voz, sino de dos o tres. Una de ellas, efectivamente, era el grito de angustia de una mujer. Mientras Mackay continuaba gritando, las voces de respuesta iban acercándose, hasta que vio avanzar unos bultos. Rogelio se echó al hombro a la persona que había encontrado en la nieve y se fue hacia el bulto que se aproximaba. Cuando estuvo cerca, vio que se trataba de dos hombres que arrastraban un trineo, detrás del cual había otra persona: una mujer que sollozaba.

—He encontrado a alguien en la nieve —gritó—. Aquí lo traigo...

Y lo depositó en el suelo mientras que un nuevo embate del viento le impedía terminar la frase. Mas la mujer que iba detrás del trineo le había oído y Rogelio advirtió cómo se precipitaba a sus pies y se abrazaba al cuerpo exánime que él había hallado en la nieve, pronunciando un nombre que el viento no le permitió oír con claridad. Sin embargo, sintió como si un barreno estallase en su corazón, pues aquella mujer no era Nadya, a quien en vano soñaba hallar allí. Cogió al hombre inanimado y lo colocó en el trineo, creyendo que estaba muerto. La muchacha le decía algo a gritos, pero nada logró entender. Tampoco comprendió lo que le decía con gruesa voz uno de los hombres, pues había sufrido un terrible desengaño y le pareció que iba a caer y morir allí mismo. Luego se rehízo, y comprendiendo la situación peligrosa, gritó:

—No hay más que dar unos cuantos pasos. ¿Se sienten con fuerza para ello?

Sus palabras fueron oídas por el grupo. La muchacha avanzó y le cogió del brazo. Los dos hombres empezaron a tirar del trineo y Rogelio se asió también a la cuerda preguntándose dónde estarían los perros. Así caminaron durante un rato. A Mackay le pareció interminable el tiempo que tardaron en columbrar los primeros destellos de la luz de la lámpara de alcohol. Los últimos cincuenta pasos fueron los más difíciles, pues el viento, que soplaba en dirección contraria, había arreciado y la furia de la

tempestad de nieve les cortó el paso. Después llegaron al abrigo de la duna.

Uno a uno les ayudó Mackay a que entraran, arrastrándose, por el agujero que le servía de puerta. La furia del viento y de la nieve le había cegado, y sólo vio las caras de las personas como a través de una niebla. Colocó al hombre que había encontrado en la nieve encima de sus mantas y entonces empezó a ver más claro. En el mismo instante recibió una sorpresa tan grande como si hubiese estallado una bomba de dinamita junto a él.

La muchacha se hallaba sollozando al lado del hombre exánime, al que llamaba padre. Ella no se parecía en nada a Nadya. Su cabellera era casi negra y tenía más edad. No era guapa... al menos en aquel instante. Tenía la cara cortada por los azotes brutales de la tempestad de nieve, y sus ojos estaban arrasados en lágrimas. Mas no era a la muchacha, sino al hombre, a quien Mackay miraba fijamente, mientras una gran emoción le iba dominando. Tratábase de un hombre de cara severa, barba y bigote gris, de porte militar y de cabeza calva. No estaba muerto. Tenía los ojos abiertos, y sus ojos amoratados pugnaban por hablar a la joven, cuya ceguedad momentánea le impedía darse cuenta de que su padre vivía. Y el traje que el hombre llevaba era la casaca reglamentaria de la Real Policía Montada del Noroeste.

Lentamente se volvió a Mackay y se quitó la nieve de los ojos para examinar a los otros. Uno de ellos se había derrumbado al suelo, y allí permanecía apoyado contra la pared. Era mucho más joven, tal vez no pasaba de treinta años, y tenía el rostro intensamente pálido.

El tercero estaba aún en el sitio donde cayó exhausto después de entrar por la boca de la caverna. Ambos llevaban la casaca roja y la pistola al cinto.

El hombre que se hallaba apoyado contra la pared estaba haciendo esfuerzos por levantarse sin lograrlo, y miraba a Mackay como pidiéndole perdón.

—Buena hazaña, amigo —murmuró con voz apenas inteligible—. Soy Porter, de la división «N», y mi actual misión es la de acompañar al superintendente Tavish al fuerte Churchill... A Tavish y a su hija. Lo he hecho muy mal, ¿verdad?

Logró ponerse de rodillas.

—En el trineo, entre las provisiones, tenemos coñac —dijo, haciendo otro esfuerzo—. Tal vez sirva de algo... para esos...

Y señaló a la muchacha y al hombre de barba gris que estaba echado sobre las mantas.

Capítulo XIV

ROGELIO MACKAY no contestó, pero se dirigió al trineo, Advirtió que Pedro le había seguido, y a través de la boca de la caverna vio el pálido rostro de Porter, que pretendía ayudarlo. Durante aquellos breves momentos trató Mackay de serenarse. Media hora antes se había reído al pensar en la policía. Nunca le parecía que estuviese tan alejado de ella, y nunca se había creído más aislado del mundo que dentro de aquella caverna de nieve. Durábale aún la estupefacción que le produjeron los acontecimientos. La policía no le había buscado ni le había encontrado. Ni siquiera se había tropezado casualmente con él. Había sido él quien había salido en la noche oscura y los había conducido a su refugio deliberadamente. De todas las tretas que el Destino le había jugado, aquélla era la más extraordinaria.

Mientras cortaba las ligaduras de los paquetes del trineo, trató de darse rápidamente cuenta de la nueva situación. Se dijo que la división «N» era de la región del lago Atabasca. Nunca había oído hablar de Porter ni del superintendente Tavish, y puesto que la expedición era para llevar a Tavish al fuerte Churchill, seguramente ni Porter ni sus compañeros pensarían en la gente proscrita y mucho menos en Rogelio Mackay. En ello cifraba éste sus esperanzas, porque huir en aquel momento a través de la tormenta de nieve era más que terriblemente peligroso. Era la muerte.

Sólo había dos bultos en el trineo y los dos los entregó a Porter por la boca de la caverna. Pocos momentos después aplicaba la botella de coñac a los labios del hombre de la barba gris, mientras que la muchacha le contemplaba de hito en hito. Tavish se reanimó bajo la acción del alcohol y apretó el brazo de la joven.

—Todo va bien, Jo —murmuró—. Me encuentro mejor.

Sus ojos se fijaron en Mackay y luego en las paredes de nieve de la caverna. Eran unos ojos profundos, de mirada aguda, sombreados por grandes cejas y pestañas.

Rogelio Mackay sintió la intensidad de aquella mirada, mientras daba un trago de coñac a la joven y pasaba luego la botella a Porter.

—Nos ha salvado usted la vida —dijo Tavish con voz clara—. Aun no comprendo cómo pasó. Recuerdo que tropecé con algo y caía, y no pude levantarme. Había caminado detrás del trineo del que Porter y Breault tiraban, mientras Josefina, mi hija, se hallaba al abrigo de las mantas encima del trineo. Después...

Enmudeció, y Rogelio explicó cómo había sucedido lo demás. Señaló a Pedro, y dijo que a aquel perro se lo debían todo. Pedro le había advertido con insistencia que alguien andaba en aquellos lugares bajo la oscuridad de la noche. Él era Juan Cummings, un trampero de zorros, a quien el temporal había sorprendido a cincuenta millas de la cabaña. Viajaba sin trineo y sólo disponía de lo que llevaba en la

mochila.

Breault, el tercer policía, había vuelto en sí y estaba escuchando. Una mirada a su faz enjuta, morena, bastó a Mackay para comprender que entre los tres aquél era el más habituado a los parajes selváticos. Miraba de un modo extraño a Rogelio, y cuando se dio cuenta de que éste lo miraba a su vez, desvió la vista y comenzó a frotarse la cara con nieve.

Porter se había quitado el pesado abrigo y se hallaba desenvolviendo los paquetes. Él y la muchacha parecían haber sufrido menos que Tavish y Breault. Josefina estaba contemplándole. Después miró a Rogelio Mackay. Eran los de la muchacha unos ojos grandes y hermosos, ahora que aparecían bien abiertos. Había en ella algo de una maravillosa fuerza que se revelaba claramente cuando sonreía a Mackay. No era una de esas jovencitas histéricas, según pudo apreciar el proscrito.

—¿No podríamos hacer una sopa bien caliente? —preguntó a Mackay—. Nos reanimaría mucho.

La muchacha mostraba en los ojos una expresión de gratitud que no trató de traducir en palabras. Se conquistó en seguida la simpatía de Rogelio. Pedro se acercó la joven y la observó con interés, mientras ella, siguiendo el ejemplo de Breault, se frotaba la cara con nieve, haciendo luego lo mismo con su padre.

—Hay un hornillo de alcohol en el otro paquete —dijo Breault, mientras miraba con sus ojos duros a Rogelio—. A propósito, ¿cómo ha dicho usted que se llama?

—Cummings, Juan Cummings.

Breault no contestó. En el curso de la media hora que siguió, Rogelio Mackay se sintió presa de una intranquilidad creciente. Tomaron la sopa y comieron pan y carne. Empezó a hacer calor, y la joven se quitó el pesado abrigo de pieles. Volvió el color a sus mejillas, brillaron sus ojos y su voz tenía trémolos de felicidad al haber hallado calor y vida donde temiera encontrar la muerte.

Porter explicó cariñosamente a Mackay lo que había pasado. Dos indios *chippewyans*, dos verdaderos bandidos, los habían asaltado, llevándose los trineos con los perros. Después, los tres policías y la joven habían luchado contra el temporal de nieve caminando al azar en busca de cualquier refugio. Mas aquel desierto era llano como la palma de la mano y no habían encontrado nada. Él dio voces y la señorita Tavish había llorado, no porque no hallaban el ansiado refugio, sino porque su padre se cayó en la nieve y no pudieron encontrarlo. Era increíble, según decía Porter, que el superintendente Tavish, uno de los hombres más fuertes del servicio, hubiese flaqueado tan pronto.

Tavish sonrió gruñendo. Estaban todos de buen humor, excepción hecha de Breault. Éste no rió una sola vez. Mas Rogelio Mackay notó que cada vez que hablaba Breault, los otros prestaban mucha atención. Había algo misterioso en este hombre, porque la joven tan pronto como Breault abría la boca, dejaba de reír y las líneas suaves de sus labios se contraían en un gesto duro. Mackay comprendió pronto la alegría de la joven y de Porter, porque por dos veces vio que se daban la mano y,

cuando se miraban, en sus ojos había algo que no podían ocultar. Debían de ser novios. Quien le tenía intrigado era Breault, porque Mackay no sabía que éste era el mejor cazador de hombres de la división «N» y que desde Atabasca Landing hasta el océano Ártico, región llamada «el país de los Tres Ríos», de más de dos mil millas de extensión, se le conocía con el nombre de Shingos: el Hurón.

Fue la joven la primera en quedarse dormida. Habíase echado al lado de su padre y apoyó la cabeza en el hombro de éste. Breault, el Hurón, se envolvió después en sus mantas y respiraba profundamente. Porter continuó fumando su pipa y mirando pensativo al pálido rostro de Josefina Tavish.

Luego miró a Mackay y sonrió con cierto orgullo.

—Es mi novia —murmuró—. Nos vamos a casar pronto.

De buena gana hubiera Rogelio alargado la mano para expresar al otro su simpatía.

—Cuando la oí llamar allí fuera entre el temporal, me hizo pensar en una muchacha que vive en el sur.

—¿En el sur? —preguntó Porter—. ¿Por qué en el sur? Si usted la quiere..., usted está aquí en el norte.

Mackay alzó los hombros. Había dicho demasiado. Ni él ni Porter sabían que Breault tenía los ojos medio abiertos y escuchaba.

Rogelio hizo un movimiento con la mano y fingió prestar atención a la tormenta.

—Eso durará dos o tres días, Porter, y lo mejor que puede usted hacer es tumbarse a dormir. Yo voy a excavar otra habitación en la nieve, para la señorita Tavish. Me parece que la necesitará, y como es un trabajo fácil, me entretendré así.

—Yo le ayudaré dijo Porter.

Durante una hora trabajaron en la excavación, para la que se sirvieron de las raquetas de Mackay a modo de palas. Durante aquella hora, Breault no cerró los ojos. Mientras observaba a Rogelio, dibujóse en sus delgados labios una sonrisa singular, y cuando por fin Porter dejó el trabajo y se fue a dormir, aquél se levantó. Mackay acababa de terminar una habitación y comenzaba a hacer un túnel que sirviese de puerta trasera, cuando llegó Breault y cogió la raqueta que Porter había utilizado para la excavación.

—Voy a ayudarle un poco —dijo—, porque estoy nervioso y no puedo dormir, Cummings.

Empezó a hundir la raqueta en la nieve.

—¿Qué? ¿Hace mucho que está usted en esta región? —preguntó al cabo de pocos instantes.

—Tres inviernos, Es una buena región para la caza del zorro rojo, y de cuando en cuando se pilla alguno de piel negra y a veces hasta plateada.

Breault emitió una especie de gruñido.

—En tal caso debe usted haber encontrado a Cassidy —dijo sin mirar a Mackay y fingiendo indiferencia—. El cabo Terencio Cassidy. Ésta es su región.

Rogelio no levantó la vista del trabajo.

—Sí, le conozco. Lo encontré el invierno pasado, Tiene el pelo rojo, ¿verdad?... Un buen hombre... Me gusta. ¿Usted lo conoce?

—Juntos entramos en el servicio —contestó Breault—. No tiene suerte, sin embargo. Durante dos o tres años: está persiguiendo a un hombre llamado Mackay... Rogelio Mackay. ¿Ha oído usted hablar de él?

Rogelio asintió.

—Cassidy me habló de él cuando estuvo en mi cabaña, y por las referencias que tengo es un hombre que me agrada.

—¿Quién? ¿Cassidy o Rogelio?

—Ambos.

Por primera vez escudriñó el policía la cara del otro. Eran los del primero unos ojos misteriosos, al parecer siempre medio entornados, cual si quisieran ocultar los pensamientos. Mackay sintió penetrar en sus ojos aquella mirada. Experimentó como un escalofrío que le anunciara una amenaza más peligrosa que el temporal.

—No tiene idea de dónde podría hallar a ese Rogelio, ¿verdad?

—No.

—Es que él cree que ha matado a un hombre allá abajo, en el sur, y no fue así, pues ese hombre vive. Si acaso lo encontrase usted alguna vez, puede decírselo, ¿quiere?

Rogelio metió la cabeza en el túnel que comenzaba a construir y exclamó sin mirar atrás:

—Sí, se lo diré.

Sabía, sin embargo, que Breault estaba mintiendo y también que se hallaba ante un hombre más astuto que un zorro.

—Puede decirle también que la policía está dispuesta a perdonarle el saqueo de la factoría que cometió años atrás.

Rogelio se volvió, llevando en la raqueta un gran montón de nieve.

—También se lo diré —contestó, riéndose interiormente ante el cepo que el policía le preparaba—. Pero vamos a ver, Breault: ¿acaso se figura usted que mi cabaña es un refugio de proscritos?

Breault rió. Era la suya una risa singular y Rogelio advirtió el gesto de su cara por encima del hombro. Cuando volvió después de tirar la nieve afuera, le dijo el Hurón:

—Ha de saber usted, Cummings, que ese Rogelio debe andar por esta región, donde pasa el invierno. Y Cassidy dice que hay una muchacha en el sur...

Rogelio se había adentrado nuevamente en el túnel abierto en la nieve.

—... que quisiera verle —terminó Breault.

Cuando Mackay se volvió hacia él, el policía encendía su pipa con tranquilidad.

—Recuerdo que Cassidy me habló de la muchacha —dijo Mackay—. Me dijo que algún día cogería a su hombre valiéndose de ella. De manera que si encuentro a Rogelio Mackay y le digo que vaya a verla, ayudaré a la policía. ¿No es eso, Breault?

¿Me ganaré algo por hacer este servicio?

Breault contemplaba a Mackay a la pálida luz de la lámpara de alcohol, mientras echaba grandes bocanadas de humo.

—Escuche usted el temporal, Cummings —dijo—. Cada vez arrecia más.

Y de pronto alargó la mano hacia Pedro, que estaba debajo de la luz, con los ojillos vivarachos clavados en el desconocido.

—Tiene usted un bonito perro, Cummings. ¡Ven acá, Pedro!

Mackay experimentó una emoción intensa. Sentía como si unas tenazas le apretasen el cuello. Ni una vez había llamado al perro por su nombre desde que salvó a los policías.

—¡Pedro!... ¡Pedro!

Breault sonreía afablemente, pero el perro no se movió, ni prestó atención a la mano que el otro le alargara.

Sus ojos estaban fijos en él con una expresión de reto, Mackay hubiese querido abrazarle.

El policía se echó a reír.

—Es un buen perro, muy buen perro, Cummings, Me gustan los perros que no reconocen más que a un solo amo. Rogelio Mackay viaja también con un perro igual, un *airedale* con largos bigotes y que atiende por Pedro, Extraño nombre para un perro, ¿verdad?

Se volvió hacia la otra habitación donde dormían sus compañeros y se estiró.

—Voy a ver si logro dormir un poco, Cummings. ¡Buenas noches! ¿Oye usted? ¡Qué huracán! ¡Vaya una nohecita!

—Sí, hace muy mala noche contestó Mackay.

Cuando Breault se hubo marchado, Mackay miró al perro. El corazón le latía violentamente. Afuera soplaba el viento con desordenada violencia, y su bramido contraía los músculos de Mackay. Aquella vez no podía huir de la policía, porque la huida significaba la muerte Y esto lo sabía Breault. Mackay había caído en la trampa que él mismo se preparó.

Se dirigió a la habitación exterior y recogió su mochila y sus mantas. No miraba a Breault, pero se daba cuenta de que éste le miraba a él. Dejó la lámpara encendida, mas cuando estuvo en la habitación recientemente excavada, la apagó, después de prepararse el lecho, Luego hizo con mucho sigilo un agujero en la pared de nieve que separaba las dos habitaciones. Cuando diez minutos después el boquete tenía un pequeño orificio a la otra parte de la capa de nieve y acercó el rostro, logró ver a Breault. Éste estaba sentado y se inclinó hacia Porter, que dormía a poca distancia. Alargó el brazo y le tocó en un hombro.

Rogelio Mackay hizo el agujero un poco más grande y trató de escuchar. Vio que la muchacha y Tavish estaban dormidos, y que Porter se levantó sin hacer ruido, porque Breault le impuso silencio señalando hacia la habitación interior. Después, Breault se inclinó hacia Porter y comenzó a hablar en voz baja. Mackay sólo, oyó el

susurro monótono de sus voces, pero vio el cambio de rostro de Porter, cuyos ojos se abrieron desmesuradamente, dirigiendo una mirada hacia la habitación contigua. Hizo un movimiento como si quisiera despertar a Tavish y a su hija.

—¡No se excite! ¡Déjelos dormir!

Estas palabras fueron las únicas que Mackay pudo entender. Durante largo rato, Breault y Porter estuvieron conversando en voz baja. Vio en el rostro de Porter retratada la alegría, lo mismo que en el de Breault. Rogelio observó a los dos hasta que Breault, el Hurón, apagó la luz. Entonces volvió a tapar con nieve el agujero y buscó con las manos hasta que encontró al perro.

—Creen que nos han cogido, Pedro —murmuró—. Creen que nos han cogido.

Durante una hora estuvieron quietos. Ni Mackay ni el perro durmieron y, finalmente, el proscrito se levantó y se acercó a la puerta, donde escuchó. Todos estaban durmiendo, y cuando Mackay se hubo cerciorado de ello, tanteó las paredes de su habitación hasta llegar a un sitio donde la nieve era blanda.

—Cavaremos una galería —dijo en voz baja a Pedro, que se hallaba a su lado. Los engañaremos y lucharemos si es necesario.

Comenzó a internarse en la blanda pared, apretando nieve hacia los lados. Así trabajó durante una hora, hasta que llegó a la dura capa exterior que daba al norte, donde soplaba el viento. El estrecho túnel era cálido y cómodo, y Mackay comenzó a sentir sueño en aquel ambiente confortable. Volvió a su habitación, cerró la boca del túnel con nieve y después se echó a dormir.

Solamente Pedro quedó despierto, y éste fue quien le despertó horas más tarde. Mackay notó, el rebullir del perro y abrió los ojos. Una débil luz penetraba en su habitación y le obligó a incorporarse. Vio que la lámpara de: la habitación contigua se hallaba encendida, y creyó oír el murmullo de unas voces. Con cuidado practicó de nuevo un agujero en la pared y miró.

Breault y Tavish estaban durmiendo, pero Porter estaba despierto y a su lado se hallaba la muchacha. No había señal de sueño en sus grandes ojos, que miraban sorprendidos hacia el hueco que servía de puerta entre las dos habitaciones. Mackay vio que ella apretaba el brazo de Porter. Éste estaba hablando, con la cara tan cerca de la joven, que sus labios rozaban el pelo de ella, y aunque Rogelio no pudo entender lo que decía, estaba seguro de que Porter revelaba el sorprendente secreto de su identidad a Josefina Tavish. Vio que ésta protestó, oyó el rápido murmullo de su voz y cómo la muchacha le advertía del peligro de despertar a su padre. Después vio que uno y otro se abrazaban y besaban largamente. La joven volvió luego al lado de su padre y se arrebujó en la manta. Porter se echó también al lado de Breault.

Rogelio Mackay adivinó lo que había pasado. La joven debió de despertarse, un poco nerviosa ante los extraordinarios acontecimientos de aquella noche, despertando al mismo tiempo, a Porter para que encendiera la luz. Y Porter aprovechó la ocasión para referir el interesante descubrimiento que Breault hiciera y... para besarla, Mackay acarició al perro y escuchó. No oyó el ruido del viento y se preguntó si el

temporal habría amainado.

Cada cinco minutos miró por el agujero de la pared, y al cabo de media hora vio que Josefina Tavish se levantaba. Mackay observó que la joven se acercaba silenciosamente a Porter y a Breault para asegurarse de que dormían, y que después se dirigió directamente hacia su cuarto.

Rápidamente se echó Rogelio sobre las mantas y cogió al perro por el cuello.

—Estáte quieto —ordenó—. Estáte bien quieto.

Notó que la joven se detenía ante la entrada y escuchaba. Hizo como que respiraba profundamente, y antes de cerrar los ojos para fingir que dormía, vio cómo Josefina Tavish se acercaba. Se arrodilló a su lado, y le dio un golpecito en un hombro, mientras con la otra mano acariciaba a Pedro.

—Rogelio Mackay —murmuró la joven—. ¡Rogelio Mackay!

Éste abrió los ojos y quedó contemplando el pálido rostro de la muchacha.

—Sí —contestó suavemente—. ¿Qué hay, señorita Tavish?

—Ella se inclinó aún más sobre él, hasta que sus cabellos le rozaron el cuello y el rostro.

—¿Está usted despierto?

—Sí.

—Entonces, ¡escúcheme! Si es usted Rogelio Mackay, es necesario que se vaya... sea adonde sea. Tiene usted que irse antes que Breault se despierte al llegar el día. Creo que el temporal ha cesado... no oigo el viento... y si está usted aquí cuando amanezca...

Rogelio alargó la mano y halló la de la muchacha que estrechó la suya en un firme apretón.

—Gracias por lo que usted ha hecho por nosotros —murmuró ella—, pero la ley es la ley, y Breault no tiene corazón.

Y se fue, rápida y silenciosa como había llegado, al lado de su padre.

—Otra vez en danza, «*Pied-Bot*» —dijo Mackay a Pedro—. Hemos de probar otra vez fortuna.

Trabajó sin hacer ruido y en menos de quince minutos dejó listo su atado y abrió definitivamente el túnel. Después se fue hacia la otra habitación, donde Josefina Tavish aún se hallaba despierta. Mackay, cuando advirtió que ella se incorporó al verle, hizo gestos para significarle que quería algo de uno de los paquetes. Ella asintió y Mackay se fue arrastrando hacia el sitio donde estaban los paquetes. Cuando se levantó y enseñó a la joven lo que había cogido, ésta abrió sorprendida los ojos. Mackay tenía en una mano un paquete de periódicos que el padre de ella quería llevar al Fuerte Churchill. Advirtió la mirada ansiosa de Mackay y comprendió. Le sonrió afablemente y sus labios tuvieron un rictus de indecible gratitud. Mackay se volvió en la puerta para mirarla. Ante su expresión de gratitud y el gesto de sus manos que se levantaban como si quisieran darle ánimos y valor para la partida, Mackay la vio hermosa. De pronto observó que la joven se llevaba la mano a la boca con un suave

soplo.

Pocos instantes después se deslizó Mackay por el túnel, seguido de Pedro. El corazón le latía alegremente. De nuevo huía de la policía, pero siempre, tal como lo predijera *Ave Azul*, había felicidad y esperanza en su fuga. Siempre también había alguien que le animaba y hacía demostraciones de afecto, como Josefina Tavish.

Rompió la capa de nieve, endurecida al final del túnel, y se halló en medio de la estepa triste y solitaria. El cielo estaba encapotado y el viento ya no bramaba. Fue aquél el principio de la breve calma que interrumpió al segundo día la Gran Tormenta.

Mackay se echó a reír cuando se dio cuenta de las grandes dificultades que tendría que vencer.

—Pronto nos pisará los talones el huracán, «*Pied-Bot*» —dijo—. Lo mejor es que tratemos de alcanzar pronto el bosque que debe hallarse a unas doce millas hacia el sur.

Y emprendió la marcha, dando primero la vuelta a la duna de nieve. Cuando estuvo a la altura del primer agujero que practicara en ella, se dirigió al sur. Desde aquel hueco, abierto por el proscrito que los había salvado, estuvo mirando Josefina Tavish las figuras del hombre y del perro hasta que se perdieron en las grises sombras de aquel mundo helado.

Capítulo XV

ROGELIO hizo aquel día veinte millas de camino hacia el sur, atravesando penosamente la ventisca que volvía a levantarse después de la engañosa calma. Durante un día y una noche permaneció en el bosque que bordeaba las estepas desarboladas que llegaban hasta el Ártico. Se creyó a salvo de cualquier persecución, porque el incesante viento y las ráfagas de nieve borraban las huellas inmediatamente. Después de descansar así durante veinticuatro horas, se dirigió en línea recta hacia su cabaña. El temporal seguía con increíble fuerza en la estepa, pero en el bosque pudo Mackay caminar con bastante facilidad. Estaba convencido de que la policía encontraría muy pronto la cabaña una vez que el temporal hubiese amainado. No pensaba tanto en Porter y Tavish como en Breault. De éste sabía que era difícil escapar y que hallaría la cabaña inevitablemente. Por tal razón Mackay quería llegar a todo trance antes que el policía.

Durante la segunda noche de su huida no pudo pegar los ojos. En su cerebro rebullía un caos de pensamientos que ahuyentaron su sueño a pesar de que se sentía exhausto. Recorrió mentalmente todos los pasos de su vida de proscrito, recordando especialmente las muchas veces que había logrado escapar de las redes de la policía y la inutilidad final de sus esfuerzos para no caer en ellas. Después recordó la placidez de los valles verdes, las flores y el cielo del monte Cragg, y pensó en Nadya.

A veces le parecía esto último un sueño. No lograba creer que había vivido realmente aquellas semanas, aquellos meses de felicidad en que se hallaba tan cerca de las regiones civilizadas. Parecíale imposible que Nadya, llegando como un ángel, hubiérase mezclado a su vida, le hubiese amado aun cuando él le confesó su condición de fugitivo, y le hubiese rogado que la llevase consigo. Cerró los ojos y creyó oír de nuevo la tempestad que se desencadenó aquella memorable noche en el monte Cragg. Viose en la cabaña del padre misionero, azotada por lluvia torrencial, y tuvo de nuevo en sus brazos a Nadya, en cuyos ojos leyera la desesperación. Recordó la escena desconsoladora de su marcha, cuando ella se dejó caer al suelo, sollozando y ocultando el pálido rostro, mientras él vacilaba un instante, antes de decidirse a abrir la puerta y desaparecer en la oscuridad.

De un salto se puso en pie para ahuyentar la visión, y, como otras veces, dijo a gritos a Pedro:

—Hubiese sido un crimen traerla aquí, «*Pied-Bot*». ¡Hubiese sido un crimen!

Miró a su alrededor el caos de negrura que circundaba el espacio alumbrado por los rayos de la hoguera. Fuera del círculo de luz, la nieve seca, que crujía como arena debajo de sus pies, se perdía en fantásticas tinieblas. Se hallaría cuando menos a

veinticinco grados bajo cero...

Y Mackay se alegraba, a pesar de su desesperación, de que ella no estuviese allí con él aquella noche.

Sin embargo, acurrucado como estaba, envuelto en gruesas mantas, mirando fijamente a las llamas de la hoguera, no pudo alejar de sí el recuerdo de ella. La vio en cien formas diferentes, pero siempre con aquella cara de niña hecha mujer, con aquellos ojos que nunca hablaban de otra cosa que de su cariño, de su fidelidad, de su esperanza, y le pareció que su alma estuviese ante él y le hablase del dulce porvenir que les esperaba. Tanto forzó la mente, que creyó notar su aliento, la caricia de sus cabellos, el contacto de sus labios, y cuando quiso abrazar de veras al fantasma que su ilusión creara, vio en medio de las llamas, abriendo mucho los ojos, el rostro de *Ave Azul*, la conjuradora india, que parecía hablarle. Las llamas trepaban por su larga cabellera y movíanse sus labios. Después desapareció lentamente como se desvanece un fantasma en medio del humo de la noche.

Pedro oyó un grito de su amo. Después Rogelio se levantó, dejó caer las mantas y comenzó a pasearse arriba y abajo hasta que afirmó la nieve alrededor de la hoguera. Se dijo que era una locura creer en lo que habíale parecido ver, y, no obstante, creía. Halló la fe otra vez en el camino de su corazón, de donde tanto tiempo permaneció desterrada, y un nuevo calor iluminó la negrura de su alma. Y, por fin, cayó de rodillas y cogió la cabeza de Pedro entre sus manos.

—«*Pied-Bot*», ella dijo que todo acabaría felizmente —exclamó—. ¿No fue esto lo que nos dijo *Ave Azul*? Es posible que antiguamente la hubiesen quemado por practicar brujerías, ya que dice que su alma puede abandonar el cuerpo y ver lo que nosotros no vemos. Pero... ¡Yo creo en ella! Las dos han estado aquí esta noche, Nadya y *Ave Azul*. Y creo... creo que ahora sé lo que eso significa.

Volvió a levantarse y Pedro vio que su amo rió de nuevo con la risa alegre de antes. La furia del temporal ya no le amedrentaba, sino que, al contrario, percibía en el viento las misteriosas voces de la convicción que había desterrado la indecisión de su mente.

Abriendo los brazos, como si quisiera abrazar algo invisible, exclamó:

—¡Pedro, regresaremos al lado de Nadya!

El alba apenas fue perceptible. Únicamente la oscuridad se aclaró un poco. Las sombras heladas adquirieron forma, y las copas de los abetos destacaron precisos contornos en aquel abismo de sepulcrales penumbras.

Rogelio aprovechó la llegada del día gris de las estepas para emprender el camino de su cabaña. Hallábase alegre y animado por una alegre esperanza. Parecíale que el temporal estaba a punto de cesar y que el frío había menguado, a pesar de que en la estepa abierta el viento bramaba como antes y el termómetro de Mackay marcaba veinticinco grados bajo cero. Creyó también que el aire que respiraba era más suave, y donde el día anterior viera sólo un caos de árboles y montículos de nieve, advirtió a la pálida luz del día naciente la belleza selvática de aquel país maravilloso que tanto

amara, el cual esperaba tan sólo los rayos del sol para transformarse en indecible gloria. Pero el sol no apareció aquel día, y Rogelio Mackay poco lo echó en falta, porque sólo pensaba en Nadya y en que iba a verla.

—Sí, vamos a verla otra vez —dijo a Pedro, que iba muy cerca de él—. Nos separan del monte Cragg mil cillas... mil millas de hielo y nieve, tal vez de infierno, pero todo lo venceremos.

Hallábase muy seguro de sí mismo. Fue como si saliese de las sombras de una grave enfermedad. Había sido poco razonable. No había razonado como un hombre debiera hacerlo. Si el verdugo le esperaba en el monte Cragg, en el borde de las regiones civilizadas también le perseguía, y del mismo modo implacable en el norte. Siempre lo perseguiría el verdugo en la persona de un Breault, de un Cassidy, de un Tavish o en la de cualquier individuo de la Real Policía Montada del Noroeste. Si cuando llegase el final, cuando por fin lo cogiesen, el golpe sería mucho más llevadero en el monte Cragg que en las inhospitalarias estepas.

Y siempre quedábale la esperanza, la loca esperanza de hallar a Nadya y aquel lugar que *Ave Azul*, la hechicera, le había prometido, el misterioso país de más allá, donde «todo terminaría felizmente».

No tenía Mackay la fe del indio, no era lo suficientemente supersticioso para creer absolutamente en lo que *Ave Azul* dijera, pero la esperanza de que pudiera ser verdad era para lo que para el náufrago es la tabla de salvación. Y veces, esta esperanza le hizo casi creer. Hasta entonces *Ave Azul* no le había pronosticado nada que no fuese verdad. Invocó a los espíritus de sus mayores, y éstos, hablando por boca de *Ave Azul*, le habían librado de Cassidy en el campamento, habían logrado se realizara un milagro de la costa de Wollaston y habían predicho que se salvaría de la policía en la Gran Estepa. ¿No era, pues, concebible que también el resto de la predicción se realizase?

Sin embargo, estas visiones de felicidad duradera solo se le aparecieron como relámpagos; porque mientras avanzaba no pensaba sino en volver a ver a Nadya, en sentir de nuevo la alegría de tenerla en sus brazos, en gozar otra vez de la dulzura de sus besos y de su voz de niña, voz tras la que se ocultaba un alma de mujer que decía a gritos su inmortal amor, cual aconteciera aquella noche en la cabaña del misionero. Después de volverla a ver, que sucediera lo demás si el destino así lo decretaba. Que llegase Breault... o Porter... aquel alguien, en fin, que siempre le perseguía. Si su aventura acabara así, se daría por satisfecho.

Cuando se detuvo para prepararse un poco de té y de carne, Rogelio Mackay trató de explicar a Pedro su nuevo concepto de la vida.

—La gran hazaña que hemos de realizar es llegar allí sin que nos cojan —dijo, y empezó a explicar sus planes y sus esperanzas mientras comía.

Había en su voz una nota de alegría y de decisión que impresionó al perro, el cual movía la cola en señal de satisfacción al ver que su amo volvía a ser lo que fue.

—Ahora estamos en febrero —dijo Mackay riendo—. Deberíamos poder llegar a

fines de marzo al monte Cragg. «*Pied-Bot*».

Después continuaron la marcha, caminando a buen paso con objeto de llegar a la cabaña antes de la noche, que a las cuatro les envolvería con sus tinieblas. A pesar de sus esfuerzos, llegó la oscuridad sin que hubiesen alcanzado la cabaña. Con las primeras horas de la noche se sucedieron con más frecuencia las breves calmas en el temporal. Mackay conocía esas señales. Sabía que al día siguiente la tormenta habría cesado y que Breault le perseguiría acompañado de Tavish y Porter.

La antigua destreza y habilidad de Mackay le obligaron a continuar y hacía votos por que el temporal no cesara tan pronto. Era necesario realizar algo antes de que dejara de soplar la ventisca, y Mackay se alegraba cada vez que el viento reanudaba, tras una tregua, su violento embate. Cuando ya era completamente de noche, llegaron a la parte del bosque donde se alzaba la cabaña. Una hora más tarde se hallaban a la puerta. Mackay la abrió y entró tambaleándose. Durante un gran rato estuvo apoyado contra la pared, mientras respiraba anhelante aquella atmósfera más cálida. Al respirar, su garganta silbaba, y Rogelio se extrañó de haber estado tan cerca de caer exánime. Oyó el ruido que produjo Pedro al echarse.

—¿Cansado, «*Pied-Bot*»?

Sus labios secos y cortados por el viento y la nieve pronunciaron con dificultad estas palabras.

Pedro movió la cola. En aquel momento se calmó el temporal nuevamente y Rogelio demostró su temor de que acabase demasiado pronto.

—Espero que dure aún dos o tres horas más —dijo, humedeciéndose los labios para poder hablar—. Si no durase...

Pensaba en Breault mientras se quitaba los guantes y buscaba un fósforo. Temía a Breault más que a nadie. El policía hallaría la cabaña y sus huellas si la ventisca acabara demasiado pronto.

Encendió la pequeña lámpara de encima de la mesa, sabiendo que el derroche en nada le perjudicaría, encendió dos grandes velas de grasa de oso, colocando una en cada extremo de la cabaña, la cual, siendo pequeña, quedó así profusamente iluminada. Poco había que ver en ella: la mesa, una silla, una estufa hecha de planchas de hierro, y la litera, debajo de la cual guardaba sus cosas. Detrás de la estufa había un gran montón de leña y poco después subían las llamas y el humo por la chimenea y se mezclaban en el exterior a las ráfagas del viento que soplaba nuevamente.

Despreciando el cansancio que sentía, Rogelio continuó trabajando. Cuando la atmósfera de la cabaña se iba haciendo más cálida se quitó los vestidos de abrigo y empezó a preparar la comida.

—Vamos a suponer que hoy es día de Navidad y vamos a comer de todo lo que tenemos, «*Pied-Bot*». Esta noche no escatimaremos las ciruelas y consumiremos una libra en vez de las seis ciruelas que acostumbramos consumir.

Hasta Pedro se sorprendió ante la prodigalidad de su amo. Una hora después

comieron con abundancia, y Mackay se bebió una enorme taza de café puro y caliente. Esto hizo desaparecer casi toda la fatiga que había sentido, y para completar el descanso estuvo sentado un buen rato, mientras se fumaba su pipa. Pedro, harto de carne de anta, se estiró sobre el suelo para dormir, pero no cerró los ojos. Sorprendíale la actitud de su amo. Después de fumar, Mackay se puso otra vez los abrigos y se echó a la espalda la enorme mochila y, con gran extrañeza de Pedro, vació una botella de nafta que había detrás de la estufa. Acercó a ella un fósforo encendido, y lo que hizo después arrancó al perro un fuerte aullido. De una sola patada envió Mackay la estufa rodando al centro de la cabaña.

Media hora más tarde, cuando el perro y Rogelio se volvieron desde un otero a mirar hacia atrás, una columna de llamas iluminaba el caos de tinieblas del mundo solitario que dejaban a su espalda. El viento soplaba con fuerza desde la estepa y llevaba consigo grandes ráfagas de menuda nieve.

—Es un buen fuego —murmuró Mackay—. Media hora más y todo habrá terminado. Así, Breault no hallará nada si llega aquí: ni huellas, ni cabaña; sólo nieve...

Y con esta seguridad dejó el abrigo del bosque y se dirigió al sur, corriendo siempre por espacios abiertos, donde el viento cubriría sus huellas casi inmediatamente después de marcadas. La oscuridad no le molestaba. Hallábase ante millas y más millas de estepa abierta, mientras que tan sólo a poca distancia del oeste tenía el resguardo del bosque. Por dos veces se dirigió a sus linderos, mas las dos veces se volvió a la estepa abierta, No hacía más que calcular mentalmente el tiempo que llevaba caminando. Llegó un momento en que empezó a contar los pasos que iba dando con las raquetas de nieve hasta medir media milla o una milla. Luego volvía a empezar, y así llegó a considerar que quinientos pasos costaban mucho tiempo y grandes esfuerzos. Pronto sintió los dolores precursores del calambre. Rió entre dientes. Sabía lo que esto significaba. El presagio era de algo tan mortal como el calambre del nadador en agua profunda. Si continuase caminando mucho tiempo más, pronto iría arrastrándose sobre pies y manos.

Rápidamente se dirigió hacia el bosque. Calculó que había caminado durante tres horas desde que abandonó la choza en llamas. Media hora más de un avance menos cauteloso, con pasos menos largos, le llevó al borde del bosque, La suerte le favorecía y dio un grito de júbilo cuando se halló bajo el abrigo de los pinos y bálsamos. Quitóse las raquetas y se internó en el bosque, donde la atmósfera era menos fría y no se notaba el viento.

Abrió la mochila y de ella sacó una antorcha de madera resinosa, cuya luz iluminó de pronto el recinto de su estrecho refugio. A la luz de la antorcha fue recogiendo leña, y con el hacha cortó un grueso tronco para mantener el fuego hasta la madrugada. Cuando la antorcha se consumió, llameaba ya la hoguera. Quitó la nieve de un trozo del suelo, que apareció alfombrado de agujas de pino, y amontonando tiernas ramitas de bálsamo sobre ella, formó un lecho, en el que se

sepultó cubriéndose con las mantas. El perro se acurrucó junto a su amo.

Durante las negras horas de la noche la hoguera ardió lentamente. El viento continuó soplando en la estepa, pero por fin amainó, y las tinieblas llenáronse de profunda calma. Durante las primeras horas que siguieron a la terrible tempestad de nieve y ventisca, no hubo señales de vida en la campiña blanca. Poco a poco se fue despejando el cielo. Acá y allá comenzaron a lucir las estrellas, pero ni Rogelio ni Pedro notaron el cambio, porque reposaban en un sueño profundo.

Capítulo XVI

MUCHAS horas más tarde despertó Pedro a su amo, intranquilo por la prolongada quietud del durmiente. Mackay se incorporó en el lecho de ramas de abeto, y vio que a través de las copas de los árboles penetraban rayos de sol. Incrédulo, se frotó los ojos para asegurarse de que no soñaba. Después sacó el reloj. Eran las diez de la mañana. Mirando hacia la estepa, vio relucir su linde blanca bajo el sol de un cielo sin nubes. Hacía mucho tiempo que no había visto el sol, y se fue con Pedro hasta el borde del bosque para contemplar extasiado el campo de la nieve de la enorme estepa. Nunca había estado el cielo tan azul en el monte Cragg como aquel día en la desolada estepa del norte.

Rogelio regresó cantando a su improvisado campamento. El perro trató de recordar, maravillado, el tiempo que hacía que su amo no había estado tan contento; y recordó la cabaña de Tom, el indio, que se hallaba al otro lado del río, cerca del monte Cragg, durante aquellos días que precedieron a la aparición de Terencio Cassidy, aquellos días felices de las visitas de Nadya y las citas en el prado cuajado de flores. Pues lo recordaba perfectamente. Rogelio era entonces el jovial compañero que ahora volvía a ser.

El alegre canto de Mackay debió de oírse en la quieta y apacible mañana a la distancia de media milla, pues el fugitivo había dejado de tener miedo. Del mismo modo que la tormenta parecía haber purificado la atmósfera, así el sol disipó de su alma las últimas sombras de la duda. No abrigaba sólo una esperanza, sino una seguridad absoluta. Dios le ayudaba. La vida estaba con él. El mundo era suyo y le brindaba sus brazos y él contaba como si Nadya se hallase tan sólo a una milla de allí en vez de las mil que de ella le separaban.

Cuando, después de almorzar, continuaron la marcha, se rió de la posibilidad de que Breault descubriera sus huellas. El policía habría de ser más que un ser humano para lograrlo, después de lo que el viento, la nieve y el fuego habían hecho por ellos.

Aquel primer día de su peregrinación hacia el sur fue un día espléndido desde la aurora hasta la puesta del sol. Ni una nube empañó el azul del cielo. Y la temperatura subió tanto que Rogelio se vio obligado a desabrocharse la pelliza y bajar su cuello de pieles. Durante la noche lucieron millones de estrellas en el cielo.

Después de aquel día y aquella noche, nada era capaz de destruir la esperanza y la confianza de Rogelio Mackay. El perro se dio cuenta de que iban hacia el sur donde estaba todo lo que él ansiara. Todas las noches, al lado de la hoguera del campamento, anotaba Mackay, con un lápiz la distancia recorrida y la que aún les quedaba por recorrer. La esperanza pronto se trocó en seguridad. No se le ocurrió el

pensamiento de que en el monte Cragg pudiese haber cambiado nada. Ahora que Jed Hawkins estaba muerto, Nadya estaría en casa del viejo misionero a cuyo cuidado la había dejado, y ni por una vez cruzó por su mente la duda. Para él no existían ya más temores que Breault y los demás cazadores de la ley. Si lograba burlar su vigilancia, encontraría a Nadya esperándole. Día tras día caminaron en dirección al sur y a veces al oeste, hasta que llegaron al río Theolon; luego atravesaron una región desconocida donde volvieron a luchar con el frío y con el viento, y por fin llegaron a las regiones heladas de las aguas Dubawnt.

Sólo una vez en las primeras tres semanas habían topado la compañía de otros seres humanos. Fue un pequeño campamento indio, donde Rogelio compró carne ahumada y mocasines para las patas de Pedro. Después, hasta llegar al Lago de Dios, se detuvieron dos veces en cabañas de cazadores.

A principios de marzo llegaron a la región del Lago Perdido, situado a trescientas millas del monte Cragg.

Allí de debajo de una capa de blanda nieve, sacó Pedro el cuerpo helado de un ciervo destripado y que había sido envenenado por Boileau, el trampero francés. Rogelio había encendido fuego y se hallaba calentando media libra de sebo para cocer una torta de maíz, cuando vio que el perro se acercaba, a rastras las patas traseras, que iban adquiriendo la rigidez propia del efecto de la estricnina. En menos de diez segundos hizo tragar al perro el sebo caliente hasta la última gota y volvió a calentar con la mayor rapidez otra cantidad igual que también vació en la garganta de Pedro. Por fin éste arrojó todo lo que había comido.

Media hora más tarde, Boileau, que se hallaba comiendo, saltó de extrañeza cuando la puerta de su cabaña fue abierta de pronto por un hombre de pálida faz que llevaba en brazos el cuerpo exánime de un perro.

Después, las sombras de la muerte entenebrecieron la cabaña del francés y estuvieron flotando en ella mucho tiempo. Para Boileau, aun cuando su innata bondad le permitía sentir que la trampa envenenada por él fuese la causa de tal desgracia, Pedro no era más que un perro.

Pero cuando vio que los hombros del forastero de ruda faz se agitaban al impulso de los sollozos y oyó las protestas apasionadas que pronunciaron aquellos labios blancos, el francés se retiró, un tanto aterrado y conmovido. El perro permaneció exánime durante largo rato, y Mackay acabó por abrazarse a él desesperadamente, llamándole, instándole a que volviese a la vida, a que abriese los ojos. Boileau se animó y cruzó la estancia para examinar el cuerpo del perro. Mackay oyó cómo el francés decía que el animal no estaba muerto, que el corazón le latía aún y que en su opinión la fuerza del veneno había sido vencida. Para Mackay aquellas palabras fueron de un grandioso efecto. Se levantó, se arrodilló al lado del camastro, y allí permaneció sin decir palabra, mientras Boileau echaba leche condensada caliente en la garganta del perro. Poco después abrió Pedro los ojos e hizo una profunda aspiración.

Boileau miró a Mackay y alzó los hombros.

—Ha sido una buena aspiración, *m'sieu* —dijo—. La parte de veneno que haya quedado en el cuerpo ha perdido su fuerza. Vivirá.

Un poco estupefacto, Mackay se levantó y notó que no sólo se tambaleaba, sino que había llorado. Y se le escapó un sollozo que tuvo algo de risa ahogada, y se fue a la ventana y miró hacia afuera, sin darse cuenta de nada. Muchas veces había estado en presencia de la muerte, pero nunca le había causado tal emoción y espanto como en aquella hora en que el alma de Pedro, su camarada, se halló oscilando entre la vida y la muerte.

Cuando Mackay se alejó de la ventana, Boileau cubría al perro con buenas mantas y pieles. Y durante muchos días, ambos cuidaron a Pedro en su lenta enfermedad.

Aquel año los paisajes del norte fueron favorecidos por una primavera temprana. En el sur del país del río Reindeer, la nieve desapareció ya en los últimos días de marzo, y en la primera semana de abril rompiéronse los hielos. Soplaban vientos del sur y del oeste, y el sol era más cálido y los días tan luminosos como jamás los viera Boileau en aquel rincón del mundo al terminar el invierno. Fue en aquella primera semana de abril cuando Pedro recobraba la salud hasta el punto de poderse poner en camino, y Mackay dirigió sus pasos nuevamente hacia el monte Cragg.

Dejó parte de sus provisiones y utensilios de invierno en la cabaña de Boileau, creyendo que, aligerado de peso, podría llegar con facilidad a principios de mayo al monte Cragg. Pero el perro no podía avanzar tan de prisa, y Rogelio hubo de resignarse a marchar más lentamente. Cuando llegaron a la última vertiente de la «Altura del País», desde la cual se veían los bosques y lagos de las regiones bajas, ya estaban a mediados de mayo.

Consideró Rogelio que fue una gran suerte y no una contrariedad el haber retrasado su regreso, pues así éste se efectuó entre los esplendores de la primavera avanzada. A su alrededor notábase la dulzura y el misterio de la vida que despertaba. Advertíalo Mackay en el sol, en la fragancia de las hierbas que pisaba, en los árboles y en el canto de los palatinos. Sus amigos los grajos eran raudos y gentiles y volaban chillando bajo los cálidos rayos del sol. En el espacio refulgía el aleteo negro de los cuervos, las alondras, los *febes* y los verderones, y los pardillos volaban también alegremente, agitados por el deseo de construir sus nidos; las perdices devoraban los brotes de los chopos y, por fin, una tarde, ante una gloriosa puesta de sol, escuchó el canto del atardecer del primer petirrojo.

¡Al día siguiente llegarían al monte Cragg!

La mayor parte de aquella noche la pasó despierto, fumando a intervalos, esperando el alba del nuevo día que tan feliz presintiera. Apenas se despejaron un poco las tinieblas de la noche, emprendió una rápida marcha, y a media mañana vio frente a él la gran loma que cerraba el pantano de Tom, el indio, y el llano de Nadya. Por fin llegó al monte Cragg.

A mediodía había escalado la cima de la loma. Respiraba fatigosamente, porque

para llegar a la preciada altura desde la cual veía el país donde vivía Nadya, había subido corriendo la vertiente rocosa. Allí, jadeante a causa de la fatiga, abarcó de una mirada toda la región, durante un momento no le chocó la significación de lo que sus ojos vieron. De pronto se dio cuenta de lo que presenciaba. Cesaron los latidos de su corazón. Todo el monte Cragg, milla tras milla, al este, al oeste y al sur, era un mundo desolado, carbonizado.

Hasta la misma loma había llegado la devastación de las llamas y por ninguna parte se advertía la menor señal de la gloriosa primavera de las regiones que acababa de recorrer.

Dirigió los ojos hacia el pantano y no vio más que una infinidad de troncos carbonizados, los cadáveres mudos de los abetos, cedros y chopos, por entre los cuales, de noche, solía aullar algún lobo.

Miró hacia el bosque de Sucker Creek, donde estaba la cabaña del misionero y donde soñó que Nadya le esperase. Y no vio ya el bosque, sólo veía un mundo vacío y negro.

Y miró hacia el monte Cragg, a lo largo de la cresta, y la vio monda y con señales de muerte. A sus pies, en las yermas laderas, los troncos denegridos de los árboles apuntaban al cielo azul.

Mackay dio un grito, un grito de miedo, de horror. Todo, todo sucedía de acuerdo con lo que profetizara *Ave Azul*. Parecióle oír el dulce murmullo de la voz de la conjuradora cuando una noche le contó que si volvía al monte Cragg sólo hallaría un mundo de negra ruina y que no sería allí donde encontrase a Nadya.

Después de lanzar un grito, bajó al valle como un loco, corriendo velozmente a través del suelo cubierto de cenizas. Pedro iba detrás, luchando contra mil obstáculos. Media hora más tarde llegó al sitio donde un día estuvo la cabaña del misionero, y sólo encontró un caos de cenizas y troncos, quemados de arriba abajo. El sendero había desaparecido. Lo que fue un verdadero paraíso, se había convertido en un trozo de tierra negra y desolada.

Pedro notó la angustia que invadió a su amo. El perro se contagió también de los tristes presagios de aquella tragedia y husmeó cautelosamente el aire, sabiendo que se hallaba en la región donde se criara, pero que ya no era la misma. Instintivamente se volvió el perro hacia el monte Cragg, y cuando Rogelio vio que Pedro miraba hacia la escarpadura detrás de la cual se hallaba la casa de Nadya, sintió que sus esperanzas renacían. Pensó que sería posible que aquel lugar se hubiese librado de la vorágine del fuego, y que tal vez Nadya y el misionero se hallaran allí.

Inmediatamente partió hacia la escarpadura que estaba a la distancia de una milla. Conforme iba llegando a las cercanías, sus esperanzas fueron menguando, porque se dio cuenta de que las llamas habían invadido también la vertiente del Cragg. Atravesaron la pradera, antes cubierta de jóvenes pinos, de rojas fresas y de azules violetas, y Pedro oyó la singular congoja de su amo cuando éste llegó al pequeño claro entre los espesos pinos, donde Nadya solía esconderse y donde se abandonó por

primera vez en los brazos de Rogelio.

Cuando Mackay llegó, después de una rápida carrera, la escarpadura de la loma de la montaña, se tambaleaba por el esfuerzo realizado, a pesar de lo cual echó una rápida mirada sobre el llano y lanzó un grito de alegría. Lo mismo que en todas partes, los bosques y las praderas se hallaban carbonizados por la vorágine del fuego, pero la cabaña de Jed Hawkins permanecía intacta. El fuego había llegado hasta la misma puerta, pero allí debió de perder su fuerza y apagarse.

El perro se adelantó, y cuando Mackay llegó a la puerta de la cabaña, lo halló en ella, tensas las patas, en una extraña actitud todo él. Abrió la puerta y un vaho de humedad y frío le envolvió. La cabaña estaba vacía. Llenábanla las tinieblas y la desolación de una tumba.

La puerta de la pequeña habitación de Nadya hallábase abierta y, decidido, entró Mackay. La cama de ella estaba sin ropas, y en el cuarto no había señal alguna de que fuese habitada. Movíase Rogelio como un hombre atacado de singular enfermedad, y el perro le seguía en silencio. Después de recorrer la casa, volvieron al exterior, y de las ruinas del fuego vieron sobresalir una cosa extraña, algo que semejaba encarnar el espíritu del mal. Tratábase de una cruz toscamente construida con ramas de sauce chamuscado.

Mackay apretó los puños, porque sabía que debajo de aquella cruz yacía el cuerpo de Jed Hawkins, el enemigo que destruyó su vida y su felicidad.

Después entró de nuevo en la cabaña y en el cuarto de Nadya, cerrando tras sí la puerta. Pedro quedó durante un buen rato fuera, vigilando la puerta, sin oír ningún ruido que proviniese del interior.

Cuando Rogelio salió, estaba triste y pálido, y dirigió la mirada hacia el sitio donde hubo un bosque compacto la noche tormentosa en que bajó corriendo por la senda que conducía a la choza de Mooney. El bosque había desaparecido, pero Mackay encontró la senda a pesar de estar cubierta de las ruinas que causó el fuego, y reconoció el sitio donde halló el cadáver de Jed Hawkins. Media milla más allá alcanzó la vía del ferrocarril, fue allí donde el fuego debió llegar a su punto culminante, porque en toda la extensión que la vista alcanzaba no se divisaba señal alguna de vida.

Y Mackay sintió que le invadía, además del sentimiento de la desolación, algo más terrible aún: el miedo. Aquello semejaba un inmenso cementerio y no pudo menos de preguntarse si sería posible que Nadya y el misionero no hubiesen podido huir a tiempo de la furia del fuego. El temor creció con la puesta del sol y la llegada de la noche, a la que acompañó una frescura desapacible y un olor desagradable de las cosas carbonizadas.

Volvió a entrar en la cabaña, y en silencio encendió una lámpara que en ella halló, como también la estufa, detrás de la cual había leña preparada. El perro, como rehuendo el amargo recuerdo del pasado, se fue a un rincón y allí se echó, permaneciendo quieto. Y Mackay no preparó la cena ni encendió su pipa.

Transcurrido largo rato, llevó sus mantas al cuarto de Nadya y se tumbó encima de la cama después de apagar la luz.

Pronto subió sobre el páramo de la desolación la luz de la luna que llenó la estancia de dulce claridad. Parecióle a Mackay que la luna sonreía como si algo vivo de ella no hubiese echado aún de menos a Nadya y la continuase viendo en el mundo. Mackay supo entonces por qué Nadya amaba tan apasionadamente a la luna, porque la amaba mucho más que al sol. El astro de la noche enviaba sus rayos a través de la ventana de aquel pequeño cuarto, pareciendo borrar todas las cosas mundanas. Mackay se incorporó y creyó ver cerca de él el rostro de Nadya, y creyó oír a su lado los latidos de su corazón. Ella le había contado que con frecuencia solía incorporarse en la cama para saludar a la luna y contemplar la faz sonriente que siempre hallara en ella, la faz de su amigo y compañero de ensueños que silenciosamente cruzaba el espacio.

Una nube ocultó por breves momentos la luna, como si ésta hubiese descubierto al usurpador que se encontraba en la habitación de Nadya, pero después brilló con más fuerza y Rogelio vio que el Viejo de la Luna la amaba, explicándole cómo solía cambiar de expresión, semejando enfermo unas veces y animado y alegre otras; cómo en algunas ocasiones sonreía y en otras mostrábase triste cual si le agobiara una pesadumbre misteriosa que ella no podía comprender.

—Y siempre sé si me ha de suceder algo bueno o malo cuando miro al Viejo de la Luna —le había dicho Nadya—. Él me lo dice todo y además sabe mucho de usted, señor Rogelio, porque... porque se lo he contado todo.

Muy quedamente se levantó Rogelio. Cuando salió de la cabaña, su conducta extrañó a Pedro sobremanera. Se detuvo sin hacer ruido, sin moverse, semejando uno de aquellos troncos sin vida, carbonizados por el fuego. Pedro se preguntaba qué era lo que su amo estaría mirando en el firmamento, donde no había nada que no hubiese visto siempre: millones de estrellas y la luna como reina entre ellas, nubes blancas que avanzaban suavemente, y quietud, absoluta quietud.

Rogelio permaneció en silencio durante unos momentos, y después, como de costumbre, habló al can:

—También en esto ha acertado *Ave Azul*. Dijo que hallaríamos un mundo negro y desolado aquí, y lo hemos hallado. Y vamos a encontrar a Nadya donde ella nos dijo: en lo que llamó el país de más allá, la región de allende los altos árboles y los grandes pantanos, la región situada más allá de todo lo que hasta ahora conocíamos de las selvas y estepas, la región donde Dios mora los domingos en las iglesias y donde la gente se echaría a reír si le descubriéramos los países que nosotros hemos visto, «*Pied-Bot*». Allí encontraremos a Nadya, que marchó de aquí huyendo del fuego y nos espera ahora en las colonias del norte.

Habló con singular y queda convicción. Desapareció de su rostro el gesto desconsolado y volvió a elevar la vista, sereno ya, hacia el esplendor del firmamento.

Y luego dijo:

—Hoy no dormiremos, Pedro. Caminaremos acompañados por la luna.

Media hora más tarde, las solitarias figuras del hombre y del perro atravesaban el páramo en busca de la primera colonia, que se hallaba a doce millas de distancia, y el Viejo de la Luna, al verlos caminar, parecía sonreír satisfecho.

Capítulo XVII

EN la gran roca que sobresalía en la loma escarpada del Cragg se detuvieron un momento, y cuando Mackay oyó gemir al perro, el cual se había dado cuenta del triste cambio de los parajes donde solía corretear cuando era cachorro aún, acarició suavemente la cabeza de su fiel compañero.

—Pedro —le dijo—, fue desde esta roca, justamente desde aquí donde estamos ahora, desde donde os vi a ti y a Nadya por primera vez, hace ya mucho tiempo. ¿Recuerdas aquel pequeño pinar que había allá abajo? Pues al borde de él estaba ella sentada, contigo en el regazo, contigo, que a pesar de lo pequeño que eras, ya entonces ladrabas tan fieramente que yo te oía. Y cuando hice ruido y ella levantó la vista y se fijó en mí, la consideré como lo más hermoso del mundo. ¡Cuán niña parecía con aquellos sus ojos azules como las flores y sus hermosos cabellos que brillaban al sol! En el rostro tenía huellas de lágrimas. ¡Lágrimas, «Pied-Bot», que le hizo verter aquella víbora que ahora yace muerto cerca de la cabaña! ¿Recuerdas que me recibiste ladrando cuando bajé?

Pedro movía la cola, como si efectivamente lo recordara.

—Aquél fue el principio —dijo Rogelio—, y éste parece el fin. Sin embargo...

Cerró los puños y se irguió con fiereza.

—La encontraremos antes de que llegue el fin —añadió en tono retador—. Vamos a encontrarla, «Pied-Bot», aunque tengamos que ir a las colonias y meternos en la boca del lobo, que en nuestro caso es la policía.

Y reanudó la marcha. Sus botas producían un extraño ruido sobre el suelo de la roca en el silencio sepulcral del paraje. De nuevo siguió lo que un día fue la senda que conducía a la choza de Mooney, cruzando la vía férrea que desde el Fuerte William se adentraba ochenta millas en los parajes selváticos. Habíanla llamado la línea P, D. y O., Porth Arthur, Duluth y Oeste, pero más habían podido alcanzar Duluth, y hubo quien la llamó Pobreza, Destrucción y Oprobio. Muchas veces se había reído Rogelio de las singulares cosas que del ferrocarril le contara Nadya: que los trenes bisemanales llevaban siempre un coche de socorro, que la gente del servicio del tren solía recoger frutas en las selvas y poner trampas para cazar, y que una vez abandonaron el tren durante muchas horas para perseguir a un oso. Nadya había llamado a este ferrocarril «La Bala de Cañón», porque una vez había hecho sesenta y nueve millas en veinticuatro horas. Mas Rogelio y Pedro no hallaron nada cómico en la vía férrea aquella noche. Viéronla prolongarse a uno y otro lado de ellos, desapareciendo en el negro mar sin fin que fingían los campos desolados.

Una vez más detuviéronse hombre y perro, y dirigieron la mirada atrás, a aquello

que había sido un espléndido trozo de Naturaleza. Pedro sintió que un gemido le anudaba la garganta y que algo dentro de él le obligaba a ladrar a la luna como lo había hecho muchas veces en los felices días de su crianza al lado de Nadya.

Rogelio continuó la marcha y Pedro le siguió, avanzando con cautela por entre los escombros. En el negro caos del mundo que los rodeaba y bajo la gloriosa luz de la luna que lo inundaba todo, aquel éxodo semejaba algo misteriosamente irreal.

Porque los plateados rayos de la luna y la negrura de las cosas quemadas rehusaban mezclarse y, mientras arriba triunfaba la claridad del firmamento y la blancura de las pequeñas nubes abajo, a los pies de ellos, extendíase la tierra que otro día rebotó de vida y hoy mostrábase yerma, hosca, desolada. Tan sólo las dos férreas líneas de los rieles recogían y reflejaban los rayos de la luna, mientras que los troncos chamuscados de los árboles erguíanse sin vestigio de vida hacia el cielo.

No le asustaban al perro las cosas que dejaba de ver; lo que le oprimía era el olor de los prados carbonizados. Había caminado durante muchas noches de luna con su amo, acompañándole en su huida de la policía, y también durante otras en que ni hubo luna ni hubo estrellas, pero siempre debajo y encima de él, a un lado y a otro, por todas partes, advirtió muestras de vida. Y aquella noche no había ni vestigio de ella por ninguna parte. No se oía un canto de pájaro nocturno, ni el aleteo del búho, ni el chapoteo de los patos en el agua, ni el grito del somorgujo. En vano quiso percibir el ruido de las ramas bajo los pies de su amo o el susurro del viento en las copas de los árboles. Tampoco a su olfato llegó el menor resto de vida: no percibió el olor a almizcle de un visón que cruzara el camino, ni el acre del zorro, ni el suave de la perdiz, del puerco espín o del conejo. Y no se oía a lo lejos el aullido del lobo, ni el roce de los cuernos del alce con las ramas bajas de los árboles, ni el ladrado del perro de un cazador. El silencio era absoluto, sepulcral.

Silencio de la tierra, pero que, sin embargo, parecía extraño a ella. Los pasos de su amo diríanse amortiguados por algo espantoso. Mackay, que experimentaba la misma extrañeza que el perro, sintióse invadido de una inquietud que pronto se trocó en terror creciente. La profunda inmovilidad de todo revelábale la magnitud de los destructores efectos del fuego. El aniquilamiento fue tan grande, que la vida no se había atrevido a volver a la región desolada, a pesar de que el siniestro debió de producirse muchos meses antes, en el otoño anterior.

La región carbonizada era como una tumba, y el más próximo confín de ella debía hallarse, a juzgar por la intensidad del silencio, a muchas millas de distancia.

Por primera vez tuvo Mackay el horroroso pensamiento de las muertes que debió ocasionar un incendio como aquél. El fuego debió de sorprender a la gente como una ola que avanzara por los bosques con la velocidad de un caballo de carreras, y sin dejarles otro medio de salvación que la fuga a lo largo de la vía férrea. En muchos sitios sólo un milagro debió hacer posible la huida. Allí donde vivía Nadya, en medio de enormes bosques de pinos, el fuego debió de ser algo horrendo, espantoso. Cuando Mackay se sintió embargado por el creciente temor, toda su fe y toda su esperanza se

encauzaron hacia el misionero de cabellos canos, en cuya cabaña se refugiara Nadya muchos meses antes, cuando Jed Hawkins yacía tendido en la senda, bajo el cielo embravecido por la lluvia y la tempestad. El Padre Juan le había prometido aquella noche, antes de que él huyera hacia el norte, velar por Nadya, y en aquel silencio imponente elevó Mackay una oración al cielo en súplica de que se hubiera realizado el milagro, de que el misionero hubiese logrado salvarla de la muerte roja que cayera como un alud sobre ellos. Se dijo que no podía ser de otro modo. Repitió las palabras en voz alta, a gritos, y Pedro, al oírlas, se aproximó a su amo hasta rozar sus piernas mientras caminaba.

Mas el miedo no se extinguía. De una chispita se transformó en fuego vivo en el corazón de Rogelio. Por dos veces en su vida había huido como loco de incendios semejantes, pero jamás tuvo noticias de ninguno de la magnitud de aquél. Parecióle de pronto que oía el estruendo del fuego, el estrépito de la tierra al estremecerse debajo del caos de llamas, el ruido silbante de las copas de los pinos inflamados en medio de las columnas atizadas por el huracán.

Pocas horas antes había estado en el sitio donde se hallara la cabaña del Padre Juan, y no vio sino un informe montón de cenizas y troncos carbonizados. Si el fuego los hubiese sorprendido allí y no hubieran podido escapar...

Mackay elevó su voz en repentina protesta:

No puede ser, Pedro, ¡no puede ser! Habrán huido por la vía férrea o por el lago y los encontraremos en las colonias. No pudo suceder otra cosa. Dios no pudo permitir que ella muriese así.

Se detuvo y miró hacia las tinieblas que había a su izquierda, interrumpidas por la luz de la luna. Algo había allí que le hizo avanzar a través de las cenizas que le llegaban hasta las rodillas. Era lo que quedaba de la cabaña de Mooney, un montón de troncos carbonizados y cenizas dispersadas por el viento. Ni aun en aquel lugar tan próximo al ferrocarril había habido salvación.

Vadeó otra vez el espacio cubierto de cenizas y continuó su camino. Mental y físicamente, luchaba contra el monstruo del miedo. Una y otra vez se inculcó a sí mismo la confianza de que Nadya y el misionero habían logrado escapar a tiempo y los hallaría en las colonias. Menos que nunca pensó entonces en la policía. Lo que a él le sucediese no tendría importancia, con tal que pudiesen hallar a Nadya con vida antes de que le cogieran. La necesidad de la precaución no se le reveló a pesar de la temeridad de su decisión de encontrar a Nadya aunque tuviese que buscarla entre la misma policía que le perseguía.

Durante una hora continuaron marchando, y la luna, al descender hacia el oeste, parecía volver el rostro para mirar a los tristes caminantes. La desolación de la tierra no tenía fin. Por dos veces vieron a través de los grupos de árboles tronchados el destello plateado de la superficie de un lago, y en otras ocasiones caminaron acompañados del murmullo de las aguas de un río que fluía a una milla de distancia. A pesar de la invitación a volver a la vida, que aquel murmullo representaba, todo

permanecía exánime.

Una hora más tarde, y al forzar la vista para examinar lo que había delante de él, se aceleró el pulso de Mackay, porque cerca, a cosa de una milla, debía de hallarse la primera colonia, con su aserradero y su único almacén y sus dos o tres casitas, rodeadas de enormes montones de aserrín y de bosques siempre verdes. Allí volverían a hallar seguramente señales de vida y tal vez a Nadya y al misionero, pues más de una vez había ido el Padre Juan a predicar en la diminuta iglesia a los moradores del puesto.

Mas, al aproximarse, fue inútil que pretendiese oír el ladrido de un perro, y sus ojos se esforzaron vanamente por descubrir alguna luz en las tinieblas de la noche. Por fin doblaron por una curva del camino, cruzaron un pequeño puente y cuando Mackay se halló ante lo que debía ser la colonia, se echó atrás con un grito de espanto y de incredulidad.

La colonia finlandesa había desaparecido. Ningún árbol levantaba su copa floreciente hacia el cielo, no había ni aserradero, ni casitas, ni almacén, con su cruz pintada de blanco: sólo se veía un montón de ruinas.

Mackay se acercó como se acercara antes a la cabaña de Mooney, y durante mucho rato tuvo los oídos y la mirada pendientes de lo que un día fue vida y alegría. Después se llevó las manos a la boca y, formando con ellas una bocina, empezó a dar gritos. El perro saltó como si acabara de recibir un golpe. Mas el silencio continuó: en aquellas inmediaciones no había nadie que pudiera responder a los gritos desesperados de su amo. Hasta los enormes montones de aserrín se habían convertido en ceniza bajo la fuerza destructora del fuego.

Muy triste y pesaroso volvió Mackay a la línea férrea y continuó su camino. Pensó en la rapidez con que el incendio debió de invadir la comarca y se dijo que si los forzados moradores de la colonia finlandesa no pudieron impedir el avance del fuego, ¿cómo podrían haber luchado contra él Nadya y el Padre Juan?

Se olvidó de que Pedro corría a su lado, se olvidó de que era fugitivo, se olvidó de todo en su dolor y su afán de encontrar pronto algún ser humano. A veces, cuando el suelo era blando y liso, corría velozmente, y otras se detenía para tomar alientos y escuchar. Fue Pedro el que en una de las paradas recogió la primera señal de vida, pues oyó desde larga distancia el ladrido.

Corrieron media milla más y llegaron a un lugar llano, donde no había árboles tronchados que se irguiesen hacia el cielo como signos interrogativos y sí una cabaña, una gran choza oscura, sin luz ni ruido. Mas desde la parte posterior volvió a surgir el ladrido de un perro, y Mackay se acercó rápidamente. No pisaban ya las cenizas de la destrucción y se dio cuenta de que por fin había hallado un oasis entre tanta desolación.

Descargó reciamente el puño contra la puerta, y pronto le contestaron desde dentro. Oyéronse pasos de un hombre y la voz interrogante de una mujer. Volvió a llamar y la ventana se iluminó. Oyóse cómo levantaban la tranca de la puerta, abrióse

ésta y Mackay se halló ante un hombre de duras facciones y larga barba, que llevaba una linterna en la mano.

—Perdone que le haya despertado —dijo Mackay— pero acabo de regresar del norte, y donde esperaba hallar unos amigos, no he hallado sino la destrucción y la muerte. Usted es la primera persona que veo en esta comarca.

—¿Dónde vivían sus amigos? —preguntó gruñendo el hombre.

—En el monte Cragg.

—Pues que Dios los asista —dijo la mujer desde su cama.

—El monte Cragg —dijo el hombre— fue un infierno de llamas aquella noche.

Claváronse las uñas de Rogelio en el marco de la puerta.

—¿Quiere usted decir que...?

—Muchos murieron —contestó el hombre con estolidez, como si quisiera abreviar la inoportuna visita—. Si se trata de Mooney, ése murió. Y lo mismo sucedió a Robson, Jake el Sueco y la familia Adams.

—No se trata de ninguno de éstos —dijo Mackay, que tenía el corazón oprimido por el miedo y la esperanza—. Se trata del Padre Juan, el misionero, y de Nadya Hawkins, que vivía con él o con su madrastra en la cabaña de Hawkins.

El hombre movió la cabeza y bajó la mecha de la linterna.

—Nada sé de la muchacha ni de su madre —dijo—, pero sí sé que el misionero pudo salvarse a tiempo y que se fue a las colonias del noroeste.

—¿No le acompañaba una joven?

—No, no iba con nadie —volvió a interrumpir la mujer desde dentro—. El Padre Juan se detuvo aquí dos días después del fuego y nos dijo que estaba recogiendo los huesos de los muertos para enterrarlos cristianamente. Y Nadya Hawkins no estaba con él, ni él dijo quién había muerto y quién no. Pero creo...

Se detuvo la mujer al ver que su marido se volvía hacia ella.

—¿Qué cree usted? —preguntó Mackay, y dio un paso hacia adentro.

—Creo —dijo la mujer— que ella murió como murieron todos. Desde luego, la mujer de Jed Hawkins pereció en el fuego cuando trató de alcanzar el lago.

El hombre de la linterna hizo un movimiento como si quisiera cerrar la puerta.

—Esto es todo lo que sabemos, señor —gruñó.

—¡Por amor de Dios! —suplicó Rogelio, interponiendo su brazo para que la puerta no se cerrase—. ¡Estoy seguro de que alguien debió de escapar con vida!

—Puede que sí —dijo el hombre—. Pero ya le digo que aquello era un infierno de llamas, y lo peor fue que el incendio sucedió a medianoche, mientras soplaba un viento huracanado. Nosotros, que habíamos quitado los árboles y arbustos en veinte acres alrededor de la casa, notamos también el ímpetu del fuego, pues a mí se me chamuscó la barba, a mi mujer el pelo, y mis puercos murieron todos asfixiados. ¿Acaso quiere usted albergue para esta noche?

—No, que me voy —dijo Rogelio desesperado—. Pero dígame: ¿qué distancia hay de aquí al final de la comarca destruida?

—Diez millas. El fuego empezó más acá de la próxima colonia.

Rogelio se echó atrás y la puerta se cerró. Apagóse la luz, y al continuar su camino por la vía férrea, oyeron aún lejos, cada vez más débiles, los ladridos del can.

Mackay sintió un enorme cansancio. Perdidas ya sus esperanzas, las dos noches que llevaba sin dormir le pesaban enormemente, y de tal modo se sintió cansado, que sólo logró avanzar con gran dificultad. Pero aun en su cansancio luchó desesperadamente contra el pensamiento de que Nadya pudiese haber muerto, y constantemente repitió la palabra «imposible, imposible». Y no lograba olvidar la blanca y delgada faz del misionero, quien le prometió velar por Nadya y había marchado hacia las colonias sin ella.

A las dos horas de dejar la cabaña del único ser viviente que hallaron, llegaron al borde de un verde bosque. Debajo del abrigo cálido de un bálsamo, encontró Mackay un sitio para descansar hasta la llegada del nuevo día. Pedro se acurrucó y se durmió pronto. Mas Rogelio permaneció sentado, apoyado contra el árbol, y no logró dormirse hasta dos horas antes de amanecer. Le despertó el cantar de los pájaros, y en el agua fría de un cercano torrente se lavó la cara y las manos. Pedro se preguntó extrañado por qué no se preparaba almuerzo alguno.

La colonia que buscaban se hallaba a poca distancia, y cuando llegaron era muy temprano todavía. La gente aún no se había levantado, y sólo de una chimenea se vio salir humo en la clara calma del día naciente. De aquella cabaña salió un joven y se detuvo ante la puerta, después de cerrarla, desperezándose y mirando al cielo para ver qué tal se presentaba el día. Después se fue a un establo y allí le siguió Rogelio.

No adoptó la actitud del colonizador barbudo de la noche anterior, sino que sonrió cariñosamente.

—Buenos días —dijo—. Usted ha madrugado mucho para viajar... Y se fijó en las botas y en el traje de Rogelio, y después en la mortal palidez de su rostro.

—¿Acaba usted de llegar? —preguntó bondadosamente—. ¿Acaso de la colonia incendiada?

—Sí, de la comarca incendiada vengo. He estado ausente durante mucho tiempo y estoy averiguando si se hallan mis amigos entre los muertos o entre los vivos. ¿Ha oído usted hablar del Padre Juan, el misionero del monte Cragg?

Iluminóse la cara del joven.

—Le conocía —dijo—. Ayudó a enterrar a mi hermano hace tres años. Y si es a él a quien usted busca, está vivo y sano. Se fue a Fuerte William una semana después de la catástrofe, y esto fue en septiembre, hace aproximadamente unos ocho meses.

—¿Iba con él una muchacha llamada Nadya Hawkins? —dijo Mackay tratando de hablar con naturalidad, mientras miraba a su interlocutor.

El joven movió la cabeza.

—No, el Padre iba solo. Durmió una noche en mi cabaña y nada dijo de esa joven llamada Nadya Hawkins.

—¿Acaso habló de otros?

—Estaba muy cansado y creo que también muy apesadumbrado por lo sucedido. No nombré a nadie, por lo que yo recuerdo.

Y el joven vio que el gris de los ojos de Rogelio se acentuó y advirtió en ellos una inocultable desesperación.

—Pero fueron muchas las muchachas que pasaron por aquí, unas solas, otras con sus amigos —dijo alentadoramente—. ¿Qué clase de muchacha era Nadya Hawkins?

—Casi una niña. Así la llamé yo una vez —dijo Rogelio con voz apagada—. Dieciocho años y muy hermosa, ojos azules y pelo castaño con rizos a los lados y en la frente. De tal modo se asemejaba a un ángel, que no le sería posible olvidarla si la viera usted una sola vez.

Cariñosamente puso el joven la mano en el hombro de Rogelio.

—No pasó por aquí dijo pero probablemente la hallará en otro sitio. ¿Quiere usted almorzar conmigo? Tengo un forastero en la cabaña, que duerme aún y quiere ir a la comarca incendiada de la que usted viene. Está buscando a alguien y tal vez pueda usted darle informes. Va al monte Cragg.

—¿Al monte Cragg? —exclamó Rogelio, sorprendido—. ¿Cómo se llama?

—Breault —dijo el joven—. El sargento Breault, de la Real Montada del Noroeste.

Rogelio se volvió y acarició al caballo, que esperaba el pienso de la mañana. Pero no notó ni siquiera el contacto de su mano con la piel del animal. El frío le invadió el corazón y tardó muchos segundos en contestar. Por fin dijo:

—Gracias, amigo. He almorzado antes del alba y sigo hacia el norte, hacia el país del río Lluvioso. Hágame el favor de no decir a ese Breault que me vio usted, porque podría tener de mí una mala opinión por no haber esperado a que se despertara para darle las informaciones que desea. Ya comprenderá, si amó usted a su hermano, que en paz descansa, lo doloroso que ha de ser para mí en estos momentos el hablar con nadie sobre aquello.

El joven volvió a tocarle el brazo.

—Comprendo —dijo—, y pido a Dios que la encuentre usted.

En silencio se dieron la mano y Rogelio se alejó aprisa de la cabaña que tan de mañana enviaba sus columnas de humo hacia el cielo.

Tres días más tarde, un hombre y un perro aparecieron en la ciudad de Fuerte William buscando a un caminante, mensajero de Dios, que se llamase el Padre Juan, y a una joven y bella muchacha cuyo nombre era Nadya Hawkins. Primero llamó a las puertas de la antigua misión, en los frondosos jardines de la cual los indios y negociantes cambiaban sus mercaderías cien años antes, y el Padre Agustín, el anciano patriarca que habló con el recién llegado, se dijo que éste era un hombre extraño, tal vez un enfermo o un loco a juzgar por la expresión de sus ojos.

Y así era, en efecto, porque la locura de la desesperación acababa con la vida de Rogelio. Porque ya no confiaba en que Nadya hubiese salido ilesa del fuego, aunque en ningún sitio hallara pruebas absolutas de su muerte. Pero ello poco significaba, sin

embargo, porque hubo muchos desaparecidos que no pudieron ser hallados desde septiembre a aquellos días de mayo. Lo que se halló siempre, con absoluta regularidad, fue la confirmación de la noticia de que el Padre Juan había podido salvarse y había viajado solo.

El Padre Agustín le había dicho que, cuando el Padre Juan se detuvo durante algunos días en la misión para descansar, dijo que iba al norte, a algún sitio próximo al lago Pashkokogon, cerca del río Albany.

Poco descanso hubo para Pedro y su amo en la ciudad del Fuerte William. No le cabía a Mackay la menor duda de que Breault debía perseguirlos muy de cerca, con la despiadada determinación del hurón, del que llevaba el sobrenombre. Se aprovisionó, pues, en una pequeña tienda donde Breault no preguntaría inmediatamente y se dirigió a grandes pasos hacia el norte, atravesando los campos de arbustos que le separaban del lago del Perro y el río del mismo nombre. Creyó que en cinco o seis días podría alcanzar al Padre Juan y saber la verdad que cada vez temía más conocer.

La desanimación de su amo había contagiado también al perro. Sin comprender el lenguaje de aquél, se dio cuenta del estado de ánimo de Rogelio, pues éste caminaba cabizbajo, pero siempre alerta a cualquier ruido sospechoso. Por las noches, después de encender la pequeña hoguera necesaria para preparar la cena, lo que efectuaba Rogelio en el rincón más escondido de los bosques, el perro solía permanecer durante muchas horas despierto y ni aun durmiendo dejaba de estar alerta. Desde la noche en que despertaron al hombre barbudo, la cara de Rogelio Mackay se había vuelto de color ceniza y estaba mucho más delgado. Con frecuencia había pensado en la actitud que adoptaría en el momento de hallarse frente a Breault, el cazador de hombres. Las precauciones suyas, después de salir del Fuerte William, eran en cierto modo instintivas, de la subconsciencia, porque en realidad cada vez le importaba menos que apareciese Breault. No deseaba retrasar el fin por demasiado tiempo. La caza había sido muy larga, hubo en ella emociones y alegrías, pero acabó por cansarle, y no teniendo a Nadya, el porvenir para él se presentaba muy negro. Si ella había muerto en realidad, su deseo sería unirse con ella en la muerte. Este pensamiento le causó viva satisfacción y lo tuvo muy presente cuando hizo un fuerte nudo en la tapa de su pistola. Si Breault le alcanzaba, interpretaría bien la significación de tal nudo y sabría que Mackay daba por bien venido el fin del juego.

Pocas veces había sido tan floreciente y hermosa la primavera en el norte como aquel año en que Mackay y su perro atravesaban las selvas profundas que llegaban hasta el lago Pashkokogon. Los últimos vestigios del frío habían casi desaparecido en pocas horas, y la Naturaleza toda se hallaba en la gloria de la vida que renace. Mas Rogelio Mackay, por primera vez en su vida, dejó de ver las maravillas y las bellezas del rejuvenecimiento de la tierra. Las primeras flores no le llenaron ya de la alegría que antes sentía ante ellas. Ya no solía erguirse como en otro tiempo, respirando profundamente la rara dulzura del aire, cargado del tónico de los abetos, cedros y pinos. En vano trataba de elevar el alma para entender el canto de los pájaros. No oía

la música acariciadora de las aguas primaverales. Sentíase vacío e incapaz de desasirse del sentimiento de soledad que había hecho presa en su alma; para él ya nada existía porque le había abandonado la voluntad de vivir.

Los inseparables compañeros llegaron tristemente a las cercanías de un río de las inmediaciones de Burntwood, que desembocaba en el lago Pashkokogon. Fue una hermosa tarde de primavera aquélla en que oyeron en el profundo bosque el ruido de un hacha.

Hacia el sitio de donde procedió tal ruido se encaminaron con precaución, y a poco llegaron a un claro del bosque; próximo al río, donde vieron una cabaña. Ésta era de reciente construcción y el humo salía alegremente de la chimenea.

Mas el ruido del hacha no procedía de la cabaña, sino de entre los árboles, y allí se dirigió. Mackay, seguido por Pedro, hasta que estuvieron a doce pasos del sitio donde un hombre cortaba un árbol. En aquel momento dio Rogelio un grito, porque el hombre que trabajaba era el Padre Juan, el misionero.

A pesar de los momentos trágicos por los que había pasado el viejo misionero, parecía más joven que meses atrás, cuando Rogelio huyó hacia el norte. El Padre Juan dejó caer el hacha y le miró incrédulamente, pero una inmensa alegría se retrató en su rostro cuando reconoció quién había dado el grito.

—¡Mackay! —murmuró tendiéndole los brazos—. ¡Mackay, hijo mío!

Y una mirada de piedad trocó la de alegría cuando notó el cambio que se había operado en Rogelio y desesperación que se leía en sus ojos.

Estuvieron los dos un momento silenciosos, entrelazadas las manos e interrogándose con los ojos. Por fin dijo el misionero:

—¿Lo sabes ya? ¿Alguien te lo ha dicho?

—No —contestó Rogelio, e inclinó la cabeza—, no, nadie me lo ha dicho.

Y al hablar pensaba en Nadya y en la muerte de ella.

El Padre Juan le apretó las manos.

—Son extraños, en verdad, los caminos que conducen a Dios —dijo en voz baja Rogelio—, ¡tú no mataste a Jed Hawkins!

Sin comprender, secos los labios, estupefacto, Rogelio le contempló.

—No, no le mataste —repitió el misionero—. La misma noche de la tormenta, cuando creíste haberlo dejado muerto en la senda, llegó tambaleándose, pero vivo, a su cabaña. Mas pronto cayó sobre él la venganza e Dios. Pocos días después, estando borracho como siempre le falló el pie al borde de un precipicio y murió. Su mujer, ¡pobre vieja!, quiso que se le enterrase cerca de la cabaña...

Mas en aquel momento Rogelio pensaba muy poco en Breault, el Hurón, y en que había desaparecido el peligro de ser ahorcado. El Padre Juan decía con una voz que a Mackay pareció muy lejana e irreal:

—Hemos enviado avisos a todas partes del norte, esperando que alguien te encontrase y te hiciese regresar. Y ella rogó día y noche para que así sucediese. Aún sigue rogando.

Alguien se acercaba desde la cabaña... alguien... una muchacha que cantaba.

El rostro de Mackay tornóse más blanco que la nieve.

—¡Dios mío! —murmuró—. Creí... ¡qué había muerto!

Sólo entonces comprendió el Padre Juan lo que significaba la mirada de desesperación que había observado en Mackay.

—No, hijo mío —exclamó—. Vive. La mandé al norte, a través de las selvas, acompañada por un indio, al día siguiente del desastre. Más tarde dejé recado en la Comisión de Salvamento en Fuerte William, donde creí que preguntaría antes que en otro sitio.

—Pues allí no pregunté siquiera.

En el borde del claro se había detenido Nadya. Al oír su voz, un extraño animal había corrido velozmente hacia ella; era un perro feúcho, endurecido por largos meses de luchas y caminatas por las selvas. Y como en los días de su crianza, se abalanzó Pedro sobre Nadya. Entonces de los labios de la joven brotó un grito: «¡Pedro, Pedro, Pedro!» Cuando oyó Mackay aquella voz, viose obligado a dejar al misionero.

Arrodillada, rodeando con los brazos el cuello de Pedro y llena de emoción, miró Nadya hacia la espesura del bosque, de la que pronto vio salir a un hombre que se detuvo a la vista de ella como si el sol le cegara y le impidiera moverse. Y la misma emoción embargó a la muchacha cuando se levantó y abrió los brazos ofrendándolos al hombre, mientras sollozaba, y trataba inútilmente de hablar.

Un poco más lentamente, a causa de su edad, asomó después el Padre Juan por entre los árboles. Al ver a Mackay y Nadya en el claro del bosque estrechamente abrazados, mientras Pedro saltaba locamente alrededor de ellos, sacó un pañuelo, se enjugó los ojos y volvió a internarse en el bosque en busca del hacha que dejara caer.

Rogelio Mackay sintió algo extraño en su cabeza. Le pareció que el mundo daba vueltas cuando sintió a Nadya sollozando entre sus brazos y no consiguió recobrase hasta que Pedro comenzó a ladrar. No vio más que el rostro femenino que se alzaba hacia él, y los ojos desorbitados y los labios que pedían besos. Y, aun eso, lo veía como a través de una niebla de plata, a la vez que el contacto de los brazos de ella en su cuello le parecía cosa de sueño, de aquellos sueños que había tenido junto a las solitarias hogueras de sus diversos campamentos. Fue un pequeño grito de Nadya el que le volvió a la realidad.

—¡Qué me vas a ahogar, Rogelio! —exclamó ella, tratando de respirar entre los brazos que vigorosamente la estrechaban, pero sin separar los suyos del cuello de él. Mackay se dio cuenta de la fuerza de sus brazos y la aflojó un poco para mirarla mejor.

El orgullo, la felicidad y el valor que Mackay sentía en aquellos momentos, todo hubiese desaparecido si hubiera podido verse a sí mismo como le vio el Padre Juan desde el rincón del bosque, y como le vio Nadya mientras se hallaba en sus brazos. Desde el día en que llegó con Pedro al monte Cragg, la hoja de la navaja no había

tocado su rostro y tenía una barba como un cepillo, a la vez que sus cabellos aparecían desordenados y sus ojos enrojecidos por la falta de sueño.

Pero Nadya no reparó en ello, o, si reparó, algo muy hermoso debió de ver a la vez en Mackay. Ya no era una niña, sino una mujer lo que Rogelio tenía ante sí, una Nadya de más edad, más alta, según le pareció a él, sin el pelo suelto y dividido en dos trenzas como antes, sino recogido con maravillosa gracia sobre la cabeza. Mackay se dio rápida cuenta del cambio de Nadya y al mismo tiempo se sintió dominado por la inquietud. Aquélla ya no era la niña que conociera en el monte Cragg, sino una verdadera mujer. En un solo año se había operado aquel milagroso cambio y no se atrevió a volver a abrazar a aquella muchacha a quien ya no zarandearía Jed Hawkins. Y cuando iba retirando sus manos de los hombros de Nadya, vio también que algo no había cambiado en ella: la luz maravillosa de sus ojos, el alma que se revelaba tan claramente como otro día memorable. Vacilaba aún, mas fue Nadya la que se echó de nuevo en sus brazos, apoyó la cabeza contra su pecho y vibró y rió al mismo tiempo. Entonces el Padre Juan se acercó silencioso, la tocó cariñosamente en el hombro y sonrió satisfecho a Mackay, yendo luego hacia la cabaña. Durante largo rato estuvieron abrazados. No se decían nada, pero sus corazones latían al unísono. Por fin, Nadya acarició la ruda cara del hombre amado y dijo.

—Ya no te dejaré escapar, Rogelio Mackay.

Y fue la pequeña Nadya del monte Cragg la que murmuró las dulces palabras al oído de Rogelio, el cual, al mirarse en los ojos de ella, sintió renacer con más fuerza la esperanza y la gloria de la vida.

Capítulo XVIII

DURANTE los días que siguieron al feliz encuentro, Pedro observó una singular efervescencia a su alrededor. En realidad no pasaba nada, pero flotaba en el ambiente el anuncio de algún suceso inminente. Su amo parecía haberle olvidado en absoluto. Nadya le prestaba atención, pero una atención muy distinta a la de otros tiempos, y el Padre Juan iba de un lado a otro dando órdenes a los indígenas a los que hacía trabajar constantemente. La pálida faz del misionero se hallaba iluminada por una expectación que despertó la curiosidad del perro y lo mantuvo alerta.

El segundo día por la mañana, Nadya se quedó en su habitación y Rogelio se marchó al bosque sin almorzar, mientras que el Padre Juan comía solo, sonriendo bondadosamente al mirar hacia la puerta cerrada de la habitación de Nadya. Hasta la india Oosimisk, encargada de las faenas de la casa, esperaba nerviosamente que saliese Nadya de su cuarto, y Mistoos, su marido, gruñó e hizo gestos extraños cuando fue al bosque en busca de unas brazadas de siemprevivas.

Rogelio se hallaba solo en el bosque, fumando furiosamente una pipa tras otra. Estaba muy emocionado y desde el amanecer había luchado inútilmente por dominar su nerviosidad. Se sintió lastimosamente débil y desamparado, mas era la suya la debilidad y el desamparo del que es demasiado feliz para atreverse a creer que su felicidad es real. Creyó que hallaría a Nadya como la dejara, con sus zapatos y su vestido rotos y sus ojos llenos del horror que le causara la brutalidad de Jed Hawkins; creyó que hallaría a una muchacha a la que tuviese que proteger, por la que tuviese que luchar, matar si era preciso. Lo que no hubiera pensado ni remotamente era que en los meses que llevaba al lado del Padre Juan pudiese convertirse de «niña que iba para los dieciocho» en mujer.

Trató de recordar lo que la noche anterior dijo a Nadya: que él aún estaba «fuera de la ley», que lo estaría siempre, por seguro y bien que viviese; que ella ahora se hallaba bajo la protección del Padre Juan, que haría mal en querer cumplir aquella promesa hecha en circunstancias anormales y que sería mucho mejor que olvidase lo que pasó cuando estaban en el monte Cragg.

—Ahora ya eres una mujer —le había dicho, acentuando la palabra mujer—, y ya no me necesitas.

Y ella, sin despegar los labios, le había mirado como si quisiese leer en su alma y, de pronto, se había echado a reír, desatando su hermosa cabellera, que cayó como una cascada encima de sus hombros. Y entonces repitió las mismas palabras que dijera muchos meses antes:

—Sin usted... prefiero morir... señor... Mackay.

Y había huido velozmente hacia la cabaña, haciendo que su cabellera flameara alegremente sobre su espalda, y no la había vuelto a ver.

Rogelio sentía gran emoción al pensar en lo sucedido.

El corazón le latía violentamente como si tuviese fiebre. Miró al reloj y se extrañó del rápido huir de las horas.

En la cabaña estaba Pedro husmeando por debajo de la puerta de Nadya y oía su ir y venir. Hacía rato que caminaba de un lado a otro de la habitación, pero no salía, lo cual extrañó al perro, porque los indios y el padre Juan adornaron la habitación de siemprevivas hasta hacerla parecer un rincón de la selva. Hasta en el suelo había flores y hojas verdes.

Incapaz de comprender lo que significaba aquello, el perro salió de la cabaña y esperó bajo el cálido sol de mayo a que su amo volviera del bosque. Lo que sucedió después le extrañó más todavía. Cuando penetró tras Rogelio en la cabaña, Mistoos y su mujer estaban sentados en sendas sillas, con las manos entrelazadas, y el padre Juan se hallaba detrás de una pequeña mesa, encima de la cual había un libro abierto, y miraba su reloj. El misionero sonrió y Pedro vio que su amo hacía esfuerzos por tragar algo que parecía tener en la garganta. De su rostro había desaparecido la desaliñada barba. Era la primera vez que Pedro veía a su amo tan visiblemente inquieto y desde su escondrijo de hojas de siempreviva gruñó y miró a la puerta abierta como si temiera que entrase por ella un enemigo.

El Padre Juan llamó a la puerta de la habitación de Nadya.

Luego se fue otra vez a la mesa y esperó. Cuando la puerta fue abriéndose poco a poco, Rogelio volvió a tragar saliva y dio un paso hacia ella. Acabó de abrirse la puerta y en el umbral apareció Nadya. Rogelio profirió un grito, pero tan bajo que el perro apenas lo oyó.

Nadya ya no era la muchacha que habían hallado dos noches antes en el claro del bosque. En aquel momento era Nadya del monte Cragg, la Nadya de aquella terrible noche de tempestad en que Rogelio huyó hacia el norte. Su cabello estaba suelto como en los alegres días en que ella y Pedro jugaban entre las rocas y las flores, y su vestido de boda estaba roto y descolorido, porque era el mismo vestido que llevara la noche trágica en que envió a Pedro tras su amo, y calzaba los zapatos rotos y deformados durante la lucha con la tormenta, cuando quiso seguir al hombre que amaba. Los ojos del misionero demostraban enorme sorpresa cuando vio la muchacha tan singularmente ataviada, pero en ojos de Mackay se leyó tanta alegría que Nadya se echó sin tardanza en sus brazos y levantó el rostro para recibir un beso.

Mientras Nadya estuvo con Mackay delante del Padre Juan, sus mejillas ardían. Al bajar los ojos con pudor vio que Pedro la miraba y le indicó por señas que se acercara. El perro se colocó a su lado y escuchaba atentamente mientras el misionero leía la epístola de San Pablo. Rogelio miraba con fijeza la pared de enfrente, adornada de ramas de siempreviva y bálsamo, pero alzaba la frente con orgullo y de sus ojos había desaparecido el miedo. Nadya se hallaba muy junto a él; su cabecita

tocaba el hombro de Mackay y éste vio de soslayo los cabellos que ella con toda intención dejara caer encima del brazo del amado. Y sus delicados dedos cogieron el pulgar de Rogelio, lo mismo que cuando cruzaron juntos el llano de la cabaña del monte Cragg, en una noche de luna, al regresar de la cabaña del indio Tom.

Pedro no lograba comprender la extraña ceremonia, pero se portó bien y se estuvo quieto. Cuando todo concluyó sintió ganas de mostrar los dientes y de ladrar, porque después de que el Padre Juan depositó un beso en la frente de Nadya y estrechó la mano de Rogelio Mackay, el perro vio que su amita lloraba de aquel modo singular con que lo hacía durante los días de su crianza. Sólo que en aquel momento sus ojos se hallaban muy abiertos y miraba a Rogelio, sus mejillas tenían el color rojo de la rosa silvestre y sus labios temblaban un poco. De pronto, entre las lágrimas, sonrió, y cuando Mackay se apartó del misionero y la vio en tal estado de aflicción, la rodeó con sus brazos. Pedro movió la cola alegremente y salió otra vez de la cabaña para jugar al sol y para escuchar a la ardilla que le retaba desde un árbol del borde del bosque.

Un poco más tarde vio que Nadya y su amo salieron de la cabaña y que cruzaron la pradera cogidos de la mano, internándose en el bosque en que el Padre Juan había cortado con el hacha algunos árboles.

Sobre un tronco recién cortado se sentaron muy juntos Nadya y Mackay, sin soltarse las manos. No habían hablado nada durante el camino, cual si una fuerza desconocida les sellara la boca.

Por fin dijo Nadya, con los ojos abatidos al verdor del suelo y una voz muy dulce:

—¿Rogelio?... ¿Estás contento?

—Sí —afirmó éste.

—¿Contento de que yo sea tu mujer?

La palabra arrancó un suspiro hondo del pecho de Mackay, y cuando ella levantó la vista vio que él miraba hacia el maravilloso azul del cielo que asomaba por entre las frondosas copas de los bálsamos.

—¿Estás contento? —murmuró ella, apoyando la cabeza en el hombro de él—. Pues, si estás contento... bésame otra vez.

Rogelio se levantó, le cogió la cara con las manos y besó sus rojos labios primero, después su cabello reluciente; sus besos fueron más de uno, y cuando la soltó, en sus ojos brilló la gloria de la felicidad.

—¿No volverás a marcharte de mi lado? —preguntó ella.

—¡No!

—Entonces... ya no deseo nada más en la vida —contestó Nadya, aproximándose a su esposo—. Me basta con estar contigo siempre.

Rogelio nada respondió. Mientras la mantenía entre sus brazos, oyendo las palpitaciones de su corazón, escuchaba el alegre cantar de los pajarillos. Ella sentía una plena satisfacción y no se movió hasta que Pedro, impaciente ya, se acercó a ellos con pasos cautelosos.

«Pied-Bot» anduvo como si algún peligro inminente le amenazara, lo que sobresaltó a Mackay de modo que Nadya pudiera advertirlo.

—¿Me quieres mucho, mucho?

—Más que a mi vida —contestó él, y mientras hablaba, observó al perro que husmeaba el aire suave que llegaba del sur.

Nadya acarició la cara de su esposo.

—Y... ¿te acompañaré siempre adonde vayas? —preguntó.

—Sí, siempre, siempre —respondió, y sus ojos escudriñaron el bosque profundo y se imaginó ver la delgada e inhumana cara del hombre que le perseguía, Breault, el Hurón.

—Y quiera Dios —añadió estrechándola más— que nunca te arrepientas.

—No, no, jamás me arrepentiré —exclamó ella con decisión—, ni cuando huyamos, ni cuando suframos hambre y frío, ni aunque tengamos que luchar y morir. Nunca, nunca sentiré ser tuya.

Y le contó lo que el Padre Juan ya había dicho a Mackay: que ella hizo desesperados esfuerzos para reunirse con él aquella noche de tormenta en la que él huyó de la cabaña del padre misionero; y él, a su vez, le contó cómo al amanecer halló a Pedro, el cual le llevó el tesoro que le salvó de la desesperación y por qué había dado aquel tesoro para que lo guardara *Ave Azul*, en las costas del lago Wollaston.

Y después, durante la hora que estuvieron paseando en la dulce y suave penumbra de la frondosidad del bosque, ella no permitió que hablara de otra cosa que de *Ave Azul* y de Nube de Sol, y así supo que *Ave Azul* había sido en la infancia de Rogelio el hada de éste, y cómo más tarde él se convirtió en proscrito por su causa. Cuando Mackay acabó el relato, los ojos de Nadya brillaron de orgullo y satisfacción.

—Algún día quiero que me lleses allí —murmuró—. ¡Qué orgullosa me siento de ti, mi Rogelio! Y amaré mucho a *Ave Azul* y a Nube de Sol. ¡Quiero que vayamos allí!

Mackay asintió y nuevamente la felicidad se impuso al temor que le producía Breault.

—Sí, iremos. Ése ha sido mi sueño de siempre y con esa esperanza he podido seguir viviendo...

Y le habló de Cassidy y del paraíso que éste había encontrado cerca de su esposa Gisela y del abuelo de ésta en la costa opuesta del lago Wollaston.

De esta manera las horas pasaron rápidamente y ya había comenzado la tarde cuando volvieron a la cabaña del Padre Juan y Nadya se encerró en su habitación.

Cuando llegó la hora de la puesta del sol, sirvió la india el banquete que para la fiesta había preparado y sólo entonces volvió a salir de su cuarto la esposa.

Rogelio quedó nuevamente maravillado ante la transformación de Nadya, que se había despojado de sus vestidos rotos y apareció en el umbral vestida como una verdadera mujer, todo lo coquetamente que el reducido ajuar suyo le permitió. El

esposo estuvo contemplando alelado la belleza de aquel cuerpo ágil y esbelto, hasta que ella se echó a reír al ver su sorpresa y corrió a abrazarle y besarle tan ruidosamente que Pedro miró a sus amos muy extrañado. Después se sentaron a la mesa y ella, radiante en el triunfo de su juventud, presidió la comida con la gracia de su felicidad.

Nadya ya no sentía timidez al pronunciar el nombre del esposo, sino que lo llamó atrevidamente Rogelio varias veces durante aquella comida, que les hizo olvidar todas las penas, y en dos ocasiones, bajando, no obstante, un poco los hermosos ojos, le dio el dulce nombre de esposo.

Tenía ante sí a una mujer y Rogelio, a pesar de su rudeza de hombre habituado a todas las situaciones, la miraba con mucha adoración, hablando muy poco y maravillándose constantemente de que sus más dulces sueños pudiesen haberse trocado en realidad.

Mas, aun en la hora de suprema felicidad en que la alegría le hizo enmudecer, apuntó en el fondo de su alma el temor de que Breault, el Hurón, se presentase de improviso.

Capítulo XIX

BAJO el cielo estrellado de la noche serena habló al Padre Juan de sus temores.

Nadya se había ido a su habitación, seguida del perro y el misionero había quedado fuera, contemplando la infinita gloria del firmamento y murmurando quedamente una oración de gracias. De pronto, Rogelio le puso suavemente la mano en un hombro.

—Padre —dijo—, la noche es maravillosa.

—Una noche de buenos augurios —contestó el misionero—. ¡Fíjate en las estrellas! Parecen vivir y no es sacrilegio creer que os dan su bendición.

—Y sin embargo... tengo miedo.

—¿Miedo?

El Padre Juan miró a Mackay y vio que tenía la mirada fija en las frondas.

—¡Sí... miedo por ella!

Rápidamente le refirió lo que había acontecido meses atrás en las nieves de la estepa y cómo por poco no había caído en los brazos de Breault en la comarca incendiada.

—Seguirá mis huellas —dijo—. Ya no se hallará muy lejos.

El misionero le asió suave y bondadosamente de un brazo.

—Tú no mataste a Jed Hawkins, hijo mío, y por ello Nadya y yo hemos estado dando gracias a Dios constantemente. Ella ha rogado por ti todas las noches, arrodillándose a mi lado, y, además, yo sé que lo ha hecho secretamente durante todas las horas del día. Y yo, hijo mío, creo que esas oraciones tan fervorosas tienen siempre su recompensa. Su fe es ahora profunda como el mar y tú también has de tenerla.

—Ella para mí es más preciosa que la vida, y que cien vidas que tuviera —murmuró Rogelio—. Si sucediese algo... ahora...

—Sí, si lo que temes sucediera, ¿qué pasaría? —exclamó el Padre Juan, y la fe resonó como una inspirada nota de su voz—. ¿Qué pasaría, Rogelio? Tú no mataste a Jed Hawkins. Si la Ley puede obligarte a pagar los errores que cometiste, ¿acaso el pago sería tan horrendo?

—La cárcel, Padre. Probablemente, cinco años.

El Padre Juan se echó a reír suavemente. La débil luz de las estrellas hacía resaltar sus facciones, en las que brillaba la alegría.

—¡Cinco años! —repitió—. ¡Oh, hijo mío! ¿Qué son cinco años para pagar un tesoro como el que has hallado hoy? Cinco años... cinco cortos años. Y ella te esperaría orgullosa de la causa por la cual fueras a la cárcel, pensando en el glorioso

porvenir que os aguardaría después de los cinco años, haciéndose cada vez más hermosa durante la espera. Dime, Rogelio, ¿de verdad que el sacrificio te parecería tan grande? Cinco años después... paz, amor, felicidad de por vida... ¿no es eso, Rogelio?

Mackay sintió que la voz le faltaba al querer contestar.

—Pero ella, Padre...

Sí, ya sé lo que quieres decir —interrumpió el Padre Juan—. Yo lo discutí con ella tal como tú lo haces ahora conmigo. Apelé a su razón. Le dije que volver significaba recluirte tú mismo en la cárcel. Por cierto que le dije lo mismo que tú: cinco años. Mas la hallé muy egoísta, Rogelio, muy egoísta, y obstinada en sus deseos, sin atender a razones. Fue ella la que me hizo las preguntas que yo te he hecho esta noche. «¿Qué son cinco años... o diez... o veinte, si yo sé que después será mío?» Si, habló con mucho egoísmo, Rogelio, porque su amor por ti es muy grande.

—¡Dios mío! —murmuró Rogelio, y dirigió sus ojos desmesuradamente abiertos a las alturas.

—Y después de la discusión, cuando yo cedí a su egoísmo, me explicó que nosotros, ella y yo, viviríamos muy cerca del sitio donde estuvieras recluido y de cómo cada día cambiarían una señal contigo ella y el bebé...

—¿El bebé, Padre?

—Así parece que lo soñó, Rogelio. Ella, en su anhelo y su egoísmo...

Mackay, muy conmovido, ocultó la cara en las manos. Durante largo rato el Padre Juan permaneció silencioso y cuando habló, lo hizo en voz muy baja.

—He pasado largos años en las selvas, Rogelio, durante los cuales he tratado de profundizar en el corazón humano, y a fe que el amor de Nadya es lo más grande que he visto en todos los días de mi vida... y ten en cuenta que voy para los sesenta y cinco años. ¿No comprendes la maravilla, hijo? ¿Y no te sientes por ella feliz y animado?

No esperó la contestación, sino que se volvió y se marchó en dirección de la cabaña, dejando a Rogelio solo con sus pensamientos debajo del cielo estrellado. El rostro de Mackay se iluminó como el del Padre Juan, cuando miró hacia el firmamento. Por Nadya... y por el bebé... aquella desgracia no debía ocurrir, no ocurría. Casi lo dijo en voz alta, y en un tono de oración para que Dios le ayudara e hiciera innecesario el sacrificio de ella. Mas comprendió claramente que aun cuando hubiera de pagar los errores cometidos, ello un representaría una tragedia como se había imaginado, sino tan sólo una leve sombra en la inmortal felicidad de su alma. Porque ellos... Nadya y el bebé... le esperarían...

De pronto oyó un ruido cercano y al volverse vio a Nadya, más alta y más esbelta y más bella aún que antes. Al menos así le pareció a la luz de las estrellas.

—Se lo he dicho —fueron las palabras que el misionero murmuró poco antes al oído de ella—. Se lo he dicho y ahora ya no temerá a la cárcel, ni por sí mismo ni por

ti.

Y ella había salido rápidamente para acercarse en silencio sin la jovialidad y la coquetería de antes, con ternura cuando le tendió sus manos. Hasta que la tuvo en sus brazos y comprobó cómo le miraban sus grandes y bellos ojos, no se atrevió Mackay a hablar.

—¿Es verdad... lo que el Padre Juan acaba de decirme? —preguntó.

—Sí, es verdad —murmuró ella, y bajó los ojos con pudor.

Y durante largo rato permanecieron contemplándose de esta forma y escuchando los suaves murmullos de la noche.

—Rogelio —murmuró ella al fin.

—Sí, mi *newa*...

—¿Qué quiere decir esa palabra, Rogelio?

—Significa... amada... esposa...

—Entonces me gusta. Pero me gusta más aún la otra.

—¡Mi esposa!

—Es la que más feliz me hace, Rogelio. ¡Esposa! Ésa es la palabra más dulce del mundo; ésa y otra...

Y escondió el rostro en el pecho de él.

—Madre —añadió Mackay.

—Sí, madre —dijo ella con un tono de amargura en la voz—. ¡Oh, Rogelio! La maternidad ha sido para mí un sueño desde que tuve edad bastante para soñar... ¡Madre mía!... Nunca tuve madre, que yo recuerde, excepto en sueños. Debe de ser muy hermoso tener una madre, Rogelio.

—Sí, muy hermoso, pero me parece que no tanto como serlo, mi Nadya.

—¡Escucha! —murmuró ella.

—Es la india, que canta.

—¿Un canto de amor?

—Sí, cantando en el dulce idioma de los crees.

—Desde que hemos llegado a esta comarca, Rogelio, a esta hermosa región, toda la Naturaleza ha sido para mí una lírica promesa. Y desde que tú volviste, no he cesado de oír esas canciones un instante. ¿Has soñado alguna vez, Rogelio, en alejarte de estos lugares, para ir a las ciudades de las que tanto me habló el padre Juan?

—¿Te gustaría ir a ti?

—Solamente para conocerlas y regresar luego. Yo quiero vivir en los bosques donde te hallé. Siempre, siempre, Rogelio.

Y se puso de puntillas para darle un beso.

—Quiero vivir cerca de *Ave Azul* y de *Nube de Sol*, Rogelio. El Padre Juan vendrá con nosotros, y seremos todos muy felices. Todos: *Ave Azul*, y *Nube de Sol*, y Gisela, y yo...

Los brazos de Rogelio la estrecharon con más fuerza, lo que provocó en ella un

grito.

—Sin embargo, es posible que tenga que dejarte por algún tiempo, Nadya. No será mucho. ¿Qué son cinco años, si después nos aguarda el paraíso? Nada significan, transcurrirán rápidamente...

—Sí —rápidamente afirmó ella, pero tan bajito que él apenas lo oyó.

Y sobre su pecho sintió Mackay que de los labios de Nadya se escapaba un suspiro irreprimible, un suspiro que ocultó en seguida con una sonrisa y que él creyó conveniente hacer como que no había advertido.

Y mientras el Padre Juan y Pedro aguardaban y velaban en la choza, los dos seres felices hicieron sus proyectos en la noche tibia de mayo, bajo el fulgor de las estrellas.

Capítulo XX

EL domingo fue un día de gloria y de paz en la comarca Burntwood. El sol había salido con todo su esplendor, en un cielo que ni una sola nube empañaba, Los pájaros cantaban alegremente por todas partes y el Padre Juan respiró plenamente el hálito fresco de la mañana al salir muy temprano de la choza, advirtiendo que no lo había hallado tan agradable desde hacía mucho tiempo. Nada tan grato para él como aquellas primeras horas de la mañana en que la Naturaleza despertaba de su sueño y los ruidos se oían por lejanamente que se produjeran.

Aquella mañana oyó los ladridos de un perro a cerca de una milla de distancia, y Pedro, que se hallaba a su lado, aguzó el oído. El misionero se había dado cuenta de la vigilancia del perro, el cual husmeaba el aire y andaba cautelosamente, muy alerta ojos y oídos. Mackay le había explicado los motivos de ello y aquella mañana en que el Padre Juan y Pedro se fueron al río, la inocente precaución del perro tenía para el misionero mayor significado. Durante toda la noche, a pesar de su fe y de las palabras de consuelo que pronunciara, estuvo pensando en la amenaza que se cernía sobre Mackay y que un día u otro caería sobre éste.

Y, sin embargo, ¡qué poco significaban cinco arios! Mirando retrospectivamente, cada lapso de cinco años en la vida no parece sino un espacio de tiempo brevísimo. Ocho veces había transcurrido este lapso de cinco años desde que una dulce mujer llegara a ocupar su vida como ocupara ahora Nadya la de Mackay, y a pesar de que hacía treinta que la había perdido, aún oía su voz tan claramente como si sólo hiciera unas horas. Tan rápido había sido el paso del tiempo. Mas si miraba hacia delante, cinco años parecían una eternidad, y el temor embargaba el alma del anciano misionero cuando se halló al lado del río, iluminado por los primeros rayos del sol.

Cinco años, y él ya era viejo. Para él sería una larga y monótona espera. En cambio para los jóvenes, para Rogelio y Nadya, no parecería sino una tregua muy breve cuando después lo recordasen. Y mientras pensaba en los largos años que había vivido ya, y en los pocos que aún le quedaban por vivir, le invadió el alma un egoísta anhelo, casi brutal, de sustraer esos cinco años a la violación de la Ley, no sólo por Rogelio y Nadya, sino por sí mismo. En el crepúsculo de su trágica vida había experimentado una gran felicidad ante el amor de aquellos dos seres, y el pensamiento de que aquella felicidad pudiese sufrir un quebranto a causa de una justicia cruel y equivocada, despertó en él un sentimiento que tenía mas semejanza con el espíritu batallador e impulsivo de un hombre joven que con el de un enviado de Dios.

En vano trató de vencer la maldad de sus sentimientos, porque firmemente creyó

que era maldad pensar así y se avergonzó de sí mismo cuando más tarde vio la dulce satisfacción de Nadya y la alegría de que daba muestras Mackay. Mas su corazón seguía condolido y no pudo vencer el secreto temor.

Aquel día tuvo el sentimiento de que sus labios mentían, pues era domingo y las gentes de las vastas selvas circundantes acudían desde millas de distancia para asistir al sermón y al Santo Sacrificio de la Misa, que él celebraba en la pequeña iglesia que todos le habían ayudado a construir. Durante el sermón habló parte en *cree* y parte en inglés, y su mensaje fue de esperanza, fe e inspiración, señalando la línea plateada que siempre se ve a través de la oscuridad de las nubes. Las palabras del Padre Juan fueron para Mackay, que se hallaba en la iglesia al lado de Nadya, un gran consuelo, y si en aquel momento hubiese entrado Breault, él hubiera aceptado su suerte con calma, considerándola el principio de aquel sacrificio a que estaba dispuesto.

Por la tarde, cuando los concurrentes se habían marchado ya, el Padre Juan oyó otra vez la historia de *Ave Azul*, porque Nadya no se cansaba de preguntar por ella, y así tuvo conocimiento el misionero de lo que para Rogelio habían significado las predicciones de la india.

—Claro que fue una tontería —dijo Mackay, a pesar de que en los ojos de Nadya vio reflejada la fe—, pero me consoló mucho y me confortó.

—No fue una tontería —replicó Nadya rápidamente—. *Ave Azul* me vio, en efecto, y ella sabía lo que pasaba:

—Nunca una gran fe es tontería —dijo el Padre Juan dulcemente—. El hecho es que *Ave Azul* creyó. Inspiróse en una gran confianza y la confianza y la fe dan a la mente un poder que en modo alguno podría poseer sin aquéllas. Yo creo en la infinita bondad de Dios y creo que en ella se inspiró *Ave Azul*, porque todo lo que ella te dijo, Rogelio, se ha realizado. Se me ha ocurrido pensar...

Se detuvo porque iba a traducir en palabras algo de los temores que sentía por aquellos dos seres.

—¿Qué, Padre? —preguntó Nadya, inclinándose hacia él.

—Estaba por expresar un pensamiento que casi es una puerilidad y tal vez os habríais reído de mí. Me pregunto si no se te ha ocurrido pensar, Rogelio, que el misterioso país de más allá, de que habló *Ave Azul*, podría ser el gran país del sur, más allá de nuestras fronteras... los Estados Unidos.

Alguna fuerza contra la que en balde luchó le obligó a decir estas palabras, y tan pronto como lo hubo hecho, vio que Nadya comprendió su significado, pues sus ojos se abrieron desmesuradamente, cosa que también advirtió Rogelio, porque inmediatamente Nadya se volvió hacia él.

—También podría ser China, o África, o Australia —dijo Mackay, haciendo esfuerzos por reír—. Puede ser cualquier país.

Nadya movió los labios como si fuera a hablar, pero se detuvo momentáneamente. Después habló, pero el Padre Juan sabía que no era para decir lo que pensaba.

Y se levantó y llamó a Pedro, con el que salió de la cabaña y se fue al bosque.

El perro brincaba alegremente a su alrededor, pues se había sentido un poco abandonado en las nuevas circunstancias. El Padre Juan, a pesar de la rapidez con que salió Nadya, había logrado sorprender la expresión de su mirada.

—He cometido un error —dijo humildemente a Mackay—. He cometido un pecado, porque he despertado en ella la tentación de pedirte que huyas con ella al sur. Nadya es mujer, siendo mujer tiene íntima fe en *Ave Azul*, porque fue ésta la que te ayudó a que la encontraras. Ella cree...

—Y yo también —interrumpió Mackay.

—No obstante... es mejor que te quedes. Es designio de Dios que el castigo llegue con la felicidad.

—Es en verdad una tentación, Padre. Ahora sería muy duro para mí tener que renunciar a ella. ¡Si Breault tardase...! ¡Mas, si llegara ahora!...

Y se alejó a paso lento, internándose en el bosque donde estaban Nadya y Pedro. El Padre Juan le observó y cuando quedó solo trató de sonreír. Sabía que en el fondo de su corazón era un cobarde y que aquellos dos seres habían sido más fuertes que él. Porque ellos, en su gran felicidad e inspirados en su nueva fe, se habían resignado a aceptar lo inevitable, mientras que él les había tentado. Sin embargo, no lograba sentir remordimientos, sino que le pareció que se quitaba un gran peso de encima.

Cuando Nadya y Rogelio regresaron una hora más tarde a la cabaña, la tranquila y sonriente faz del Padre Juan no revelaba los encontrados pensamientos que hervían tras su ancha frente ni la decisión a que había llegado.

El misionero se dio cuenta en una mirada de que Mackay ya no se hallaba oprimido por el temor de una amenaza a la que él era incapaz de oponerse. Por el contrario, había en sus ojos una gran confianza. También Nadya se mostraba francamente optimista.

Sólo el perro advirtió los misteriosos acontecimientos de aquella noche. Pedro se hallaba en el cuarto de Nadya. Ésta volvió a ser la niña alegre de antes y le acariciaba frecuentemente y le hablaba en voz baja como en otro tiempo. Y Pedro recordó la ocasión en que vio en manos de ella otro paquete, pues ahora, muy sigilosamente, como si temiese que la oyeran, había amontonado muchas cosas y las había empacado también. Este paquete lo escondió debajo de la cama, tal como escondiera el otro entre los arbustos de la pradera en la vertiente del monte Cragg.

El Padre Juan se acostó muy temprano y pensaba en Breault. La factoría de la Compañía de Hudson se hallaba a doce millas tan sólo y seguramente allí acudiría Breault antes de ir de cabaña en cabaña para buscar a su víctima.

Y sucedió que, un poco antes de medianoche, el misionero se levantó sin hacer ruido y escribió a la luz de una vela una nota para Nadya, en la que decía que tenía que resolver un asunto al día siguiente en la factoría y que era tan temprano que no quería despertarlos para despedirse.

Nadya leyó a la mañana siguiente la nota mientras almorzaba con su marido, a

quien se la entregó después.

—Ha obrado así muchas veces —explicó Nadya— porque le gusta el bosque de noche y le encanta caminar a la luz de la luna.

—¡Pero si anoche no hubo luna!... —replicó Rogelio.

—Pues es verdad...

—Y cuando el Padre Juan salió de la cabaña, el cielo estaba encapotado y la oscuridad era completa.

—¿Le oíste marchar?

—Sí, y además le vi. Parecía muy preocupado mientras escribía la nota a la luz de la vela.

—Rogelio, ¿qué quieres decir?

Mackay se levantó, se situó detrás de la silla y, levantando la cabecita de su mujer, la besó.

—Pues quiero decir, mujercita mía, que nuestro querido Padre Juan ha ido a la factoría para indagar algo acerca de Breault, si le es posible. Quiero decir que en el fondo de su corazón desea que sigamos el consejo de *Ave Azul*, porque está seguro de lo que ella quiso decir con eso del país del más allá. Es este mundo tan grande que, si queremos, podemos poner entre nosotros y los que me buscan una distancia de diez mil millas. Éste es el pensamiento que le ha llevado a procurarse noticias de Breault en la factoría.

Nadya alzó los brazos hasta el cuello de Mackay y dijo con voz temblorosa:

—Rogelio, yo ya he recogido todo lo mío. Lo preparé anoche y lo puse debajo de la cama.

—¿Y estás dispuesta a acompañarme sea adónde fuere?

—Sí.

—¿Hasta el fin del mundo?

Nadya asintió con la cabeza, apoyada en el pecho de Rogelio.

—¿Aunque hayas de abandonar al Padre Juan?

—Sí, por ti lo abandonaría todo. Pero estoy segura de que algún día vendría a vernos.

Los dedos de ella se deslizaron por el rostro de él.

—Además, creo que debe de haber bosques, grandes y hermosos bosques en alguna parte del mundo, Rogelio.

—O un desierto donde jamás nos buscarían contestó Mackay riendo satisfecho.

—Me gustaría el desierto, Rogelio.

—En todas partes seré feliz, si estoy a tu lado.

—O una isla deshabitada.

—Entonces nos iremos —dijo él, tratando de hablar con calma, a pesar de que la alegría le consumía como un incendio. Luego se serenó y habló con mucha seriedad—. Pero entiéndelo bien, Nadya: la huida significa la renunciación a todo lo que soñaste: estos bosques que amas, el Padre Juan, *Ave Azul*, Nube de Sol...

—Solamente tengo un sueño —le interrumpió ella con dulzura.

—Además, cinco años transcurrirían pronto —dijo él—. Seguramente no lo pasarías mal durante ellos y después podríamos vivir libremente en este hermoso país. Aceptaré gustoso el castigo, Nadya, si al final vamos a ser más felices.

—Solamente tengo un sueño —repitió ella acariciándole el rostro—, y ese sueño eres tú, Rogelio. Dondequiera que me lleves, seré la mujer más feliz del mundo.

—¡Mujer al fin! —exclamó él riendo.

—Sí, ya soy mujer.

—Pero para mí siempre serás la niña del monte Cragg —dijo Mackay con repentina pasión, estrechándola entre sus brazos—. Preferiría morir a perder a la niña que conocí con el pelo suelto y una mancha de fresa en la nariz, a la niña que creía tan firmemente en el Viejo de la Luna. Siempre la consideraré como a una pequeña hada que me regalaron los cielos.

No obstante, en el transcurso de aquel día, mientras esperaban el regreso del misionero, Mackay vio cada vez más claramente la mujer maravillosa en que Nadya se había transformado y tembló de alegría ante el milagro. Aquel cambio significaba para él algo muy halagüeño. Había dejado de ser la joven desamparada que, tal vez le amó porque él era alto y fuerte y capaz de protegerla. Ahora era una mujer y lo amaba como una madre puede amar y no por el desamparo que pudiera sentir. Mackay hizo también otro descubrimiento que le emocionó profundamente. Descubrió que él dependía en mucho de ella y que en los proyectos que formaban, la firme decisión y el sensato razonamiento de ella le llenaron de nueva fe. Contemplando las suaves trenzas de la cabellera que Nadya llevaba arrollada en la cabeza, dijo Mackay:

—Con ese peinado eres mi Margarita de Anjou, y con aquel otro, el de las trenzas sueltas, eres mi pequeña Nadya del monte Cragg. Francamente... no sé por qué Dios es tan bueno conmigo.

Al atardecer, el Padre Juan no había vuelto aún y Mackay y Nadya se hallaban delante de la cabaña con Pedro, esperando el regreso de su amigo. Nadya se había puesto a jugar, como en días lejanos, con el perro, y correteaba con él por el llano, refugiándose, cuando se hallaba muy cansada, en los brazos de su esposo.

En una de aquellas ocasiones fue cuando Mackay se dio cuenta de que un hombre salió de pronto del bosque y de que este hombre era el Padre Juan. Le vio detenerse durante un instante y luego dirigirse hacia ellos con paso inseguro, tambaleándose como, sí fuera a caer.

Nadya se deslizó con un grito de los brazos de Mackay y corrió al encuentro del misionero, el cual respiraba fatigosamente cuando se aproximó Rogelio, y tenía las facciones contraídas. Sin embargo, trató de sonreír apretándose el pecho con ambas manos.

—He corrido —dijo, haciendo un gran esfuerzo para hablar con calma—, y... estoy cansado...

Respiró de nuevo profundamente y miró a Mackay.

—Rogelio... he corrido para decirte... que viene Breault... no puede estar muy lejos... tal vez sólo a media milla. —Y abrazó tiernamente a Nadya, que estaba muy pálida.

—Veo... por fin... que me equivoqué, hija mía —dijo procurando serenarse—. No creo que sea la voluntad de Dios que os quedéis para que Breault prenda a Rogelio. Debéis ir. No hay tiempo que perder. Si Breault no pierde la pista en la oscuridad, dentro de pocos minutos estará aquí.

Nadya no pronunció una sola palabra cuando se dirigió a la cabaña, y Mackay vio que su rostro estaba pálido como la cera. Pero algo casi retador que había en su porte le aseguró que ella estaba preparada y no tenía miedo.

En la cabaña encontraron a la india y Nadya habló rápidamente con ella. Las dos comprendieron y la india sacó un gran paquete de la cocina, mientras Nadya iba a su cuarto a buscar el suyo. Cuando volvió a salir, se acercó decidida al Padre Juan y a su esposo.

—No hay nada que preparar —dijo con firmeza—. *Ave Azul* ha estado conmigo todo el día y ella me dijo que lo hiciera anticipadamente. Tenemos aquí todo lo que necesitamos.

Luego se acercó al misionero, le abrazó con dulzura le miró a los ojos sin verter una lágrima.

—Padre, ¿vendrá usted a reunirse con nosotros? —murmuró—. ¿Me promete que vendrá?

—Rogaré a Dios que lo permita, hija mía dijo el Padre Juan hondamente emocionado.

Nadya aún no se había separado de él, cuando oyeron el gruñido de Pedro, que estaba en la puerta de la cabaña.

—¡Pedro! —exclamó ella.

Y rápidamente apagó el Padre Juan la luz y obligó a los dos a que saliesen.

—Idos, hijos míos —les ordenó—. Daos prisa. A veinte pasos, en el río, hay una canoa. Ordené a uno de mis indios ayer que la dejase preparada. Rogelio... Nadya...

Sollozando, se dieron las manos.

—¡Que Dios os bendiga a los dos! Debéis ir siempre dirección al sur, siempre. ¡Pronto! Me parece que oigo pasos...

Se fueron. Sólo quedó allí Pedro, al que el misionero retuvo por el cuello.

—¡Adiós! —dijo aún—. Adiós... Nadya... Rogelio.

Y de la oscuridad le contestó un sollozo y luego una voz:

—¡Adiós, Padre!

Pedro y el Padre Juan estuvieron escuchando hasta que los rápidos pasos de los dos seres amados se perdieron en el silencio de la noche. Pedro gimió y luchó por libertarse, pero el misionero lo tenía bien sujeto.

—Es mejor para ti que te quedes, Pedro —trató de explicarle el Padre Juan—. Es

mejor que te quedes conmigo, porque creo que ellos se irán muy lejos, a un país donde tú morirías. Además, no cabrías en la canoa. De modo que sé bueno y quédate, Pedro, quédate conmigo...

Y Oosimisk, la india, oyó que el padre sollozaba en silencio mientras, en la oscuridad, buscaba la lámpara para encender la luz.

Capítulo XXI

CUANDO la cabaña estuvo otra vez iluminada por la amarillenta luz de un fósforo primero, y después por la más clara de la lámpara, Pedro, al ver al Padre Juan con sus descompuestas facciones, empezó a gemir y a arañar el marco de la puerta.

Oosimisk, la india, se hallaba de pie, inmóvil, como una estatua, mirando con sus grandes ojos al misionero, Éste hizo una mueca que quiso ser una sonrisa, pero sus ojos brillaron con la luz del triunfo.

—Todo ha salido bien, Oosimisk —dijo hablando en *cree*—. Han podido huir y no los cogerán. Continúa tus trabajos y haz como si nada extraordinario hubiese ocurrido. Breault debe de llegar en seguida.

Y al decirlo, procuró erguirse para adquirir un aire de confianza y de dominio. Luego llamó y acarició al animalito, cuyos dueños huían en aquel momento a través de la oscuridad de la noche.

—Deben de haber llegado ya al río —dijo sentándose, porque se hallaba muy fatigado—. Deben de haber llegado ya. Breault estará saliendo en este momento del bosque. Rogelio no puede menos de encontrar en seguida la canoa que se destaca visiblemente en la ribera. ¡Ahora sí que están seguros! Breault aún no ha cruzado el llano.

Se levantó y empezó a pasearse de un lado a otro, mientras que Pedro volvió a husmear en la puerta de entrada. Oosimisk, con la cautela innata de su raza en los momentos de peligro, echaba las cortinas, lo que mereció una sonrisa de aprobación por parte del Padre Juan, a quien no hubiese gustado que Breault, el cazador de hombres, le espíase. Mientras paseaba por la habitación, escuchaba atentamente por si percibía los pasos de Breault. Pedro abandonó la puerta y se sentó en un rincón.

El misionero, al pasar por su lado, lo acarició.

—Algún día, si Dios lo permite, iremos a verlos —dijo consolándose a sí mismo—. Algún día iremos, cuando estén muy lejos y no haya peligro.

Notó que de pronto el cuerpo del perro se contraía y oyó que Oosimisk le hacía rápidamente una señal de alerta.

La india empezó a cantar suavemente a la vez que manejaba los platos y pucheros de la cocina, y cantando se hallaba cuando, de pronto, se abrió la puerta de la cabaña y apareció en el umbral Breault, el Hurón.

Su aparición, por lo inesperado, pues no se habían oído sus pasos, sorprendió hasta al perro. Detúvose Breault un momento en la puerta abierta, y en la oscuridad destacaron su rostro enjuto y sus ojos singulares, aparentemente medio cerrados, pero que sin embargo brillaban como dos diamantes, abarcando el interior de la cabaña sin

esfuerzo y con la rapidez de un relámpago.

Aquella figura enmarcada por el hueco de la puerta era para Pedro como una amenaza, y el can respondió a ella con un gemido. Aquél era el hombre de la estepa, el hombre del que había desconfiado desde el primer momento y del que habían huido, a pesar de la tormenta de nieve. Con tanta rapidez como la mente de Breault, la del perro, aun sin proceso alguno de razonamiento, pues eso en él era imposible, consideró un peligro la presencia de aquel hombre y lo asoció a la huida de Mackay y de Nadya.

Breault movió la cabeza sin hablar. Luego miró a Pedro y sonrió ligeramente. No fue la suya una sonrisa desagradable, mas había algo en ella que hacía temblar. Correspondía al carácter del hombre aquel, inhumano, inflexible, que daba la sensación de obrar movido por un designio implacable.

Volvió a inclinar la cabeza y alargó una mano.

—¡Pedro! —llamó—. ¡Ven acá, Pedro!

Pedro enderezó durante un segundo las orejas, pero no se movió. No obstante, Breault había advertido el movimiento.

—Siempre es el perro fiel a su único amo —observó, a la vez que entraba en la cabaña y se encaraba con el Padre Juan.

—¿Dónde está Mackay, Padre?

No había cerrado la puerta y Pedro aprovechó la ocasión. La india lo vio pasar como una exhalación, pero no hizo ningún esfuerzo para llamarlo y retenerlo, porque sólo prestaba oído a Breault, que repitió la pregunta.

—Padre, ¿dónde está Mackay?

Pedro oyó la voz del cazador de hombres desde fuera, porque, sin pensarlo, salió de la cabaña en busca de las huellas de su amo, las cuales pudo hallar en seguida, pues estaban aún recientes. También eran fáciles de seguir, porque iban derechamente al río, en cuya costa se extendían unos veinte pasos por la blanda arena, terminando donde se advertían huellas de la canoa.

El río era allí muy estrecho y estaba cubierto por las ramas de los frondosos árboles, cuyas copas se enlazaban del uno al otro lado de la ribera. Pedro se internó un poco en el agua, casi decidido a nadar; luego se detuvo y escuchó, pero no oyó ningún ruido.

Sin embargo, sabía que Rogelio y Nadya no podían estar lejos. Volvió a la orilla y corrió a lo largo de ella, deteniéndose con frecuencia para escuchar. A intervalos, su olfato reconocía el rastro de las personas a quienes buscaba, pero se detuvo muchas veces y ello dio lugar a que la canoa avanzara con mayor rapidez que él.

Mackay, que remaba con todas sus fuerzas, apenas podía distinguir el rostro de Nadya, la cual se hallaba el otro extremo de la canoa, pues la Luz de las estrellas no se filtraba a través de las frondosas copas de los árboles.

Sin embargo, reía entre dientes y murmuró:

—Por fin, Nadya, se realizan mis sueños. Eres mía, y nos vamos a vivir a otros

países donde nadie podrá hallarnos, nadie más que el Padre Juan, a quien escribiremos. ¿No tienes miedo?

—No, no tengo miedo —contestó ella, pero su voz temblaba—. Sólo que está todo tan oscuro...

—Pronto, dentro de algunas noches, tendremos otra luna, la luna tuya, con su rostro que nos sonreirá. ¡Qué triste debe estar el Viejo de la Luna ahora que se halla el otro lado del mundo, desde donde no te ve a ti, mi Nadya!

—Es por Pedro —dijo ella antes de que él pudiera preguntar—. ¡Oh, Rogelio! ¿Por qué no hemos traído a Pedro con nosotros?

—Tal vez hubiera sido preferible —contestó Mackay sin dejar de remar—. Sin embargo, creo que para él es mejor que se haya quedado. Es un perro de las selvas y nunca ha conocido otra cosa. Allí donde tú y yo vayamos...

—Ya comprendo. Y algún día el Padre Juan nos lo traerá, ¿verdad?

—Sí. Lo prometió. Pedro vendrá cuando venga el Padre Juan.

Ella se volvió hacia la proa para escudriñar la oscuridad, que era tan completa que casi parecía que la canoa se dirigía hacia una pared.

—Estamos entrando en los terrenos cenagosos de los cedrales, el gran lapachar —explicó—. ¿Ves algo?

—No veo más allá de la proa, Rogelio.

—¡Vente a mi lado! Pero con precaución.

Nadya, obediente, hizo lo que Mackay le ordenó.

—Ahora vuélvete despacio hacia la proa y apoya tu baza contra mis rodillas.

También realizó ella la nueva maniobra.

—Así estoy mucho mejor —murmuró después, acurrucándose bien junto a su esposo—. Mucho mejor.

Inclinándose todo cuanto su espalda dio de sí, Mackay hallar los labios de ella.

—Estaba pensando en las ramas que avanzan sobre el río —explicó cuando se incorporó otra vez—. Tal como estabas sentada, allí en la proa te hubieran podido herir.

Hubo un momento de silencio entre ellos, durante el cual se oyó claramente el ritmo del remo en el agua.

—¿Solamente pensabas en las ramas, Rogelio, y en el daño que pudieran causarme?

—Sí, sólo en eso —contestó él con risa ahogada.

—Entonces —dijo Nadya— me incorporaré y que las ramas me saquen los ojos si quieren.

Pero su cabecita se apretó aún más contra él y su mano se deslizó al rostro del amado.

—Ya sé dónde está tu cabeza —murmuró—. Quise cerciorarme, porque ¡la noche es tan oscura!

A pesar de la oscuridad eran felices; Mackay no dejó de sentir un instante la

emoción maravillosa de su amor. Ni a uno ni a otro les importaba que fuera de día o de noche juntos habían emprendido la gran aventura y para ellos ya no existía el miedo. La noche era su refugio. Las tinieblas significaban para ellos una bienvenida y les inculcaban una infinita esperanza.

Atravesaron el lapachar con mucha lentitud a causa de la oscuridad que les ponía en peligro de volcar. Varias veces se enganchó la canoa en los arbustos de la orilla y entonces Nadya encendió un fósforo para que Mackay pudiese sacar la embarcación del obstáculo. A Rogelio le encantaban aquellos breves instantes durante los cuales podía ver el rostro de ella y algunas veces le obligaba a gastar más de una cerilla para verla más largamente.

Por fin notó que la corriente era más fuerte y poco después fue aclarándose la espesura de las copas de los árboles a través de los cuales iba ya filtrándose el resplandor de las estrellas. Media hora más tarde estaban completamente fuera del lapachar y se hallaban bajo el cielo abierto.

Nadya se incorporó y su cabellera reverberó a la débil luz.

—No puedo moverme —exclamó—. ¡Se me han dormido los pies!

—Bueno iremos a la orilla y caminaremos un poco —contestó Mackay, que acababa de mirar el reloj. Llevamos una o dos horas de delantera a Breault y él no tiene ninguna canoa para seguirnos.

Fue mirando detenidamente la orilla y poco tardó en encontrar un sitio a propósito para desembarcar. Allí, en la blanda arena, descansaron durante media hora.

Luego continuaron el viaje en la canoa y Mackay pensó agradecido en el lapachar que, como inmenso obstáculo, se hallaba entre ellos y Breault.

—No creo que sin canoa pueda seguirnos, aunque haya adivinado qué ruta hemos emprendido —explicó a Nadya—. En tal caso estamos a salvo.

Su voz era alegre, porque se hallaba muy seguro de sus afirmaciones. Pero ¡qué impresión hubieran recibido de haber podido ver en aquel momento el canal estrecho y oscuro que en el cenagal formaba el río Burntwood, el cual acababan de atravesar, o de conseguir escudriñar el corazón del lapachar, más oscuro aún!

Porque a través de los cedrales que crecían en el cenagal, en medio de las tinieblas pobladas por espectros monstruosos, a lo largo del cauce del río, corría Pedro.

Y en el mismo río, en el angosto canal que los dos fugitivos acababan de salvar, avanzaba un hombre con infalible seguridad, guiando con un largo palo una embarcación improvisada, hecha de dos grandes troncos de cedro atados con alambres, la cual le llevaba triunfalmente por el mismo surco que dejara la canoa.

Y este hombre era Breault, el cazador de hombres.

—El lapachar le retendrá —repitió Mackay con plena convicción—. Aun cuando adivinase el camino que hemos tomado, el lapachar no le dejaría llegar a nosotros, ni siquiera sabrá el camino que hemos tomado —exclamó Nadya, y en el tono de su voz había la misma confianza—. El Padre Juan le habrá dicho que hemos ido en dirección

opuesta.

Y en las tinieblas del angosto río, sonriendo de cuando en cuando ceñudamente, con lo cual daba expansión a los delgados labios habitualmente contraídos, y mirando con ojos que, cual los de los búhos, la oscuridad, avanzaba cautelosa e inexorablemente Breault, el Hurón.

Capítulo XXII

LA silenciosa proximidad de Breault obligó a Pedro a adentrarse más y más en las profundidades del cenagal.

De cuando en cuando percibía el olor del hombre en el aire tranquilo y el perro comprendió que Nadya y Rogelio no debían de andar lejos de donde se hallaba Breault. Mas nada acusaba la presencia de ellos.

Más de una vez se acercó el perro a la orilla del río, pero nunca a tiempo para ver una sombra u oír el ruido de la embarcación de Breault. En el cenagal por el que corría, cubriéndose de lodo y fango, no vio más que sombras misteriosas ni oyó sino ruidos extraños que le aceleraban el fluir de la sangre, aunque, siendo ya un perro crecido, tenía menos miedo que cuando afrontó los primeros peligros de los bosques.

No le asustaba ya el aleteo amenazador de los búhos ni el susurro del ramaje, porque sabía muy bien todo cuanto de noche solía acontecer en las profundidades de las selvas y prestaba poca atención a ello, en su afán de llegar cuanto antes a reunirse con los que habían huido sin él. Lo que le desagradaba y hacía relampaguear sus ojos de rabia, eran las trampas de agua cenagosa que trataban de sujetarle, las arenas movedizas que le retenían como si fuesen seres vivos y que emitían extraños sonidos cuando, por fin, tras muchos esfuerzos lograba desasirse de su funesto abrazo. Medio le cegaron a veces, pero él continuó su carrera, y por fin, cuando llegó de nuevo a la orilla del río oyó claramente el ruido que producía al cortar el agua el palo que manejaba Breault.

Poco después pisaba terreno más firme y pudo acercarse silenciosamente a la embarcación. Tan cerca llegó a estar que casi sintió el aliento de Breault y vio claramente su figura.

Mas no había huellas ni de Rogelio ni de Nadya, y si antes sintiera el deseo de revelar su presencia, inmediatamente decidió lo contrario, como si sospechara que existía algún peligro. Después, ya no iba delante de Breault, sino que seguía a éste por la orilla, y constantemente husmeaba el aire para descubrir a los que deseaba encontrar.

Cuando salió definitivamente del lapachar, empezaba a clarear el día, y cuando Breault dirigió su embarcación improvisada hacia el sitio donde en la orilla descansaron muchas horas antes Rogelio y Nadya, se asomaban por éste los primeros rayos del sol.

Breault estaba cansado, pero los ojos se le abrieron cuando vio las huellas en la arena y sonrió casi de buen humor. Y, en realidad, de buen humor estaba, aunque en él este sentimiento no se exteriorizaba. Era Breault un hombre duro, hombre

habitado a las durezas de la vida en las selvas; un hombre que poseía los instintos de caza del zorro y del lobo y la cruel persistencia de la comadreja; era un hombre que cumplía la ley en el estricto sentido de la palabra, sin piedad y sin favoritismo. Cuando menos, así se le juzgaba, y sus ojos duros, siempre medio cerrados, sus delgados labios y las líneas cónicas de su rostro, raras veces revelaban los pensamientos buenos que se desarrollaban detrás de la ancha frente, si es que era posible que alguna vez pudiese pensar con bondad. En el servicio se le consideraba como un mecanismo humano perfecto, una especie de máquina que jamás fallaba, la temida Némesis que se enviaba detrás de un criminal cuando otros habían fracasado.

Mas aquella mañana, con el cuerpo molido por las largas horas de difícil camino, la sonrisa de Breault se convirtió en franca risa cuando vio las huellas en la arena.

Se retorció hasta que le crujieron los huesos. No solía Breault pensar en voz alta, pero en aquel momento dijo:

—Allí, apoyado contra aquella roca, estuvo sentado Mackay. Sólo hay huellas de una persona y, por lo tanto, la muchacha estuvo en sus brazos. Aquí, en cambio, se ven las huellas de los pies de la joven y se advierte que lleva zapatos con tacones y no mocasines.

Hizo una mueca y sacó el fardo de servicio.

—Lo que sobra es tiempo —se dijo—. Esta vez son míos. Creen que me han engañado, pero no es así. Esto siempre es funesto. Siempre.

Cuando estaba solo, Breault solía procurarse ciertas expansiones, como el prisionero que se siente libre durante un rato de sus cadenas. Regularmente silbaba, que es lo que hizo en aquel momento. No eran desagradables sus silbidos, que no hacían sino repetir dulces tonadillas que la memoria, sin saber cómo, le dictaba. Mientras freía unas lonjas de jamón y cocía algunas patatas, silbó una de aquellas melodías, y el perro, que se hallaba cerca, escuchó casi con placer.

Pedro no estaba ni a veinte pasos, escondido entre los matorrales, y el olor agradable del jamón frito aguzaba más el hambre que sentía.

Pedro conocía al zorro y al lobo, pero no conocía a Breault y no pudo adivinar por qué el silbido del hombre se hizo más agudo y más fuerte. Mas transcurrió cierto tiempo, y Breault, que se hallaba de espaldas a Pedro, dijo con voz muy natural:

—¡Ven, Pedro! El almuerzo está listo.

El asombro de Pedro fue inmenso y cuando Breault se volvió hacia él y continuó invitándolo con franca sonrisa, el perro salió de su escondite y se plantó allí dispuesto a luchar o a morir.

Breault le echó con acierto un trozo de jamón, que cayó debajo de las mismas narices de Pedro. El pobre y maltrecho can tenía un hambre espantosa. El delicioso olor desmoralizó su firmeza y su precaución. Resistió durante unos segundos, pero acabó por abalanzarse sobre el jamón para engullir la lonja de una vez.

Breault se echó a reír alegremente. En esta actitud, e iluminado por los primeros rayos del sol, no le parecía a Pedro un enemigo.

Una segunda lonja de jamón siguió a la primera, y luego una tercera, hasta que Breault se vio obligado a empezar a freír nuevos trozos.

—Que vaya esto en pago parcial por lo que hiciste en la estepa nevada —se decía Breault—. Si no hubiese sido por ti...

Ni trató de imaginar el resto, ni prestó después la más mínima atención al perro, pues conocía a esta especie de animal tal vez mejor aún que a los hombres y no se le ocurrió ni por un momento demostrar que Pedro le interesaba. Limpió los enseres que había usado y, silbando, rehízo su fardo y empezó de nuevo a deslizarse por encima del agua en su embarcación improvisada.

Pedro que se había quedado en el borde del bosque, no sólo se extrañó de la actitud del hombre, sino que sintió que le dejara. Al fin y al cabo aquel hombre no era un enemigo, y, si le abandonaba, también lo habían hecho Rogelio y Nadya. Gimió, y no estaba aún muy lejos el policía cuando Pedro, husmeando por el sitio donde almorzara Breault, halló el rastro de sus amos. El Hurón había dejado allí expresamente una patata desecada tan grande como su puño, y Pedro la engulló con la misma voracidad que antes empleara para el jamón.

Breault ni avanzaba muy aprisa ni descansaba un momento. Había algo mecánico en su lento pero invariable paso, a pesar de que sabía perfectamente que la canoa podía ir tres veces más aprisa que él. Nada en la orilla del río escapó a su atención. Por tres veces vio aquella mañana los sitios donde los de la canoa habían desembarcado y las tres rió satisfecho al pensar en el viejo cuento de la tortuga y la liebre. En ninguno de aquéllos y ellos sitios se entretuvo más de dos o tres minutos.

Pedro estaba fascinado por la persistencia de los tranquilos movimientos de aquel hombre. Le siguió, le observó y cada vez le interesaba más su invariable monotonía. Ni una vez vio Pedro que Breault volviera la cabeza, pero Breault no dejó de verle. Cinco veces le dirigió la mirada aquella mañana, pero ni una sola le hizo la menor señal ni le dio la menor voz.

Al mediodía aproximó la embarcación a la orilla para prepararse el yantar, y después que hubo encendido el fuego y colocado cerca los enseres de cocina, se levantó y llamó con la misma naturalidad que antes, como si esperase una respuesta inmediata:

—¡Aquí, Pedro! ¡Ven, Pedro, ven!

Y Pedro acudió. Luchando contra los restos de instintos que le retenían, sacó primero la cabeza de las matas y examinó a Breault. Éste no le prestó atención alguna durante algunos segundos, sino que se dedicó a cortar el jamón en rebanadas. Cuando las emanaciones de la apetitosa comida llegaron a Pedro, éste salió un poco más de su escondrijo y se acercó al hombre, echándose en el suelo, mientras lanzaba un gemido.

Breault lo oyó y lanzó por respuesta un gruñido.

—¿Otra vez tienes hambre, Pedro? —preguntó después con voz natural.

Había reservado del almuerzo una gran lonja de jamón que cortó en varias tiras y se las fue echando a Pedro. Al mismo tiempo se dijo:

—¿Por qué haré yo esto? No me conviene la compañía de este animal, porque, además de estorbarme, se comerá mis provisiones. Sin embargo, es un acto de gratitud. Pago con ello una deuda, pues este perro me ayudó a que me salvara en la estepa.

Así, Breault, el hombre inhumano, la Némesis, analizó brevemente su situación; tras lo cual frió cinco lonjas de jamón para Pedro.

Durante el resto del día, Pedro no se preocupó de ocultar su presencia a Breault, a quien seguía por la orilla. Por la tarde, el policía mató un cervatillo, y cuando, ya de noche, acampó, él y Pedro banquetearon espléndidamente con la carne fresca. Este hecho desvaneció las últimas sospechas de Pedro y permitió que Breault lo acariciara. No es que le agradara mucho el contacto de la mano de aquel hombre, pero lo toleró.

—Siempre fiel a un solo amo, Pedro —comentó Breault en voz más alta.

Más de una vez había hallado el perro aquel día la pista de Rogelio y de Nadya, cuando éstos habían desembarcado para descansar, y desde aquella noche consideraba a Breault algo necesario para la busca de ellos. Y con el policía iba adivinando instintivamente la verdad.

Al día siguiente hallaron el sitio en donde Mackay y Nadya abandonaron la canoa para internarse en las selvas. Breault recibió una gran alegría, porque ya se había cansado de navegar sobre los dos troncos. Aquella noche hubo luna y algo movió a Pedro a echar a correr, para alcanzar a los que buscaba. Pero un instinto más fuerte aún le retuvo al lado de Breault.

Éste, después de las fatigas pasadas, durmió aquella noche como un tronco. Se levantó y encendió fuego una hora antes del alba y con la primera claridad del día se puso en camino. No hizo esfuerzo alguno por buscar las huellas de los fugitivos, porque sabía la dirección que éstos habían tomado y avanzaba rápida y firmemente, figurándose que adelantaría dos veces más que Nadya y Mackay. A las tres de la tarde llegó a una gran colina, en cuya cima se detuvo.

Pedro se hallaba otra vez intranquilo y vigilaba a Breault. No le temía ya, pero aquel día no había descubierto huella alguna de Rogelio y poco a poco se convenció de que debería buscar por su cuenta a sus amos en la selva.

Breault advirtió el desasosiego del perro y comprendió su significación.

«No he de perder de vista al perro» —pensó—. «Tiene buen olfato y un misterioso sexto sentido, y yo no tengo nada de eso. Mackay y la muchacha no pueden estar lejos. Tal vez hayan caminado menos aprisa de lo que yo me figuré y no hayan pasado por aquí aún. Acaso se hallen allí abajo, en el llano. Si es así veré oportunamente señales de humo o de fuego».

Durante una hora estuvo observando a través de sus gemelos todo el valle y el llano, tratando de descubrir el humo que en cualquier momento podría elevarse por encima de los árboles. No perdió de vista a Pedro, que correteaba por las cercanías. Y de pronto aconteció lo inesperado. En una pequeña pradera, a la distancia de un octavo de milla, Pedro estaba comportándose de un modo raro. Husmeó el suelo y el

viento en todas las direcciones y por fin se dirigió con decisión hacia el sudoeste.

Siguió la pista que Pedro había hallado, hasta que, ya casi de noche, llegó a una senda trazada por los indios para ir a un puesto de la Compañía de la bahía de Hudson que estaba a muchas millas al sur. En aquella senda trillada por los pasos de muchas generaciones de moradores de las selvas, los fuertes tacones de las botas de Mackay habían dejado claramente las huellas y desde entonces la pista fue más clara para Pedro. Mas los instintos adquiridos durante su vida en el bosque le hicieron seguir avanzando con cautela, aunque hubiese querido lanzarse rápidamente en busca de sus amos. Con la misma rapidez que Pedro y tras él, avanzaba Breault.

Otra vez vino la noche con sus tinieblas, y pocas horas después salió la luna, que, con su plateada luz, iluminó entre los bosques la senda por la que caminaban un hombre y un perro, aquél delante y éste detrás.

Capítulo XXIII

SUAVE y lentamente llegó la aurora del nuevo día y los parajes donde las tranquilas aguas del río Willow Bud corrían a través de frondosos bosques de hojas siempre verdes, para desembocar en el río Nelson, bordeado de plateados abedules. Fina niebla se alzó de la tierra para saludar la promesa del día, neblina suave y dulce, como perfumado ropaje, que despertaba poco a poco a la dormida Naturaleza. A través de ella se oyó el primer gorjeo tímido de un pajarillo, y el cántico fue creciendo paulatinamente hasta henchir todos los ámbitos de la selva.

Un cerrojillo que se hallaba en la rama de un abedul próximo al río se maravilló de por qué al pie del árbol no despertaba aún la vida, cuando durante el atardecer pasado tanta animación hubo allí que hasta oyó otro canto semejante al suyo. Nadya no respondía a su gorjeo. El refugio de cedros y bálsamos hallábase impregnado de gotas de rocío y en el lugar donde antes llameara el fuego no había sino negrura y extinción. Más el cerrojillo continuó su canto triunfal.

Sin embargo, Nadya, oculta en su refugio y aún medio dormida, lo oyó. Reposaba apoyada la cabeza en el fuerte brazo de Rogelio, y el canto del pájaro le parecía muy distante. Sonrió y temblaron sus labios, como si quisiera contestar, aun adormecida como estaba. Luego, el sonido del canto fue alejándose hasta que ya no lo oyó y ella volvió a caer en el olvido de las tinieblas en las que se creyó perdida durante mucho tiempo. Por fin, una fuerza invisible luchó por sacarla de ellas.

De pronto, algo irresistible la despertó por completo. Nadya abrió los ojos. No tenía ya la cabeza en el brazo de Rogelio, a quien vio sentado y no mirándola a ella. Nadya pensó que debía ser tarde porque la luz del día hirió sus ojos. Sonrió y se incorporó. Con una risita dulce sacudió sus cabellos.

—Rogelio...

Y también ella quedó estupefacta, sin poder hablar, al ver a Pedro cerca de Mackay. Pero no fue la presencia del perro lo que le cortó el aliento e hizo que el miedo penetrara como afilado cuchillo en su corazón.

De cara hacia los dos, sentado tranquilamente en un tronco que Mackay puso debajo del refugio, había un hombre de rostro delgado que los examinaba con singular sonrisa. Instantáneamente advirtió Nadya que aquel hombre era Breault.

Había en su aspecto algo aterrador a pesar de que durante breves momentos ni habló ni se movió. A Nadya le pareció que sus ojos no eran ojos humanos y que sus labios simulaban dos hojas de cuchillo. Sin embargo, sonreía, no de modo humorístico, sino triunfalmente. Al verle así, jamás se hubiera creído que a Breault le gustaban las bromas.

Saludó con la cabeza.

—Buenos días, Rogelio Mackay. Y... buenos días, señora de Mackay. Perdonen ustedes que les importune, Pero el deber es el deber. Soy Breault, de la Real Policía Montada del Noroeste.

Mackay se pasó la lengua por los labios. Breault, al advertirlo, sonrió más marcadamente.

—Ya sé que es muy duro —dijo—. Pero toda la culpa la tiene Pedro. Él fue quien me guió.

Se levantó y, como por obra del azar, su revólver quedó ante el pecho de Rogelio.

—¿Le importaría salir un poco, Mackay? —preguntó.

Con la otra mano preparó las esposas. Mackay se levantó y Nadya también. Ésta cogió a su esposo del brazo con ambas manos.

—Estos hierros no hacen falta, Breault —dijo Rogelio—. Le acompañaré de buen grado.

—Sin embargo... la seguridad ante todo —arguyó Breault, con un destello de maldad en los ojos Levante una mano, se lo ruego...

La férrea argolla se cerró sobre la muñeca de Rogelio.

—Yo soy Breault... no soy Terencio Cassidy —observó—. Nunca me expongo.

Y, con rápido movimiento, cerró la otra argolla sobre la muñeca de Nadya. Luego se echó atrás y los miró con peculiar sonrisa.

—Ya os tengo a los dos —exclamó deleitándose en su obra—. Ahora sí que no podéis escapar, ¿verdad?

Guardó la pistola e hizo una reverencia a Nadya.

—¿Qué tal le va la vida de casada, señora de Mackay?

El rostro de Rogelio estaba más pálido que el de Nadya.

—¡Cobarde! —dijo con voz pausada—. ¡Miserable! Es usted una deshonra para el Servicio. ¿Acaso piensa dejar a mi mujer esposada de esta manera?

—¡Claro! —afirmó Breault—. Me han de pagar ustedes las molestias que me han causado. A mí me gusta que cada cual pague sus culpas. Y las mujeres también. A buen seguro que ha mentido usted ante ella como el mismo diablo.

—¡No es verdad! —protestó Nadya fieramente—. Es usted un...

—¡Dígalo! —la animó Breault de buen humor—. No gaste cumplidos, señora de Mackay. Si no encuentra la palabra apropiada, permítame que la ayude...

Y mientras esperaba, llenó y encendió la pipa.

—Comprenderá usted que no me fije mucho en el reglamento y lo convencional cuando me encuentro con tan buenos amigos como ustedes —dijo cínicamente—. En otras palabras, son ustedes dos casos muy difíciles. Cassidy ha declarado no sé cuántas cosas contra usted Mackay. Dice que debíamos colgarlo sin pérdida de tiempo. Me aconsejó mucho que no me expusiera a nada, pues usted sería capaz de cortarme el pescuezo en la oscuridad sin sentir ningún remordimiento. Y como soy un buen policía, no debo privar al Cuerpo de mis servicios.

Mackay apretó los labios y nada contestó.

—Ahora que están ustedes bien cogidos, quiero decirles unas cuantas cosas —continuó Breault—. Mientras hablo, voy a encender el fuego para que podamos almorzar, porque Pedro y yo tenemos hambre. Buen perro, Mackay. Nos salvó en la estepa nevada. ¿Ya se lo ha dicho usted a su esposa?

No esperó contestación, y mientras transportaba un montón de corteza de abedul que Mackay había recogido y puesto debajo del refugio, silbaba alegremente.

—Allí es donde comenzaron mis tribulaciones... Allá arriba, en el norte, en la gran estepa, señora —dijo, haciendo caso omiso de Mackay—. Compréndalo usted: los tres, el superintendente Tavish, Porter (ahora yerno del primero) y yo, teníamos una espléndida ocasión para morir como mártires y ser anotados para siempre con gloria en la historia del Servicio, si no hubiese sido por ese tonto de su marido y por Pedro. Pero Mackay sí que es responsable. Nos malogró una hermosa oportunidad buscándonos en la estepa y llevándonos a su refugio. ¿Verdad que fue una mala acción? Y como quiera que el superintendente Tavish es como quien dice el hombre más importante de la Real Montada, y Porter es su yerno, y la señorita Tavish, ahora señora de Porter, debía salvada con nosotros, pues pensaron que algo de debía hacer.

Breault no levantó la vista. Con lentitud exasperante añadió más leña al fuego.

—Y así fue...

Se alzó y se encaró con ellos.

—Y así fue... que me encomendaron la muy desagradable tarea de cazarle a usted, Mackay, y de... entregarle un perdón completo por todos sus pecados y para siempre jamás, amén. ¡Aquí lo traigo!

Había sacado un sobre con apariencia de documento oficial y lo ofreció, no a Mackay, sino a Nadya.

Ninguno de los dos alargó la mano. Viendo a Breault en aquella actitud, una sonrisa cínica en sus labios, sus extraños ojos aparentemente fríos, creyeron que se trataba de una última y terrible broma. Mas, de pronto, alargó Nadya la mano libre, y ayudándose con la otra como pudo, rasgó el sobre, mientras que Mackay miraba fijamente a Breault, crédulo ya, pero sin atreverse a despegar los labios.

Fue el grito de Nadya, un grito casi salvaje, lleno de alegría, el que reveló la verdad. La joven, con el precioso documento en la mano, se arrojó contra el pecho de su esposo, mientras Breault se acercó riendo y abrió rápidamente las dos esposas.

—También me han dado un sinnúmero de recados tontos para ustedes —dijo, atendiendo de nuevo al fuego—. Por ejemplo, ese rubiales de Cassidy me manda decir que está construyendo una linda casita con cuatro habitaciones, para ustedes, en la proximidad de la suya, y que estará terminada cuando ustedes lleguen allí. También una india que se llama *Ave Azul* y un piel roja llamado El Ciervo Veloz me mandan decirles que siempre serán ustedes bien recibidos en sus territorios de caza. Y una muchachita muy hermosa, llamada Nube de Sol, les envía tantos besos como hojas hay en los árboles...

Dejó de hablar durante un momento. No advirtió que Nadya posaba sobre él la mirada feliz de sus ojos.

—Pero lo más curioso de todo es el bebé —continuó diciendo a la vez que freía una lonja de jamón—. Van a tener pronto uno... Cassidy y su esposa, entiéndase. Ya le han puesto nombre. Si es niño, Rogelio, y si es niña, Nadya. Me encargaron que se lo dijese a ustedes. ¡Vaya una pareja de tontos! ¿Verdad? Una verdadera pareja de tontos y...

En aquel preciso instante sucedió algo inusitado en la singular vida aventurera de François Breault. Sin previo aviso se sintió asido por unos brazos, notó que una mano echaba hacia atrás su cabeza y que en su dura e inhumana boca se posaban por un breve y emocionante momento los suaves y rojos labios de una mujer.

—¡Vive Dios! —dijo con la boca abierta, dejando caer el jamón y tratando de ponerse de pie como hubiesen herido de un tiro—. ¡Reniego de...!

Y recogió su fardo y se marchó a grandes pasos sin decir una palabra más, sin volver atrás la mirada internándose rápidamente en la espesura del bosque. Y aunque el almuerzo había terminado, Nadya, Rogelio y Pedro esperaron. François Breault no regresó. Era Breault un hombre extraño e incomprensible y un cazador de hombres que no conocía el miedo. Sin embargo, desapareció en la selva, lleno de cobardía al fin, huyendo de una boca roja que había besado la suya.

He aquí cómo Breault, por primera vez en su vida, fue un mensajero de piedad, y por qué el cerrojillo que se hallaba en lo más alto del abedul se dio cuenta de que algo agradable había sucedido y brindó al cielo su gratitud en un súbito canto de gloria.



JAMES OLIVER CURWOOD, nació en Owosso en 1878. Dejó la escuela secundaria antes de graduarse, pero pasó el examen de ingreso a la Universidad de Michigan, donde se matriculó en el departamento de Inglés y estudió periodismo. Después de dos años, dejó la universidad para trabajar de reportero en el Detroit News-Tribune. En 1900, Curwood publicó su primer relato y pasaría a convertirse en uno de los escritores más populares de Estados Unidos de la década de 1920. En 1909 había ahorrado suficiente dinero para viajar a Canadá del noroeste donde comenzó a escribir novelas de aventuras sobre la región y se convirtió en un ferviente defensor de la naturaleza. El éxito de sus novelas le dio la oportunidad para volver a Yukón y Alaska durante varios meses cada año que le permitieron escribir más de treinta libros de este tipo. Curwood murió en 1927 de peritonitis, que se dice haber sido causada por una picadura de araña.

Como amigo de los animales, Curwood no se limita a observar a las bestias como lo haría un naturalista, sino que pone en juego recursos de psicólogo. Pocos como él conocen las costumbres y los hábitos de la innumerable fauna de los países septentrionales: los astutos castores, los hábiles zorros, los tenaces búhos, las circunspectas nutrias, los crueles armiños, los osos glotones están estudiados con amor en sus relatos y Curwood se complace en definir su inteligencia y en adivinar un sentido en su destino.

Entre sus obras más celebradas destacan *El valor del Capitán Plum* (1908), *Los buscadores de oro* (1909), *El valle de los hombres silenciosos* (1911), *Kazán, perro lobo* (1914), *El bosque en llamas* (1921), *El cazador negro* (1926) y *Las llanuras de*

Abraham (1928 póstuma). Al menos dieciocho películas se han basado o inspirado directamente por sus novelas, entre ellas *El Oso* (1988) dirigida por Jean-Jacques Annaud.

Notas

[1] *mésalliance*: emparejamiento. (N. del Ed.) <<

[2] *finesse*: delicadeza; sutileza. (N. del Ed.) <<

[3] *gargantúa*: gigante enorme, basado en las novelas de Gargantúa y Pantagruel. (N. del Ed.) <<

[4] En francés en el original. Duende hechicero que, según los supersticiosos, vaga durante la noche transformado en lobo. (*N. del T.*) <<